

IGNACIO D. ARELLANO-TORRES

**URABÁ DE LOS KATÍOS
(RELATOS MISIONEROS
DE LA SELVA COLOMBIANA
POR FRAY PABLO
DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO)**



CON PRIVILEGIO . EN NEW YORK . IDEA . 2017

URABÁ DE LOS KATÍOS.
RELATOS MISIONEROS DE LA SELVA COLOMBIANA
(POR FRAY PABLO DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO)

IGNACIO D. ARELLANO-TORRES

INSTITUTO DE ESTUDIOS AURISECULARES (IDEA)

COLECCIÓN «PEREGRINA», 5

CONSEJO EDITOR:

DIRECTOR: VICTORIANO RONCERO (STATE UNIVERSITY OF NEW
YORK-SUNY AT STONY BROOK, ESTADOS UNIDOS)

SUBDIRECTOR: ABRAHAM MADROÑAL (CSIC-CENTRO DE
CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES, ESPAÑA)

SECRETARIO: CARLOS MATA INDURÁIN (GRISO-UNIVERSIDAD DE NAVARRA, ESPAÑA)

CONSEJO ASESOR:

WOLFRAM AICHINGER (UNIVERSITÄT WIEN, AUSTRIA)

TAPSIR BA (UNIVERSITÉ CHEIKH ANTA DIOP, SENEGAL)

SHOJI BANDO (KYOTO UNIVERSITY OF FOREIGN STUDIES, JAPÓN)

ENRICA CANCELLIERE (UNIVERSITÀ DEGLI STUDI DI PALERMO, ITALIA)

PIERRE CIVIL (UNIVERSITÉ DE LE SORBONNE NOUVELLE-PARÍS III, FRANCIA)

RUTH FINE (THE HEBREW UNIVERSITY-JERUSALEM, ISRAEL)

LUCE LÓPEZ-BARALT (UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO, PUERTO RICO)

ANTÓNIO APOLINÁRIO LOURENÇO (UNIVERSIDADE DE COIMBRA, PORTUGAL)

VIBHA MAURYA (UNIVERSITY OF DELHI, INDIA)

ROSA PERELMUTER (UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA AT CHAPEL HILL, ESTADOS UNIDOS)

GONZALO PONTÓN (UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA, ESPAÑA)

FRANCISCO RICO (UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA, ESPAÑA

/ REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, ESPAÑA)

GUILLERMO SERÉS (UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA, ESPAÑA)

CHRISTOPH STROSETZKI (UNIVERSITÄT MÜNSTER, ALEMANIA)

HÉLÈNE TROPÉ (UNIVERSITÉ DE LE SORBONNE NOUVELLE-PARÍS III, FRANCIA)

GERMÁN VEGA GARCÍA-LUENGOS (UNIVERSIDAD DE VALLADOLID, ESPAÑA)

EDWIN WILLIAMSON (UNIVERSITY OF OXFORD, REINO UNIDO)

Impresión: Ulzama Digital.

© Del autor

ISBN: 978-1-938795-41-1

Depósito Legal: M-29181-2017

New York, IDEA/IGAS, 2017

URABÁ DE LOS KATÍOS.
RELATOS MISIONEROS DE LA SELVA COLOMBIANA
(POR FRAY PABLO DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO)

IGNACIO D. ARELLANO-TORRES

ÍNDICE

Prefacio, una nota personal.....	9
Fray Pablo del Santísimo Sacramento	11
Los relatos de Urabá.....	17
Bibliografía	33
Urabá de los katíos.....	35
Sin barbas.....	36
Fiebre a caballo	38
Divagaciones	41
Entierro	46
Geografía	48
Pescando	51
¿El padre Patricio?.....	56
Rerum fluxarum.....	59
Mi hijo Danielín	61
Un muerto salva a dos vivos	65
Peusía ha muerto.....	71
Riosucio	74
Sapo rondón.....	76
Apóstol de cuerpo entero	80
Un vistazo a Urabá.....	83
El plátano en Urabá.....	85
¡Detente sangre!	86
Jeorlín	89
«Serpentes tollent».....	91
El bohío trágico	93
El Cristo perdido	96
Una estaca, dos indios y un canasto	101
Preliminares y epílogo a un matrimonio	104
¡Aquel sombrerito!	109

Basilia	114
El bautismo de cuatro inocentes	117
Un viaje fluvial.....	123
Déjense atar	136
Un tres de mayo.....	141
Regalo de Reyes	146
Paludismo	149
De como sentí muy cerca al diablo	169
Denabari.....	172
Yo no he comido. (Mu nekosi ea)	178
«Yo no llama»	180
Jinete en la noche.....	183
Esta noche velorio.....	191
Aventura singular	195
Mulas y caminos.....	198
«Cuando nació María...»	201
El tigre y el osocaballo.....	208
El santo escapulario y unos perros misteriosos.....	210
Cantarillera	213
Un dato desconocido	220
Chitsora	223
Para qué me sirvió un revólver	226
Después de confirmar.....	229
Un animal de costumbre	232
Un cuento	233
Tras los indios.....	237

PREFACIO: UNA NOTA PERSONAL

Crecí desde pequeño escuchando hablar del tío cura. Para mí no era sino un personaje de ficción que mi padre, en sus horas de poeta, usaba para evocar los recuerdos de su primer viaje juvenil a tierras colombianas. Me parecían palabras de lo lejano como excusa de lo mágico, un intento de fabricar aventuras vicarias, desde la vuelta al hogar adulto.

Las historias que se encuentran a continuación prueban lo contrario. De la insaciable selva del Urabá se escapó la ágil prosa de Ángel Cayo Atienza, el tío cura, inmortalizando la épica del viajero. No fue solo un misionero carmelita, gramático, escritor, comunicador, periodista, teólogo, antropólogo; fue una figura que inculcó en mi padre un gusto por el viaje incómodo, herencia también recibida por sus hijos. Tras leer los cuentos del Urabá colombiano, Fray Pablo ya no es únicamente una leyenda; es parte de mi historia.



FRAY PABLO DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

*Urabá. Vista y vivida por Fr. Pablo del Santísimo Sacramento,
C.D. Misionero Apostólico. 1932-1937. Libro Apóstol*

Urabá. Vista y vivida. Misionero apostólico. En esos tres aspectos está la clave de lectura de estos relatos. El ámbito, la selva profunda (en esa época) de Urabá, con sus bohíos diseminados entre la vegetación, al margen de algunas poblaciones fluviales. La perspectiva, la del misionero que aún no ha entrado en las teorías del no contacto y que llega con propósitos que hoy se llamarían aculturadores pero que el misionero considera civilizadores, a los que en resumidas cuentas entrega su vida. Y sobre todo, desde el punto de vista del interés narrativo, se trata de cosas vistas y vividas, un testimonio de primera mano, que ofrece el reflejo no solo de la vida del misionero, sino también de los katíos que fueron su mundo: testimonio, pues, que refleja una confluencia cultural y religiosa, de costumbres y evoluciones históricas, que me parece puede interesar a algunos lectores.

Ángel Cayo Atienza nació el 27 de febrero de 1909, en la muy noble y muy leal ciudad de Corella, en la familia de los Torteras, hijo de Ángel y Vicenta. El genio familiar, partícipe de cierta excentricidad, le acompañará siempre. Tanto su obra como su vida lo atestiguan. El ambiente seco de la ribera navarra es sustituido por la humedad sofocante del Urabá colombiano, región geográfica que se encuentra haciendo frontera con Panamá, entre dos océanos. En estas tierras vivirá las experiencias que quizás más impacto tienen en su crecimiento personal; la etapa misionera en la selva representa sin duda un punto central en la existencia de Ángel Cayo Atienza.

La dimensión de la experiencia del viaje, se proyecta en el plano del discurso; a través del testimonio los actos alcanzan el valor de épicos, poco importa que su obra, en el caso de los relatos que nos ocupan, surjan de la confluencia entre la imaginación y la observación, ejemplo de ficción autobiográfica. Al autor no le tiembla el pulso a la hora de equiparar las gestas (siempre según los parámetros del imaginario simbólico en el que se mueve) de los conquistadores y exploradores españoles del siglo XVI con su labor misional: el fraile declara recoger el testigo de la que considera histórica y necesaria misión española en tierras americanas. En parte, su labor en el Urabá colombiano debe más a las dinámicas auriseculares que a los procesos insertados en la modernidad e independencia, procesos en los que, dicho sea de paso, no han sido hasta la fecha admitidos plenamente los indígenas. Por otro lado, la labor de las órdenes religiosas en Urabá sirve al proyecto nacional de la joven república. La implantación y afianzamiento de la religión católica, proceso en el cual la orden carmelita tiene su cuota de participación, se convertirá en un instrumento homogeneizador; elemento facilitador del control estructural de ciertos segmentos poblacionales a los que se les exige la integración en ese constructo cultural surgido del momento fundacional: la «nación colombiana».

En las selvas de Urabá, el misionero navarro trabajará principalmente con las comunidades indígenas emberá y caribe-cuna, así como con la población afroamericana; todos ellos sujetos que de una u otra manera pueblan la nación periférica, habitantes en los márgenes, moradores de los intersticios de los jóvenes estados americanos.

Antes de iniciar su periplo misional, Ángel es un joven con inquietudes religiosas, vitales y artísticas; estudió en el colegio Teresiano de Villafranca para después ingresar en el noviciado carmelitano de Larrea, en Vizcaya. En estas instituciones educativas se forja el carácter comunitario de las órdenes religiosas que es la base del proyecto colectivo misional. De hecho, en *Sin Barbas*, los estudiantes entre los cuales él se encuentra, quedan equiparados a los apóstoles («Éramos doce, como los doce apóstoles»). Es impensable considerar la vida de un misionero en su individualidad, sin atender a las fuertes relaciones interpersonales desarrolladas en el marco de las estructuras eclesiásticas y misionales. En el caso de Ángel Cayo Atienza, es constante la colaboración y la correspondencia con sus compañeros, así como los pasajes en los que alaba la santidad y valía de los mismos. La escritura en pos del servicio

propagandístico de la orden carmelita, no necesariamente está en conflicto con la genuina generosidad y admiración que Ángel sentía hacia sus pares.

Ya desde temprana edad alienta un deseo: el de conocer mundo y dedicarse a la labor evangélica como misionero. En 1931 se instala en España el régimen republicano, y visto el creciente ambiente anticlerical de ciertos sectores, muchos seminaristas carmelitas deben emprender un viaje que les llevará exiliados a los más lejanos rincones. Siendo todavía estudiante, se embarcó en la ciudad de Barcelona en el *Magallanes* el 21 de julio de 1931.

Aunque su destino final fuera Colombia, en una primera instancia se había planteado la posibilidad de que fuese enviado a la India, en preparación para lo cual había estudiado inglés en Londres. ¿Quién sabe si —quizás— la impertinencia del joven seminarista descrita en el relato *Sin barbas*, fuera el factor que determinó su futuro? Esta breve narración, con la que se abre la presente antología, ayuda a comprender a un personaje cuya pulsión misional trasciende lo puramente religioso, proyectándose en el ámbito de la estética y de las ensoñaciones románticas. Las selvas de Urabá son el escenario donde los ecos del deseo se visten el poncho y se calzan las espuelas, prestos a cabalgar la realidad a lomos de *Maite*, una de las caballerías mencionadas en sus escritos; siendo la escritura el medio que concilia ambos mundos. La anécdota, en la que el joven seminarista se mofa de los misioneros destinados a tierras colombianas por creer que no se dejaban crecer la barba (elemento que para él representa todo un ideal vital y estético), sirve para entender dos aspectos importantes de la personalidad del sujeto: un pronto irreflexivo, no exento de gracia e inocente irreverencia; y la capacidad crítica de asumir y hacer suyas, siempre desde el humor y la inteligencia, las consecuencias de sus propias debilidades.

En Colombia fue ordenado sacerdote por Monseñor Miguel Ángel Builes en Santa Rosa de Osos el 20 de noviembre de 1932. Bajo el nombre de Fray Pablo del Santísimo Sacramento, desarrolló su labor misional a la vez que cultivó su interés por las lenguas y las culturas indígenas de los pueblos con los que entró en contacto, especialmente los indios katíos y los caribe-cunas, protagonistas de estos relatos. Siempre se mostró especialmente orgulloso de su capacidad para comunicarse en el idioma de los katíos. El aprendizaje de la lengua indígena es necesario desde un punto de vista de pragmatismo evangélico, ya que sin la capacidad de verbalizar los misterios de la religión se dificulta la asunción de

los mismos por las comunidades indígenas, cuya tradición cosmogónica, si bien no reacia a integrar el sistema religioso cristiano, se muestra en muchas ocasiones reticente a hacerlo de un modo ortodoxo. El uso del lenguaje propio de los individuos que se pretende evangelizar permite al misionero ganarse la confianza y tender un puente a través del cual la comunicación es más eficaz. El estudio del idioma katío, también parece ser una cuestión puramente personal, en que la inquietud del personaje lo lleva a probarse en el terreno intelectual, ya que las propias motivaciones de Fray Pablo casan perfectamente con el ideal de misionero integral, tratándose de algo inherente al carácter del individuo particular, no una motivación adquirida en el seminario. El oficio de misionero parece encajar perfectamente con el temple de Fray Pablo. Fruto de sus investigaciones publicó la *Gramática katía*, obra de importancia fundamental en el conocimiento y divulgación del principal sistema comunicativo de una de las vertientes de una cultura, la emberá, que se enfrenta a las consecuencias de la corrosiva modernidad, «no siempre (ni a menudo) civilizadora»¹.

Tras una primera etapa en Colombia, volvió a España a cumplir funciones de capellán de los batallones V de Oviedo y XI de Castilla durante la Guerra Civil española (1936-1939). Los textos a continuación editados tienen algunas breves referencias a un conflicto que sin duda condicionó algunos aspectos de su escritura y que por supuesto marcó su pensamiento y comportamiento. Integrado como capellán castrense dentro de la estructura militar del bando nacional, es bastante probable que se pensara a sí mismo como un soldado cruzado que no duda en calificar de «bonitas» las maniobras de los cazas nacionales sobre el ejército republicano, compuesto en parte por comunistas, socialistas y anarquistas. Como es de esperar en un conflicto armado, la parcialidad del combatiente opaca la universalidad del pastor; lo que quizás es más llamativo es la honesta dureza en la que se verbaliza esta parcialidad.

Los relatos que a continuación se editan hacen referencia a su primer periodo colombiano, entre 1932 y 1937, aunque es muy probable que la redacción de algunos de ellos, así como ciertas revisiones y modificaciones, sean posteriores.

¹ Blog de Ignacio Arellano, *El Jardín de los clásicos*: «Genio y figura de Ángel Cayo Atienza, ilustre hijo de Corella». Consultado el 7/05/2017. Hay edición moderna de su gramática katía, de Ignacio Arellano y Gabriel Arellano, 2002.

Terminada la guerra pasó una temporada en la ciudad cántabra de Santander, donde se editaron algunas de sus obras. Después regresará a Colombia, donde continuará su labor misional en la Prefectura Apostólica de Urabá hasta 1941, es decir, hasta la desaparición de la misma. Siguiendo las directrices de la jerarquía carmelita, marchó en 1945 a Panamá donde fue, entre otras cosas, rector de la Catedral y fundador y director del periódico *El Lábaro*, en que volcaba sus inquietudes políticas y religiosas.

La madurez vital de Fray Pablo, un individuo ya experimentado en lides de toda naturaleza, le llevan a enunciar sus opiniones con una seguridad que eleva el tono de sus críticas a un nivel de acidez que acabará por costarle caro. Como se puede apreciar a lo largo de los textos, el Padre carmelita gustaba de posicionarse políticamente (dentro del espectro del pensamiento conservador) ya sea en Colombia, Panamá o España. Sin embargo nunca sigue posiciones tópicas y prejuiciadas: su conservadurismo corresponde a una ortodoxia religiosa, pero no estorba posiciones «revolucionarias» cuando ha de defender aquello en lo que cree. La voz pasional del autor puebla las líneas del periódico panameño, y atacará al dictador Arnulfo Arias (quien además de su discutida tendencia filonazi, fue defensor de medidas eugenésicas para impermeabilizar la sociedad panameña del caudal genético ‘asiático’ y ‘negro’). Los ataques al presidente no resultan inocuos: fray Pablo tiene que escapar para salvar la vida, refugiándose en en la zona norteamericana del Canal². Ahí vivirá un tiempo, hasta que las circunstancias y necesidades de la orden a la que debía su lealtad estimaron oportuna su vuelta a Colombia. Lo que parece claro es que Fray Pablo era por aquel entonces una figura que a muchos se les hacía incómoda.

En Panamá, el fraile carmelita vive en uno de los puntos calientes del planeta, lugar donde convergen todas las banderas del mundo y cuya importancia es capital en el comercio transoceánico. Su acercamiento a la zona controlada por los americanos, acrecentará también su interés en la historia política de este país, a la cual por supuesto reserva su espacio en su obra escrita. Un ensayo suyo en honor a Lincoln, fue galardonado en 1959 con el segundo premio de un concurso convocado por la revista *Noticias de Actualidad*, publicada por la embajada americana en Madrid.

² Según relatos personales fue una feligresa, esposa de un general del ejército, quien le avisó de que había orden de arrestarlo y desaparecerlo la noche del día en que se apresuró a pasar el canal.

En 1950 volvió a Colombia. Sus problemas con el gobierno panameño no serían los últimos disgustos que le iba a costar su espíritu inquieto y su personalidad de tendencia contestataria. El carácter de Fray Pablo acaba desembocando en su salida de la orden carmelita en 1959, fruto de sus desavenencias con autoridades de la orden en torno al modo que debían organizarse las provincias eclesiásticas. Tras esto se asienta definitivamente en Cúcuta y obtiene la nacionalidad colombiana, cédula 13.444.828, permaneciendo allí hasta el día de su muerte el 14 de mayo de 1993. El cuerpo del misionero encuentra descanso en la Catedral de San José de Cúcuta, donde yace enterrado.

A lo largo de su vida produjo una obra variada y abundante³: ensayos, artículos en revistas misionales como *La Obra Máxima*, novelas misionales como *Además* y *Al amor de los karibes*; obras de crítica literaria como *Oscar Wilde se llamaba el hijo pródigo*; una colección titulada *Cuentos de cristal*, editada en Santander con ilustraciones del pintor Ignacio Zuloaga; artículos periodísticos; una serie de novelas tales como *El astuto Kudukú*, *La sobrina vedette* y *el tío cura*, *La torre vendida*; obras de Teología y Filosofía como *Ser con Cristo en Dios*; los relatos de *Urabá*, algunos de los cuales hasta ahora eran inéditos; o la novela corta *Occidente o Daniel en el lago de los leones*.

Una buena semblanza de Fray Pablo y su obra la encontramos en las palabras del escritor cántabro Vicente de Pereda y Revilla (sobrino del famoso novelista Jose María de Pereda) firmante del prólogo de la edición de 1944 de *Al amor de los karibes*:

El autor de este libro es un fraile carmelita que se llama fray Pablo del Santísimo Sacramento, navarro como casi todos los frailes, mientras no se demuestre lo contrario.

Es joven, delgado, alto y con una cabeza blanca y rubia de niño cenobítico que se inclina hacia abajo por ver mejor la lejanía del suelo de la tierra. Un fraile preparado en los talleres del Greco que se escapó antes de llegar a modelo.

Su raza y temperamento le dieron una piedad ejecutiva que se enriquece con la visión artística y espontánea de las cosas. Su obra de misionero, llevó a cuestras la cruz del apostolado natural y se trajo el recuerdo de los indios catíos en la placa de su buen talento de poeta. Fray Pablo refiere sus episodios de Antioquia paso a paso, como si los contara con un sencillo

³ Carlos Mata, 2004, p. 214 traza un resumen documentado de su producción literaria.

caminar y usando iguales palabras que en una conversación entrecortada y confiada. Narra con verismo sintético a veces telegráfico —tan moderno y tan vigoroso— que suele desenfocar nuestras pupilas del cuadro en que las colocamos, necesitando repetir la lectura y percibir los valores de cada punto y coma.

LOS RELATOS DE URABÁ

Entre la herencia que dejó Fray Pablo quedan unas maravillosas fotografías de la selva de Urabá, archivo de las estampas de la vida indígena y de los misioneros carmelitas con los que coincidió en la selva, descoloridas con el paso del tiempo y los trajines, y seguramente realizadas con máquinas poco sofisticadas. Se guardan en el archivo familiar en un álbum de gran tamaño que debió de resultar dificultoso de conservar y transportar. Algunas se incluyen en esta edición.

El mecanoscrito que incluye los relatos aquí editados está encuadrado con piel marrón y lleva en su portada, en elegante caligrafía, en tinta roja y negra el título: *Urabá. Vista y vivida por Fr. Pablo del Santísimo Sacramento, C.D. Misionero Apostólico. 1932-1937*. En su parte superior, escrito a mano en lo que quizás sea un aditamento tardío, figuran las palabras *Libro Apóstol*.

Parte de los relatos se integraron en *Al amor de los karibes* o fueron publicados en la revista carmelita *La Obra Máxima*.

Las historias narradas se suceden en su totalidad en las selvas colombianas de Urabá. Un rico ecosistema que ocupa una inmensa extensión de unos 31000 km², caracterizado por una compleja orografía, unas vías de comunicación dependientes de la red fluvial, y una estratégica situación geográfica entre ambos océanos, cercana al canal de Panamá, navegable desde 1914.

La abundancia de la tierra se hace patente en los escritos de Fray Pablo. Además del comercio bananero, fundamental tanto para los habitantes autóctonos como para los intereses comerciales de las empresas que operan en el área, pueblan estas páginas numerosas plantas de la floresta selvática: como la palmera de la tagua, cuya semilla era, hasta

la popularización de los materiales plásticos, una materia prima altamente demanda para la fabricación de botones; o la palma barrigona (*Iriartea deltoideia*), de la cual extraen materiales para la construcción de los tambos (el módulo habitacional básico y tradicional de los indígenas) y otros bienes. Especialmente valiosa era la palma para aquellas comunidades cercanas a los ríos navegables ya que, según Fray Pablo, proporcionaba todo lo necesario para construir una especie de balsa (no se trata de la *champa*, canoa tallada de una pieza a partir de un tronco). La balsa es de fabricación relativamente rápida, y necesita de la madera, la corteza y el tronco de la palmera, ya que la parte interna de los troncos es liviana y de características similares al corcho, lo que asegura la flotabilidad de la embarcación. La palmera también parece tener un papel simbólico en relación con los difuntos, ya que según comenta Fray Pablo, es costumbre plantarlas sobre las sepulturas. Es difícil saber si esta tradición se debe a los usos ancestrales indígenas o a la llegada de las diversas oleadas misionales en el área desde el siglo XVI, que tal vez adaptaron la práctica, tan extendida en el mediterráneo, de plantar cipreses en los camposantos.

Otro árbol en torno al cual se articula una tradición folclórica es el caracolí (*Anacardum excelsum*), a cuyo pie, según la tradición, se esconden antiguos tesoros. Esto es señalado por Fray Pablo en el relato *Entierro*, y corroborado más tarde por el botánico y sacerdote Antonio Lorenzo Uribe (1949, p. 107), que dice del mentado árbol:

Es frecuente en Urabá; y lo menciono aquí por encontrarse con frecuencia junto a su base grandes huecos excavados: ello se debe a la creencia de que los indios enterraban sus tesoros al pie de estos árboles. Es voz común en la comarca que son varios los «entierros» encontrados.

Muchas de las plantas y árboles del área sirven como elementos en torno a los cuales se estructura el aparato social, ya que en su explotación y uso se establece una marcada división del trabajo. Por ejemplo, las mujeres emberás fabrican los omnipresentes canastos y tejen otros complementos necesarios a partir de las fibras de la cabuya, la chungu o guérregue (*Astrocaryum standleyanum*), siendo esta una tarea exclusiva de las mujeres.

Pero muchas de estas plantas o especies también proporcionan las herramientas para los rituales simbólicos comunitarios. Un arbusto de especial valor por su significación e impacto en el sistema simbólico

de las comunidades indígenas es la bija (*Bixa Orellana*), arbusto de cuyas semillas se extrae el *annato*, popular colorante culinario, pero que a la cultura katía proporcionaba el pigmento colorado que usan en las pinturas corporales y faciales. Estas pinturas corporales hacen uso principalmente de dos pigmentos: el rojo y el negro. Este último, la jagua, lo proporciona la *Genipa americana*, planta de la cual no solo extraen el pigmento, sino que es mascada habitualmente por los indios. Esta costumbre es recogida por las leyendas que ha transmitido la cultura oral: *Dabeiba*, espíritu del río, les enseñó a los katíos a usar la planta: «huito o chidai, o quidía, o curadientes que es una pequeña planta con la cual se ennegrecen como si hubieran sido cubiertos de un brillante y fino esmalte negro»⁴.

Ambos colores representan una cosmovisión que en última instancia implica la creencia en un sistema dual de ordenación y generación de vida, presente en lo material e inmaterial, en lo animado y lo inanimado. Los *jais*, las energías (espíritus o demonios según el discurso misional), son representadas en la oposición de lo fluido, lo líquido; y lo estable, lo terráqueo. Las pinturas corporales son también un certificado del estatus que cada individuo tiene en la comunidad, por lo que pudiéramos considerarlas un sistema de comunicación semiótico visual, no solo de cara al resto de los individuos, sino también como mecanismo de interacción con los *jais*, esencias, energías o espíritus de la tradición indígena. Es de suponer que las pinturas faciales y corporales varían dependiendo del área y de las circunstancias que exigen su presencia, ya que el diseño cambiará según la naturaleza de la ceremonia que se celebra: ritos de sanación, bodas, etc.

En el uso que el autor hace de la riqueza natural de las selvas colombianas, el reino animal adquiere también un papel protagónico. Son abundantes las culebras, venenosas o no, a las que les dedica el cuento *Serpentes Tollens*. Los ofidios sirven para construir un discurso de lo exótico que pueda deslumbrar a sus lectores, presumiblemente paisanos españoles suyos para quienes la selva es poco menos que un espacio fantástico; pero, por otra parte, también representan los peligros de ese mismo espacio. La presencia de las serpientes funciona de alguna manera como elemento ambivalente: sirve para situar el discurso en el plano de lo mitológico (serpientes gigantes, animales de una natura-

⁴ Luis Fernando Vélez Vélez, 1990. Tomo la cita de *La tradición oral embera en la enseñanza de la lengua castellana*, 2006, p. 37.

leza fantástica, demonios veterotestamentarios...), a la vez que sirve para acercar la experiencia misional al lector a través de la creación de una reacción común frente a la existencia de una amenaza compartida (real en el caso del misionero, y a través de un proceso de abstracción en el caso del lector).

Esta intención de carácter bidireccional, queda reforzada al intentar el autor establecer una narrativa de lo lejano, haciendo uso de los resortes de lo desconocido; pero precisamente a través de los elementos más cotidianos. En el análisis del manuscrito vemos que ciertas palabras como *pan* o *conejo*, son tachadas y sustituidas por otras como *arepa* o *ñeque*. Me inclino a pensar que estas enmiendas no se hacen pensando en un hipotético lector colombiano, a quien estas variaciones le acercaría al texto, sino que se tratan de correcciones para crear en sus lectores españoles un sentido de lejanía y curiosidad, a la vez que para ayudarles a construir un esquema mental en el que encuadrar el elemento exótico dentro un sistema análogo a la propia existencia cotidiana.

Las serpientes son uno de esos elementos recurrentes en las historias escritas por Fray Pablo, en *Para qué me sirvió un revólver*, hay una curiosa referencia folclórica que alude a la presencia de las serpientes venenosas en el imaginario tradicional colectivo. Cuando una *bruja* (caraú) emite su graznido al paso del caminante, significa que va a morir tras ser atacado por una culebra. La *bruja* no es por cierto la única ave cuya presencia preocupa al fraile carmelita. Especial inquina siente por los gallinazos o zopilotes. En *Divagaciones* narra detalladamente el odio que siente por ellos: el fraile coge la escopeta y acaba con algunos, recreándose en la descripción gráfica del suceso, sin ahorrarse detalles sanguinolentos. La anécdota pudiera quedarse simplemente en eso, un episodio de excepcional genio narrativo (en cuanto es diferente del tono general de los relatos), pero esconde un elemento mucho más interesante: el choque con la mentalidad del indio y la incapacidad por parte de Fray Pablo de comprender ciertos aspectos del pensamiento integral de la cosmovisión indígena. El carmelita detesta a los gallinazos y hace lo posible por eliminarlos, incapaz de asumir la valoración positiva que de ellos hacen los indios (a pesar de la explícita advertencia que los indígenas hacen al fraile). La cultura tradicional de las comunidades indígenas transfiere el valor de estas aves en el equilibrio del ecosistema, al ámbito del pensamiento religioso-espiritual. Es decir, existe una relación directa entre el conocimiento experimental de las necesidades del entorno, con el aparato epistémico y ontológico de la cultura y religión autóctona.

Otro animal que sirve al fraile para articular un discurso del miedo y de la peligrosidad de la selva es el tigre (término con el que se refieren al jaguar). Este animal está presente en varias historias, en una de ellas, parece ser que con una intención alegórico pedagógica, se narra la muerte simultánea de un osocaballo (oso hormiguero) y un tigre. Este último fallece por las heridas infringidas por las garras de su pretendida presa, mientras que esta muere desangrada en las fauces del felino. La muerte en un trágico abrazo. Los peligros, o la fuerza, se esconden tras la aparente mansedumbre del oso. No existe enemigo lo suficientemente fiero, o no existe enemigo lo suficientemente pequeño.

El tigre sirve también para hablarnos de una de las actividades predilectas del hombre indígena, la caza. La caza del jaguar como oportunidad económica (dado lo extraordinario de su piel) y como ejercicio ritual donde proyectar la masculinidad de los individuos, que se adornarán orgullosamente con los colmillos del animal. Como verá el lector existen otras muchas referencias a la caza, actividad de importancia clave en la subsistencia de las comunidades y en el ordenamiento social a través de la distribución de las tareas productivas. Especialmente interesante es la explicación sobre la técnica de la caza del caimán, ya que se trata de una labor colectiva, donde un individuo deslumbra al animal con una potente luz, mientras otro con un hacha destroza el cráneo del reptil.

En definitiva, esta tierra exuberante pero hostil recibe reticente al desgarrado misionero. Aun así, se muestra decidido a conquistar el hogar de los indios, indómitas selvas, agrestes montañas, ariscos ríos. Tierra de perpetua oscuridad la llama. Océano de árboles o féretro del misionero. Las imágenes de las que hace uso Fray Pablo para describir el espacio, se caracterizan en su mayoría por las connotaciones negativas que tamaña grandeza amenazante puede representar para la propia integridad física del misionero. Aquí debemos apuntar que si bien Urabá es de hecho un lugar poco salubre (principalmente para los individuos que no han desarrollado un sistema inmunológico preparado para hacer frente a las duras condiciones climatológicas del lugar, como pueden ser los misioneros españoles), los parámetros retóricos del discurso misionero exigen acentuar esa insalubridad, justificación y reflejo en vida del espíritu de sacrificio de Jesucristo, referencia del ideal misionero, resignación e *imitatio Christi*. Es interesante comprobar como no se hallan quejas de la dureza del entorno, sino que la narrativa se recrea en esa insalubridad para reforzar el sentido de su vida sufrida, ganándose por derecho la gloria celestial.

Como es de esperar en cualquier historia selvática, el espacio se configura como el personaje principal, y como todo buen personaje es complicado, brillando en sus dobleces y misterios. En el espacio hosco el milagro sucede. Fray Pablo claudica ante la poderosa obra. A pesar de haberse iniciado en la carrera eclesiástica a una temprana edad, es en la selva de Urabá donde afirma comunicarse con Dios. La belleza incommensurable del infinito natural refuerza sus convicciones y abre la puerta de la mística, «veo a Dios, palpo a Dios; en el aire respiro a Dios. Estoy en un bello templo construido por su mano», afirma en *Un viaje fluvial*. Algunos episodios de sus relatos transpiran una sincera evocación poética emanada del encuentro con la creación, revistiendo de religiosidad el mensaje. Son pasajes de cierto peso literario, independientemente o no de que fueran adaptados a unas estructuras de significado encuadradas al servicio de un mensaje proselitista.

La variedad se da no solo en cuanto a la temática, sino también en su estilo y espíritu. Ahora bien, existen ciertas pautas recurrentes como pueden ser el profuso uso del diálogo, la agilidad, las frases breves, el uso de una puntuación muy *sui generis* y ciertos dejes de humor. Para que el lector se haga una idea del estilo de Fray Pablo merece la pena atender a la reseña de *Al amor de los karibes*, publicada en *El Colombiano*, el 11 de noviembre de 1945, y que puede perfectamente hacerse extensible a la mayor parte de su obra literaria:

Admirable atracción en el sencillo estilo cortado. Fascinantes aventuras. Folklor. Se palpa el alma bilingüe de nuestro indio.

Nadie tan colombiano como uno de estos misioneros españoles. Conocen y aman palmo a palmo de esta nuestra más vieja cristiandad, aún no del todo cristianada.

Lo mejor de este fraile es que habla de la selva sin retoques de verde. Para él la selva no tiene ese embrujo postizo de quienes la describen sin haberla vivido. La selva en su medio, y en lugar de hacerle odas, procura hacerle chistes. [...]

Este padre Pablo del Santísimo Sacramento es un cura de jipijapa, poncho y zamarros y que no le dejan ver el hábito. Pero el de un misionero retirado, que no está sermoneando para conseguir una limosna, ni exagera los peligros, ni trata de hacerse héroe, ni casi de individualizarse entre sus compañeros.

Una autobiografía casi sin megalomanía, en que los colombianos podemos aprender de un español mucho de geografía y de historia patria. Y también mucho amor a Colombia.

Si bien es cierto que el gracejo de la voz narrativa se halla presente en muchos lugares de estos relatos, no por ello dejan de tener los mismos momentos oscuros, lúgubres pasajes y violentas escenas donde la dureza de la experiencia misional se muestra en toda su crudeza. Uno de los temas centrales y recurrentes es la muerte y la enfermedad: tenemos un cuento donde describe los efectos del paludismo, en otro se nos relata cómo las niguas, pequeños insectos que anidan bajo la piel, afectan al viajero, convirtiéndose en los más grandes enemigos del misionero, etc. La climatología del área y su radical diferencia con las condiciones del origen patrio de los misioneros españoles, los convierte en víctimas propicias de las afecciones tropicales. El paludismo, afirma Fray Pablo, afecta tarde o temprano al cien por cien de los misioneros. Si bien no se trata de una enfermedad mortal *per se*, debilita el sistema inmunológico del individuo permitiendo que otras enfermedades ataquen al organismo. El paludismo se debe a la picadura del mosquito anofeles, aunque como explica el autor, hay en Urabá una gran variedad de especies de mosquitos. La enfermedad debilita al paciente y provoca fiebres y delirios, siendo uno de los remedios que menciona Fray Pablo el uso de la quinina, extracto de propiedades anti maláricas, que no siempre está al alcance del enfermo.

Otros insectos como las niguas, se introducen bajo la piel, escogiendo puntos propicios para ello, como la zona bajo las uñas de los pies. Una infestación de nigua no tratada puede provocar la pérdida del miembro. Hay que tener en cuenta que se trata de lugares de difícil acceso, por lo que los más comunes problemas (diarreas, cortes y heridas, lombrices intestinales etc.) pueden constituir situaciones muy peligrosas. En *Apóstol de cuerpo entero*, narración panegírica del padre Rafael, al ver a este portar jeringuillas, alicates de dentista y otro instrumental médico, declara: «Realmente que es útil y necesario saber poner inyecciones para tantísimos casos de enfermedades, que por no haber quien se lo impida se llevan tanta gente al otro mundo».

La muerte sobrevuela muchos de los relatos, ya como elemento central que articula la narrativa o como motivo tangencial que sirve como desencadenante de la trama principal. Se puede dar por accidente, como le sucedió al mentado Padre Rafael, aplastado por un árbol en la selva, o por enfermedad, como los abundantes casos en los que se requiere la presencia del misionero para asistir y dar la extremaunción a los moribundos. Especialmente significativas son las referencias a la mortalidad

infantil y las complicaciones en los partos.

Desde el punto de vista de la particular poética de Fray Pablo, sorprenden ciertos truculentos pasajes donde la muerte de animales se presenta a través de una prosa extremadamente gráfica. Son pasajes de lectura turbulenta, que se alejan del trasfondo evangélico de los relatos, pero profundizan enormemente el calado de la voz narrativa. El oficio de carmelita se muestra incapaz de contener la pluma del autor, un buen ejemplo de la calculada, a la vez que ágil, escritura; es el texto *Divagaciones*. Se trata de un conjunto de pasajes donde se da la siguiente secuencia: abre con las referencias a lo hostil de la selva, «reino de los indios y las fieras». Aquí nos habla el autor de su intención de rendirse ante tal poderío, quiere humildemente declararse vasallo de las selvas del Urabá. Continúa con una escena donde, partícipe de esa humildad, muestra su humanidad y expone su ternura e intimidad, todo ello a raíz de la música con la que un joven ciego le deleita. En el camino de la ternura, el relato alcanza su clímax con la descripción de la comunión de las mujeres indígenas adornada por la naturalidad e inocencia de sus retoños, dándose la confluencia del gesto sagrado con la lactancia del infante. Pero algún suceso que desconocemos acontece en el transcurso de la redacción de este conjunto de episodios, algún suceso que afecta al estado emocional del misionero subrayando la fuerza con la cual el espacio selvático influye en el viajero, viajero apartado de los lugares familiares, áncoras del recuerdo, pilares que articulan la percepción de seguridad y equilibrio emocional. Por algún motivo se produce un abrupto cambio. El siguiente episodio transfiere la naturalidad y humanidad anteriormente referida al ámbito de la existencia trágica, de la enfermedad, el dolor y la muerte. El misionero es requerido a intervenir en el parto problemático de una joven mujer indígena. ¿El resultado final de la intervención?, la india vive, ¿el niño?; no lo sabemos. Lo que sabemos es que este episodio se enlaza con un oscuro pasaje, de tono macabro, donde las nociones de ternura han quedado desterradas. En él se describe la muerte de unos gallinazos a manos del misionero, recreándose la voz autoral en los detalles explícitos del evento. Cierra aludiendo tanto al malestar emocional como a la enfermedad física que afecta a su agotada persona. Me interesa subrayar cómo estas secuencias albergan una diversidad de sensibilidades y tonos que dan relieve a lo que de otro modo se pudieran considerar narraciones puramente misionales, de plana pulcritud evangélica.

La muerte se halla presente en los microbios del agua que mina la salud de los misioneros, en forma de tigre, de tempestad, de culebras, de barrancos, de árboles caídos. La muerte es el elemento transversal que equipara a todas las culturas que convergen en el Urabá: negros, indios, blancos. Todos son víctimas por igual de las vicisitudes del espacio, aunque hay que reconocer que algunos elementos afectan solo a ciertos miembros de la multicultural comunidad de Urabá, como por ejemplo la gripe, *kapunia oso*, ‘enfermedad de extranjeros’ en lengua katía, que según Fray Pablo no afecta a las razas indígenas.

Hay que tener presente, en fin, que si bien el tratamiento que de la enfermedad y la muerte hace el autor es excepcional, dada su frenética prosa y su vivaz estilo, su obra se integra en el proyecto carmelita de Colombia.

El origen del proyecto carmelita en Colombia data de 1911 con la fundación de la sede de Villa de Leyva (Boyacá), proyecto de gran complejidad y alcance que se aprovecha de las dinámicas políticas que facilitaban sus planes, ya que la constitución conservadora de 1886 declara el catolicismo como religión oficial⁵, abriendo la puerta del país a un gran número de iniciativas misionales. Como señala el investigador Juan Felipe Córdoba:

La labor misionera que desempeñaron [...] cubrió diferentes grupos sociales y se extendió más allá del campo puramente evangelizador. Aparte de dirigir escuelas, colegios e internados, tuvieron injerencia en ciertas políticas nacionales y departamentales relacionadas con su trabajo, además, tuvieron a su cargo centros de salud, fomentaron obras de infraestructura y denunciaron abusos cometidos por colonos, lo que las hizo blanco de acusaciones. El conjunto de redes de sociabilidad que propiciaron ayudó a vincular zonas periféricas a la nación. (2012, p. 67).

Si bien la coyuntura favorece la presencia de las órdenes religiosas católicas en Urabá, estas no solo tienen que competir con las tradiciones propias de la tierra, sino que tienen que hacer frente a la presencia de los protestantes. En *El bautismo de cuatro inocentes*, Fray Pablo lucha por recuperar para la causa católica al indio Polo, a quien un «ministro renegado del Altísimo» había ido poco a poco apartando del camino de

⁵ Artículo 38º: La Religión Católica, Apostólica, Romana es la de la nación: los poderes públicos la protegerán y harán que sea respetada, como esencial elemento del orden social.

la ortodoxia: «Biblia y bautizo de cura pa qué», afirma el indio. Como supondrá el lector, el misionero saldrá triunfante de esta guerra religiosa, atrayendo al indio Polo a la religión católica. La presencia del protestantismo sirve para construir una narrativa del triunfo, para justificar en última instancia la necesidad del proyecto misional en Urabá. En *Jeorlín*, un curioso relato piadoso, un señor protestante se convierte a la fe católica conmovido ante la presencia de un infante expósito, abandonado en la casa cural, («esto es para mí un milagro que Dios me envía para que vuelva a la fe de mis padres; volveré a ser católico con mi señora; nos casaremos por la Iglesia católica y usted será el padrino de mi boda y del bautizo de mis hijos»). De todos modos, en relación con la mortalidad infantil anteriormente referida, el niño fallecerá a los pocos días. La muerte de una criatura libre de pecado sirve como instrumento para la redención de los renegados. No en vano Jeorlín, el nombre con el que es bautizado, es «Compuesto de Jesús en honor del Salvador y Horacio por el hijo más pequeño del señor y la terminación de cariño».

Siendo la religión el esqueleto que sostiene la escritura de Fray Pablo, esta no se agota en ello. A la presencia del elemento religioso hay que sumarle la existencia de muchos aspectos culturales de las comunidades indígenas, observaciones que pertenecen al ámbito de la ciencia antropológica. Los textos mencionan aquellos objetos y bienes cotidianos que, en sociedades tradicionales donde el acceso a lo material es limitado mayormente a lo inmediatamente accesible, forman parte fundamental del ordenamiento social al representar y condicionar la articulación de los quehaceres diarios, reflejando la división del trabajo especialmente en lo relativo a la distribución de tareas entre los géneros masculino o femenino. Entre estos objetos, de importancia central en la vida indígena, está el canasto o el cesto, complemento necesario (siempre fabricados por mujeres, o como recoge uno de los textos, por ciegos o aquellos hombres cuyas discapacidades imposibilitan la proyección de su masculinidad en actividades como la caza); o bienes como la *champa* (siempre dirigidas por hombres), suerte de canoa tallada en una pieza, medio de transporte apropiado para lidiar con el complicado carácter de las vías fluviales de la región.

A nivel arquitectónico y urbanístico se evocan principalmente pequeñas comunidades, algunas de fundación colonial, en las cuales puede haber una pequeña iglesia o una casa cural; y los poblamientos dispersos de los indígenas. Son muchas las localidades mencionadas: de especial relevancia son Frontino (sede de la casa misión), Turbo (epicentro co-

mercial, tierra de cangrejos y localidad donde los carmelitas dirigían un internado para indígenas), Dabeiba o San José, localidad antioqueña a orillas del Caribe y sede de la prefectura de los carmelitas desde 1926. Estos núcleos poblacionales son los nodos en torno a los cuales se configura el mapa misional, ya que los religiosos carmelitas de la prefectura (en su mayor parte navarros y vascos) necesitan de hitos geográfico-simbólicos a partir de los cuales desarrollar el proyecto evangelizador.

En cambio, los poblamientos indígenas se caracterizan por lo disperso y aislado de la ubicación del tambo o bohío, cabaña circular elevada sobre unos postes, construida a partir de materiales vegetales (aunque es posible que ya en este periodo materiales como el zinc empezaran a integrarse lentamente en algunas edificaciones, sustituyendo los tradicionales techos de hojas de palma).

El tambo elevado constituye un elemento recurrente en las historias de *Urabá*. El espacio circular, sin divisiones, integra la unidad familiar; bajo ellos hozan los cochinos, de ellos se caen las personas, en ellos se discute, se evangeliza, se duerme, se come, se vive. La elevación sirve de protección contra las alimañas, de las inundaciones y otros posibles problemas; aunque parece ser que la propia estructura arquitectónica representa a su vez los diversos niveles en los que se organiza la cosmogonía emberá, algo que no refleja o comenta Fray Pablo.

Los textos también mencionan aspectos económicos que van más allá de la mera producción intra-comunitaria, como son el cultivo del banano, la explotación de la tagua, el papel del canal de Panamá, o la dependencia de las divisas extranjeras, dominadoras del comercio de los productos estratégicos. Es curioso notar como en tan temprana era, donde no existían las preocupaciones sobre asuntos tan acuciantes en la actualidad como puede ser el peligro que una excesiva demanda de determinados productos pudiera tener en el medioambiente, afectando el equilibrio del mismo, se menciona que la caza del caimán para satisfacer la demanda de su piel por parte del mercado está mermando su población, hasta el punto de que en *Un viaje fluvial* se menciona que, si eran tan abundantes como mosquitos, «desde que la piel vale tanto, casi ya no se encuentran». Las posibilidades económicas de las selvas de Urabá son hasta cierto punto un elemento problemático en el discurso de Fray Pablo. Por un lado, es un fiel defensor de la, tan discutida, tarea colonial española en América (en toda su extensión, incluida la económica); pero por otro lado denuncia los abusos de los blancos, seres pululantes en torno a las riquezas de Urabá, hipócritas y victimarios, responsables del

desplazamiento de los indígenas de sus legítimas tierras. Como expone en *Denabari*, los indios se refugian en las montañas, «para salvar su raza y vivir en libertad». En *Chitsora*, un anciano acude al fraile para que interceda frente al gobierno y le ayude a defenderse de las pretensiones de un blanco que quiere desalojarle de sus tierras. Enojado, el misionero se muestra como firme defensor de la causa del indio.

La figura del religioso amortigua, aunque sea levemente, el choque entre el modelo económico de la modernidad y el esquema productivo y vital de las comunidades originarias del Urabá; encuentro traumático caracterizado por un ordenamiento asimétrico de las relaciones de poder y dependencia.

Los kapunia son los no indígenas, los blancos o *libres*. La presencia del europeo es, según Fray Pablo, sinónimo de injusticia social, a ellos les re-crimina también su ineptitud en cuanto a la ocupación de la tierra. Hay que ser consciente que la defensa que Fray Pablo hace del indígena no tiene nada que ver con el deseo de mantener y valorar sus tradiciones, o conservar y enseñar sus saberes ancestrales, etc. Fray Pablo cree en el poder liberador de la *modernidad civilizadora*, siempre que vaya de la mano del poder *salvífico civilizador* del catolicismo. Evidentemente la defensa del indio se da siempre desde el paternalismo inherente a la figura del *Padre* misionero. Aunque a veces se declare hermano del indio, su igual; el tratamiento y crítica de ciertas actitudes de los indígenas (también de los individuos de raza negra) dejan entrever el bagaje cultural del carmelita corellano cuyas ideas ‘culturales’ deben ser sometidas (a veces con dificultad) a la enseñanza evangélica: un pastor, un solo rebaño; *ergo* todas las criaturas son hijas del mismo Dios y redimidas del pecado por Jesucristo. Todas, por lo tanto, iguales.

Un aspecto interesante relativo a las relaciones interétnicas, que en la actualidad es un fenómeno aparentemente común, estudiado por algunos antropólogos, es la institucionalización del compadrazgo entre los indígenas y los negros, siendo estos últimos los padrinos en muchos bautizos de niños emberá. Las redes de parentesco y asociación entre la población negra y los pueblos originarios del espacio americano, es un aspecto ausente en los relatos del carmelita navarro, aunque se trata sin duda de un asunto de gran interés para los investigadores actuales.

En cuanto a lo que tenemos presente en los textos, vale la pena señalar que los indios son en ocasiones equiparados a los hebreos, y propuestos como ejemplo para los pueblos, «que se llaman civilizados». Esto sucede en el relato *Peusíá ha muerto*, donde el misionero alaba la

abundancia de prole que engendran los matrimonios katíos. Para el carmelita, la defensa de la ley natural tiene sus fieles entre los hijos de la selva. Otros aspectos positivos que asocia al indígena son los valores de solidaridad, el sentido de comunidad y el amparo de los necesitados. Esto lo vemos a través de diversos ejemplos: los hábitos a la hora de comer (ceremonia en ocasiones colectiva), los concurridos velorios, la asistencia a los desamparados, el apoyo de la comunidad a las familias con miembros enfermos, la hospitalidad con el viajero etc. Entre la lectura negativa que hace de los pueblos nativos: el poco valor que le dan a la vida y la falta de honestidad. Más severo es quizás con los individuos de raza negra, «dormida y apática raza». Es importante para el lector contemporáneo comprender que en la figura del misionero es posible la convergencia de un discurso cuyo lugar de enunciación insiste en la diferenciación y jerarquización de las diversas categorías raciales, con una total entrega y dedicación al proyecto de defensa de los elementos a los cuales ese mismo discurso aplica una subalternidad; eso sí, defensa siempre desde los parámetros del propio proyecto misional del cual el carmelita forma parte.

No se trata de negar o restar importancia a la existencia de un discurso que establece una relación de inferioridad por parte de indígenas y afroamericanos⁶ respecto del hombre blanco, sino de comprender los condicionamientos culturales responsables de este discurso, así como de contextualizarlo e integrarlo en el cómputo general de un proyecto de vida dedicado a esas mismas comunidades subalternas.

Algunas de las prácticas que el misionero considera nocivas y que por lo tanto denuncia, son los rituales de sanación llevados a cabo por el jaibaná, némesis del misionero y figura clave en la transmisión del sistema epistémico indígena. Son los garantes de la transmisión de la cosmogonía tradicional y encargados de la interpretación de los signos naturales. En palabras del investigador emberá Guzmán Cáisamo Isaramá (2012, p. 143):

el jaibaná en primer lugar es una persona común y corriente que vive en relación con su familia y las demás personas de su pueblo. En segundo

⁶ Hay que señalar por otra parte, que esta inferioridad no se presenta como esencial, es decir, no se relaciona con teorías racistas y supremacistas, sino con las circunstancias evolutivas de una etapa social, que el fraile considera más cerca de lo 'salvaje' que de lo 'civilizado'. La calidad subalterna no se presenta así como condición ontológica, sino simplemente social y cultural.

lugar, es una persona estudiosa y posee dones especiales para poder ocupar ese lugar. En tal sentido, el jaibaná, Jaidobara, literalmente traduce ‘que tomó muchos ojos de los espíritus’, es decir, tiene poder para extraer las enfermedades chupando y ocupa un lugar importante dentro de la sociedad Embera, no solamente por su capacidad curativa de las enfermedades, sino también, por su sabiduría y conocimiento del mundo material y espiritual, por lo tanto tiene el poder de la palabra, convoca y cohesiona su comunidad y en su casa se convierte en un verdadero consejero y pedagogo para la transmisión, enseñanza y aprendizaje de los conocimientos y saberes propios a todos sus hijos y demás generación de su familia.

En los relatos se caracterizan por dirigir los rituales de sanación y ser conocedores de los secretos de las plantas y sustancias curativas que brinda la selva (de hecho, el misionero les reconoce que en ocasiones curan a los enfermos gracias a su conocimiento de las hierbas). En *Pescando*, describe el caso de un hombre que, aconsejado por el jaibaná, para sanar a su mujer debe alimentarla con un pescado capturado con una carnada muy especial: el corazón del jaibaná rival. Me inclino a pensar que no se trata de una observación antropológica o etnográfica, de un testimonio de la —por otra parte— innegable violencia del espacio selvático; y que es historia ficcional con la intención de atacar a estas figuras, enemigas naturales del misionero.

El proyecto «evangélico civilizador» choca frontalmente con el prestigio y con las creencias que estas personalidades representan. La visión que se tiene de ellos es netamente negativa, así como de los rituales de sanación que llevan a cabo. En *Denabari*, Fray Pablo describe el fallido intento del jaibaná para sanar a un niño haciendo uso de los *jai pakurus* (*jai*: espíritu, *bakuru*: palo), representaciones antropomórficas que simbolizan al *jai* que posee al enfermo convaleciente. En la descripción de los rituales encontramos otro instrumento ritual como es el bastón, objeto que atesora el poder mágico del jaibaná. En *Tras los indios*, la ceremonia de sanación es descrita por el misionero como, «fiesta, digamos; religiosa-médico-social». La resume como una pantomima del todo ineficaz que, según el autor, se reduce a una gran borrachera colectiva. Parece ser que la chicha de maíz, como señala el antropólogo y etnógrafo colombiano Luis Vasco Uribe («Jaibaná, brujo de la noche»), juega un papel clave en las ceremonias ejecutadas por el jaibaná, ya que es el alimento predilecto de los *jais*. Otro elemento importante son las danzas descritas en el relato. Las danzas del rito de sanación siguen vigentes hoy en tér-

minos muy parecidos a los descritos por Fray Pablo: el uso del tambor cilíndrico y el desplazamiento circular a través de pequeños saltos.

No solo denuncia los rituales de sanación propiamente indígenas, sino que también ataca las prácticas de naturaleza heterodoxa que hacen uso de elementos de la religión católica como pueden ser los *secretos*, formulaciones orales destinadas a curar ciertos males y que son descritas y recopiladas en *¡Detente sangre!* o *Cuando nació María...* También critica el uso de una talla de San Sebastián por parte de la población negra, con la finalidad de enfriar los ánimos del poderoso río que en época de lluvias amenaza al poblado de Chigorodó, episodio recogido en *Apóstol de cuerpo entero*.

Los relatos de Fray Pablo funcionan como un archivo etnográfico que puede servir de apoyo a los investigadores interesados en el folclore colombiano, e interesar a aquellos lectores que buscan deleitarse con las tradiciones orales de un mundo que el paso del tiempo amenaza por enterrar en el olvido. Es posible que algunos de los *secretos* recogidos en estos textos, hayan desaparecido debido a la mayor accesibilidad a la medicina moderna y a la injerencia del caudal cultural de esta modernidad que todo lo devora.

No faltan rituales sincréticos: *Un tres de Mayo* describe la fiesta de la cruz de mayo trasplantada a la selva, donde las mujeres negras danzan de casa en casa al son de la música, presentando sus respetos a la cruz.

La oralidad en el sistema de trasmisión de saberes y tradiciones es un aspecto clave en los escritos de Fray Pablo: *secretos*, canciones y juegos populares, leyendas etc. Como atestigua *Esta noche Velorio*, ciertos individuos, auténticos profesionales, son garantes del mantenimiento de esa biblioteca de la memoria:

Era Cordobita el gran rezador de todos los velorios. Era un anciano ya caduco, archivo de todos los rezos, plegarias, cantos y romances *secretos* y leyendas del Atrato.

Principalmente valiosa es la presencia de otros elementos folclóricos como los juegos y cánticos infantiles. *¡Sapo rondón!* es un relato centrado en estos juegos, se trata de un testimonio de naturaleza etnográfica de gran valor, a la vez que muestra la alegría de vivir de Fray Pablo, oscurecida en otros cuentos. Tenemos que tener cuenta que no se tratan de asépticas observaciones de carácter antropológico, sino textos al servicio de un ideal evangélico al que el misionero ha dedicado su cuerpo

y alma. La descripción de los juegos infantiles le sirve para recordar su infancia, para hablar de sus recuerdos, de la siempre presente patria chica; para, en definitiva, afianzar su vocación y reforzar el sentido de su vida. Vida dedicada a un proyecto misional que reconoce en la producción cultural de las comunidades transculturadas del Urabá, como la música nacida de los toscos instrumentos tallados a machete por manos indígenas, un efecto espiritual superior a la reflexión, a la lectura o al estudio.

Este tipo de prácticas representan dentro del sistema religioso la existencia de la transculturación. Del problemático encuentro entre la diversidad cultural y racial en América, surgen nuevas y particulares maneras de pensar y actuar, nuevas formulaciones y folclores. Entre estas prácticas folclóricas nacidas del traumático abrazo intercultural, Fray Pablo registra el tema de los espantos, apariciones de fantasmas. Son un elemento recurrente en los relatos del fraile carmelita, aunque no queda del todo claro hasta qué punto son un mero recurso para dotar de interés al texto, o realmente la posibilidad de las apariciones son asumidas por el misionero. En relación a las apariciones, en el cuento *Entierro*, queda recogida una curiosa práctica folclórica. Para encontrar un entierro de oro, los personajes hacen uso de unas varillas de helecho que señalan el punto exacto donde se encuentra el tesoro. Según los individuos que buscan, el difunto (dueño del tesoro), se aparece a los caminantes con la esperanza de que estos encuentren el entierro para que de esta manera pueda su espíritu desligarse de las ataduras materiales y descansar en paz. Todo ello sucede a los pies de un árbol, el caracolí, como ya he mencionado anteriormente.

En resumen, el lector encontrará una variedad de relatos que tratan de lo humano y lo divino, que hablan de las diversas comunidades que pueblan la selva, que reflejan una experiencia humana única, productora de un testimonio de valor incalculable de las tierras del Urabá y el oficio del misionero a principios del siglo XX.

BIBLIOGRAFÍA

- ATIENZA, Ángel Cayo (Fr. Pablo del Santísimo Sacramento, Carmelita Descalzo, Misionero de Urabá), *Al amor de los karibes*, Madrid, Ediciones del Carmen, 1944.
- *El idioma katío: (ensayo gramatical)*, ed. Ignacio Arellano y Gabriel Arellano; estudio preliminar, revisión y notas por Julio Calvo Pérez, Madrid, Iberoamericana, 2002.
- BUFFON, conde de, (George-Louis Leclerc), *Los tres reinos de la naturaleza. Museo pintoresco de historia natural*, Madrid, Imprenta de Gaspar y Roig, 1852.
- Correspondencia entre un ex-director de seminario y un joven sacerdote*, Barcelona, Imprenta del heredero de D. Pablo Riera, 1865.
- MATA, Carlos, *Navarra. Literatura*, Pamplona, Institución Príncipe de Viana, 2004.
- URIBE, Antonio Lorenzo, «Algunas plantas interesantes de Urabá», *Revista Facultad Nacional de Agronomía*, 10. 34, 1949, pp. 105-108.
- VÉLEZ VÉLEZ, Luis Fernando, *Relatos tradicionales de la cultura catía*, Medellín, Universidad de Antioquia, Editorial Colina, 1990.
- VARIOS, *La tradición oral embera en la enseñanza de la lengua castellana. Un aporte en la recuperación de la cultura para la conservación y la educación ambiental*, Santiago de Cali, INDEI, 2006.
- CÓRDOBA, Juan Felipe, *En tierras paganas. Misiones católicas en Urabá y en La Guajira*, Colombia, 1892-1952, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2012.
- CÁSAMO ISARAMÁ, Guzmán, *Kirincia bio o kutia, pensar bien el camino de la sabiduría*, Tesis doctoral. Universidad de Antioquia, 2012.
- VASCO URIBE, Luis, Jaibaná, brujo de la noche. Consultado en 30 junio 2017 (www.academia.edu/24412166/JAIBANÁ. BRUJO DE LA NOCHE). *Diccionario de Autoridades*, Real Academia Española, ed. facsímil, Madrid, Gredos, 1990, 3 vols.
- FEIJOO, Fray Benito Jerónimo, *Teatro crítico universal*, II, Madrid, Ibarra, 1728.

URABÁ DE LOS KATÍOS

SIN BARBAS

Éramos doce, como los doce apóstoles. Nuestro padre provincial nos llamó a su celda, nos iba a comunicar el gran secreto: nuestro destino. ¿Adónde nos mandaría? Un poco tristes (nos acordábamos bastante de nuestras madres, a quienes íbamos a dejar sin el consuelo de nuestra primera misa ya próxima), nos acercamos a la celda del superior. El más antiguo se nos adelantó y golpeó suavemente la puerta. A un vibrante «¡adelante!», salido de adentro, se abrió la puerta y doce voces respondieron con un *Laudeatur Jesus Christus*¹ sonoro.

No cabíamos dentro holgadamente, y como nadie quería privarse de la boca que había de hablarnos palabras gratas o tristes, nos apretujamos como ovejas; los más resueltos delante, haciendo corro al superior, que nos contemplaba sonriente y prometedor de buenas nuevas; los más tímidos detrás.

Yo estaba, recuerdo, junto al rincón del lavabo; mas por encima de los hombros y aun de las cabezas de los que estaban delante vi un precioso Niño Jesús de Praga², sobre la mesa, junto al libro de rezos del padre superior.

—Niño Jesús —le dije— ¡a la India! ¡a la India!, ¡que nos mande a la misión de la India!

Yo le pedía a la India porque hacía doce años que soñaba con ella, con bautizos de miles de almas, con la Iglesia y en ella Jesús en medio de

¹ *Laudetur Jesus Christus*: saludo común en los miembros de ciertas órdenes religiosas. Las respuestas varían siendo una de las más comunes: *In saecula saeculorum, Amen*.

² *Niño Jesús de Praga*: imagen del niño Jesús, cuyo original en cera se encuentra en la iglesia Santa María de la Victoria y San Antonio de Padua en Praga. Es una figura de devoción muy difundida debido a la labor de los carmelitas.

aquellas selvas, con los ríos misteriosos, con las pagodas³ suntuosísimas que yo había de trocar en catedrales, con los tigres miedosos, con los elefantes mansos sobre los que me retrataría como nuestros misioneros, con aprender inglés y otras muchas lenguas raras, con ver al demonio que decían huía del misionero en figura de mico; hacía doce años que yo soñaba con todo esto, pero sobre todo, soñaba con las barbas, con las venerables barbas que me crecerían larguísimas y que yo las acariciaba con mucha prosopopeya⁴: me llevaba la mano al mentón y descendía la mano por toda la barba hasta el pecho, como un niño se desliza por el tronco de un árbol.

¡Las barbas del misionero! ¡Cuántas veces he soñado con las barbas! Yo quería decir misa así, con mi hermosa barba sobre la casulla. Llegué en mis ensueños de niño a cifrar mi ilusión, mis anhelos, en la barba luenga y venerable de los misioneros del Oriente. Un misionero sin barbas perdía a mi vista el carácter de tal. Cuando el actual prefecto apostólico de Urabá nos visitó, siendo estudiantes, y nos hizo relación minuciosa de las gestas de la misión a su cargo, que competían con las gestas de la India y aun las superaban, me atreví a interrumpirle y dejé oír mi voz en el corro: «¡Bah!, ¡¡qué misioneros serán que ni siquiera se dejan la barba!!».

Pues nuestro padre y superior provincial, abrió su boca y nos dijo que después de pensar mucho, y habida razón de que en el curso habíamos cuatro misioneros, nos mandaba a Colombia, donde había de todo y para el gusto de todos.

Yo nunca me he desmayado, pero sí he llorado varias veces. Aquel día triste lo pasé llorando. ¡Mis barbas rapadas, esfumados mis sueños dorados, rota la ilusión de mi carrera!

No sé qué pasó por mí aquel día. Por la noche dormí como un ángel. Al día siguiente, como quien hace un acto heroico, repetí varias veces resignado: «¡Bien! ¡Seré misionero sin barba!».

¡Sorpresas de la vida!

Para ser misionero en Urabá es preciso ser un hombre con toda la barba.

³ *pagoda*: templo de las deidades en algunos pueblos de Oriente.

⁴ *prosopopeya*: gravedad y solemnidad.

FIEBRE A CABALLO

¡Pobre caballito!, viene jadeando; se para sin resuello a mitad del repecho que tantas veces ha vencido en un trote, pero sigue; la cabeza caída, las orejas gachas, quebrando desigualmente el paso; él, que no sabía mirar a la tierra y siempre pisaba fuerte y a compás, por igual en llano y cuesta arriba...

Ahora el infeliz viene ya caminando cinco días arreo⁵, maltratado por peones, por pésimos cenagales a los que él, montañero, no está acostumbrado; su cola, disipada en los pantanos —su cola frondosa, que semejava una cascada de sangre—, no sirve ni para espantar los tábanos, que le zumban en nubadas.

—¿Nos falta aún mucho?

—¡Jo!, mucho y lo peor, los precipicios de la Llorona, Piedralisa y la Cerrazón, además en Quiparadó falta el puente, tenemos que apretar más para pasarlo de día, si no...

—Agustín, por Dios, no corras tanto; mira como viene *Maite*.

—Ya le he dicho que el caballo no aguantaba, a ese paso no llegamos en dos días enteros.

—Voy a probar a andar a pie un rato.

—No haga locuras. Usted no es capaz de dar un paso por esta trocha⁶. Monte en la mula y yo caminaré a pie.

—No, el cambio de postura me aliviará, tú no te desmontes.

Me descolgué de mala manera del caballo y echándolo por delante, intenté seguirlos a pie, ¡vano empeño! No pude andar cuatro pasos, los

⁵ arreo: sin interrupción.

⁶ trocha: senda abierta en la maleza.

zamarros⁷ se me enredaban en las raíces, el poncho y hábito en las ramas; mis pies tropezaban en las piedras y se hundían en los trampales⁸; no me obedecían las piernas, la cabeza se me iba...

Agustín seguía, la cabeza vuelta, contemplando, llenos de lástima alma y rostro, mis baldíos esfuerzos.

—Vea —rompió al fin, apeándose— móntese en la mula.

Y dicho y hecho, se llegó a mí sin cuidarse de arrendar⁹ la mula, y clavando una rodilla en tierra, me ofreció la otra como apoyo, —suba usted.

—Que no permito yo que andes a pie, subiré en *Maite*.

El buen cristiano repitió su humilde ofrecimiento cabe¹⁰*Maite*, pacientemente parado.

¡Cómo vendría yo, misionero, que acepté el apoyo y puse un pie sobre él, para alcanzar con el otro el estribo! Yo que montaba sin ellos, y hacía gala de ello lo mismo por la izquierda que por la derecha y aun por detrás. Yo que me las tiraba¹¹ entre ellos, jinetes de nacimiento, de gran chalán¹². ¡Cómo iría! ¡Y esta es otra! La mula, la ponderada mula, como si quisiera burlarse gozando con mi humillación, había estado contemplándonos, vuelta la cabeza, mientras montaba. Y cuando su jinete, puesto ya yo en la silla, se dirigía descuidado a ella, le vino en gana a la muy condenada emprender un trotecillo ligero, salpicado de corcovos¹³ y echadas de los cuartos traseros al aire, que maldita la gracia que nos hizo.

No bastando las suaves palabras y silbidos amorosos, impaciente, pretendiendo atajarla, se internó por la espesura para cortarle el paso.

Transcurrido un buen espacio de tiempo, cuando ya se me figuraba que por mi tardanza no daba alcance al compañero que sin duda me aguardaba, montado, a la vuelta de un recodo: sentí que me gritaban por detrás. Volví los ojos y contemplé a Agustín todo rasgado y ensangrentado por la espinosa maraña que no le concedió paso.

⁷ *zamarros*: zahones para montar a caballo. Especie de mandil, principalmente de cuero, atado a la cintura, con perneras abiertas por detrás que se atan a la pierna, usado por cazadores, vaqueros y gente de campo para resguardar el traje.

⁸ *trampal*: lodazal o zona pantanosa.

⁹ *arrendar*: atar y asegurar por las riendas una caballería.

¹⁰ *cabe*: preposición ya de poco uso en el español actual; cerca de, junto a.

¹¹ *tirársela de algo o dárselas de algo*: presumir.

¹² *chalán*: buen jinete, en ocasiones domador o adiestrador de caballos.

¹³ *corcovo*: salto que dan algunos animales encorvando el lomo.

Por fin dimos con ella, caída, enredadas las patas en las riendas y jáquima¹⁴; la montura en el vientre. A puntapiés, mejor dicho, a patadas, la hizo levantar. La montó y con el freno cortísimo y las espuelas largas la hizo dar más botes que a una pelota. Proseguimos la marcha cariacontecidos ambos.

—¡Si vieras que sed tengo!

—Hasta la quebrada de Godó no es buena el agua, no tardaremos.

—Usted viene mal; no canta, ni me cuenta cachos (chascarrillos) como siempre; viene triste. ¿Tiene fiebre?

Silencio. Las bestias van caminando cual pesadas tortugas. El *Maité* queda rezagado. El sol se ha debido de poner, las sombras crecen. Voy montado como un costal¹⁵ de patatas. El tronco no me sostiene y se dobla, buscando el apoyo del arzón¹⁶. Por momentos siento desvanecimientos: es brutal la jornada que me traigo y no la resiste nadie, ayer catorce leguas y hoy quince. De repente grito, —¡Agustín!

—¿Qué le pasa?

—Nada, ¿está ya cerca el río?

—En bajando esta pendiente, a la vuelta: ¿no oye usted el sonido del agua?

—En mi cabeza hace rato que todo son ruidos.

—Téngase bien en la silla, levante las piernas, no mire a la corriente, véngase detrasito de mí; deje, yo le llevaré el caballo de la jáquima.

—¡Anda, anda!

Vadeamos el Quiparadó, de cauce peñoso y curso rápido. Solo me mojé hasta la rodilla, no cubría más.

—Agustín, quiero desmontarme, no aguanto más, tengo pasmadas las piernas.

—Por lo que usted más quiera, no se baje. Estamos acercándonos a los precipicios, se va a despeñar.

—Agustín, ¿dónde estás?

—Aquí, padre, no me aparto de usted, no tenga miedo.

—Oyes, déjame pasar adelante, ponte tú detrás.

Se hizo a un lado y me dio paso.

Apenas había andado dos, se volvió temblón.

¹⁴ *jáquima*: cabezada de cordel, cabestro para atar las bestias y llevarlas.

¹⁵ *costal*: saco grande de tela basta u ordinaria.

¹⁶ *arazón*: parte delantera o trasera que une los dos brazos longitudinales del fuste de una silla de montar.

—Ponte otra vez delante.
 —¡Agustín!
 —¡Aquí estoy!
 —¿Qué es aquella luz que se ve?
 —Es una casita del monte, luego llegaremos a ella.
 —¡Agustín!
 —¡Aquí vengo!
 —¿Qué es ese ruido sordo que se oye?
 —Es el Riosucio¹⁷ que se encajona al pie de la montaña; en el paso del Demonio.
 —¿Y esas lucecillas que se ven, como hilos de luz entre las ramas?
 —Son cocuyos¹⁸, unos bichitos inofensivos que vuelan y lucen.
 Cuando se despertó, sus ojos atónitos vieron un corro de montañeros, hombres y mujeres que lo contemplaban con cariño. Agustín estaba a su lado. Fuera relinchaba *Maite*.

Antes de que me desvaneciera por completo, Agustín me había bajado del caballo y me pudo llevar al rancho cercano donde pasé el golpe de la fiebre palúdica que me volvería pasadas veinte cuatro horas ya en casita.

DIVAGACIONES

I

No diréis que la selva me acogió muy propicia y amable; al contrario, hizo cuanto pudo por infundirme pavor y arrojarme de su seno. Se ve que no me quiere ni como transeúnte ni menos como vecino, no es amiga de huéspedes blancos y se complace en atormentar a los que la

¹⁷ *Riosucio*: afluente del río Atrato. Da nombre a la localidad de Riosucio, en el departamento de Chocó, históricamente poblado por los indios kunas.

¹⁸ *cocuyo*: escarabajo de unos tres centímetros de longitud que posee en el dorso órganos fotógenos, generadores de una luz verdosa, como la luciérnaga.

negra suerte ha tirado a su regazo. La selva es el reino de los indios y las fieras, de las nieblas, del misterio y de los árboles, de la noche perpetua y de los elementos, el agua y el huracán.

Yo quiero condescender y aclimatarme a ella, aprender su lenguaje, adoptar sus usos y costumbres, respetar sus pragmáticas y leyes; rendirle, en una palabra, vasallaje, reconociendo su poderío sobre mí. Pero ni aun así quedó conforme. No me quejaba ni de sus continuas tormentas, ni de sus fieras y repugnantes cuanto dañinos reptiles que con tanto mimo cuida y alimenta, ni de sus muchas plagas ni de nada. Yo solo entré a pedirle sus hijos racionales para llevarlos a Dios.

Estoy en mi casita que les saca muy poquita ventaja a las de ellos. Jun-tada a ella se yergue airosa una capillita, también de madera, pero con techo de zinc. En ella está Él, el que me ha traído aquí. Entre los indios y yo le debemos de tener bastante aburrido, pero no se nos va, día y noche está con nosotros. Si le vamos a ver, bien, si no, los angelitos le harán guardia.

II

En el bohío¹⁹ más próximo vive un indio ciego. Es joven pero no ve ni gota. Tal vez una sencilla operación le daría la vista, pero, ¿quién le habla de salir? Además, no le hace falta, desde la infancia se ha refugiado contra el hastío en la música y en hacer cestos, labor propia de mujeres... Tiene una colección de cañas que quieren imitar flautas: una boca en chaffán y varios agujeritos a lo largo. El sonido que produce sacia su alma y... la mía. Consigue arrancarles sonidos que transforman el alma, se oyen tan poquitas armonías por aquí... A mí me hace pensar, me enternece y, ¡cuántas veces, para regalarme más a mi placer con su música, me cobijo en la capilla! Si yo fuera santo, la música de las flautas de este indio me pondría en éxtasis, pero me hace pensar, pensar tanto y en tantas cosas... Tiene la virtud de recordarme episodios y sentimientos hace muchos años olvidados, me transporta a parajes de grato o de tristísimo recordar, suscita en mi memoria la presencia de personas hace mucho tiempo muertas para mí, me conduce a entrever cosas futuras y misterios con una viveza tal que no alcanzo ni con la reflexión ni con

¹⁹ *bohío*: cabaña hecha de madera y ramas, cañas o pajas; sin más respiradero que la puerta. En el particular del área donde se localizan los relatos es también llamado tambo, y consiste en un armazón de madera de planta circular o rectangular, elevado sobre unos pilares o postes. Suele tener techo cónico y para acceder se asciende por una escalera hecha a partir de un tronco con incisiones a modo de peldaños.

la lectura y el estudio.

La flauta de este vecino ciego de nacimiento me suena a música de ángeles y me hace a ratos vivir con una intensidad que me pone malo, me mata. Pero en general me hace alabar a Dios y bendecirle, satisfecho de mi suerte.

III

Esta mañana ha comulgado una india que me ha enternecido hasta llorar. Se ha acercado a recibir al Señor llevando su nenito de teta, como es costumbre, a la espalda. Mientras ella estaba con las manos juntas aguardando a Jesús, su nene se le ha rebelado: ha sacado las manitas, se ha deslizado como ha podido hacia un lado y por debajo del brazo materno ha estirado su manecita hasta atrapar el pezón y en el preciso instante en que yo ponía la Sagrada Forma en la boca de su madre, llevaba él el pecho a la boquita. ¡Inocencia!

IV

Con frecuencia la inocencia de estos niños pasa de la raya y llega casi hasta lo vedado. Lo que me ha pasado hoy ha sido memorable, único. Me han puesto en un verdadero aprieto.

Un indio joven, casado hace unos meses, ha llegado lloroso a mi casa y sin más ceremonias se ha desahogado: «Mujer mía muriendo está, no puede parir. Ve tú a casa mía para ver».

¡Para ver! ¿Qué puedo hacer yo? Le administraré los últimos sacramentos²⁰.

No es corriente que las indias encuentren dificultades en sus partos, y casos he visto en que se retiran de moler para dar a luz inmediatamente con toda felicidad.

Fui al bohío y vi, y veréis, lo que tuvo que ocurrir mal de mi grado²¹. Era una muchacha de unos dieciocho años. Estaba horriblemente hinchada. Se moría sin remedio y las comadres no daban con un medio para salvarla del trance. La contemplaban mudas.

¿En qué cabeza germinó el disparate?: «Padresito tiene mano chiquita, padresito puede sacar niño y mujer vive...»

²⁰ Los últimos sacramentos son los de la penitencia, eucaristía y extremaunción, que se administran a un enfermo en peligro de muerte.

²¹ *mal de mi grado*: a pesar mío.

—¿Yo? No sé nada, nada, de esas cosas.

—Mujer muere, india mano grande. Padresito sabe todo.

Yo contemplaba horrorizado aquella estampa: la pobre muchacha perdiendo la vida gradualmente, con todo el sentido, con pasmosa serenidad, sin una queja. Oía lo que me pedían y ella mirándome, sin atreverse a emitir una palabra, esperando mi resolución, rogándomelo con sus ojazos que fulgían en lo profundo de las cuencas, agrandadas por la hinchazón de las mejillas; ojos de condenada a muerte...

Una vieja coreaba, como una cigarra pertinaz: «Padresito sabe, mano chiquita, india muere si no».

Padresito hizo la señal de la cruz...

La india vive.

¡Gloria a Dios!

V

La crecida del río ha arrastrado ahogados a varios animales que ha ido abandonando no lejos de mi vivienda. No son frecuentes en esta zona las visitas de los gallinazos²² odiosos, pero hoy han acudido al viento de las carroñas. Van llegando volando altísimos, majestuosos, pero en lugar de admirarme, han removido mi cólera: los sigo odiando. He cogido mi escopeta y me he puesto en acecho, esperando, aguantando el hedor, a que caigan sobre los cadáveres de estos animaluchos. Hace rato que está uno ya banqueteeando, pero no le disparo, aguardando a que se reúnan más. Ya son seis. ¡Pajarracos! ¡puá! ¡pum!: han quedado tres tendidos, patas arriba, aleteando rabiosos. Los demás han podido escapar, tal vez con algún perdigonazo. La escopeta es del doce y la cápsula²³ la he taqueado²⁴ bien de munición, de la gruesa. Dos se han guardado en un árbol próximo. Veo como se relamen y limpian el pico sanguinolento en la madera, les disparo y, ¡abajo!, uno ha caído pesadamente a tierra, seco, el otro ha quedado trabado entre dos ramas, la cabeza colgando, echando un hilito de sangre por el pico.

—Los gallinazos son buenos— me advierten los indios.

—No, no, devoran las jóvenes vivas...

²² *gallinazo*: zopilote, ave rapaz diurna y de gran envergadura que se alimenta de carroña.

²³ *cápsula*: pieza cilíndrica de metal que se ajusta a la chimenea de las armas y sirve para comunicar el fuego.

²⁴ *taquear*: abarrotar algo, llenarlo apretadamente.

(¿Cuántos se habrán saciado ya en su carne?)²⁵

VI

Los gallinazos de ayer me han puesto de mal humor. Una racha de negro pesimismo me sofoca. Lo reconozco, pero no puedo evitarlo, no consigo alejarlo con ninguna reflexión. El hígado se me debe de estar entumeciendo atrozmente²⁶. Pienso a ratos que este clima me va a matar en la flor de la edad. Los alimentos no me asientan. El agua está llena de peligrosos microbios. El caso es que los indios están reventando de salud. Sí, es cierto que no todas las enfermedades atacan a todas las razas; esta, por ejemplo, no conoce lo que es gripe (y por ello la llaman *kapunia oso*, enfermedad de extranjeros). Pero yo pesco unos constipados y tengo a temporadas una tos cavernosa... Es verdad que nunca he estado muy fuerte del pecho, pero...

No sé, no sé qué tendrá Dios dispuesto sobre mí. El agua está minando mis vísceras. Me paso días enteros sin poder dar golpe, sin lograr meditar en nada. La música de la flauta del indio Miguel me hace saltar, me fastidia. Soy esclavo de un marasmo²⁷ que me impide todo movimiento, me doblo como fruta madura, mi cuerpo está pachucho. La humedad se toca con las manos y el calor es sofocantísimo.

Me han convidado a una cacería que se la prometían interesante, cerca, un kilómetro a lo más. He querido ir. He cogido la escopeta, he dado unos pasos por entre los árboles y me he tenido que volver, me caía. Han matado una danta, un osocaballo²⁸ y un tigre a quien han quitado viva la cría. Me la han regalado. Es como un gato grande. Bebe leche. Pretendo domesticarle, me servirá de alguna distracción...

Pocas horas he disfrutado de su interesante carita y de sus bufidos, se me ha muerto hoy al amanecer. No me ha hecho ninguna gracia que se haya muerto, en venganza, lo he cogido de la cola y lo he arrojado yo mismo al río.

²⁵ Entiendo a sus propias crías, aunque puede referirse el misionero a las crías del ganado.

²⁶ La relación entre las afecciones del hígado y la ira es señalada ya en la teoría hipocrática de los humores, siendo un exceso de bilis asociado a lo colérico.

²⁷ *marasmo*: grado extremo de agotamiento o enflaquecimiento.

²⁸ *danta*: tapir, mamífero del tamaño de un jabalí. Tiene cuatro dedos en las patas anteriores y tres en las posteriores, y la nariz prolongada en forma de pequeña trompa; *osocaballo*: también conocido como oso hormiguero. Mamífero desdentado que se alimenta de hormigas, recogiénolas con su lengua larga, delgada y casi cilíndrica.

ENTIERRO

A la vera del camino, no lejos del rancho del moribundo, topo con tres hombres que se entretenían socavando ahincadamente las raíces de un enormísimo caracol²⁹; dos de ellos estaban enterrados hasta el cuello. Ni que decir tiene que enderezo hacia ellos con el caballo.

—¿Qué se hace?, ¿pretenden arrancar de cuajo tan tremendo árbol? Van a tener que minar todo el monte.

—No, estamos sacando un entierro, ya tres noches seguidas han espantado, además las varillas del helecho también indican que hay oro enterrado aquí.

—¿Es que usted no sabe que los indios se enterraban con todo lo que tenían? ¡Si muchos blancos hacen eso en vida! De más de cuatro del pueblo sé yo que tienen enterradas ollas llenas de morrocotas y esterlinas³⁰. Este debe ser entierro de blanco, a lo que parece. Los de los indios son de otro estilo. Cuando uno muere dejando entierro, está condenado a sufrir junto a él hasta que lo saca otro cristiano, y (esto no sé), unos dicen que para que no lo roben y nadie se acerque, espantan, se dejan sentir en forma de luces o de ruidos y fantasmas, y a veces hasta

²⁹ *caracol*: o caracolí, *anacardum excelsum*. Árbol de 20 a 40 m de alto y raíces profundas y extensas, común en áreas de suelos profundos de origen aluvial, bien sean de sabanas o de selva, específicamente en los bordes de la misma ya que en su interior carecería del sol necesario para crecer. Como señala el botánico y sacerdote Antonio Lorenzo Uribe: «Es frecuente en Urabá; y lo menciono aquí por encontrarse con frecuencia junto a su base grandes huecos excavados: ello se debe a la creencia de que los indios enterraban sus tesoros al pie de estos árboles. Es voz común en la comarca que son varios los “entierros” encontrados al pie del caracolí» (1949, p. 107).

³⁰ *morrocota*: es el dólar americano de oro. La libra esterlina es la moneda del Reino Unido. Señalan la dependencia económica de Urabá respecto al capital extranjero que controla el comercio de ciertos productos clave, especialmente el del plátano.

se les ve y hablan; otros creemos que sus almas están penando y dan señales de noche a los que pasan por junto, para que de una vez se lo saque y ellos vayan al descanso, lo que pasa es que, ¿quién no se asusta de una aparición?, ¡si le contara los espantos que todas las noches se ven en las montañas y hasta dentro de las casas! ¿No ve usted que por aquí ha habido mucho oro?, y el oro no puede estar enterrado, aunque sea después de muchos años se tiene que descubrir. Para saber si el espanto es verdadero o no, hay unas varillas de helecho que lo comprueban, mírelas. Se recogen el viernes santo, a las tres de la tarde³¹, a la hora de la muerte del Señor, si se cortan a otra hora no sirven; hay que cogerlas rezando un padrenuestro a las llagas³² y tiene que ser el principal tallo de la mata. Ya ve, estas son cogidas por mí este mismo año; vea como no mienten: se colocan las dos varillas, (que, como ve, terminan por un extremo en horquilla) una en cada mano, abiertas, sin sujetarlas y suavemente se ponen las horquillas una frente a otra, sin casi tocarse; mire, ellas solas se tuercen a un lado o a otro, según donde este el oro; si nada hay, no se mueven; pero si hay, como aquí, vea usted se inclinan ellas solas hacia abajo; fíjese usted que yo no les hago fuerza, son ellas solas las que se dirigen hacia la raíz esa de la derecha, ahí debajo tiene que estar la ollada³³ de oro.

³¹ Estas creencias se relacionan con los rasgos atribuidos a los zahoríes, adivinos de manantiales y yacimientos, que usan varillas que se inclinan para indicar el lugar pertinente. Zahorí «Llaman a la persona que vulgar y falsamente dicen ve lo que está oculto, aunque sea debajo de la tierra, como no lo cubra paño azul» (*Aut*). Una de las supersticiones acerca de los zahoríes era la de que los nacidos en viernes santo tenían esta habilidad: «La fábula de los que llamamos zahoríes está en primer grado de parentesco con la vara divinadora [...] Dase el nombre de zahoríes a una especie de hombres de quienes se dice que con la perspicacia de su vista penetran los cuerpos opacos, haciéndose de este modo patente cuanto a algunas brazas debajo de la tierra está oculto [...] El vulgo está en la simple aprehensión de que Dios dispensa esta gracia a los que nacen el día de Viernes Santo [...] Algunos la limitan a la circunstancia de nacer en aquel tiempo preciso en que se está cantando la Pasión ese día» (Feijoo, *Teatro crítico universal*, II, pp. 39-42).

³² La devoción a las llagas de Jesucristo data del siglo XII, iniciándose a raíz de los estigmas de San Francisco de Asís.

³³ *ollada*: de olla, vasija.

GEOGRAFÍA³⁴

Riosucio (Chocó), un caserío de cromo tropical, la mitad del año lacustre, las casas pajizas sobre zancos de trúntago, guasimón³⁵, u otras maderas incorruptibles; cocos y palmeras de tagua³⁶, iglesita niquelada de zinc con carita de pequeña catedral; por el bulevar gallinas y culebras; también, de vez en cuando, un caimán despistado. Cuartos de higiene sobre el río cubierto de almadías³⁷; tiene aserrío³⁸. En cierta festividad desembarcaron una flácida vaca para carne y la gente huyó a la desbandada del monstruo. Rico y abundante bagre³⁹. Mucho mosquito y poca fiebre. Prisión de otro misionero.

Cuatro días de parleta⁴⁰ con él, mientras bajaba el *San Pedro*. *San Pedro*, un navío terror dos⁴¹ mares; el pasaje arracimado, los racimos de bananos ocupando camarotes y cuartos de aseo.

³⁴ Parte del texto se integra en el cap. XIV, «Márgenes del Atrato», en *Al amor de los Karibes*.

³⁵ *trúntago*: *vides columbiensis*, especie maderable. *Guasimón* es un árbol de hasta 20 m de altura, de copa redonda y frondosa, con diversos usos en medicina tradicional y aplicaciones en la construcción.

³⁶ *palmeras de tagua*: *phytelephas macrocarpa*, palmera cuya semilla, la tagua, es también conocida como nuez de marfil. Los indígenas katis la usan para confeccionar artesanías. Hasta la proliferación del plástico fue muy solicitada para la fabricación de botones.

³⁷ *almadía*: embarcación formada por troncos o maderos unidos.

³⁸ *aserrío*: aserradero.

³⁹ *bagre*: pez comestible, de hasta 80 cm de longitud, abundante en la mayor parte de los ríos de América, sin escamas, pardo por los lados y blanquecino por el vientre, de cabeza muy grande, hocico obtuso, y con barbillas.

⁴⁰ *parleta*: conversación.

⁴¹ *terror dos mares*: así en el manuscrito «dos mares», como en portugués; parece alusión irónica a los piratas y a la presunción tópica de los portugueses, motivo literario frecuente en la literatura del Siglo de Oro que Fray Pablo conoce bien.

Sobre rico pedestal bella efigie de la Virgen del Carmen, con milagrosa leyenda: su panegirista⁴², el Capitán Cartagenero, salvado por Ella de las aguas. Sautatá, un ingenio de caña⁴³. Europeos. Injusticias sociales. Crac. Un bello salto de agua a lo lejos. Dos noches en la boca del Atrato⁴⁴ en una de las nueve bocas esperando la marea.

El golfo de Urabá o del Darién, la mar; baila el *San Pedro* con toda su carga de bananos y gente.

Puerto Cesar; hierros orinientos⁴⁵ y comidos. Hasta este rincón edénico llegó la metralla de la guerra europea del catorce⁴⁶.

Turbo⁴⁷; muchos cocos, bandadas de patos y de garzas, nubes de alcatrazes y otras aves marinas. Cangrejos azulosos hasta las alcobas⁴⁸. Oficinas. Canoas cartageneras y un hidro⁴⁹ en la bahía. Otra catedral de zinc. Contrabandistas y resguardo. Turcos y antioqueños blancos: comercio.

San José⁵⁰, mansión cenobítica. El anillo pastoral. Internado de indios, kunas y katíos, las razas enemigas se hermanaron a los pies del Sacramento. Emporio de virtud, arte e industria. Hospedería monacal cosmopolita. Vigía de la nación. Playa cenagosa, cerrada. Estéril, desconocida, señalada por el padre Urteaga para reposo espiritual y corporal

⁴² *panegirista*: orador que pronuncia el panegírico, discurso o sermón en alabanza de algo o de alguien.

⁴³ Sautatá fue un ingenio azucarero construido en 1910 por cubanos para una familia sirio libanesa. Estuvo activo hasta 1944.

⁴⁴ El río Atrato, caudaloso río colombiano de importancia fundamental en el área ya que era la principal vía de comunicación.

⁴⁵ *orinientos*: con orín, viejos y oxidados.

⁴⁶ La adjudicación en 1909 del terreno a la compañía alemana Albingia, destinada al cultivo del banano, trajo consigo un gran desarrollo, así como la promesa del ferrocarril a Puerto Cesar, ciudad de nueva construcción. El colapso de la compañía, entre otras causas debido al estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914, paralizó las obras, quedando en el lugar los restos del ferrocarril inacabado: maquinaria, rieles, herramientas, estructuras metálicas etc. Todo quedó expuesto al poder corrosivo del mar y las inclemencias del clima.

⁴⁷ *Turbo*: ciudad situada en la costa del golfo de Urabá, frente a las bocas del río Atrato. Tierra de bananos y cangrejos.

⁴⁸ *cangrejo azul*: el cangrejo azul terrestre o cangrejo azul gigante, suele habitar en playas fangosas y zonas de manglar, pudiendo llegar a habitar cientos de metros de tierra adentro. Suelen excavar cuevas donde permanecen durante el día. Al llegar el atardecer salen de sus madrigueras y suelen ser muy activos durante la noche.

⁴⁹ *hidro*: hidroavión, capaz de despegar y aterrizar sobre el agua.

⁵⁰ *San José*: localidad antioqueña a orillas del Caribe. Sede de la prefectura de los carmelitas desde 1926.

del misionero. Va a ser el ombligo de América, el pulmón de Colombia, prosiguen los españoles su labor; no se olvide.

En la champa⁵¹ otra vez y esta sobre el lomo del mar, bordeando la costa y los mangles⁵² que no temen al océano, bellos y arriesgados árboles que lanzan desde sus copas las sondas de su ramaje, para sentar hasta donde pueden avanzar sin riesgo, verdaderos pulpos vegetales.

Por el río León⁵³ agua arriba. Bellas y florecientes plantas acuáticas que alfombran la superficie. Río caudaloso y ancho, independiente. Recibe el Apartadó, Churidó, Chigorodó, y más arriba, el Guapá, Chadó, Porroso, Imamadó, todos ríos navegables y caudales que esperan al hombre para dar sus nombre y riquezas a populosas ciudades. ¿Cuándo el hombre atenderá a sus justos reclamos milenarios? Mientras, riegan las selvas y dan de beber a las bestias de Dios.

En el León se pesca el manatí⁵⁴ y mucho más se pudiera pescar, si hubiera pescadores. Los tres primeros afluentes apuntados ríen y lavan a otros tantos caseríos. Quien los bautizó fue de raza katía. Apartadó, río de plátanos; Churidó de ratal⁵⁵, Chigorodó de guaduas o bambúes⁵⁶. El hombre tituló al río y este titula la tierra. Dios derramando diversos productos con más profusión en un paraje que en otro, dio motivos al indio para ello.

Bodegas del León: montones de tagua, cocos, sacos hacinados de arroz y cacao; básculas. Turcos y antioqueños blancos. Un bote que viene de Panamá. Soledad. De noche el puma.

Embocan el Chigorodó, el río sin cauce, tiene tantos, que no tiene ninguno. Jardín de suplicios para el boga⁵⁷ y para el pasajero. El río quiere llevarse el viejo cementerio. Desembarca en el pueblo; gente

⁵¹ *champa*: canoa cuyo tamaño depende del árbol en que se talle, ya que se fabrica de una sola pieza de madera.

⁵² *mangle*: arbusto de tres a cuatro metros de altura con muchas raíces aéreas, cuyas ramas, largas y extendidas, dan unos vástagos que descienden hasta tocar el suelo y arraigar en él.

⁵³ El río León desemboca en el golfo de Urabá, es de importancia capital para el cultivo del banano.

⁵⁴ *manatí*: mamífero herbívoro acuático, viven en aguas tanto saladas como dulces.

⁵⁵ *ratal*: toro ratal o palo cruz, *tabebuía nodosa*, árbol maderable, de hasta nueve metros de alto y ramas nudosas.

⁵⁶ *guadua*: bambú americano. Usado entre otras cosas como material de construcción.

⁵⁷ *boga*: vale por timonel.

querida, laboriosa, mucho sinciano⁵⁸. Tierra de promisión, cual ninguna: trescientos habitantes, dos mil quinientos kilómetros de tierra fértil, para ellos solos.

Y así Paravandó, Churidó, y los demás pueblos terminados en *dó*.

De Chigorodó a Pavarandocito⁵⁹ catorce leguas de trocha por la selva virgen. Cincuenta y tres ríos y riachos con sus nombres propios. Algún indio, un blanco, Carlitos; y tigres, venados y dantas, zainos⁶⁰ y osocaballos y guatinajas⁶¹, ñeques⁶² y monos de varias especies, muchísimas aves, peces y culebras... y soledad, y Dios y el misionero español con su caballo *Maite*. Árboles, árboles, árboles...

PESCANDO

He llegado a orillas del Zurrambay⁶³. Me parece que el río está demasiado profundo para pasarlo a caballo. Me desvió un poco a la derecha, río arriba, en busca de un vado. Me encuentro a un indio.

¡Qué suerte! Me ayudará a pasar.

—¿Qué haces?

—Pescando.

—¿Muchos peces?

—Bastantes.

⁵⁸ *sinciano*: gentilicio perteneciente al municipio de Sincé, en el departamento de Sucre.

⁵⁹ En el Corregimiento de Mutatá, Antioquia.

⁶⁰ *zaino*: pecarí. Son también conocidos como chanchos almizcleros debido a la glándula que segrega una sustancia de fuerte olor, o chanchos troperos, por ir siempre en piaras grandes.

⁶¹ *guatinaja*: especie de roedor que vive cerca de los ríos. Mide entre sesenta y ochenta centímetros de longitud y pesa unos diez kilos.

⁶² ñeque: también conocido como agutí, es un mamífero roedor de una familia afín a la del conejillo de Indias, que vive en regiones boscosas y cuyo cuerpo mide entre 41 y 66 cm de longitud y su cola está desprovista de pelo.

⁶³ *Zurrambay*: provincia de Antioquia, zona de Urabá. En el texto se refiere al río del mismo nombre.

Me enseña un canastillo casi lleno. Tiene la caña en la mano; la *paruma*⁶⁴ en el suelo. Solo lleva ceñida a los muslos la *pampanilla*⁶⁵. Es fornido. Le calculo treinta años. Sonríe feliz. Me ofrece los pescados: «baari» (de balde).

—Gracias.

Le pregunto si hay cerca algún paso menos hondo. Me dice que el río no está hondo y que no cubre al caballo. No me convence.

—Pasaré, pero me pondré hecho una sopa —le digo—, y quiero pasar sin mojar-me.

—Entonces tiene que caminar muy arriba, lo menos media hora.

No me resuelvo ni a lo uno ni a lo otro; ni a pasar, ni a subir más arriba.

—¿Con qué pescas?

—Con carnada.

—¡Claro! Y ¿qué carnada pones?

—Lombriz.

—A ver, saca.

—¿Para qué quieres ver? ¿No digo yo que es lombriz?

Noto algo raro en su cara.

—Es que yo no he visto lombriz de aquí y a lo mejor son distintas de las que yo conozco.

No sé por qué digo tales tonterías. ¿Cómo va a ser una lombriz? Pues lombriz, pero algo tengo que hacer o que decir mientras me resuelvo a pasar; desnudarme para no empaparme, o seguir la media hora río arriba. El indio saca la cuerda del agua y me enseña:

—Lombriz.

—¡Qué rara! ¡Yo no conocía esa clase de lombrices!

—Aquí tengo más. ¿Quiere ver?

Meté la mano en la *jícara*⁶⁶ que lleva pendiente del hombro, y pone ante mis ojos un pedazo, negro ya, de carne.

—Eso parece asadura.

—¡Claro!

⁶⁴ *paruma*: prenda de vestir, usada tanto por hombres como mujeres. Consiste en una tela enrollada en la cintura. La usan tanto los karibe-kuna, como los katío o emberá, los dos pueblos indígenas presentes en estos relatos.

⁶⁵ *pampanilla*: taparrabos.

⁶⁶ *jícara*: vasija pequeña de madera, hecha de la corteza del fruto de la güira o de otras maderas similares.

—¿De vaca?

—¡De jaibaná!⁶⁷

Un temblor frío corre por todo mi cuerpo. ¡Jaibaná es un hombre! Puede en mí más el miedo que la curiosidad.

—¿De verdad que hay que andar media hora?

—Sí, pero, ¿para qué caminar más? Yo le ayudo a pasar el río.

—Gracias.

—¿No quiere llevar pescado?

—Gracias.

—Yo tengo bastante para mi mujer. Padrecito, puede llevar unos cuantos y comerlos a la salud del indio.

Tanta amabilidad me confunde y me alimenta a inquirir.

—Y ¿quién era el jaibaná? Ya sabe que padrecito quiere a indio y no le hace nunca mal.

—Sí, yo te conoce, tú casando a mí en Murri⁶⁸ hace tres años. Tú eres padrecito Pablos. Tú diste a mí medalla, escapulario⁶⁹, y a mi mujer diste también collar y paruma.

Trato de recordar.

—¿Y quién fue tu padrino?

—Milagrito.

—¡Ah! Ya me acuerdo. ¿Sabes que Milagrito murió hace tres meses? Le dieron un machetazo en la espalda y murió partido.

—Milagrito bueno era, pues.

—Y tu mujer ¿qué tal sigue?

—Enferma está, ya come pescado.

—¿Tienes hijos?

—Ya tenemos dos, con madre están en bohío.

—¿Está cerca?

—Dos horas no más, en monte. Si vienes a ver...

Ni por un momento pienso en negarme.

—Vamos— digo.

⁶⁷ *jaibaná*: chamán no hereditario que aprende de sus maestros ya experimentados sobre el poder mágico espiritual, desde el cual se regula la vida, la salud, la subsistencia y la naturaleza.

⁶⁸ Corregimiento de Murri, municipio de Frontino en la provincia de Antioquia.

⁶⁹ *escapulario*: objeto devoto formado por dos pedazos pequeños de tela unidos con dos cintas largas para echarlo al cuello. Los carmelitas son especialmente devotos del escapulario.

Luego pienso que me es imposible visitarlos, que me esperan aquella misma noche.

—A la vuelta iré a tu casa. Ahora no puedo.

Me siento, a ver si lo que a mí se me antoja crecida del río, baja. Saco el almuerzo que la buena Basilia me ha puesto y él asa un pescado. Me ofrece.

—Gracias. Me hace mal.

Quiero saber su secreto: le ofrezco de beber.

—¿Café?

No acepta. Habla. Busca tal vez justificación a su conciencia primitiva y salvaje. ¡Oh! ¿Por qué escuché su relato?

Tenía a su mujer hace meses enferma y llamó al jaibaná a que la viera. El tipo de jaibaná katío no se ha estudiado aún. ¿Es brujo? ¿Es solamente curandero? ¿Tiene un pacto con el demonio? Desde luego tiene bastante conocimiento de hierbas y lo llaman a ver a los enfermos. Recetan, sin fórmulas. Algunas veces los enfermos curan.

El jaibaná que mi indio llamó tenía un enemigo también jaibaná como él.

No he dicho que el jaibaná es de ordinario muy odiado y temido por los mismos katíos. El jaibaná consultado le dio esta receta: «Tu mujer curará comiendo pescado que haya sido cogido en un anzuelo con corazón del jaibaná X, que vive en tal parte. Él es el que tiene en la cama a tu mujer». Linda forma de deshacerse de su enemigo.

El jaibaná X vivía muy lejos: dos días de camino enterrado en la selva de la montaña, por allá por Togoridó⁷⁰.

La vida es poco apreciada por los indios: al menos la vida ajena, ellos mismos se acaban matándose.

Mi pescador, sin decir oخته ni moخته⁷¹, afiló bien su machete, echó provisiones en el cesto para seis días de viaje, y en la jícara todo su dinero, y se puso en camino.

A nadie decía de dónde venía ni a dónde se encaminaba.

Tampoco se lo preguntó nadie.

⁷⁰ Una variación de este pasaje se encuentra en *Al amor de los Karibes*: «para curar a tu mujer tienes que ser bravo. La culpa de que tu mujer esté enferma la tiene el jaibaná que la ha embrujado. Vive en Togoridó. El remedio es que tú vayas a su bohío y le saques el corazón; lo picas en cachitos y lo pones de carnada en el anzuelo. El primer pescado que pique lo asas y que lo coma tu mujer. Con él ha de curar. No vale pescado sacado con otra carnada» (p. 181).

⁷¹ *sin decir oخته ni moخته*: frase proverbial, sin decir nada.

Le daban de noche hospedaje en los bohíos por donde esta le cogía y de madrugada proseguía su marcha.

Llegó, por fin, al tambo⁷² del jaibaná X (no me acuerdo de su nombre y no lo quiero inventar).

No fue mal recibido.

Le expuso la enfermedad de su querida mujer y le pidió para ella un remedio.

—He venido de lejos, porque tú eres el mejor.

—Yo iré contigo a tu casa.

—No hace falta, está muy lejos y tú sabes el remedio, yo pago bien.

Le enseñó plata.

—Esta noche saldré a buscar la hierba y mañana mismo estarás de vuelta, llevándole a tu mujer el remedio para que sane en dos días.

—Yo te acompañaré a buscar esas hierbas, si quieres.

—Bueno.

Llegó la noche.

Salieron el jaibaná X y mi interlocutor.

Pasaron la quebrada próxima y anduvieron una hora en tinieblas, como las fieras, sus vecinas únicas.

—Por aquí están las hierbas para tu mujer.

Encendió un pedazo de canturrón⁷³ o cera silvestre, y a su luz, que espantaba, se puso a escoger.

—Sí, aquí está el remedio—, coreó su cliente, y le segó el cuello arrugado y viejo. La cabeza rodó perdiéndose entre la alta y tupida hierba. Antes que el cuerpo cayera, le quitó de la mano la luz y con ella le buscó en las entrañas el corazón, que envolvió con cuidado en anchas hojas y lo metió, sangrando aún y palpitante, en su jícara de pita⁷⁴.

Nadie preguntó por el jaibaná X.

Ni su gente.

Hacía ya tres meses, y hasta entonces nadie se acercó a molestarlo.

¡Dios mío! ¿Qué podía hacer yo?

Me levanté y zambullí mi caballo en el río. Nadó *Maite*. Nos arrastró la corriente unos metros. Ganamos la otra orilla.

No supe si me mojé.

Volví la cabeza. No vi más al indio.

⁷² *tambo*: vale por bohío, choza indígena.

⁷³ *canturrón*: cera prieta y dura que labran las abejas criollas.

⁷⁴ *pita*: fibra extraída de la hoja de la pita o maguey.

¿Sería una pesadilla?

A los cuatro meses supe que el pescador asesino había sido a su vez asesinado. A machete.

Por otro indio.

¿EL P. PATRICIO?⁷⁵

El padre Amando tiene sesenta años de edad y unos veinte de vida misionera en Urabá. Razón más que de sobra para que ostente el título y cargo de proprefecto, vicario delegado y vicario provincial. Es un santo.

—Hijito —me dijo una noche después de la frugal colación— si vas a Pavarandocito, aprovecha y visita también Chigorodó, que hace mucho tiempo que no se visita.

—Encantado, padre nuestro, encantado.

Era invierno, es decir, el tiempo de las lluvias y, por tanto, el tiempo de los caminos infernales y de los barremontes⁷⁶ o crecidas de los ríos.

Bajé a Pavarandocito.

—¿Quién va estos días a Chigorodó? —inquirí.

—Ahora no va nadie, padre; el tiempo está malo, los ríos crecidos y los caminos horribles; no hay caminos; la selva es una extensa laguna. Además, las tormentas son frecuentes y es fácil que los árboles le dejen en el sitio.

—¿Cómo?

—Sí, cuando el viento es fuerte derriba los árboles.

—¿Cuántos días se echan a Chigorodó?

—En tiempo de verano dos, pero ahora el correo tarda tres y cuatro días.

—¿Quién es el correo?

—Esteban Vaca.

⁷⁵ Publicado en *La Obra Máxima*, XVIII/211, noviembre de 1938, pp. 166.

⁷⁶ *barremonte*: tras las intensas lluvias, estas desbordan los cauces, arrastrando numerosos materiales sólidos, barriendo lo que encuentren a su paso.

—¿Y ese correo va en este tiempo a Chigorodó?

—¡Qué remedio! Tiene hecho contrato.

Estuve un rato en silencio. «Donde va un hombre va otro», pensé.

—¿No podría venir el correo a hablar conmigo?

—¿Para qué?

—Quiero visitar Chigorodó. Hace tiempo que no tienen sacerdote y además el padre Amando me ha dicho que lo visite, si puedo.

Mi interlocutor es el alcalde, nada menos, y con la confianza del cargo, insiste.

—Yo le escribiré al padre Amando que en este tiempo no se va a Chigorodó.

—¿No dice usted que va semanalmente el correo?

—Sí, pero así está el pobre joven de enfermo.

—¿Y usted cree que yo he venido aquí a buscar salud?

Se lo dije riendo, no se pudo ofender.

—Le traeré al correo— respondió.

Al rato vino el correo.

Era este un joven simpático, delgado, pálido; acababa de afeitarse, era antioqueño.

—¿Cuándo vas a Chigorodó?

—Mañana.

—¿Los caminos?

—¿Qué caminos?

—Los caminos por donde vas a ese pueblo.

—No hay caminos.

—Bueno, las trochas.

—No hay trochas ahora.

—Entonces, ¿por dónde vas tú a Chigorodó?

—Ni yo mismo lo sé, cada día por sitio distinto, me oriento con la ayuda del machete; ¿no ve usted que con el viento se caen tres o cuatro kilómetros de selva y los ríos con los barremontes cambian también el curso y los pasos?

—Pero tú llegas, ¿no es cierto?

—Hasta ahora sí, a Dios gracias.

—Bueno, pues mañana, si no te estorbo, te acompaño.

—A mí no me estorba, al contrario, yo encantado con su compañía, pero...

—Pero ¿qué?

—Nada, que va usted a sufrir mucho.

No intentaré siquiera hacer historia del viaje. El correo resultó ser «plus quam propheta»⁷⁷. Ya pasó aquello.

Aquí contaré lo que hace al caso: hice un montón (valga la palabrilla por lo gráfica) de bautizos. Y todos los actos religiosos que a la visita del misionero siguen: comuniones, confesiones, etc.

Di por bien empleado mi viaje.

Volví a Dabeiba y casi me muero: no sé quién dijo a mi madre que su hijo había muerto.

Lo gracioso del caso es lo siguiente.

Cuando ya paseaba por casa, me preguntó el compañero:

—¿No sabe?

—¿Qué?

—Que le iban a meter en la cárcel.

—¡Hombre, qué guasa!

—¡Verdad!

Y se reía a carcajadas.

—De verdad, padre. Le iban a meter en la cárcel en Chigorodó.

Levanté la cabeza. ¡Tendría la mar de gracia! ¡Como no sufrí ya bastante!

—¿Y eso?

El hermano seguía riendo. Yo también acabé riendo.

—No, padre, no; fuera guasa, le iban a meter en la cárcel.

Por fin contó lo ocurrido.

Una negra que había hecho de madrina en un bautizo bajó a Turbo y contó que en Chigorodó había estado un padre bautizando, etc., y que iba vestido como los padres de Turbo.

—Bueno, ¿y qué?

—Nada. Dijo que el padre se llamaba Patricio. El cuento fue a las hermanas. Estas, como no conocían a ningún padre Patricio, fueron con el cuento al padre Anselmo. Como este tampoco sabía de ningún padre Patricio, llamó a la negra, la cual insistió en que un padre Patricio, vestido como él...

Como el prefecto no tenía conocimiento de su visita, porque no se acostumbra hacerla en ese tiempo y el telégrafo estaba roto por mil sitios distintos, por causa de las tempestades, y además habían oído que un falsario había estado por los pueblos del Sinú⁷⁸, acordaron ordenar a

⁷⁷ «Más que un profeta», Lucas, 7, 26.

⁷⁸ Antiguo departamento colombiano, próximo al Caribe.

la autoridad civil que le detuvieran.

—Es la primera noticia que oigo.

—¿Qué tal si le hubieran detenido?

Le acompañé nuevamente en su risa y me encogí de hombros.

RERUM FLUXARUM⁷⁹

Yo creo que también él se acordará.

Fue un episodio, como tantos otros, en que el misionero se juega la vida impensadamente.

Ya él, el padre Andrés, se había llevado su chapuzón en el río, junto al mar, al volver la champa podrida sobre la que fue preciso, por no haber más, hacer su correría.

Todavía le duraba el constipado y la tos que sobrevino a la mojadura: tres horas que tuvo que estar con los hábitos y la ropa interior chorreando, después del salvamento, luego de ser sacado de las aguas, como Moisés⁸⁰.

Él se debe de acordar.

Los peligros se suceden, como cuentas del rosario.

Le llamaron para asistir a un enfermo.

No pudo, pues, excusarse con la tos y las décimas de fiebre.

Yo quise acompañarle.

Teníamos que atravesar la bahía.

De San José a Turbo, tres cuartos de hora de canaleta⁸¹.

—A ver, Albino y Rafael, que vengan.

Albino era un indiecito de diez años.

Albino tiene ya su pequeña historia.

Hoy debe de estar cursando para ser sacerdote de Cristo.

⁷⁹ Publicado en *La Obra Máxima*, XVIII/212, diciembre 1938, p. 183

⁸⁰ Moisés fue depositado en el Nilo en una cesta, la corriente lo llevó hasta la hija del faraón, que rescató a la criatura.

⁸¹ *canaleta*: remo de pala muy ancha que sirve al mismo tiempo para gobernar las canoas. Es decir, tres cuartos de hora de remar hasta destino.

Rafael era un negrito de trece o catorce años.

Eran los preferidos por el padre Andrés para sus viajes por el mar.

Saltamos a la champa el padre Andrés, yo y los dos chicos.

Todas las embarcaciones, hasta las champas, que es la más rudimentaria, tienen su proa y su popa.

Nosotros entramos en la bahía de popa.

Al salir del canalito había que cambiar los puestos: el chico de popa a proa y el de proa a popa; cada uno tenía su puesto y ninguno de los dos había desempeñado el papel de su colega.

Además, que la champa era celosa⁸², es decir, que se bamboleaba más de lo que permitían nuestros nervios.

A cualquier movimiento nos veíamos en el fondo del mar.

Calculen la danza que hubiera ejecutado la champa si los chicos se cambian de puesto.

Esto supuesto, el padre Andrés ordenó, ya que el mar estaba en calma, que la champa saliera a la bahía como iba, es decir: la popa por delante y la proa por detrás.

El padre Andrés tosía con frecuencia.

—No debiera haber venido —le dije— su lugar está en la cama.

Estábamos en medio de la bahía.

Comenzó a soplar un viento suavcito que rizaba la superficie. La champa empezó a bailar.

—¡Rafael! ¡Albino! ¡Cuidado!

Seguíamos adelante.

Unas gotillas nos recordaron la imprudencia de no haber llevado paraguas.

Unas nubes negras, en carrera velocísima, llegaron no sé de dónde a pasar por encima de la bahía.

El viento, de suave brisa, se trocó de repente en huracán.

Los rizos de las aguas dieron paso a unas olas colosales, cortadas, con crestas de espuma y que reñían entre sí.

Nuestra champa era el balón de las olas: unas veces aquí, otras veces allá. Las gotitas de agua se hicieron gotazas que caían como balas en combate; de repente nos vimos calados hasta los tuétanos.

—¡Rafael, Albino!

Los pobres chicos no sabían qué hacerse.

⁸² *celosa*: dicho de una embarcación, que por falta de estabilidad suficiente aguanta poca vela.

Yo tampoco sabía qué hacer si no era encogerme de hombros y meter la cabeza en el pecho.

—¡Ahora! ¡Estamos perdidos!, ¡Jesús!

¡Nada! La champa bailaba, pero no daba la vuelta.

Por fin, la fuerza de las olas y el viento nos empujó a la playa sembrada de juncos y no sé qué otras plantas.

El padre vio una sarda⁸³ (un pez enorme, dañino) pasar junto a la champita nuestra. Yo no lo vi. Me ahorré el susto.

Rafael tampoco lo debió de ver, porque saltó, como un hombre mayor, al agua, que le llegaba a la cintura, y empujó la embarcación hasta el guafe⁸⁴ o desembarcadero.

Saltamos a tierra sin novedad.

Nos cambiamos de ropa, asistimos al enfermo y el padre volvió a casa, para meterse en la cama con un calenturón pavoroso que le duró quince días.

Yo no sabía que la bahía de Turbo proporcionaba esos sustos.

Pero ¡vaya!, son «rerum fluxarum» que decía el Venerable Beda...⁸⁵

MI HIJO DANIELÍN⁸⁶

—Voy a darle una sorpresa, su Ilustrísima. Le voy a presentar a mi hijo.

—¡.....! ¿.....?

—¡Danielín!

Una vocecilla de ángel grita desde el patio:

—¡Padre!

—Ven a saludar al señor obispo, guapo.

⁸³ *sarda*: el tiburón sarda o tiburón toro es uno de los pocos tiburones que remonta los estuarios para alcanzar aguas dulces. Puede llegar a medir hasta 3,4 m. de largo.

⁸⁴ *guafe*: pequeño muelle marítimo, posiblemente del inglés *wharf*.

⁸⁵ Beda el Venerable fue un monje inglés del siglo VIII. «Rerum fluxarum» es una frase proverbial que alude a lo fugaz e inconstante de la existencia humana y lo material.

⁸⁶ Publicado en *La Obra Máxima*, XIX/213, enero de 1939, p. 8.

Saltando se presenta en la sala un negrillo, más majo que el sol, no digo que desnudito y ventrudito, porque yo lo tengo bien vestidito con su lindo traje de dril⁸⁷ blanco y sus zapatitos nuevos.

Es mi monaguillo, se pelea con todos los chicos mayores que él por replicar él solo las campanas. Me hace los recaditos chicos. Lleva —¡qué miedo tenía al principio! —el caballo al potrero⁸⁸, cogiendo, ¡todavía!, el ramal⁸⁹ por la punta. Lo qué lloró cuando pretendí que se montará él solito.

Es la mar de gracioso, tiene seis años. Os voy a contar cómo le conocí, lo quise y lo apadriné. Fue una vez de las muchas que hacía la visita al pueblecito. Me encontraba comiendo en mi cuarto, cuando hizo su aparición —el dedo en la boca— un negrillo menudito, con un breve pantalón por varias partes descosido y roto, sostenido por un tirante solo, por todo vestido.

Tan despacito entró, que al verlo no pude menos de sorprenderme como ante una aparición. Él, los ojos bajos, tartamudeó de prisa:

—Mi madre, que si le gusta a usted el arroz con coco.

Me dio lástima y me hizo una gracia; descalcito, roto, con muchas pupas en todo el cuerpo, sobre todo en la cabeza.

—Y tú ¿cómo te llamas?

—Danielín.

—¿Y tu mamá?

—Mi mamá es la que hace la comida, está en casa de don J.

De casa de don J. me servían la comida.

—Mi mamá, que si quiere arroz con coco.

—Trae, Danielín, trae todo lo que quieras.

Eran las dos de la tarde.

—¡Oye! ¿Tú habrás comido ya?

—No, señor, no, padre.

—¿Te gusta el arroz con coco?

—A mí mucho, sí, señor, sí, padre.

Me encantaba verlo corregirse él mismo. ¿Cómo podía darse cuenta del tratamiento?

⁸⁷ *dril*: tela fuerte y resistente, generalmente de algodón.

⁸⁸ *potrero*: terreno cercado con pastos para alimentar y guardar el ganado.

⁸⁹ El ramal o ronzal es una cuerda que se ata al pescuezo o a la cabeza de las caballerías para sujetarlas o para conducir las caminando.

—Dile a tu mamá que me traiga un plato lleno. Lleno ¿oyes? y me lo traes tú mismo.

—Mi hermano no quiere que yo lo traiga, dice que se me cae, pero no se me cae.

—Anda, corre.

Danielín se va dando saltitos a su madre:

—Que le ponga mucho arroz al padre y que yo mismo se lo voy a llevar.

Al oír esto su hermanito mayor le contradice:

—Embuste, tú no lo puedes llevar.

Se pelean los dos pobrecillos el servirme, porque saben que aquel día comen.

A los pocos minutos se presenta Danielín, muy tiesecito, trayendo muy alto, en las dos manos, el gran platazo de arroz con manteca de coco.

—Siéntate aquí cerquita, Danielín.

El chiquillo levanta la cabeza y me mira. ¡Qué tímida gratitud muestra en sus ojos tristes y redondos,

A través de las rendijas de las cañas, que forman la pared, distingo como una sombra.

—Asómate Daielín, a ver quién es.

—Es mi hermano que no me dejaba traer el arroz.

—Dile que entre.

—Que entres— grita.

—Tiene vergüenza— me dice riéndose.

—¡Hombre, entra! No tengas vergüenza.

Su hermano presenta un aspecto mucho más lastimero aún que el de Danielín; una llaga en la pierna le obliga a cojear.

¡Abren unos ojazos...! Y abren también los cinco dedos de sus respectivas manos, que hunden en el monte de arroz. Después del arroz, del que no dejan grano, es la carne, son las tajadas de plátano frito, es un vaso de leche.

—¿Os gusta el café?

Los tres tomamos café del mismo vaso.

—¿Cuántos años tenéis?

—Yo cuatro— dice Danielín.

—Yo siete— dice su hermano

—¿No habías comido aún?

—Aún no.

—¿Y qué coméis?

—Arroz con coco y plátano asado.

—¿Tú sabes «Por la señal»⁹⁰?

Hace un gesto afirmativo.

—A ver.

¡Oh! ¡Qué bonito garabato!

—¿Quieres mucho a papá?

—No tenemos.

—¿Y a mamá?

—Nos pega...

—Es que seréis malos.

Me muerdo la lengua al decir «malos». Estos angelitos, ¿cómo pueden ser malos? Desnudos, descalzos, con hambre... ¡Pobrecitos!

¿Cómo no se me había ocurrido antes? Es la tercera o cuarta vez que vuelvo al pueblecillo y que siento a Danielín a mi mesa. En todos mis viajes mi primera pregunta es siempre por Danielín. Pregunta por lo tonta, porque Danielín se me hace el contradizo a los cinco minutos de mi llegada. Y aun me muestra su cariño, cuando sabe de antemano el día que los visito, saliendo al camino dos o tres kilómetros para esperarme. Pero ¿por qué no se me ocurrió hace seis meses?

—Danielín, ¿quieres venirte conmigo?

Me mira largamente, con sus redondos ojos en blanco.

—¿Quieres?

Me dice que sí con la cabeza, tal vez cree que es una broma lo que le digo.

—Dile a mamá que venga.

Su hermanito corre antes que él a su casa:

—Mamá, que el padre quiere llevarse a Danielín.

—Mamá, yo me voy con el padre.

Su madre encantada: ¡Cuanto antes!

—Si no es obediente le castiga— dice la mamá por decir algo.

—¿Verdad que no serás malo?

—Despídetes, pues, de tu mamá.

⁹⁰ Fórmula o ritual verbal para persignarse que es acompañada de tres cruces hechas con la mano más una final («Por la señal de la santa cruz + de nuestros enemigos + líbranos, Señor, Dios nuestro +. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo +. Amén»).

La mamá llora, pero el negrilla se viene tan contento. Pero tiene miedo a subirse al caballo.

—Te llevaré conmigo, delante, no tengas miedo.

¡Con qué envidia lo miran todos los niños! ¡Si yo pudiera llevarme a todos! Hace dos años que lo tengo.

¡Qué majo está con su vestidito de primera comunión, en traje de calle o vestido de monaguillo, con sus manecitas juntas, pidiendo al Niño Jesús por todos sus amiguitos!

—¿Qué le parece, padre prefecto, mi hijo?

UN MUERTO SALVA A DOS VIVOS⁹¹

Me lo contó un misionero. Yo le creí. ¿Por qué no? Aquí va su relato.

Tenía que visitar dicho padre un pueblecillo de la costa, no sé si me dijo oriental u occidental, para el caso es lo mismo. Todo el mundo sabe que el mar Caribe se interna, como quien dice, en la tierra de Urabá y forma el golfo que lleva el mismo nombre. Este golfo es de cuidado, como todos los golfos terrestres o marítimos⁹².

Las costas de ese golfo son inhóspitas: ya son selvas de mangles que con sus altas raíces al aire (que semejan tentáculos de pulpo empenachado de ramas, avanzan hasta adentro en la mar salada, burlándose de sus olas); ya son rocas cortadas a pico que le dicen al mar: «hasta aquí»; ya es una playa estrechita y mezquina que ríe al sol con sus dientes menudos de conchas blanquísimas. Solo en los terrenos más altos y sólidos existe algún pueblecito de chozas y cocoteros que se empinan curiosos tratando de ver lo que ocurre al otro lado del golfo.

Como entonces no había lancha, ni canoa ninguna arribaba a aquel puerto escondido, resolví tras de mucho pensarlo, lanzarme al Caribe en la débil champita, con un boga de toda confianza.

Por la orilla, bordeando entrantes y salientes de la costa, iríamos poco

⁹¹ Publicado en *La Obra Máxima*, XIX/214, febrero de 1939. p. 22.

⁹² Nótese la dilogía humorística de *golfo* 'sinvergüenza', 'accidente geográfico'.

a poco acercándonos al fin de nuestra jornada, ya que el viaje, saliendo a las dos de la madrugada y llegando a las once de la noche, debiera durar un día.

Pisando los grandes cangrejos azulosos de tierra que a esas horas salen de sus cuevas, no disimuladas, a buscar alimento, llegué de la casa de Turbo al guafe, donde el negro marinero me aguardaba. Echado cuan largo soy a lo largo de la larga y estrecha champa, pude ver y contemplar a mi placer las estrellas. Nunca me ha parecido Dios más grande que cuando contemplo solo, con la compañía de un salvaje sobre el mar o un gran río sin orillas, el firmamento estrellado. Los monótonos y rítmicos golpes del canalete del negro en el agua, me sugestionan, me ponen en éxtasis y acabo soñando que los ángeles mecen mi cama sobre mares movibles de nubes, que me llevan al cielo. La fresca brisa de la mañana me avisó que no me perdiera el brillante espectáculo del sol que en toda su pompa salía a bañarse al mar en que yo navegaba. Y no perdí el espectáculo, y alabé al Creador, y me santigüé con devoción. El negro, incansable, impasible; seguía metiendo y sacando, a compás, su canalete; ya a la izquierda, ya a la derecha de la champa. Saqué mi breviario⁹³ y me puse a rezar las horas: ¡que hermoso es rezar los himnos litúrgicos a flor de mar, mojando en sus aguas el índice para pasar las hojas del breviario!

—No meta la mano en el agua —me amonestó el boga— puede llevársela una sarda (pequeño tiburón del golfo de Urabá) o cortárselo un pez espada.

La saqué con temor. Seguí rezando. El canalete, como un péndulo; izquierda, derecha, a compás, seguía cortando el agua y la champa avanzaba sobre la rizada superficie, no lejos de la costa bravía. Desde las más altas ramas echaban los mangles las sondas de sus raíces, temiendo alguna traición. De pronto se vuelve el boga hacia mí:

—La de tigres que hay por estos manglares— me dice.

Yo no sé qué responderle.

—¡Verdad!— le digo por decir algo.

Él vuelve a sus pensamientos. Yo a los míos. Los alcatraces⁹⁴, en grandes bandadas, vuelan sobre nosotros. Se lanzan al mar y se dejan mecer, como góndolas; otra vez se levantan y forman negra nube en los aires.

⁹³ *breviario*: libro que contiene el rezo eclesiástico de todo el año, en este caso contiene la liturgia de las horas.

⁹⁴ *alcatraces*: aves costeras de tamaño medio grande que atrapan a su presa (peces) mediante zambullida y buceo.

Con la rapidez del rayo es una, es otra y otra vez, que se lanzan aisladas sobre el mar; apenas tocan sus ondas se las ve nuevamente en el espacio. (Esta parte del relato del padre me recuerda *la cadena*: eso que hacen los «cazas» y que es tan bonito de ver hacer sobre los rojos y tan horrible y miedo si lo hacen encima de nuestros sesos⁹⁵).

Viendo pescar y volar a aquellos alcatraces cenicientos entretenía mis ojos y mi espíritu, pues fuera de mar y cielo y manglares, nada podía distraerme por fuera; por dentro, ya es otra cosa, a veces cerraba los ojos y pensaba: «¿cuándo llegaremos?, ¡qué incómoda es esta champa!, ¡no me puedo ni mover!, ¡si fuera capaz de tenerme en piel!». Y abrí los ojos y probé de tentar mi equilibrio. Poquito a poco logré enderezarme sin asirme a nada. Me puse farruco⁹⁶ y traté de desperezarme. Apenas tendí los brazos y arqueé el pecho, dio un vuelco la champa, que si no es por la pericia del boga avisado, zozobra, y si no es por milagro, me zambullo al hondo. Gracias a Dios que todo fue una fuerte y violenta sentada que me di, y achicar el agua que se había metido a pasajera.

Ciertamente íbamos muy despacio, demasiado despacio. De pronto exclamaba yo en un suspiro: «¡Ay, qué despacio vamos!». La última vez que exhalé tal suspiro (¡nunca hubiera suspirado!), fue a las tres de la tarde. El sol me derretía, no solo los sesos, sino el pecho y el vientre y las piernas y la espalda. En vano agotaba mi ingenio y mis movimientos para defenderme de sus rayos. Y el mar, que estaba sereno como una piscina de un colegio de chicos (?)⁹⁷, parecía un espejo manejado por un duende malo que se complacía en lanzarme el reflejo del sol a la cara.

—¡Ah, cuándo llegaremos! —suspiré.

El boga creyó que iba con él mi suspiro.

—Mi padrecito —me dijo— si usted quiere, cortamos las entrantes de la costa y ganamos por lo menos cuatro horas.

—Pero tendremos que meternos muy adentro en el mar.

—Pero ganamos cuatro horas.

—¿No será peligroso?

—Nada, y ganamos cuatro horas.

⁹⁵ Algunos relatos fueron escritos o modificados durante la Guerra civil española (1936-1939), cuando el autor fue capellán en el bando del ejército Nacional. Por los rojos se refiere al bando Republicano, formado en parte por comunistas, socialistas y anarquistas.

⁹⁶ *farruco*: altanero, en este caso, el personaje se envalentona, coge confianza con cierto descuido.

⁹⁷ El autor subraya la antífrasis con el signo de interrogación.

—Pues corta por donde quieras. Yo trataré de dormir y si hay peligro me avisas.

—Confíe, mi padrecito.

Cuando me desperté llovía a mares. El mar, alborotado, jugaba con nuestra champa y a patadas de olas la iba tirando como a una pelota hacia la playa, que no estaba lejos.

—No tenga miedo, mi padrecito, ya pasó el peligro, ya no nos cubre—, y con el canaleta medía el fondo de las aguas, pero tan furiosas golpeaban las olas la débil cascarilla, que optó por echarse al agua y proteger con sus brazos el tesoro de su champa. Por poco se ahoga: el agua le llegaba a las narices y las olas le cubrían muchos palmos la cabeza. Pero era un gran nadador y en fin, con mil apuros y esfuerzos, llevó la embarcación a donde no le cubría la cintura. Una ola más fuerte la hizo encallar.

—No tema, mi padrecito, la dejaremos aquí clavada con la palanca; el mar ya no se la lleva, está segura.

—¿Y yo?

—Usted salte, que no le cubre las rodillas.

Con el agua a la cintura, empujados —yo al menos— por las olas, ganamos la playa; una manguada playica que se estiraba tres o cuatro kilómetros entre el mar y la selva.

—Tendremos que hacer noche en esta playa, el mar no nos dejará salir.

—¿Ni bordeando la costa?

—Peor. Es más peligroso cuando hay tormenta.

—Bueno, pues, que sea lo que Dios quiera.

—Vea, mi padrecito, algo lejos de aquí me creo que hay una choza; si usted quiere que vaya a explorar...

—Bueno, pero no tardes nada.

Me quedé solo, frente al mar. A mi espalda la selva. Gracias a Dios que era aún de día. El mar y la selva dialogaban, no sé yo lo que podrían decirse, mas sus voces eran ásperas y retumbantes.

Si querían espantarme, se llevaron un buen chasco; saqué mi rosario y me puse a pasear muy sereno, esperando a mi boga. No tardó este en llegar, me pareció que venía muy emocionado.

—Mire, mi padrecito, a medio kilómetro hay una choza, pero ya no hay nadie. Podemos pasar en ella la noche.

—Vamos allá.

Apenas habíamos dado unos pasos me dice:

- Hay un muerto.
- ¿Dónde?
- En la choza a donde vamos.
- ¿Qué dices?
- Que hay un muerto en la choza a donde vamos.
- Yo no voy entonces.
- ¿Por qué?
- Bueno, vamos.
- Claro, dormiremos mejor que a la intemperie. Como el muerto no siente la lluvia, lo he sacado fuera.
- ¡Lo has sacado fuera! —repetí maquinalmente.
- Y nosotros dormiremos dentro.
- Se ve que no te dan miedo los muertos.
- A mí nada, ¿por qué?
- A mí sí, pero en fin, lo enterraremos, rezaremos por él y avisaremos al juez cuando volvamos.
- Eso es.
- Llegamos.
- Ahí he puesto al muerto, mire.
- ¿Cómo pudo venir a morir hasta aquí?
- Muy sencillo: será un contrabandista. Vendría de Panamá⁹⁸. Una tempestad en el mar y naufragó, eso es, se fue a pique su bote con todo. Él sabía nadar. Vino a dar medio muerto a esta playa y no tuvo remedio: murió de hambre. Nadie lo vería y preso entre el mar y los manglares, que son más terribles que el mar, se murió.
- ¿Tú crees?
- Con toda seguridad. Yo no le conozco, pero apenas corra la noticia verá usted como es cierto lo que le digo. Entremos.
- Imposible, yo no entro, eso hiede que es insoportable, yo no puedo dormir ahí dentro. Vamos cerca de la champa. Se la puede llevar el mar y entonces somos muertos como este desgraciado.
- Por eso pierda usted cuidado, está muy bien sujeta.
- Yo no era dueño de mí mismo. La inmovilidad en la champa, el reflejo del sol en el agua, la tempestad, la lluvia, el muerto... tantas impresiones morales y físicas me habían agotado. Acabé por obedecer al negro en todo.

⁹⁸ El canal de Panamá fue inaugurado en 1914. El flujo de mercancías supuso una explosión del comercio y contrabando en el área.

—¿Dónde me acuesto?

—Mire, mi padrecito, en ese entarimado estaba el muerto, es el mejor sitio; se ve que él lo escogió para morir. ¿Si usted quiere? Lo he limpiado ya bien y ya no huele a nada, tienda ahí su petate⁹⁹ y verá que bien duerme; yo dormiré en el suelo, a sus pies, para que no tenga miedo. Después le oí que decía por lo bajo: «¡La de tigres que debe de haber por esos manglares!»

No sé cómo, ni cuándo, ni dónde me acosté. Cuando el brillante sol de la mañana siguiente me despertó y levanté la cabeza, me vi en el entarimado de cañas donde había muerto el náufrago, a mis pies seguía roncando el boga. Lo sacudí con el brazo:

—Son las ocho del día, a ver que hacemos.

—¡Ah sí!, lo primero enterrar a ese muerto y embarcarnos pronto para aprovechar la calma.

Salimos. El cadáver había quedado fuera, cerquita, casi junto a la puerta —sin puerta— de la choza.

¡¡Allí no estaba!!

Nuestra admiración y espanto no tuvo límites. Yo me volví a él: «¿y el muerto?»

Dimos la vuelta a la choza, no, allá no estaba el muerto. La playa estaba limpia de toda la basura o planta de la choza. El negro no salía de su asombro, yo de mi espanto.

—¡Ha sido el tigre! —me dijo de pronto espantado —mire sus huellas en la arena. ¿Trae usted revólver? Yo tengo la escopeta y el machete.

—¿Piensas perseguir al tigre?

—¿No le parece que podíamos quitarle el muerto y enterrarlo?

—Ya lo creo.

—No debe estar lejos, lo habrá arrastrado unos metros hacia el manglar.

En efecto, a la entrada de la selva, sin ver al tigre, vimos al muerto despedazado. Lo había arrastrado lejos, como el gato a la tajada que roba.

Acarreamos arena y guijarros en el poncho y lo cubrimos hasta hacer un pequeño promontorio. Nos embarcamos. Yo iba emocionado rezando aún por el muerto. El boga dijo de pronto:

—Padrecito, si no llega a estar el muerto no se a cuál de los dos hubiera preferido el tigre: ¡le gusta la carne blanca!

⁹⁹ *petate*: lio de la cama y ropa de cada marinero, de cada soldado en el cuartel y de cada penado en su prisión. En este caso el equipaje que llevaba el misionero.

PEUSIÁ HA MUERTO¹⁰⁰

Bohío de indio acomodado: tiene tres vacas, dos caballos, seis cerdos, gallinas, rocería de muchas cabuyas¹⁰¹, un cacaotalito regular, al que aún no le ha tocado la peste¹⁰²; y cinco hijos varones que viven y trabajan con su padre.

Está agonizando la abuelita centenaria, que, muy cristiana, se apresura a llamar al sacerdote. La he asistido. ¡Qué tranquila y contenta se va! Cumplido mi oficio me dispongo a partir. El papá se me acerca: «Yo quiero decir palabra a usted».

—Tú dirás.

—Hijo mío mediano quiere casar.

—¿Qué edad tiene?

—Indio no sabe años: trabaja como yo y quiere mujer.

—¿Y ella?

—India también dice que quiere casar.

—Yo dice que hasta que padrecito diga palabra tiene que respetar: nosotros siempre lo que diga padrecito.

—¿Bajan el domingo al pueblo?

—Sí, todo domingo bajamos a oír misa y vender quesito, huevito, maisito, platanito y comprar salesita y panela¹⁰³.

¹⁰⁰ Este relato se integra en el capítulo IX, «Pegadó», de *Al amor de los Karibes*.

¹⁰¹ *roza*: tierra rozada y limpia de las matas que naturalmente cría, para sembrar en ella, en este caso cabuya (pita); planta de cuyas las hojas se saca buena hilaza, muy usada para fabricar cuerdas y cierta clase de tejidos.

¹⁰² *cacaotalito*: terreno poblado de cacaos; no le ha tocado la peste, es decir, está libre de la enfermedad conocida como «la buba del cacao» o «verruca del cojín floral», que afectó Colombia especialmente entre 1938-1940.

¹⁰³ *panela*: azúcar sin refinar, que se obtiene de la caña y se elabora en pequeños bloques de diferentes formas.

—El domingo, que bajen y le hablaremos; al muchacho, que se puede casar.

Por el camino pensaba: «Así es la vida; unos se van y otros vienen: junto al lecho de la abuela, el nieto piensa en casarse». Después de todo, no es cosa de indios solamente.

El domingo siguiente una nube de indios llena la sala.

—Estos son los novios— me los presentó el papá casamentero.

Eran dos niños: ella podía tener 14 años, él unos 16 o 17.

—Bueno, chicos, pero ¿ya conocéis lo que es el casarse?

Los indios ríen.

El muchacho por toda respuesta, me dice que él quiere mucho a mujer.

Ella, con los ojos bajos.

Las indias son poco habladoras, a pesar de ser mujeres, sobre todo delante de los indios y los extraños.

El viejo intervino.

—Quieren y, ¿pa qué, pues dejar? ¿Mejor no casar? Además, mujercita chiquita ya vale.

—¿Cómo que vale?

—Hijos ya puede dar.

Comprendo. Los indios, más que nada, buscan en el matrimonio, como antes los hebreos, los hijos; hasta el extremo de que muchos antes de casarse... prueban, y otros aborrecen a sus esposas legítimas si no les dan sucesión. No recuerdo haber visto un matrimonio katío sin hijos, tres o cuatro por lo menos. ¡Qué lección para los pueblos que se llaman civilizados!

—Bueno, pues, en vista de todo esto, no hay más que hablar. Vamos allá.

—¿No son parientes?

—No.

—¿Testigos?

—Este y este y todos.

—¿No están antes casados?

Se ríen. La pregunta huelga.

—¿Se quieren? ¿Sí? El domingo que viene se casan.

El muchacho no queda conforme y mira a su padre.

—¿Muy pronto?

—Tarde, domingo.

—Ea, pues, mañana mismo (¿a qué hablar?). Esta noche se quedan en casa y mañana matrimonio.

Pícaros de ellos. Habían bajado prevenidos con sus parumas nuevas y sus collares.

Las hermanitas carmelitas terciarias misioneras¹⁰⁴ (¡qué nombre tan largo!), les dan una buena pasada de catecismo.

—¿Quieres a tu marido?

—Sí.

—¿Quieres a tu mujer?

—Sí.

La bendición.

Fiestas, guarapo¹⁰⁵, aguardiente (son ricos), música (hay indios que tocan muy regularmente el tiple¹⁰⁶, la guitarra y la lira), bailete. Muchos invitados, mucha paruma nueva (coloradas, blancas, azules), mucha corona de hierbas y flores. Son los futuros esposos que asisten con cierta envidia a la dicha de sus compañeros más jóvenes.

Es algo poético: los que están prometidos o son simples novios, llevan, sobre todo en público, su corona de flores silvestres y hierbas aromáticas. Tienen a gala —y con todo el derecho— manifestar su felicidad al mundo.

¡Oh dichas vanas de este valle de lágrimas!, qué poco durables son, aun entre los indios.

No había pasado aún una semana y los mismos indios, el mismo papá, me visita todo entristecido y lloroso.

—¡Peusía —me grita— murió!

—¿Qué? ¿Quién? ¿Eso?

Me cuenta. Su finca está dividida por el caudaloso Riosucio, al lado de allá tenía el platanar. El río se pasa en garrucha¹⁰⁷. Como es tan profundo y el cauce por aquel sitio está tan bien cortado, de una orilla a otra tienden tenso un grueso cable del que pende una tabla cogida por los cuatro ángulos; dos rueditas la deslizan por el cable con la fuerza que hace el que cabalga en la tabla (¿me explico?). Así pasan de un lado a

¹⁰⁴ Las terciarias carmelitas descalzas, fueron constituidas como congregación de derecho diocesano en 1878, agregadas a la familia de la Orden de los Carmelitas Descalzos en 1906. Llegaron a Colombia en 1925.

¹⁰⁵ *guarapo*: bebida fermentada hecha con el jugo de la caña.

¹⁰⁶ *tiple*: guitarra pequeña de voces muy agudas.

¹⁰⁷ *garrucha*: rueda de polea; su funcionamiento se explica a continuación.

otro del río. El muchacho, decidido, se empeñó en pasar por el río para cortar unos plátanos, a lo mejor antojo de su mujer.

Como no estaba el trasto de la tabla, pues nada, con unos bejucos¹⁰⁸ fuertes hizo una especie de anillas que rodeó a sus piernas y con otro bejuco bien atado las colgó del cable, esto es, se colgó del cable. La forma de unas tijeras darán una idea del ingenioso y temerario invento del muchacho.

Ocurrió lo que no podía por menos de ocurrir y fue que al llegar a la mitad del río se rompió el bejuco con el roce del cable, y el pobre recién casado dio con su cuerpo en el fondo del río, y a pesar de ser buen nadador, como son todos los indios que habitan las orillas de los caudalosos ríos (yo sé de una india que en un día de crecida pasó a nado el río, llevando asidos a su larga cabellera dos niños). A pesar —digo— de ser excelente nadador, impedido como estaba de las piernas, atadas por el bejuco, con solo los brazos no pudo dominar la corriente impetuosa. Y es el día que nada se sabe de su cuerpo...

A los siete u ocho días me contaron que vieron un esqueleto de hombre en una playa del río, veinte leguas abajo.

A los nueve meses justos, un niño, como un lucero, alegró con sus gemidos el alma inconsolable de la viuda de catorce años.

RIOSUCIO¹⁰⁹

Hoy me he acordado del padre Dionisio. Lo recuerdo todos los días, pero hoy he dedicado varias horas a pensar en él. ¿Por qué? He visto una mariposa. Y la relación que hay entre el padre Dionisio y una mariposa es esta. El padre Dionisio, un misionero joven de Urabá, compañero mío, vive y trabaja como un nuevo San Pedro Claver¹¹⁰ entre los negros

¹⁰⁸ *bejuco*: planta sarmentosa y trepadora, propia de regiones tropicales. En ocasiones se usa a modo de cuerda o sogá.

¹⁰⁹ Publicado en *La Obra Máxima*, XX/229, mayo de 1940, p. 73.

¹¹⁰ Pedro Claver (1580-1654), fue un misionero y sacerdote jesuita español que pasó a la posteridad por su labor con los esclavos del puerto negrero de Cartagena

de Riosucio. Y en Riosucio del Atrato tienen una linda costumbre para el día de los Inocentes.

—He visto un caimán enorme junto al w.c. y al baño, dicen.

—¿Cuándo?

«Pase por inocente mariposa», responden entre risas.

Es decir, que cuando a uno se la pegan, en vez de motejarle de inocente, a secas, le aplican la mariposa: «Pase por inocente mariposa».

Siempre que veo una mariposa me acuerdo de Riosucio del Atrato y de su digno párroco el padre Dionisio.

Riosucio tiene muchas cosas raras. ¿A que a todos los lectores les ha extrañado la inocentada que he dicho del enorme caimán junto al baño? Pues nada más sencillo y fácil de comprender, sabiendo que en Riosucio los w.c. y el baño están en el río Atrato.

Eso es Riosucio, una hilera de casas en una estrecha lengua de tierra a orillas del Atrato, y enfrente, sobre el mismo río, flotantes, otra hilera de casitas para el servicio e higiene de las de enfrente.

Así que nada más fácil que un caimán junto al w.c. y al baño.

Así y todo, yo pasé por inocente mariposa.

Otra cualidad de Riosucio es que la mitad del año son también lacustres (en este caso fluviales) las casas de habitación. El Atrato se desborda y lo anega en varias leguas a la redonda. Por eso las casas se afianzan sobre altos postes de madera incorruptible. La iglesia de madera también se anega, a veces. Previsoramente, el altar mayor es más alto; tiene varias gradas que el agua no cubre.

Un negrillo me contó que el padre salió un domingo embarcado a decir misa.

Para enterrar a los que mueren en tiempo de inundación, tienen que navegar un día entero hasta encontrar tierra firme.

El padre Dionisio es el misionero de los habitantes del Atrato, de los villorrios lacustres, de la pobre gente que vive de la caza y de la pesca.

Padre Dionisio: ¿Por qué no nos cuenta sus cosas, su labor, sus aventuras?, serían edificantes.

Muchos recuerdos de su afmo.

de Indias donde vivió la mayor parte de su vida. Se apodó a sí mismo el «esclavo de los negros».

SAPO RONDÓN¹¹¹

Diría una tontería si dijese que aquella noche llegué a Pavarandocito cansadísimo. Quise echar una cana al aire¹¹² y me tragué, en el día, las quince leguas que lo separan de Dabeiba¹¹³. Apenas llegué me saludó la campana de la iglesia de zinc, que aguardaba mi visita para bendecir a Dios. Me vi rodeado de niños.

Hacía una noche espléndida, calurosa en exceso, no se movía una hoja. La infinita muchedumbre de sapos y ranas del contorno croaban su concierto interminable. Los zancudos¹¹⁴ afinaban sus violines y nos obligaban a sacudirnos la cara, las manos y las piernas con los pañuelos, no nos dejaban en paz ni un momento.

La gente toda de la calle, buscando en vano la frescura de la noche. Apretones de manos. Bienvenidas. Como siempre.

Me era especialmente simpático el pueblecillo. (¡Ah la viejecita Alejandra!, que oración más preciosa le rezaba a la Virgen del Carmen).

Jaime, por mal nombre Zataná, consiguió, después de mil discusiones, hacerse cargo de *Maite*, mi caballo, para llevarlo al potrero. Fue preciso intervenir para evitar empujones entre ellos. Les encanta montar en mi caballo.

¹¹¹ El relato forma parte del cap. XII, «Pavaradoncito», en el *Al amor de los Karibes*. También publicado en *La Obra Máxima*, XIX/217, mayo de 1939, p. 72.

¹¹² *echar una cana al aire*: divertirse fuera de su norma habitual, es este caso actuar fuera de lo normal, por sentirse el misionero especialmente jovial y optimista respecto al camino desde Dabeiba a Pavarandocito.

¹¹³ *Dabeiba*: municipio en el departamento de Antioquia, limítrofe con Frontino y Mutatá, entre otros municipios. Territorio históricamente dominado por los indios katíos.

¹¹⁴ *zancudos*: mosquitos.

Los chiquillos entran conmigo en la casa. Eran quince lo menos. ¡Qué enjambre! ¡Qué algarabía! No me dejaban mover.

—¿Hay rosario esta noche?

—No, es muy tarde, pero no os vayáis. Traigo medallas y caramelos para vosotros.

—A mí, a mí. A mí no me ha dado.

—¡Sí te he dado!

—¡Embuste!

A mis oídos llegan ecos de música, tocan tiple.

—¿Dónde tocan?

—En casa de Matilde. Es su santo y tienen baile.

—Embuste, no van a bailar. Tan solo tocan.

—Vosotros no bailaréis, ¿verdad?

—Zataná sí baila.

—No digas Zataná, se llama Jaime.

Zataná podría tener siete años. Llegó Jaime.

—¿A mí no me das caramelos?

—Claro que sí.

—Daniel ha dicho que tú bailas—, le susurró un compañero.

—¿Quién lo dijo?

Yo intervengo:

—¿Es cierto?

—Él sí sabe, y el otro día bailó.

—Sí, bailé, el «Sapo Rondón», nada más. Yo tampoco sé más.

—Mentira, que también baila el «Pataleta».

—Tú también.

—Eso lo saben todos.

—Pues a bailar todos.

Los muchachos gritan, aplauden, se rebullen, se forman en parejas.

Jaime comienza:

La gallina con chaqueta
y el gallo con pantalón
ya fueron a la plaza
a bailar sapo rondón.
Sapo rondón—Sapo rondón...

Ya no son los quince, son los veinte, son veinte negrillos los que bailan, levantan los brazos, repiten sin cesar:

Sapo rondón—Sapo rondón

Jaime interrumpe:

Señora la Bichera...

Y siguen los demás:

Llegó la Comisión,
que me duele la cabeza
y también el corazón.
Sapo rondón—Sapo rondón

Sapos dentro de casa y sapos fuera me llenan la cabeza, a pesar de lo que me gusta de ver bailar a tanta inocente criatura.

—¿No sabéis otra cosa?

—Bailemos la Pataleta.

Y todos corean:

En el mes de mayo
¿quién me sujeta?
Sujétame, Señor,
que me dio la pataleta...
Sujétame, Señor,
que me dio la pataleta...

Cada uno por su lado, mientras gritan, fingen que se caen y empujan unos a otros. En esto consiste el baile, en hacer el bobo y dar fuertes empujones. Los más grandecitos arrinconan a los más débiles, que buscan protección junto a mí.

—A otra cosa, chiquillos. Cuidado, no empujes tan fuerte.

—Sapo—rondón, sapo—rondón.

—No, eso no, otra cosa.

—El florón, el florón, —grita una voz varonil desde la calle.

¡Qué sorpresa! La calle está llena de curiosos y curiosas que se agolpan a la puerta y siguen con entusiasmo el bailoteo infantil.

—¡Pasen, señores!, ¡pasen!

Las comadres no se hacen rogar, entran y se van colocando en los

ángulos, donde no estorben y algunas estorban, pero no importa. Es mucha la gente grande, los peces gordos, ¡qué ocasión!

—A ver. Señores, que nadie se vaya, que hay sitio para todos. A ver don Pepe, don Juan, tomen asiento, vean la chiquillería, qué envidia ¿no? Ya están dentro de la casa los más.

—¿Y qué les parece, amigos, si ahora rezáramos el santo rosario?

Todos acceden gustosos.

—Así en familia da más gusto que en la iglesia. A ver niños, sentaros.

—Por la señal...

Media hora para Dios.

—Avemaría Purísima

—En gracia concebida.

...

Sigue el baile:

Sapo—rondón... Sapo—rondón...

En el mes de mayo

¿quién me sujeta?

Los mayores prodigan sus aplausos. A las mamás se les cae la baba.
—Padre, ¿quiere que juguemos al florón?

Treinta voces repitieron:

—¡Al florón! ¡Al florón!

Antes de pensarlo, los veo sentados en corro, en el suelo; uno se queda en el centro de pie: Zataná.

—¿Quiere darnos un pañuelo?

Le doy el pañuelo limpio.

Cantan:

El florón está en la mano,

en la mano está el florón.

Por aquí pasó—Que lo vide yo.

Se van pasando el pañuelo de mano en mano, sin que lo vea el del centro que se lanza en su busca, inútilmente, pues mientras coge las manos de uno, por detrás le sacuden con él...

Por aquí pasó que lo vide yo...

Otras veces, en vez de decir florón, dicen conejo: El conejo está en la mano...

¿Por qué he de ser yo tan triste? En seguida me invade el pensamiento: «Así me divertía yo, cuando era niño». Qué lejos estoy ahora...

—Bueno, niños. ¡Oh, qué tarde es! Mañana todos a misa, que no falte ninguno ¿oyen?, ninguno. Os traéis a vuestros padres y a vuestras madres... ¡Señores, buenas noches!

Me tiendo en el catre. Durante un rato largo oigo que gritan aún los niños:

El florón en la mano.
en la mano el florón...

APÓSTOL DE CUERPO ENTERO¹¹⁵

Tenemos en Chigorodó una talla mediana de San Sebastián, atado al tronco y traspasado por las cinco saetas, al que, entre otros poderes, reconocen los negros la virtud de envasar las aguas desbordadas en su justo y limitado cauce.

Tendido el rancherío en la selva, a lo largo del río, se ve con harta frecuencia arrastrado por las aguas como el arca de Noé. En casos tan angustiosos se coge la imagen del santo martirizado a flechazos y se introduce una, dos y tres veces en el río, mientras se rezan unos padrenuestros, y santo remedio: las aguas, obedientes y sumisas, van volviendo a su tranquilo curso. Esta es la creencia y uso que yo, cuando estoy presente, les impido practicar, pero en mi ausencia han bañado a San Sebastián más de una vez.

Aquel día las aguas, con roncós rugidos, asomaban su frente terrosa y revuelta por los bordes del río, el barremonte no se haría esperar, arrasante y tremendo. ¡Oh, glorioso San Sebastián!, si no estuviera el Padrecito. No faltó una viejecita que vino a pedírmelo para que el río no se llevara por delante los ranchos.

¹¹⁵ Publicado en *La Obra Máxima*, XIX/218, junio de 1939, pp. 86.

Sin darme lugar a decirle que no, un negrillo se llegó corriendo hasta mí y me gritó.

—¡El padre Rafael, el padre Rafael!

Volví la cabeza y vi por primera vez al hombre intrépido y apóstol celosísimo, cuyas gestas conocía por los demás compañeros. Con su blanco vestido y su barba crecida, sin poncho, ni zamarras, venía a caballo, seguido de otras dos bestias montadas por cuatro indiecitos, dos en cada. Copioso equipaje se veía repartido en los tres animales.

Nos estrechamos con efusión, le ofrecí cuanto tenía, venía hecho una miseria. Luego me contará todo, por ahora a ver unos vestiditos para sus cuatro indiecitos, que lleva al colegio de Turbo, y vienen... como suelen ir y venir los indiecitos.

En un periquete tienen por lo menos chocolate caliente. Él necesita mudarse, viene calado como una esponja, y todo lo que trae de repuesto lo mismo. Le presento ropa limpia y seca. Mando preparar una comida abundante. Hasta ahora apenas le he oído otras palabras que «Bendito sea Dios». Las ha debido de pasar moradas. Mientras el criado se hace cargo de las bestias, me ocupo, juntamente con el padre Rafael, de sacar y poner a secar su equipaje, que parece un manantial según chorrea y encharca el piso. Su equipaje, en cuatro o seis bultos, lo constituye el altar portátil. Lleva otras muchas cosillas, todas útiles, entre las que llaman mi atención una flauta en su funda.

—¿Esto para qué? —le digo— ¿Ya sabe tocar?

—En los ratos de ocio, ¿en qué mejor se ha de distraer uno que en gozar de la música?

—Si yo supiera tocar la flauta...

También veo unos alicates de dentista: «¿Y esto?».

—Estas pobres gentes sufren tanto sin tener quien les haga una caridad.

Realmente, un detalle en que yo nunca había reparado, y a saber las veces que yo había visto las caras hinchadas y aun recuerdo que me habían rogado si yo sabía o tenía con qué extraer una muela. «Este padre Rafael sabe de todo» —pensaba— y enseguida, en una cajita mojada y escachada casi, vi unas ampollas y a su lado otra cajita de lata con una aguja de poner inyecciones. Mi asombro no tuvo límites: a este Padre no le falta de nada, sabe de todo; este es misionero por los cuatro costados. Realmente que es útil y necesario saber poner inyecciones para tantísimos casos de enfermedades, que por no haber quién se lo impida se llevan tanta gente al otro mundo. Luego hallé cajas de clavos, tenazas,

martillo y sierra de carpintero; esto ya no me extrañó tanto, porque ya sabía que el padre no solo entendía de carpintería y construcción, sino que él había levantado por su brazo varias de las casas y capillas de la misión, y, sin ir más lejos, la misma en la que yo vivía.

Tan pronto como apareció ya mudado y limpio, sacó un cuadernillo igualmente mojado y de letra borrosa por la misma agua que había corrido la tinta y me pidió papel limpio y recado de escribir para trasladar lo escrito, que eran los bautizos y demás sacramentos que en aquella terrible excursión había hecho. ¿Cuántos ha bautizado, muchos? Muchas eran las partidas, lo menos cuarenta, y qué sé yo cuantos matrimonios. ¿De dónde venía? Había hecho la excursión que tantísimas veces hiciera. Saliendo de San Juan, donde él de ordinario estaba, había andado el Sinú y aquellos parajes de la misión que por no tener pueblos, ni grandes ni pequeños, sino unas cuantas chozas de indios casi todas, diseminadas en la selva y ser esta bravía y peligrosísima, sobre todo por los ríos y fieras, solo el padre Rafael, caballero sin miedo y con una caridad y celo más que apostólico, se internaba por ella a trueque de conquistar una alma para Jesús. De pasada, se traía aquellos cuatro indiecitos para que fueran educados en el colegio indígena que la misión tiene en Turbo.

—Bueno, cuénteme, padre. ¿Dónde se ha mojado de ese modo? ¿Cómo y cuándo y por dónde ha sido capaz de atravesar este río? El padre Rafael era hombre de pocas palabras, en su propio elogio ninguna.

—Sí, sí, ya veía que venía el río crecido, pero llevábamos ya dos días sin casi comer y no nos íbamos a quedar al otro lado, sin nadie; eché los caballos de esos niños al río y aunque la corriente los arrastró un momento, no los tumbó del caballo, y este, con mañita, se pasó a este lado. Luego yo me eché detrás, y con el auxilio de nuestra Madre del Carmen, aquí estamos todos sanos; la ropa ya se secará.

El breve relato era como para que yo me quedara después corto y no tratara de seguir sus pasos. Aquel hombre tan valiente, a la vez que hacía reír contando sus aventuras, ensanchaba el corazón. Porque él había pasado peripecias, y algo más que peripecias, verdaderas tragedias, de las que le sacó el poder de Dios y su valor personal, en todos los mares, en todos los ríos, en todas las montañas, en todos los caminos y trochas y pueblos de la misión de Urabá.

Era la primera vez que le veía y por cierto que la impresión que me produjo todavía permanece fresca en mi memoria.

Hoy he recibido la noticia de que el padre Rafael ha muerto. Casi me parece increíble. Lleno de energías y con una voluntad de hierro

para seguir trabajando sin acordarse nunca de descansar, me parece que el misionero ejemplar, arrojado y audaz, no ha podido abandonar el campo de su apostolado. Pero el cable lo dice terminantemente. La verdad, aunque triste, es cierta.

No sé cómo haya muerto¹¹⁶, pero de cualquiera forma que le haya llegado el último momento para él no ha sido de sorpresa. Su vida de acción y su vida espiritual intensa le hacían estar siempre preparado.

Padre Rafael, apóstol por excelencia de los negros de Urabá, ruega por el progreso espiritual y material del campo donde consumiste las mejores energías de tu vida apostólica y misionera.

UNVISTAZO A URABÁ¹¹⁷

No hace muchos días una madre priora, muy buena, que sigue con interés el curso de las misiones, me preguntó a quemarropa:

—Padre, ¿en Urabá solo hay indios?

—¡Oh no! —le dije. En Urabá hay muchas razas.

—Nos tiene que explicar eso, a las monjitas les gusta mucho hablar de misiones.

Que no, que sí, quedé citado para hablar a las monjas un día sobre Urabá. Y como, efectivamente, yo creo que Urabá por dentro es poco o nada conocido, voy a daros un extracto de lo que a las monjas dije.

¿Razas? A mí me hace mucha gracia cuando hablan algunos de las razas de la India. De seguro que en menos terreno, en ninguna misión existen las razas que en la misión de Urabá.

En la India, ¡no faltaba más!, hay indios. En Urabá —la palma de la mano, como quien dice, comparada con la India— hay dos razas distintas de indios: los katíos y los karibe-kunas con su lengua, sus ritos, usos, modos, y costumbres completamente distintas. Ni se pueden ver unos a otros siquiera, miren si serán distintos. De modo que el misionero-

¹¹⁶ Nota añadida del autor: «Murió aplastado por un árbol en plena selva, cumpliendo su ministerio».

¹¹⁷ Publicado en *La Obra Máxima*, XIX/220, diciembre de 1939, p. 181.

ro tiene ya por delante dos lenguas, dos religiones y dos civilizaciones que entender.

Tenemos los negros de África, estos, aparte de lo que todos tenemos de malo (cada uno tiene lo suyo), son... otra raza distinta.

En Urabá existe el zambo (descendiente de indio y negra, o al revés, de india y negro), y siendo dos clases distintas de indio, son ya cinco razas.

El mestizo, nieto de español e india, o al contrario.

Todos con su psiquis distinta, de modo que en razas primitivas y derivadas, habrá pocos países que ganen a Urabá.

A través de la historia, todas estas razas han tenido sus apóstoles: los karibes tuvieron el venerable padre Alfonso, a quien mataron a flechazos¹¹⁸, los negros a San Pedro Claver que, si no en Urabá, anduvo cerca, como puede verse en el mapa. Y así sucesivamente las otras razas tuvieron los suyos.

¿Y religiones? ¿Habéis visto cosa más más bella que una misión libre de la peste de los protestantes pelmazos y tontos? Pues han conseguido, con dinero que les viene de Estados Unidos, levantar una triste capilla en la misión. Suerte que casi solo les siguen los zambos, pero aun estos es preciso rescatar para el cielo. De modo que en religiones y razas la misión de Urabá tiene un cuerpo heterogéneo.

¿Y qué diremos de la diversidad de accidentes geográficos? El mar, los grandes ríos, las montañas de los Andes... Aquí el misionero es preciso que sea marinero. Y cuando ya ha conseguido mantener el equilibrio de su cuerpo sobre las ondas marinas y no le producen náuseas el vaivén de la fermentida¹¹⁹ champa sobre el golfo Caribe, es preciso que aprenda a andar a caballo días y noches enteros por las altas cordilleras, por barrancos y tajos desconocidos, por pendientes perpendiculares casi y por llanos cenagosos donde el caballo o la mula van dejando la huella de su panza.

Marinero y jinete: ahí es nada lo que exige Urabá al misionero. Y cuando estás encantado con los kunas, porque ya has conquistado su afecto, tu salud te reclama que vayas a tratar con los hoscos katíos, porque

¹¹⁸ Se refiere al padre Alfonso, agustino asaeteado en Urabá en 1633 por los karibe-kunas.

¹¹⁹ *fermentida*: falsa, traicionera, en este caso referido a la inestable embarcación.

estos viven en las montañas y aquellos en los llanos cenagosos invadidos por pléyades¹²⁰ de mosquitos.

Ciertamente la misión de Urabá es algo serio: tiene todos los extremos de frío y calor, todas las dificultades del mar y las altas cordilleras y los ríos desbordados. Todos los enredos y disgustos que, como agua cenagosa a los mosquitos, atraen los protestantes; todas las astucias y dobleces de los indios; todas las desgracias de los negros, todas las exigencias de los blancos.

En verdad, la misión de Urabá es algo grande.

EL PLÁTANO EN URABÁ¹²¹

Tal vez alguien enarque las cejas si le digo que el plátano es la base de la alimentación en Urabá. Pero nada hay más cierto, como voy a probarlo en el momento.

El otro día me obsequiaron unos plátanos y al poner yo cierta cara como de menosprecio (no ciertamente delante del obsequiante), me aseguró otro amigo: «Chico, eso aquí es fruta de fiesta, ¿no te gustan? ¿es que en Urabá no hay?».

—Si algo sobra por allá es eso y estoy tan estomagado¹²² de plátanos de todas las clases, que comerlos aquí me parece una reincidencia digna de castigo. Te diré: en Urabá hay plátanos que llaman *hartones* destinados a... luego diré a qué. Estos son los más grandes, llegan a tener casi medio metro de largo y son más gruesos que un brazo. Los hay que los llaman *domínicos* que también tienen su especialidad, asados son riquísimos. Otros son llamados *zatos* y son gorditos y cortos. Otros *primitivos*, otros *manzanos*, otros, en fin, *bananos* y otros *guíneos*. De todas estas clases de plátanos se sirve: a) para echar a las alubias como se les echa por aquí patata o arroz; b) para hacer sopa; c) para asarlos y tienen gusto de man-

¹²⁰ *pléyades*: constelación estelar. En el texto se refiere a abundantes nubes de mosquitos.

¹²¹ Publicado en *La Obra Máxima*, XIX/221, enero de 1940, p. 9.

¹²² *estomagado*: empachado, ahíto.

zana asada; d) asados verdes hacen el papel que aquí el pan, o sea, sirven para tenerlos en una mano e ir mordiéndolos, mientras en la otra se tiene la cuchara; e) fritos, cuando están maduros, son dulcísimos como pasteles; f) fritos verdes equivalen a las patatas fritas; g) comidos crudos son fruta riquísima; h) molidos hacen unas tortitas que les gustan mucho a ellos; i) rellenos y cocinados al horno parecen pollo al horno; j) secados al sol se ponen como orejones de pera o manzana; k) picaditos con huevo revuelto saben a gloria; l) picados como sopas de pan en leche, saben a sopas de leche; m) con miel y tostados son pasteles muy apetecidos; n) crudos con una copita de ron encima son veneno activísimo; ñ) los indios sacan su *chicha*¹²³ del plátano.

Tenemos que el plátano es allá alimento, golosina, bebida, y, para el que se le antoje, veneno. Es además carne, porque con él se alimentan las gallinas y los cerdos.

Y es oro, porque se exporta en grandes cantidades a Norteamérica.

Dicen que es alimento completo, como la leche, y admitiendo esta teoría, es como se explica la actual existencia de muchos misioneros, que han tenido que pasarse días, y aun semanas, a punta de plátano, con exclusión de cualquiera otra comida.

Así que ya ves si hay plátanos en Urabá.

¡DETENTE SANGRE!

¡Me llevé un sustillo!

¡Tantos sustos, sustillos y sustazos se lleva uno en Urabá en aquel ambiente tan distinto!

Sobre todo, al principio, en las primeras salidas al campo, es decir, a la selva, a las regiones inmensas, casi vírgenes, habitadas por poca gente, indios y no indios.

Fui acompañado, era la primera vez, o al menos, de las primeras.

¹²³ *chicha*: bebida alcohólica que resulta de la fermentación de ciertos cereales como el maíz, el arroz o la avena, de tubérculos como la yuca, o de frutos como la piña, en este caso del plátano.

Aquella tarde habían reñido, no sé por qué, dos hombres a machete.

No se habían hecho nada, oportunamente llegó el padre a separarlos. No se habían tocado la ropa y hacía un largo rato que se estaban peleando. Parece raro y no lo es. ¡Manejaban el machete, la peinilla¹²⁴, de veinte pulgadas, con maestría admirable!

Los domingos, por las tardes, cuando se reúnen, esas son sus partidos de fútbol y cine. De pequeños los he visto entretenerse en tan peligroso ejercicio.

En Llanogrande¹²⁵ vi dos chavales que tendrían siete años, echándose machete, sin testigos.

Los sorprendí.

—¿Qué hacéis muchachos?, no se riñe, es malo.

Se echaron a reír los angelillos.

—Estamos jugando.

Volvamos al caso.

He dicho que los separamos a tiempo. Pudimos reconciliarlos.

En la pelea entró mucho el amor propio, el afán de exhibir su juego, superior al del adversario.

Y un poquillo de rencor, viejo rencor de familia. «Borjas y Guisao, ni fritos ni asaos»¹²⁶, dicen por aquellos montes.

De noche, mientras el compañero confesaba (yo todavía era diácono¹²⁷) me llevó a un rincón uno de los combatientes: tendría cuarenta años, pelo largo, barba rala; con certeza su bisabuelo fue indio, aunque él vestía de libre¹²⁸.

No diré que le seguí muy sereno.

—Me he confesado ya, padre, pero vengo a consultarte una cosa.

Tal lenguaje me tranquilizó del todo.

—Tú dirás.

—Vea padre, yo sé un secreto para las heridas, para contener la sangre, pero no sé si será bueno, porque me lo enseñó un señor muy

¹²⁴ *peinilla*: en este caso un machete largo de veinte pulgadas: cincuenta centímetros con ocho milímetros.

¹²⁵ Vereda de Llanogrande, caserío de Dabeiba, en el occidente de Antioquia.

¹²⁶ Variante del dicho popular «Hombre casado, ni frito ni asado».

¹²⁷ *diácono*: eclesiástico al que se le ha conferido la orden de grado segundo en dignidad, inmediatamente inferior al sacerdocio, cuyo ministerio es cantar el evangelio y asistir al celebrante en las misas solemnes.

¹²⁸ *libre*: en el texto vale por personas de raza blanca.

raro que anda por ahí curando con secretos, y dice la gente que anda con el diablo.

—¿Y eso?

—No sé. Él vino hace unos meses, pero nadie sabe de dónde. Ahora debe de estar en Carauta¹²⁹. A mí me dijo que me enseñaba el secreto si le daba cinco pesos, se los di. El secreto es este: «Detente sangre como se detuvo Jesucristo en el Calvario, detente sangre como se detuvo Jesucristo en el árbol de la cruz, detente sangre como se detuvo Jesucristo en las calles de Jerusalén. Con el Padre, con el Hijo, con el Espíritu Santo, Amén». Y se reza el Credo.

—¿Y se detiene la sangre?

—Sí, padre.

—¿Tú has hecho la prueba?

—Dos veces.

—¿Y el resultado?

—Se ha cerrado la herida.

—Es raro.

—Pero es verdad.

—¿De modo que no te pesan los cinco pesos que te sacó este individuo?

—No, padre.

—¿Y qué quieres que te diga?

—Si eso se puede hacer.

—Siempre que nada tenga que ver con eso del diablo...

—Nada.

—Pues entonces hazlo cuantas veces quieras. Tal vez Dios, viendo vuestra buena fe, os ayude, pero es una tontería creer en esos secretos; el Credo, el Padrenuestro y la señal de la Cruz lo pueden todo, cuando Dios quiere. Tú por de pronto procura que no te hieran.

—Ya sabes que el que huye del peligro...

—Ya comprendo, por eso he prometido no volver a reñir más.

¹²⁹ Carauta: población en Frontino, Antioquia.

JEORLÍN

Era una mañanita de febrero. En Urabá, en febrero, no hace frío, ni en diciembre, ni nunca; así que los pajaritos madrugaron a cantar. Todos los días cantaban en un naranjo que tenía en el patio de la casa; pero aquella mañanita me parecía que cantaban en la ventana del cuarto, que daba a la calle. Yo pensé: «A ver si es alguna cría y la puedo domesticar, los sinsontes¹³⁰ de Urabá cantan muy lindo; pondré la jaulita en el naranjo y acudirán muchos pajaritos al naranjo del patio y tendré todos los días música bonita y de balde; voy a abrir la ventana». ¡Oh! Los dos pajaritos se escaparon apenas sintieron el ruido de las bisagras, pero... «¿Qué es este pañuelo?». Pendiente de un barroto de la verja de la ventana vi un envoltorio pequeñito. «¿Quién me habrá colgado ese atadito de la ventana? ¿Qué tendrá? Tal vez algún indiecito que me quiere regalar frutas y no quiere que sepa quién es». Pensando esto salí a la calle para coger el envoltorio misterioso, pues no había duda al dejarlo en mi ventana, que a mí me lo regalaban.

Al salir a la calle vi venir un señor protestante a quien yo conocía de visita, le acompañaba su hijo menor de once años, que estaba sin bautizar todavía, como su otro hermano mayor de catorce años; el señor tampoco estaba casado por la Iglesia. Eran una familia protestante, muy protestante, de los poquitos que hay en Urabá que representen algo. Yo le dije: «Buenos días» y corrí a examinar el que yo creía ser un regalo de un indio generoso.

—¡Oh! ¡¡¡Jesús!!!— sin contenerme pegué un grito; en el envoltorio, pequeño como un pañuelo, dormía un niño, al parecer, recién

¹³⁰ *sinsonte*: pájaro americano de plumaje pardo y con las extremidades de las alas y de la cola, el pecho y el vientre blancos, cuyo canto es muy variado y melodioso.

nacido. Fue tan grande mi emoción y sorpresa, que llamé a gritos al señor protestante.

—¡Oiga usted, oiga usted, mire, mire, corra!

El señor volvió la cabeza y se me quedó mirando de hito en hito, sorprendido de que le llamara a voces.

—Sí, señor, le llamo a usted, corra, por Dios, vea, mire; un niño, sea usted testigo de esto.

El padre y el hijo corrieron y juntaron sus cabezas con la mía para mirar. El señor era muy recio y de cara muy curtida, además protestante; creí de momento que no le impresionaría el niño y casi me arrepentí de haberlo llamado, pero me equivoqué, me lo quitó de las manos y comenzó a besarlo y hacerle mimitos; luego se echó a llorar y a decir exclamaciones muy tiernas; su hijito también lloraba y yo también; no lo pude remediar.

—¿Quién habrá podido abandonar este niño?

El señor se me quedó mirando fijamente a los ojos, luego besó a su hijo le dijo:

—Mira, Horacín, qué niño tan lindo. ¿Lo quieres para ti? Va a ser tu hermanito.

Yo entonces, temiendo que me lo robara, se lo arrebaté de las manos.

Él me volvió a mirar y me preguntó:

—¿Habrá inconveniente en que yo lo apadrine? Usted lo bautizará; y mi señora y yo seremos sus padrinos y luego lo criaremos.

—Oiga usted —le conteste— sí, pero... (Yo le quería decir que él era protestante y no podía.)

—Le comprendo —me interrumpió— mas pierda usted cuidado, esto es para mí un milagro que Dios me envía para que vuelva a la fe de mis padres; volveré a ser católico con mi señora; nos casaremos por la Iglesia católica y usted será el padrino de mi boda y del bautizo de mis hijos.

—¿Qué dice usted? —exclamé entusiasmado.

—Lo que ha oído, si usted no pone inconvenientes.

Nos estrechamos las manos; ¡yo encantado!

El niño, que ya se había despertado, comenzó a llorar y a dar pataditas dentro del pequeño envoltorio.

—Calla, nenín, calla, que ya tienes papás; mira a tu hermanito, dale un beso.

Horacito cogió el niño y lo entramos en triunfo a mi casita.

En el naranjo del patio seguían cantando los sinsontes.

La sirvienta, cuando lo vio, casi se pone loca de alegría y se quería quedar con él; y cuando supo que ya tenía papás y hermanitos estuvo tres horas llora que llora.

—Yo le daré mi cariño, pero él me ha devuelto la fe—, exclamaba conmovido el señor, que ya no era protestante.

—Y a mí me ha traído el bautismo — respondía el hijo— y así podré comulgar como todos los niños.

El señor y la señora se casaron en la capilla y luego se bautizaron sus dos hijos, Horacio y Luis, a quienes apadriné yo por especial privilegio.

Y al día siguiente, en medio de grandes fiestas y alegría general, bauticé solemnemente al niño recogido. ¿Sabéis qué nombre le pusimos? Uno muy raro pero muy bonito: JEORLÍN. Compuesto de Jesús en honor del Salvador y Horacio por el hijo más pequeño del señor y la terminación de cariño.

¿Verdad que es nombre bonito?

¿Sabéis cuánto vivió Jeorlín? Como los angelitos también lo querían, el mismo que me lo colgó de la ventana, bajó a los quince días y, a escondidas, se lo llevó, porque sus papás lo amaban mucho y si el angelito hubiera venido con la cara destapada no se lo hubiera dejado llevar por nada de este mundo.

Ahora, siempre que oigo cantar a los pajaritos, me acuerdo de Jeorlín.

«SERPENTES TOLLENT»¹³¹

Acababa de comer. Al levantarme de la mesa, dice la niña, una negrita recogida por las hermanas.

—En el patio canta una rana, culebra hay en el patio.

El patio estaba «hecho un monte», como dicen por allá, para decir que tenía los matojos, hierbas y arbustos (el rastrojo) muy altos y tupi-

¹³¹ Cita de Marcos, 16,18, «serpentes tollent et si mortiferum quid biberint non eos nocebit super aegrotos manus inponent et bene habebunt», (tomarán serpientes en las manos y, si bebieren cosa mortífera, no les dañará; sobre los enfermos impondrán sus manos, y sanarán).

dos. No se veía a dos metros. El bicho tenía muy bien donde guardarse. La niña escudriñó mirando a ras de tierra, donde los troncos de los árboles impedían la vista menos que el follaje.

—Por allá va —dijo señalando con el dedo— lleva una ranilla en la boca.

El bicho ese, en el crimen lleva su castigo, su bocado predilecto parece que son las ranas y sapillos, y también los sapazos, que los hay como tambores. Al morder a su víctima taimadamente, esta chillá, con lo cual localiza a su verdugo, que no tarda en ser víctima del palo o del plomo del hombre como en mi caso.

Al decir la niña, «por allá va», me asomé a una ventana baja que daba al patio. No la vi. Sintiéndome con ánimos para entablar la lucha (¡qué valiente!) y no queriendo tener cerca una huésped tan fea, cogí la escopeta y, en sandalias, pie desnudo, me lancé entre la maleza en su búsqueda. Salté por la ventana y caí sobre una ancha, gruesa y doblada corteza de balso¹³², de esas cortezas con que hacen los depósitos de arroz, maíz, etc. La corteza, claro está, había sido desechada por inservible y podrida, pero su superficie era la única limpia de matas que en todo el patio había. Salté, pues, vi y... no me moví, porque pensé que lanzarme descalzo, en sandalias, a buscar en su guarida a una bicha era tentar a Dios, y en consecuencia volví a saltar la ventana y a meterme en la habitación.

No he dicho que la ventana estaba lejos de la puerta del patio y esta lejos de la habitación, y para evitar rodeos y por estar la ventana a ras casi del suelo, salté. (No se vayan a creer que soy acróbata, aunque en Urabá de todo hay que hacer y a veces con frecuencia).

Volví adentro. Tomé la escopeta (una escopeta y un machete no estorban en Urabá nunca en casa del misionero) y me asomé a la ventana, sin saltarla.

¡Oh espanto! Sobre la misma corteza, pútrida y calva, debajito de la ventana donde pocos minutos hacia había puesto yo mi limpio y descalzo pie, y desde la cual había tratado en vano de descubrir a la enemiga, se hallaba esta tomando tan rícamente el sol, el sol del trópico que sale para los misioneros y para... las culebras.

¹³² balso: *ochroma pyramidale*, una de las maderas más ligera que se conoce, más liviana que el corcho.

Aún ocultaba parte del cuerpo entre los pliegues de la corteza, allí tenía su nido. ¡Dios mío! Y yo que había puesto mis pies, mis dos pies descalzos sobre ella. ¡Gracias, Señor!

Apunté a la cabeza. A bocajarro. Dos palmos nada más, del punto de mira a sus escamas.

Le dieron todos los perdigones, todos. No se encontró ni vestigios del cráneo (¿cráneo?) de la bicha. La retraté antes de darle sepultura. Fui más lejos en mi intención con ella. La tomé por el rabo y me medí con ella. Yo tengo 1.80 m. ¡Todavía con el brazo levantado, me arrastraba unos palmos por la tierra!

EL BOHÍO TRÁGICO

¿Qué me llevó aquel día a aquel bohío precisamente y no a otro? Pero recuerdo muy bien que al llegar desmonté, aflojé la cincha a *Maité*, mi caballo, y me dispuse a escalar la altura del tambo con tan menguada fortuna que al poner el pie derecho sobre el diente tercero del tronco—escalera me pisé los zamarros y vine a dar de espaldas al suelo. ¡Vaya por Dios! Me levanté y con más cuidado conseguí pisar en firme las guadas del bohío.

Lo que en él vi: cuatro totumas¹³³ colgando del techo, cuatro trapos sobre unas esteras, cuatro canastos, cuatro ollas sobre el fogón entre cuatro piedras. ¡Ah, y una india! Debajo un cerdito gruñía, hozando en el barro, aquí y allá. En derredor, unas gallinitas picoteaban unos plátanos verdes.

Saludé cariñosamente. «Zoroga-buka»¹³⁴. No me contestó. Cogió en sus brazos un perrito flacucho en el que no había reparado. Lo envolvió en su paruma y se sentó entre los trapos, en un rincón, sobre las esteras.

Yo conozco a los katíos bastante y un poquito a las katías. Me encogí en consecuencia de hombros y me senté yo también a esperar a la gente

¹³³ *totuma*: vasija fabricada a partir del fruto del totumo, semejante a la calabaza.

¹³⁴ Como explica en el relato «Preliminares y epílogo a un matrimonio», *Zoroga*, se usa a modo de saludo y significa «vivir a satisfacción, respirar a dos pulmones».

de aquella mansión. Su trabajador¹³⁵, como dicen ellos, no estaba lejos y los hombres no tardarían en llegar.

Comenzó a lloviznar: nueva causa para que yo no abandonara la techumbre.

Eran ya las dos de la tarde: me acordé que llevaba un poco de carne y se lo enseñé a la india: «Kiriñika», ¿quieres? Estaba dispuesto a dárselo. Me miró, acarició a su prenda canina y no volvió a hacer caso.

¡Qué le vamos a hacer! La carne estaba tiernecita y sabrosa...

El perrito desde el regazo caliente de su ama debió de comprender... Sacó el hocico, me miró largamente, como quien pide limosna.

«Le daré un poquito de carne pegada al hueso», pensé.

El perrito cazó al vuelo mi buena intención, forcejeó, y se desprendió, con suaves mordiscos, de los brazos de su ama. Se vino hacia mí.

No lo pude pensar: le di el último mordisco y el hueso con bastante carne aún, se lo puse en la boca.

¡Nunca tal hiciera! La india, que me espiaba, se precipitó airada sobre mí y sobre el perro, mascullando imprecaciones que no pude comprender. Antes de que el can hambriento se tragara su bocado se lo quitó con violencia de las fauces y lo arrojó lejos con rabia.

En vano quise excusarme.

¿De qué?

¡Oh las indias!

Tomó nuevamente en sus brazos a su can insatisfecho y con mimos de madre lo acaricia y le canta algo así como el, «Duérmete niño, que viene el coco»¹³⁶.

El coco sería yo, que me quité el bocado para él. ¡Ingrata!

El perro no quiere dormirse, ni agradece sus cariños; en cambio me mira a mí unas veces y olfatea otras, hacia el sitio en que el hueso dio en la tierra y sufre los picotazos de las gallinas avisadas.

Yo comienzo a estar nervioso, me sacudo las miguitas de arepa¹³⁷ y me pongo a mirar a la selva de espaldas a la katía que sigue arrullando a su perrito.

Gracias a Dios no tardan los indios en aparecer por la trocha.

¹³⁵ *trabajadero*: sembrado de caña, maíz, frijol o plátano, aunque también tienen cabida otros cultivos.

¹³⁶ Canción de cuna cuyo protagonista es el coco, asustador de niños, figura de amplia difusión tanto en la Península Ibérica como en América.

¹³⁷ *arepa*: especie de pan de forma circular, que se cocina sobre una plancha.

Son cuatro: una india, dos mocitos y un viejo. Como siempre sus canastos respectivos a la espalda. Traen maíz, plátanos, yuca. El más pequeño trae un lindo periquito en la mano.

Al verme saludan cariñosos. Me tranquilizo. Les cuento lo que me acaba de ocurrir con la india. No se ríen ni comentan. Deben estar conformes con ella.

Fuera la primera vez que los indios daban la razón a un extraño.

Charlo entonces de otras cosas, charlo por los codos (como acostumbro), en katío, en castellano. Me pongo nervioso si no suena una voz, aunque sea la mía, en el bohío.

Los invito a venir a mi casa, el domingo. Les daré abundante comida, dormirán en casa, si les place. Oirán la Santa Misa, recibirán a Nuestro Señor.

No sé si vendrán. No sé si me escuchan siquiera. ¡Oh katíos! ¡Enigmáticos indios!

«Sí —pienso— vendrán, serán cuatro comuniones, Nuestro Señor se pondrá el domingo contento». Dejo a un lado mis inquietos pensamientos y observo.

La india ha dejado el perrito y acaricia al periquito, que parece traído para ella; lo tiene en la mano, quiere darle miguitas y le ofrece, mimosa, la saliva de sus labios.

El periquito se muestra tan ajeno a sus mimos como el perro.

En un descuido se le salta de la mano. ¡Oh! ¿De dónde ha salido ese gato?

Un gato atrapa al pajarito y con él, que chilla, en la boca, desaparece entre el monte.

Todos gritan, se revuelven, aúllan, amenazan al gato y consuelan a la india y lloran al periquito.

Yo también, escamado¹³⁸, me levanto y hago algunos aspavientos. ¡Me parece que la india me lanza unos ojos...! ¿Creerán estos indios en los gafes¹³⁹?

De seguro que no: los katíos no conocen el póker ni son majaderos.

Sin embargo, quiero seguir conversando y no acierto. Pretendo hablar en katío y las voces más que nunca se muestran esquivas a mis labios. Luego, después que me vaya, me vendrán a borbotones, cuando no las necesite.

¹³⁸ *escamado*: con recelo y desconfianza.

¹³⁹ *gafe*: dicho de una persona que trae mala suerte.

Por pedir, pido agua.

El viejo me brinda guarapo.

No tiene, pues, sentimiento contra mí. Sin embargo, me parece prudente marcharme. En efecto, me despido de todos estrechándoles las manos.

La india no me hace caso. ¿Será que está loca? Parece que sí y que no.

Ya en el suelo me dispongo a montar, cuando nuevo alboroto me hace volver la cara. ¡Qué chillidos, Dios mío! ¡Qué angustia!

El mocito más joven, al bajar tras de mí, se ha resbalado y ha caído de mala manera desde dos metros de altura que tiene el bohío.

Acudo a levantarlo. Prontamente me veo rodeado de todos. El indio parece muerto. ¡Algún golpe mortal en la nuca!, pienso al ver que está limpio de sangre.

Gracias a Dios no tarda en reanimarse: abre los ojos, se mueve, habla. Se levanta, por fin, sano y salvo. ¡Se ríe! ¡Dios mío el susto que me he llevado!

«No ha sido nada», les digo. «Se atontó. Eso fue todo». Las dos indias, la loca y la vieja, arman una algarabía de mil pájaros (¿para qué decir diablos?).

La mamá abraza al chico y se lo come a besos. En todas partes son madres las madres. Nuevamente me despido y noto que el indio pone más cariño al estrecharme las mano. Monto y no tardo en perderme en la selva.

A las once de la noche llego a casa.

EL CRISTO PERDIDO

Celebramos en Frontino la fiesta de Teresita¹⁴⁰, patrona y hermana nuestra. Éramos misioneros.

En tierras de Dabeiba estaba agonizando otro misionero joven.

Nosotros no lo sabíamos.

¹⁴⁰ Santa Teresita fue una religiosa carmelita descalza de origen francés declarada santa en 1925. A pesar de hacer vida religiosa en el convento de Lisieux, fue proclamada en 1927 patrona de las misiones.

En la función de la tarde, sermón extraordinario; predicador, el padre Juan Francisco, misionero de por vida.

Su edad, cuarenta y siete años.

La salud, como de veinte robustos.

Su inocencia, lo mismo que a los diez años.

Su caridad, treinta y tres, como Cristo al morir.

Él orador, él cantor.

Con arrestos para elevar toda la Iglesia, lo mismo con su canto que con su oratoria.

Iba a subir al púlpito después de haber cantado un solo colosal.

Expectación en las tres naves del templo.

Y en el presbiterio¹⁴¹, que es más raro.

Su capa blanca en balanceo zigzagueante por entre los vestidos negros, sombreros y mantillas y calvas, semejante a un balandro¹⁴² en el mar a la deriva.

A su paso el batallón de reclinatorios femeninos daba medias vueltas (izquierda-derecha) y un paso adelante o atrás, según, taconeando como auténticos soldados.

Por fin consiguió llegar al puesto de la cátedra sagrada, en cuyas escaleras le esperaba el botones de la oficina telegráfica, lápiz y cuaderno en ristre.

—Un telegrama para usted, es urgente, firme aquí. Adiós.

—¡Un telegrama urgente! ¿Lo abre? ¿No lo abre?

La gente, que no ve ondear la capa blanca en lo alto del púlpito, protesta de las viejas que obstruyen el paso del orador.

¡Lo abre!

¿Buenas o malas noticias?

«Padre Juan Francisco, Frontino. Padre X gravísimo; cuarenta y uno de fiebre; delirando; sin doctor. ¿Qué hacemos? Hermanas.»

Le recogí el telegrama de sus manos nerviosas. Sus ojos parecían dos ascuas.

—Predique— le digo.

—¿Si muere abandonado?

—No morirá, imposible. Fíjese como sonrío Teresita, y echa flores. Imposible. No le dejará morir.

Junto a mí, ¡raro misterio!, el doctor.

¹⁴¹ *presbiterio*: espacio que en la iglesia precede al altar mayor.

¹⁴² *balandro*: embarcación pequeña con cubierta y un solo palo.

—Lea doctor.

Inmediatamente al despacho. Telegrama urgentísimo. «Denle esto y esto y esto. Salgo inmediatamente. González Villa».

—Que nos avien enseguida las bestias. Ahora vamos a escuchar al padre Juan Francisco.

Estuvo, como siempre, soberbio.

Bien merece este justo y humilde elogio quien ha hecho a Dios el sacrificio de sus dotes y está enterrado en la selva desde que cantó su primera misa, sin ánimo de salir.

—Descanse, padre— le dice el doctor. Yo me bajo a Dabeiba ahora mismo.

—Voy con usted.

—No es preciso, ya voy yo con el doctor— le digo.

—No importa, vamos los tres.

—Como quiera, pero tiene que ser ya.

—¡Listos!

Salimos, nos bebemos los vientos y engullimos leguas y leguas de tierra, volando. La noche nos sirve el camino abierto, libre de fastidiosos encuentros. A las once de la noche los cascos herrados de las tres cabalgaduras agitadas retumbaban en el umbral de madera de la casa cural de Dabeiba y en el silencio nocturno.

Una hermana, quejumbrosa, nos abre la puerta.

—¿El padre X?

—Nos parece que se muere, a menos que Dios nos oiga y haga un milagro. Creíamos que ustedes no llegaban esta noche. Acabamos de recibir el telegrama, teníamos mucho miedo.

Entregadas las bestias al muchacho, de puntillas entramos los tres en el cuarto del enfermo.

La madre superiora, llorosa, vela a su cabecera.

—¿Cómo está?

Hace ella un gesto triste, de duda.

—Ha delirado— dice.

El médico no pierde un segundo, le clava los ojos en los ojos y las manos en las manos. Vuelve y saca su maleta de inyecciones y jeringas.

En un rincón, otra hermana, silenciosa, sentada en una silla, se ha levantado al vernos y se ha sonreído. Le ha pedido un milagro y se lo ha conseguido; el milagro somos nosotros.

—¿Cómo han podido llegar tan ligeros? —nos cuchichea.

—¿Cómo está?

—Ha estado muy mal, pero ya parece que se calma. Ha estado delirando un rato largo. ¡Nos ha dado un susto!

También, sigilosamente, entra el muchacho.

—Ya he llevado las bestias al potrero— dice, y se hace a un rincón de pie.

Ha sido el compañero de la última excursión del padre enfermo y no quiere perderlo de vista, pronto a todo servicio. El doctor manipula sobre el enfermo. La madre le asiste. En un aparato sobre la mesa arde una llamita azul.

Vuelvo la cabeza a todos los lados: en la pared, sobre la cabecera, veo un cuadro de la Virgen del Carmen, debajito una pila diminuta para el agua bendita. No veo nada más en las blancas y lisas paredes.

En la rústica mesa unos cuantos libros, en el centro el breviario.

En un rincón, detrás de la puerta, una escopeta larga de dos cañones para matar alimañas, chuchas¹⁴³ y culebras.

El doctor ha dejado al enfermo y la madre le ha echado la blanca sábana sobre la cabeza.

—Doctor, ¿cómo le ha encontrado?

—Bien, bien, no es nada; mañana, Dios mediante, estará ya fuera de peligro.

—Pero ha estado mal, ¿verdad?

El doctor inclina a un lado la cabeza y enarca las cejas. No quiere decir que sí, pero ya lo comprendemos.

De pronto el enfermo se revuelve, sacude los dos brazos y tira la sábana. Se incorpora. Sus ojos, dilatados por la fiebre, nada ven, pero parece que alumbran como dos ascuas.

La madre, suavemente, lo reclina sobre la triple almohada.

—Es la natural reacción causada por la inyección que le he puesto—, dice tranquilo el doctor al ver que nos lo comemos con ojos interrogantes.

Nos calmamos. Tenemos fe en el doctor González Villa.

El enfermo se sacude. Nueva excitación por nuestra parte.

—No es nada— vuelve a insistir con dulzura el médico.

Un sordo rumor sale de entre las sábanas y almohadas.

Está delirando, pero quieto.

—«Os he dicho que me devolváis mi Cristo. Vamos a ver. ¿hay dere-

¹⁴³ *chucha*: zarigüeya, mamífero marsupial americano, trepador, de aspecto parecido a la rata, de hocico alargado, pelaje gris y cola prensil.

cho a que se me pierda el Cristo en la primera excursión? Sí, señor, el Cristo que me dieron en el santo noviciado en el día que profesé. Se me debió caer hacia el León cuando aquel bejuco espinoso me desgarró el poncho y el santo hábito. ¡Claro! Caería en el pantano y ahora cualquiera lo encuentra. Vamos, hombre, se hundían las bestias hasta la cincha y, ¿no se me va a enterrar una cruz de metal? Lo que siento es que a lo mejor lo pisan las bestias. Cuidado, tú, hombre, que la pisas. ¡No pases por ahí! Da la vuelta que nada te cueste; debió ser por ahí donde se me desprendió. Lo llevaba con una cadenita sujeta a una anilla dorada, al lado izquierdo, como Dios y la ley mandan, encima del corazón. ¿Que huyó de mi lado por estar descontento de mí? ¡No digas majaderías! Él no se va del lado de ninguno. En tal caso me hubiera ido yo, pero yo no me fui, ni me iré de su lado. Fue la uña del diablo que se pegó a aquel bejuco y me arañó toda la cara y el cuello... A ver quién me lo encuentra. Es de madera la cruz y de metal blanco el Cristo, con la cara amarilla. Sí, señor, de los besos que le he dado. También lo besó mi madre al despedirse y lo han besado muchos indios y negros. Además, lo ponía colgado de un clavito en los árboles o en las paredes de caña de las chozas y ante Él he dicho la santa misa. ¡A ver quién me lo devuelve! Es el de mi profesión, el que besaron mi madre y mis hermanas al venirme a Urabá. En fin, no tendré más remedio que cambiarlo por otro. Vamos, hombre, perder yo mi Cristo misionero y era el recuerdo de un mártir. Me lo dio el padre Atanasio, mi maestro en el santo noviciado. ¡Y cómo me lo dio! Aún me acuerdo. Lo besó él, me lo dio a besar a mí y me ayudó a colocarlo en el mismo sitio donde lo he llevado siempre, hasta que ese bejuco espinoso me lo robó. Oh, ¿qué es eso? En cada árbol de la selva veo un Cristo. ¡Y están rodeados de flores! ¿Quién ha sembrado de Cristos floridos la selva? A ver, ¡venga mi Cristo, para mí el más bello! ¡Este! ¡Muchas gracias!».

El enfermo ya no habla. Respira bien. Levanto la cabeza y sereno mis ojos. La madre y la hermana secan los suyos con los blancos pañuelos. El padre Juan Francisco mira todavía al suelo, profundamente conmovido.

El médico sonríe... por no llorar.

—Ya está bien— exclama.

A la hora pudimos abrazar a nuestro hermano.

UNA ESTACA, DOS INDIOS Y UN CANASTO¹⁴⁴

Tilín, tilín, trin, tilín, tilín, trin, tilín, tilín, trin...

Pun traas, pun traas, pun traas...

Figuraos la escena: estoy dando la bendición con el Santísimo. Los pocos fieles presentes —indios y blancos— adoran reverentes al Señor, rodillas en tierra, manos al pecho, inclinadas las cabezas.

En el reducido ámbito de la capilla de madera retiñe la campanilla, nerviosamente agitada por la diestra del acólito¹⁴⁵ katio, indiecito primoroso: tilín, tilín, trin, tilín, tilín, trin... Convoca a los angelitos del cielo para la adoración de la Divina Majestad, ya que los hombres no acuden... Los angelitos se llegan presurosos a la llamada del Tarsicio¹⁴⁶ katio y parece sentirse rumor de alas por junto a las tejas que se ven...

En estas un golpe sonoro retumba en el piso de tablas: ¡pum!, seguidamente como si arrastrara un cuerpo: traas. Yo me asusto y miro hacia la puerta.

Como solamente hay luces en el altar, no veo nada. Argemiro sigue aún repicando, cuando entono el «Bendito sea Dios». Los fieles, contestan sin amedrentarse por el ruido, que continúa a intervalos, regulares, al parecer del oído, aproximándose hacia el presbiterio, hacia mí. Yo no las tengo todas conmigo, y pidiendo perdón a Jesús por la irreverencia vuelvo la cabeza a ver.

Como quiero disimular el mal ejemplo y miro casi de refilón,

¹⁴⁴ El relato forma parte del cap.VIII. «En Dabeiba», de *Al amor de los Karibes*.

¹⁴⁵ *acólito*: monaguillo que ayuda al sacerdote en la misa y en otros actos litúrgicos.

¹⁴⁶ *San Tarsicio*: patrón de los acólitos. Lo fue de la Iglesia de Roma en las catacumbas durante un período de persecución a los cristianos en el gobierno del emperador Valeriano (siglo III d.C.). Su muerte lo convirtió en mártir del cristianismo.

solamente alcanzo a vislumbrar como dos bultos que avanzan, el uno mayor que el otro.

El ruido sigue. Ya lo tengo encima. ¿Quién está libre de un martillazo en la espalda, en la sesera? Así pienso y me doy la vuelta aterrado.

Veo encima de mí una estaca descomunal, un indio, otro indio y un canasto. Visión rápida, brusca. ¿Quién reprime un gesto de sorpresa? En seguida, sereno, aprecio distintamente todo. Son Donaciano y Benilda, a quienes ya en otra ocasión he saludado. Mientras, tranquilos y señores, se introducen en el coro de la hermanas, vamos a cortarles un chaleco.

Comencemos por decir que son marido y mujer. Que no tienen hijos y que no se encontrará fácilmente matrimonio más feliz sobre la tierra, y ya veis, hacen una pareja bastante desigual, ella es una real moza, en tanto que el pobre Donaciano es un imposibilitado. Lo veis ahí, junto a su mujer, y parece un enano ¿verdad? Fijaos mejor, porque no se ha visto aún un katío que pueda figurar en la comparsa de Blancanieves¹⁴⁷. No se dan indios gnomos. Todos son de estatura mediana, más bien altos que pequeños. Así como tampoco se ven indios calvos, o canos, o rubios. Sin embargo, el feliz Donaciano no le llega al codo de su mujer, sencillamente porque no tiene piernas, no pueden llamarse piernas las que tiene. Son dos extremidades cortas, chupadas, disformes, engarabatas, rematadas en dos que semejan pies de infante, vueltos, con las plantas hacia arriba. Es así de nacimiento. Fenómeno raro entre la raza.

Voy a quitar a muchas la pregunta de la boca: un hombre así, ¿cómo ha podido encontrar esposa? ¡Ay chicas, eso no me lo preguntéis a mí...! Vosotras juzgáis por lo que en su egoísmo suele hacer la gente civilizada: muchos aspavientos de lástima, pero poco sacrificio; bien te quiero, bien te quiero, mas no te doy mi dinero¹⁴⁸. No os rompáis la cabeza tratando de adivinar misterios y cosas raras. Donaciano se casó con Belinda porque Dios lo quiso así. El Padre Celestial, que se cuida de los pajarillos del aire y de las florecillas, se cuidó a su debido tiempo de buscarle una mujercita al inválido. Y una mujercita que vale muchas pesetas¹⁴⁹.

¹⁴⁷ *Blancanieves*: popular cuento de hadas cuya versión más conocida es la de los hermanos Grimm; a la protagonista la acompañan siete enanitos.

¹⁴⁸ Refrán que recrimina a quien hace muchos elogios y asegura estimar mucho a alguien, pero no ayuda en tiempo de necesidad.

¹⁴⁹ *peseta*: unidad monetaria de España entre 1869 y 2002, hasta la implantación del euro.

¡Dios es grande y muy bueno! ¿Qué va a hacer el pobre Donaciano, siempre clavado en su bohío perdido en la selva? Y como en el principio del *Génesis*, se dijo: «Vamos a darle una compañera»; y ahí tenéis en su casita a los dos, queriéndose mucho. Él hace canastos y ella va y viene. Si los visitáis en casa, lo veréis tan satisfecho, siempre sonriente y dando gracias a Dios, lo único que lamenta es no poder salir de caza. ¡Oh, con lo que le gusta a todo indio la caza y pesca! Pero, bueno, no por eso deja de comer, como los demás vecinos, pues estos le hacen partícipe de sus piezas ganadas.

Figuraos, pues, lo que supone para él, el tener que arrastrarse por la tierra para venir a la Iglesia. Su carricoche no puede ser más rudimentario y penoso. Por lo demás, ¿de qué le serviría un carrico que no puede andar por la selva, por entre raíces, pantanos, subidas y bajadas? Él empuña siempre su estaca, la que veis, y la afianza en el suelo, y como si fuera a saltar a la garrocha¹⁵⁰, se medio incorpora sobre ella y así, así se va arrastrando las tres leguas que separan su bohío de la capilla. En los pasos imposibles su solícita señora lo toma en volandas y adelante.

La estaca y los dos indios, me diréis, están ya vistos: ¿y el canasto? ¿Es imposible que mientras se da la bendición con el Santísimo ose nadie penetrar en el templo con un canasto a la espalda? Eso, sí señor, y mucho más hacen los indios, (¡si yo os contara muchas cosas que he visto!). Por lo demás, el canasto es un aditamento indispensable en toda mujer katía cuando abandonan su casa. Es algo así como la cartera que por nada del mundo se dejan las señoritas cuando salen a la calle. En el canasto meten muchas cosas. Y si van marido y mujer juntos, lo carga siempre ella. Esto no lo podrán ver bien ciertas señoras, pero amigos, los indios entienden la vida mejor.

Recopilando: tenemos que la estaca es la que metía el estruendo que tanto me asustó. Donaciano y Benilda ya sabemos también quiénes son. Se metieron en el coro de las hermanas, que cae al presbiterio, porque ya habían cerrado la puerta de la calle. Y los indios toman por hospedería la casa de las hermanas. Esto donde las hay, que donde no, se arriman al rancho del misionero.

Se me olvidaba lo principal. Lo que me vino al magín¹⁵¹ para pergeñar este relato. ¿Qué motivos le impulsaron al pobre Donaciano y su

¹⁵⁰ *saltar a la garrocha*: salto de pértiga.

¹⁵¹ *magín*: imaginación.

señora a arrastrarse las tres leguas de trocha y malos andurriales¹⁵²?

Cristianos: confesar y comulgar el primer viernes.

Nada más.

PRELIMINARES Y EPÍLOGO A UN MATRIMONIO

Como un niño mimado le dice a su padre: «Papá, ¿cuándo me vas a traer el caballo?», así molestaba yo hacía días al padre superior diciéndole, «¿Cuándo me va a dejar casar a un indio?»

Él, complaciente, siempre respondía:

—Aguárdese, que no tardará mucho, al primero que llegue lo casará vuestra reverencia y lo casará en katío. Vaya, pues, preparándose.

—Bueno, lo casaré en su lengua nativa.

El primer contrayente no tardó en aparecer. Un día paseando mi superior por el estrecho pasillo de la casa misional, haciendo sonar con gracia y compás el grueso manojito de llaves colgado de la cintura que en vano disimulaba:

—No sé, no sé, ha llegado el primer indio que viene a casarse, pero no sé si dejarle a su reverencia que lo case, es muy delicado y sublime, es muy difícil el sacramento del matrimonio. ¿Lo hará bien?

—Vaya, ¿ahora comienza a dudar después de todas las promesas que me ha hecho? Examíneme antes, si quiere. ¿No he de ser capaz de hacer bien las ceremonias y preguntas? ¡Si todo fuera tan fácil como eso!

—En fin, prepárese bien, ya veremos.

Faltaban aún varios días para el matrimonio y durante ellos pensé yo preparar al novio y ensayarme con él para hacerlo todo en su lengua que yo trataba de aprender. Pero... el misionero propone, y así no se le ocurrió mejor cosa al katío (que tenía más conchas¹⁵³ que una playa del Caribe) que aguardar a la hora de comer y después de atracarse como nunca lo hiciera en su vida, largarse a hacer la digestión a otra parte,

¹⁵² *andurriales*: paraje extraviado o fuera de camino, malos terrenos.

¹⁵³ *tener conchas*: ser descarado, tener demasiada libertad y osadía en palabras o acciones, usualmente «tener más conchas que un galápago».

y así cuando yo a la hora en que lo hube citado para dar comienzo a mis ensayos, pregunté por él, ni supo nadie decirme la dirección que había tomado.

Me consolé, sin embargo, pensando que el sábado por la tarde vendría y la boda era el domingo, tendría sobrado tiempo de ensayarme y prepararlo.

Entre tanto, otros indios más apacibles y dóciles me servían de maestro.

—Naaug chuerade jugua jita kiriñika?

—Kiriña muva.

—¿Quieres tomar por mujer a esta señora?

—Quiero.

Cada vez que hacía esta pregunta en katio me subía al tercer cielo.

Llegó el sábado.

Los sábados son los días en que, sin que chiste nadie, los indios tienen derecho a hacerse amos y señores de la casa de Frontino¹⁵⁴. Llegan a dejar sus cestos y provisiones, mientras hacen sus compras y ventas en la plaza.

Aquel sábado había más de treinta cenando.

Cuando esos más de treinta cenaban, se presentaron de golpe otros veinte, varios de ellos con coronas de flores silvestres y todos oliendo a fiesta y... armando jaleo. El padre superior estaba confesando y yo corrí a avisarle.

—¡Los indios están ahí!

—¿Qué indios?

—Los que se casan mañana.

—Bueno, déjelos estar, que cenen.

Luego me hice presente a los indios.

—Zoroga panaika— les dije con mi más inefable sonrisa.

Todos me miraron atontados (¿atontados?, sí, ¡los pobrecillos!) y se echaron a reír del modo más descarado que un indio se ha reído a mis barbas.

Entonces noté que apestaban terriblemente a guarapo.

No obstante, me quedé mudo, pasmado.

¿Se me habría escapado algún disparate gordo?

Comencé a analizar la expresión, *Zoroga*, está bien y se emplea en

¹⁵⁴ *Frontino*: el texto se refiere a la casa misional de Frontino, municipio colombiano situado en la subregión de Occidente del departamento de Antioquia.

el saludo; significa vivir a satisfacción, respirar a dos pulmones. *Painai*, el presente plural de *vaya*, verbo auxiliar, y *ka* es el sufijo de la interrogación.

No tenían los indios derecho a reírse de mi saludo *katío*, que estaba bien dicho y además lo emplean ellos. Es que son unos *tunos*¹⁵⁵ y no quieren entenderme.

Luego preguntaron por el padre Vangelista, y sin esperar respuesta tomaron por asalto bancos y lo que quedaba aún sin ocupar del suelo entarimado.

Apareció por fin mi aurora. Tan pesadamente como su cuerpo exigía, se presentó nuestra buena sirvienta tocada con su hermosa mantilla de encaje, rosario y devocionario en la mano, señal de que salía de la capilla, y repartiendo sonrisas de abundante *pusura* (alubias)¹⁵⁶, se abrió paso entre los indios que la dejaban pasar mimándola con los ojos.

Los que la conocían —eran los más— la presentaban bajito a los nuevos, que eran los menos: «Es Basilia, la que nos da de comer cuando venimos, es muy buena con nosotros».

Ante tal recomendación, ¿qué indio no la iba a mirar con simpatía?

Yo también me dirigí a ella en demanda de auxilio y colaboración.

—Diles que me hagan más caso, que soy el padre que les voy a casar mañana.

Ella lo dijo, dijo más de lo que yo era y sabía, me puso como suele decirse, por las nubes, mas como si hablara al gato. Nadie hizo caso a sus voces. El que más, si me miró, yo creo que con desprecio. ¡Dios mío!, es que yo también tengo un tipo como para hacerles creer que soy su hermano de raza¹⁵⁷.

Con todo, lejos de desanimarme, volví de nuevo a la carga, secundado por la buena Basilia.

Para cuando el padre Vangelista, como le llamaban los indios, hizo acto de presencia en el corro, yo ya distinguía a los indios de las indias (estas llevan el cabello largo y aquellos no tan largo); los viejos de los muchachos (aquellos tienen arrugas, estos no) y hasta llegué a conocer

¹⁵⁵ *tuno*: pícaro, tunante.

¹⁵⁶ *pusuras*: los frijoles, judías o alubias de Antioquia contienen mucha fécula, albúmina vegetal y legumina. Son alimento muy nutritivo y constituyen en Antioquia y en otras regiones la base de la alimentación popular.

¹⁵⁷ Señala con sorna la diferencia entre su físico — desgarbado y alargado— y el de los indígenas.

al novio y la novia perdidos en el montón. Así que cuando el padre llegó, me apresuré a presentarle: «Este es el que se casa mañana».

El aludido por mí dio un bufido negativo y el padre, dirigiéndose a otro que estaba en el ángulo opuesto, le dijo:

—¿De modo que vienes a casarte, Rafael? ¿Y cuál es la novia?

De entre el grupo de mujeres —estaban hombres y mujeres separados— salió una joven india muy agraciada, si alguna merece este honor entre ellas. Como es de noche, no aprecio bien sus arreos¹⁵⁸ y me contento con oír y atender las preguntas que el veterano misionero les hace. Noto con gran sorpresa que los dos responden a maravilla, ella, sobre todo, tiene una seguridad y acierto al contestar la doctrina que me pasma. Luego supe que estuvo con las hermanas varios años. Él tampoco es perezoso en contestar. Se ve que no tiene un pelo de tonto.

Al día siguiente el padre abrió la información¹⁵⁹. Rafael es un indio que no tiene mansión fija hace tiempo, pero trae hermanos, parientes y conocidos a testificar su soltería. Ella también trae su padre y hermanos. Son unos veinte testigos mayores de ambos sexos. Todos afirman, juran y gritan, ya de palabra, ya en gestos repetidos, que los dos son solteros, que no son parientes, que son buenos chicos, que se quieren y quieren casarse.

Ellos, los interesados, corroboran en público y en secreto lo mismo.

Son veinte testigos, veinte y ellos dos, veintidós... embusteros de marca.

Exigir más garantía, es exigir lo imposible, si a todos los indios de Urabá preguntara, todos dirían lo mismo: que Rafael es soltero y hasta que mujer no sabe, que no conoce mujer ¡angelillo!

Y mira que el padre misionero, sonando su manojito de llaves, hace bien su papel de fiscal y pregunta con arte raro, experto en cazar mentiras a los indios, maestros en ella.

En fin, hechas las informaciones, se procedió al matrimonio, del que iba a ser yo, ¡por fin!, ministro.

Las hermanas prepararon los anillos y las arras¹⁶⁰. ¿De quién eran los anillos?, y las arras, ¿de quién eran? Eran tres moneditas de centavo, unas monedas de níquel muy lindas que ya no circulan, que tienen

¹⁵⁸ *arreos*: atavío, adorno.

¹⁵⁹ *información*: averiguación jurídica y legal de un hecho.

¹⁶⁰ *arras*: monedas que los desposados se entregan en la ceremonia matrimonial; símbolo de la promesa de compartir los bienes en la vida de casados.

estampado el gorro frigio¹⁶¹ y que ensartadas en collares como perlas adornan los bellos cuellos katíos.

¿Y los anillos? El uno parecía de oro y el otro de plata, al menos el color, de lejos, semejava esos metales.

Mientras yo me vestía y preparaba, el padre Vangelista les oía en confesión a los novios.

Salí al altar, los dos en la balaustrada, en primera fila, con sus padrinos. La pequeña capilla estaba llena de parumas multicolores y el peculiar olor indígena se difundía por todos los ámbitos y rendijas del templo.

Al acercarme a los dos contrayentes me vino la mala idea de fijarme con más detención en ellos.

Él era un guapo mozo, de unos treinta a treinta y cinco años, fuerte como un caracol (ojo: caracol, término de mi comparación, no es molusco, es un árbol gigantesco de Urabá). En la cabeza ostentaba silvestre corona de hierbas y flores. La roja paruma, nueva, abierta por delante, dejaba ver un negro chaleco sobre el tórax desnudo; cubría, ¡oh prodigio de adelanto!, sus muslos y piernas con un pantalón bastante bueno. Encima de todo, es claro, a guisa de manto real, la paruma.

Ella estrenaba una preciosa bata, regalo de su buena madrina. Sin paruma. Calzaba zapatos y llevaba la cara limpia, sin rastro de pintura alguna —katía ni europea—, luciendo su hermoso color cobre pálido.

Él, en cambio, lucía sobre la faz (incluida en la faz la nariz) los más vivos y frescos colores, combinados artísticamente en variados dibujos, campeando el rojo vivo de la guija¹⁶² sobre el luto de la negra jagua¹⁶³. Aquellos ángulos superpuestos, tan bien trazados, que arrancaban de la punta de la nariz y se esfumaban en las cejas, aquellos otros que partían de la punta del mentón y tenían su remate en la boca y las líneas de puntos, negro y rojo, tan simétricamente colocados, eran realmente una obra de arte katío.

¹⁶¹ En los centavos de dólar americanos, en 1909 el rostro de Lincoln sustituye a la efígie de la Libertad, coronada por un gorro frigio, aunque estas monedas no llevaban níquel desde 1864. Puede referirse también a las monedas de diez centavos, en las cuales parcialmente se usaba níquel, que entre 1892 y 1916 también portaban la imagen de la Libertad con el gorro frigio. También las monedas de cinco centavos, parcialmente de níquel, portaron la imagen de la libertad con el gorro frigio entre 1883 y 1913 (las de este último año son una rareza numismática muy codiciada por los coleccionistas).

¹⁶² *guija*: bija, *bixa orellana*, arbusto de cuyas semillas se extrae un pigmento usado como colorante culinario, pero también como pintura corporal y facial.

¹⁶³ *jagua*: pigmento negro extraído del fruto de la planta *Genipa americana*.

Hechas mis observaciones procedí al matrimonio, y este acabado, fuimos a almorzar. Terminado el almuerzo servido por Basilia y pagado por el misionero, se marcharon a sus selvas los indios y yo a mis estudios finales.

¡Había hecho mi primer matrimonio de indios!

Punto: ¡Rafael estaba casado!

¡AQUEL SOMBRERITO!¹⁶⁴

Fue un caso del que no puedo olvidarme.

Él era un minero, viudo, treinta y siete años.

Ella hija de mineros, diecisiete años.

Un día tuvo él suerte: encontró con sus cuatro compañeros una mata¹⁶⁵ de oro, que dio a cada uno mil doscientos pesos¹⁶⁶.

Ellos se compraron su caballo y fueron a la ciudad a gastar su fortuna. Volvieron a las dos semanas de ausencia, a pie, sin circo.

Él, en cambio, se acordó de ella: la había visto en casa de sus padres, pero, pobre y viudo, no se atrevió a pedir su mano. Ya con mil doscientos pesos oro era otra cosa. Corrió a ofrecérselos y fue admitido a la familia.

«Tan pronto pase el padre nos casamos». Se querían: era pues lógico el acuerdo.

Yo pasé por aquellas soledades de Pegadó, Taxidó y Santa Teresa. Santa Teresa, lindo nombre de una extensión grande de tierra asignada a un individuo, con el título pomposo de finca.

En Santa Teresa, a la vera del camino, hay una casa. En ella habita un matrimonio cristiano. El esposo, Antonio J., fue marinero del padre

¹⁶⁴ Una variación de este relato, se integra en parte en el cap. IX, «Pegadó» de *Al amor de los Karibes*. Publicado también en *La Obra Máxima*, XVIII/207, julio de 1938, p. 106.

¹⁶⁵ *mata*: en metalurgia es el sulfuro múltiple, formado en la primera fusión de las menas sulfuradas. En el texto hace referencia a las propias menas, mineral metalífero (en este caso oro) tal y como se extrae del yacimiento, antes de limpiarlo.

¹⁶⁶ *peso colombiano*: el peso es la unidad monetaria de Colombia desde 1810.

Arteaga¹⁶⁷. Quieren mucho a los padres. Es, pues, esa santa casa el abrigo obligado del misionero que baja de Dabeiba a Pavarondocito o sube de Pavarondocito a Dabeiba; quince leguas. Santa Teresa está en la mitad, más o menos, del camino.

En Santa Teresa me aguardaban.

—Fulano de Tal, viudo, quiere contraer matrimonio con Fulanita de Tal, soltera.

—¿Y cómo no subís al pueblo a casaros y hacer fiesta como Dios manda?

—Padre, usted comprenderá...

Yo nada comprendí, pero dije que sí, que ya comprendía.

Había mucha gente al anuncio de boda. Se congregaron todos los habitantes de aquellas selvas, montañas y ríos.

Aproveché la ocasión: catecismo, charlas, rosario, confesiones. Me metí en un cuarto, me senté sobre un cesto de mazorcas de maíz, del techo colgaban racimos enormes de plátanos, en un rincón exhalaba su desagradable aroma otro cesto con mazorcas de cacao que empezaba a avinagrarse; las ratas recorrían precipitadamente todos los estrechos ámbitos del cuarto; bajo el tambo gruñían los cerditos perezosos; una vaca quería levantar el piso con frecuentes cornadas; las gallinas no dormían. Me dispuse a oír confesiones. Entre el confesor y la penitente una limpia sábana nos servía de rejilla. Los varones se hacían partícipes del disfrute del cuarto. Así una, dos horas, muchas confesiones, de muchos años.

Al día siguiente con el alba se procedió a la limpieza y ornato del cuarto donde se iba a decir la Santa Misa. Se retiró el maíz y el cacao. Las ratas se retiraron a sus respectivos nidos. La vaca salió al campo, igual que los marranitos gruñidores. Se respetaron los plátanos que, verdes y amarillos, adornaban el techo. Se dispuso el altar, que se adornó con las flores más costosas, tan costosas que pueden valer, y valen, miles de pesos: son las orquídeas, carlejas, cucarronas, mariposas¹⁶⁸. Bellísimas flores

¹⁶⁷ José Joaquín Arteaga, misionero carmelita español nacido en Estella en 1878. Llegó a Antioquia en 1919 y fue prefecto de Urabá.

¹⁶⁸ *carleya*: es un género de orquídea. La *Cattleya trianae* es la flor nacional colombiana. Las cucarronas son orquídeas del género *Ophrys*, llamadas así porque para facilitar la polinización, la flor imita la forma de los insectos conocidos como cucarrones (insectos del orden de los coleópteros). Las mariposas son orquídeas del género *Oncidium*, cuyas flores imitan mariposas, también conocidas como *damas danzantes*, ya que por efecto del viento sus flores parecen bailarinas.

que cría la selva en los gruesos troncos de sus seculares árboles.

Los novios no se hicieron esperar. Muy elegantes, cortejados por sus familiares y amigos. Yo me sonreí un poco: ¿hice mal? Lo hice sin querer: ¡aquel nudo de la corbata de él!, ¡aquel sombrero con dos picos que había dejado caer sobre la cabeza de ella!, y aquellos zapatos que, a la pobre muchacha, sin duda martirizaban. Golpeaba primero el tacón y luego la suela. Aquellos pies eran de los que entran descalzos en el cielo. Les dirigí unos cumplidos, muy sinceros, por cierto; y procedí al matrimonio y a la Santa Misa.

Ochenta y tres comuniones. Además, los recién casados fueron nombrados padrinos de seis o siete criaturas que ese día después de la Santa Misa recibieron el bautismo.

Jornada triunfal la de aquel día para el misionero.

Lo dejé en la fiesta y seguí para mi parroquia.

Por el camino (los caminos de Urabá son largos para dar cabida a todos los pensamientos), se me volvió a presentar el sombrero de la novia: negro con unas cintas blancas, con dos picos: ciertamente era un sombrero, pero que no salió de París.

—¡Pobrecita!

—¡Pobrecita! ¿Y por qué?

Me llamé tonto.

Pasaron unos meses.

¿Qué será de aquella niña? Con frecuencia me acordaba de ella.

Siempre que veía un sombrero femenino algo raro, me asaltaba la imagen de su sombrero; negro, con cintas blancas, con dos picos...

Un día se presentó su marido en la casa cural.

—¡Hola! ¿Qué tal? Juan, ¿cómo te va en los trabajos? ¿Mucho oro? ¿Y tu señora?

—Mi señora está mal, me respondió con tristeza, a eso vengo, a ver si usted puede bajar a confesarla. Se está muriendo y me pidió por Dios que fuera el padre. Yo he subido a ver si llevo algunos remedios. Me parece que se va.

—¿Pues qué tiene?

—Dio ayer a luz a un niño.

—Ahora, ¿dónde vivís?

—En Pegadó, en las minas, al otro lado del río.

—¿Cerca de la mina grande?

—No, bastante más arriba. Estamos casi solos, estamos explorando una quebrada nueva, que parece que tiene mucho oro.

—Entonces iremos juntos, haré noche por allá y les diré la Santa Misa.

De Dabeiba a Pagadó hay seis leguas de camino.

Llegados, pregunto por su mujer.

—Está peor— me dijeron.

Pasamos la garrucha del río, y desalado¹⁶⁹ se adelantó.

A mí me acompañaba un indio.

Recorrido más salvaje no le he hecho nunca. Ni siquiera cuando el viaje de Murri a Murindó¹⁷⁰: los precipicios, las quebradas, los saltos se sucedían. El indio, cargado y todo con su cesto, corría como un ñeque¹⁷¹. Yo apenas podía seguirle.

—Mujer mala, muriendo está, esta mañana yo dejé sin hablando. Blanca, blanca está, sangre no tiene.

Este cuadro me ponía alas en los pies.

—¿Falta aún mucho?

—Aquí cerquita, no más, volviendo monte coge quebrada, bajando quebrada, allá es.

No pude más y caí cuan largo soy. Al ratillo me erguí sobresaltado.

—¿El niño?

—Niño bueno.

—¿Lo han bautizado?

—Sí (su papá): abuelo echó agua.

Me tranquilicé, pero seguí la marcha.

El nuevo camino era una quebrada o riachuelo.

Por su cauce, el agua a la rodilla, siguiendo su curso llegué por fin a la choza de la enferma.

—Ha muerto, me dijeron.

—¿Cuándo?

—Hace unos cinco minutos.

—¿Es posible?, Señor, ¿llegar hasta aquí y encontrarla muerta?

¹⁶⁹ *desalado*: ansioso, acelerado.

¹⁷⁰ *Murindó*: municipio en la región de Urabá, en el departamento de Antioquia, situado a la orilla del río Atrato; limita con Chocó, Dabeiba y Frontino. De difícil acceso y en situación de vulnerabilidad debido a la cercanía del río y las condiciones orográficas.

¹⁷¹ Dice Georges-Louis Leclerc, conde de Buffon, en su obra *Los tres reinos de la naturaleza*, «corre con gran velocidad por tierra llana y cuesta arriba; pero como tiene los pies delanteros más cortos que los posteriores, presto daría de hocicos cuando corre cuesta abajo, si no moderase su carrera.» (p. 431). Es corrección manuscrita sobre la primera lectura «conejo».

Me acerqué apresuradamente a su lecho. Aún estaba caliente, flexible. Le puse los santos óleos.

Llegué a tiempo, me pareció verle abrir los ojos.

¿Me reconocería? ¿Supo que el padre que hacía nueve meses la unió en matrimonio con su esposo, llegó de tan lejos a unirla con su Dios?

¡Qué santo, qué sublime y emocionante administrar los santos sacramentos en el corazón de la selva, en tierra no manchada por los crímenes humanos!

Lloraban todos, lloré yo, aquella tierra que no había sido pisado por los hombres, que no será en muchos siglos quizá habitada por los hombres, fue regada con las lágrimas de un sacerdote de Cristo.

La amortajamos. Las manos, manos blancas de niña, cruzadas sobre el pecho. Era la misma, la que hacía nueve meses también en el templo de una selva virgen apareció ante mis ojos con un sombrerito negro, con cintas blancas para unirse en santo matrimonio con el hombre que ahora lloraba.

Retiramos el niño de su lado.

Delante de su madre muerta le administré solemnemente el bautismo. ¡Angelillo de Dios! Aquella misma noche fue a unirse con su mamá en el cielo.

El misionero volvió a su parroquia cantando el *Te Deum*¹⁷².

Hoy he visto una niña con un sombrerito negro y me he acordado de ella. R.I.P.

¹⁷² *Te Deum*: himno litúrgico que usualmente se entona en momentos de celebración triunfal.

BASILIA¹⁷³

Basilía es digna de un poema.

Al despedirme con dolor de ella juré que lo escribiría, pero he visto que el afecto es más fácil que las musas.

¿Por qué queríamos todos tanto a Basilia?

Para evitar sonrisas me adelanto a decir que Basilia era una mujer canónica, es decir, una mujer que contaba —sin melindres— sus cincuenta y siete años, sinceramente piadosa, y que decía, después de nueve años de servicio con los padres misioneros: «las gallinas de los padres misioneros». Esto de las gallinas es una metáfora, por hacer alusión al chascarrillo de las amas de llaves que dicen al primer mes: «Las gallinas del cura»; y el segundo mes ya dicen: «Nuestras gallinas»; para acabar por decir al mes tercero: «Mis gallinas»¹⁷⁴.

Con esto quiero decir que Basilia no tenía nada suyo. Hubiera sido una monja modelo. Pero Basilia tenía un defectillo, ¡qué picarona!, no lo quería reconocer: quería a los indios como a los padres, y a los padres como a sus hijos, si hubiera tenido, pues Basilia era una casta soltera. Esta Basilia...

Consecuencias de este cariño igualitario de Basilia eran algún leve susto por nuestra parte, una que otra noche en vela, algún ligero hurto en la casa y un aumento de doce o quince pesos en el mercado semanal.

¿Pero no lo había dicho? ¡Hombre!

¹⁷³ Este relato es, con algunas variaciones, el cap. III de *Al amor de los Karibes*. También publicado en *La Obra Máxima*, XVIII/208, agosto de 1938, p. 122.

¹⁷⁴ La historieta se recoge en una publicación anónima de 1865 destinada a la enseñanza de seminaristas, *Correspondencia entre un exdirector de seminario y un joven sacerdote*: «El primer año y a veces los primeros días, dicen: las gallinas del señor cura; poco tiempo después dicen: nuestras gallinas; y acaban por decir: mis gallinas.» (Carta LXII).

Basilia era la dueña de la casa misión de Frontino: una casita estrecha y baja, almacén de chécheres¹⁷⁵ viejos y nuevos de las capillas y escuelas de la misión, imprenta, biblioteca, archivo y procura de la misión y ¡ay! Colegio de Teología de cuatro jóvenes misioneros durante un curso de nueve meses. A este tiempo me refiero. Superior de la casa era el padre Juan Evangelista, un misionero navarro de cuerpo entero, intrépido, gran jinete, mejor navegante; que llegó a confesar y casar desde la cama consumido por cuarenta décimas de fiebre. El padre cuidaba de la imprenta y editaba él solo *Luz Católica*¹⁷⁶, cuidaba la biblioteca, los chécheres de las escuelas y capillas y el archivo, que tenía ordenadísimo. Nos daba clases de Dogmática, Moral, Derecho, Liturgia y Misiología; atendía a las setenta o más hermanas misioneras, a las niñas del colegio que estas regentaban y a toda la vecindad de Mediaguas. Francamente: solo el padre Juan Evangelista era capaz de llevar —cual otro Atlante¹⁷⁷— tal peso a sus espaldas. ¡Y echaba chistes!

Pero el padre Juan Evangelista tenía también su defecto que tampoco lo quería conocer para enmendarse: amaba a los indios (dieciséis años misionero) como a Basilia (nueve años de servicio) y a Basilia como a nosotros, sus jóvenes discípulos.

Todos estos cariños vestidos al castellano de Cervantes significan que los indios eran amos y señores de la casa misión de Frontino, y nosotros los paganos. ¡Nos daban unos sustos!

Bien, esto de los sustos es relativo, yo no me asusto por nada, y el padre Clemente¹⁷⁸ un día, digo una noche, en que tuvo que pasar por entre los indios que dormían en el zaguán¹⁷⁹ —hasta en el zaguán dormían—, al mostrarle con el dedo un indiecito —angelico de tres años— que dormía con su tripita al aire, se santiguó y no hubo modo de alcanzarlo hasta la casa de arriba. Pero cuando por la noche entraba algún indio mareado por los vapores del guarapo y se largaba a gritar con su machete en la mano, era preciso atrancar la puerta de la celda. ¿Eh, padre Juan?

¹⁷⁵ *chéchere*: cosa inútil, vieja o de escaso valor.

¹⁷⁶ *Luz Católica* fue una revista quincenal carmelita publicada en Frontino cuyo primer número data del 1 de junio de 1927 bajo la dirección del mencionado padre Juan Evangelista.

¹⁷⁷ Atlante, en la mitología griega, un titán al que el dios Zeus le obligó a sostener el cielo sobre sus hombros. Dícese de persona o cosa que sustenta algo.

¹⁷⁸ El misionero auxiliar padre Clemente Zuluaga.

¹⁷⁹ *zaguán*: recibidor, porche, entrada, portal.

Claro que la puerta de la casa tenía que estar abierta noche y día, como la del monseñor Bienvenido¹⁸⁰. ¿Que por qué? Porque los indios de noche tienen que hacer una cosa que en su lengua llaman «angaya»¹⁸¹.

Y claro, a puertas abiertas, cualquier truhancillo se llevaba un caucho, dos cauchos, tres cauchos...

Y venía una pareja de indios (ya habían comido dos docenas), y les salía al encuentro Basilia sonriente y reluciente: «¿De dónde venés, Valentina? ¿No comiendo?».

—¡Ah, ah, india pobre!, no comiendo, de Chontaduro viniendo.

—¿Tenés jarraba? Basilia había aprendido a decir «tienes hambre» en katío para que mejor lo entendieran.

—¿Tenés jarraba? —insistía.

—Piu jarraba nemua: tengo mucha hambre.

En tanto este cariñoso e importantísimo diálogo se sucedía entre Basilia y la india Valentina, el indio consorte de esta miraba receloso y en silencio a todas las partes, y por fin se sentaba en su banco, junto a la mesa en que Basilia amasaba nuestra arepa¹⁸², con su totuma (plato) a la mano. Esta totuma no tardó en pasar a manos de Basilia que se la devolvió rebosante y humeante.

Ya tenemos a los indios acomodados y comiendo, cerquita de nosotros.

El padre Juan Evangelista, que preside la mesa, gritaba a Basilia:

—¿Les has dado arepa?

—Sí, padre, ¿quiere que les dé otra?

Yo he visto que Basilia les ha dado, juntamente con el cocido, una arepa que pesa por lo menos medio kilo. (Buena escuela de misioneros la nuestra).

Como yo no había visto comer a los indios, no les quito los ojos de encima. Saca él su cuchara, la desocupa en tres o cuatro achuchones y se la pasa a la india, que hace operación idéntica, tropiezan con un pedazo de carne, lo saca él con la mano, le da un mordisco y se lo pasa a su mujer, que le pega otro mordisco; lo echan nuevamente al plato, otra cucharada él, otra ella; vuelven a sacar la carne con los dedos: un mordisco él, otro ella y al hondo... Siguen las cucharadas alternando y

¹⁸⁰ Alusión a monseñor Myriel, obispo de *Los miserables* de Víctor Hugo, al que llaman monseñor Bienvenido porque a todos acoge caritativamente.

¹⁸¹ Se entiende que a cumplir sus necesidades fisiológicas; *angaya* 'cagar'.

¹⁸² En el manuscrito pone «arepa» tras tachar «pan».

los mordiscos, cada vez más pequeños, pues nadie quiere ser el último en tragar. Siguen dándole al frísol¹⁸³, que no se acaba.

De pronto ella se lleva el dedo pulgar y el índice a la cabeza, no sé qué pieza extrae de sus largos y poblados cabellos: el dedo pulgar y el índice se dirigen apretados a los dientes que se asoman, se separan y se vuelven a unir produciendo un estallido.

¿Qué será eso? Miro al vecino que en ese momento cierra con fuerza los ojos y hace un gesto con la boca.

Basilía me presenta el plato.

Yo declaro que no tengo ya más ganas de comer.

El padre Juan Evangelista comprende.

—¿Quién le ha mandado mirar?

Esas son las consecuencias de no guardar la mortificación de la vista.

EL BAUTISMO DE CUATRO INOCENTES¹⁸⁴

Su nombre es Hipólito, pero todo el mundo lo llamamos Polo.

Polo es un indio katío, es decir, un hombre que no se viste, ni se calza; que se lía a los muslos dos varas de fula¹⁸⁵; se pinta la cara de negro —fondo entero— o de rojo— fondo entero—, o de una combinación de los dos colores, a placer; masca chidai, lo mismo que los yankees mascan caucho, con que se le ponen los dientes y la lengua y los labios

¹⁸³ *frísol*: alubia, pupusa.

¹⁸⁴ Con muy pocas variaciones este relato es el cap.VII «Mi primer bautizo, cuádruple», en *Al amor de los Karibes*. También fue publicado como «El bautismo de cuatro inocentes», en *La Obra Máxima*, XVIII/210, octubre de 1938, pp. 136-138.

¹⁸⁵ *fula*: tela delgada de algodón.

y la saliva negros¹⁸⁶, se cuelga al cuello unas chakiras¹⁸⁷ y unos cuantos cogollos de hierbas aromáticas; se corta el pelo en redondo, a la altura de los ojos; y habla algo que ni usted no yo entendemos.

Ese es el indio katío y ese es Polo, porque los tales no admiten más que una única moda para el vestido, calzado y tocado de toda la raza.

Sin embargo, no debo ser injusto: Polo se distingue algo de sus congéneres, no en lo físico, sino en la ilustración. Polo es un indio intelectual, sabe decir: «Biblia y bautizo de cura, ¿pa qué?».

Toda esta ilustración se la debe Polo a un mal vecino de monte, a un triste septuagenario, ministro renegado del Altísimo, que prefirió a la mesa del Padre las migajas de los canes y las bellotas de los cochinos.

El triste anciano tiene chuzo¹⁸⁸ en su choza, es decir, que tiene a la venta sal, petróleo, jabón de tierra o de barra y otras carajaditas¹⁸⁹, como dicen, y con este y la cría y engorde de marranitos consigue el escaso yantar¹⁹⁰ montañero.

Si las fieras en la selva son sociables, con mayor razón lo es el hombre. Polo trabó relación con su triste vecino. ¿Cómo? Muy fácil. Un día se le acabó el petróleo y estaba a oscuras, y como necesitaba luz, anduvo los mil pasos que le separaban del chuzo, y al verse con el anciano tendero entabló con él más o menos la siguiente conversación:

—Yo acabó petrólío, hombre, mujer emperma, yo consigue plata el domingo pa pagar, hombre, presta media petrólío, hombre, yo paga.

El viejo, que hacía días pretendía la amistad del esquivo indio, no se hizo esperar mucho y le fió la media pucha¹⁹¹ de petróleo, añadiéndole

¹⁸⁶ *chidai*: huitos o chidai, o quidía, nombre con que se conoce la *Genipa americana*, pequeño árbol cuyo fruto tiene propiedades medicinales. Se trata de la jagua anteriormente referida de la cual se extrae colorante para la pintura corporal. Según cierta leyenda oral, Dabeiba, espíritu del río, les enseñó a los katíos a usar la planta: «huitos o chidai, o quidía, o curadientes que es una pequeña planta con la cual se ennegrecen como si hubieran sido cubiertos de un brillante y fino esmalte negro» (Vélez Vélez, 1990; cit. en Varios, *La tradición oral*, p. 37).

¹⁸⁷ *chakira*: collares hechos de pequeñas cuentas, abalorios, etc.

¹⁸⁸ *chuzo*: negocio o tienda pequeño y poco importante.

¹⁸⁹ *carajada*: cosa, objeto de poco valor.

¹⁹⁰ *yantar*: sustento.

¹⁹¹ *pucha*: en el léxico antioqueño medida de capacidad, principalmente para medir productos en grano, aunque también se usaba con líquidos como la leche o en este caso el petróleo. Era una caja de unos 15 cm de lado y unos 5 de hondo, para medir la cantidad, parecida al almod.

que volviera siempre que algo necesitara, que el chucito estaba a la orden.

El indio volvió a la noche siguiente.

—Prisoles también sin sal, mujer dice que no come, libra salesita si piaras hasta el domingo, yo paga hombre, domingo yo paga.

El indio se fue a casa con su libra de sal.

—¡Kapunia piia che! Qué bueno es ese libre, —le decía Polo a su mujer. «Hoy te fío y mañana me pagas y después vas a buscarme el marrano que se perdió y tráeme una carga de leña y véndeme a mí el maicito». El viejo se hizo pagar muy bien los favores que a Polo hacía.

Mas no fue esto lo peor, pues entre vecinos, y más en un apartado monte, el mutuo favor es corriente, pero...

Pero lo malo fue que el buen Polo no se iba dando cuenta de que el viejo, mientras medía el petróleo o le pesaba la sal, le iba diciendo cosas que él no había oído nunca a hermanitas ni a padrecito. Polo acabó por aprender a pronunciar, «Biblia y Bautismo de cura pa qué y yo siendo protestante».

Y tuvo un hijito, y el renegado consiguió que no le bautizara.

Por fortuna, el pobre viejo no hizo ambiente entre la raza y Polo no tenía grandes dotes de maestro, así que el caso Polo estuvo más bien oculto, a pesar de haber dejado sin bautismo a otros tres pimpollos que alegraban su bohío.

Hasta que un día pasaron al despacho parroquial dos hermanitas —manos recogidas, ojos bajos, corazones de apóstol a lo Teresita— y dijeron que les habían dicho que en la vereda de tal había un indio con cuatro niños sin bautismo y que era protestante y que se llamaba Polo y que vivía cerca de P.R., el renegado. Todo esto lo dijeron, claro está, para proponer al padre una excursión por aquellos parajes, a ver si se conseguía bautizar las criaturas y volver al redil al indio perdido.

¡Oh, hermanas Josefa y Alicia!, misioneras intrépidas, ¿quién os iba a decir que no?

Prevía la venia de la reverendísima Rosenda me acompañaron dispuestas a ser madrinas.

A las cuatro estábamos en marcha. ¿El camino? Es inútil ponderarlo, porque era invierno y solo los que por ellos han andado saben lo que es eso que se llama en Urabá camino de herradura¹⁹². Lo que sí es impon-

¹⁹² *camino de herradura*: senda tan estrecha que solo pueden transitar por ella caballerías, pero no carros.

derable el valor de esas hermanas misioneras; no hacen más los indios, ni los nacidos y criados entre el barro de las montañas. Esos hábitos que tanto estorban para cabalgar, esa toca que tanto calienta y encima, cuando lo hace, un sol que derrite piedras, todo eso y más, soportan esas vírgenes de Dios a trueque de traer un alma más a la Iglesia. Cómo les debe sonreír Teresita y qué buena les aguarda a quienes a su labor apostólica se oponen...

Pensando estas cosas y otras que no digo, llegamos a las cercanías del bohío.

¿Quién entraría primero, ellas o yo? ¿Qué sería mejor para no asustar a Polo? Resolvimos entrar juntos.

—¿No les llama la atención que no ladren los perros? —les dije.

Es de saber que no hay bohío de indios sin dos o tres pares de perros, tan flacos y hambrientos como labradores.

Entramos, por fin, en el patio del bohío y ¡cuál sería el desencanto! al verlo completamente desierto, nos metimos por todos los rincones, dimos tres o cuatro vueltas y nada, allí no había rastro de Polo, ni de su gente. Grité a ver si aparecía y solo respondió el eco y el ladrido de tal cual perro perdido. Sin embargo, aquel bohío tenía que estar habitado y más aún, por las señas, el dueño no debía tardar en volver, porque allí estaban colgando de los palos del techo los calabazos y totumas que equivalen a los trastos de cocina, por allí se veían esteras y hasta había una paila¹⁹³ al fuego medio apagado.

Aguardamos en vano una hora y dos horas, pero como ya se hacía tarde para la vuelta, nos volvimos, cantando; pues no había causa para volver tristes. Polo caería, ya que en la fuga mostraba la pena que tenía de nosotros, es decir, la vergüenza que su conducta le inspiraba.

Pero, ¿cómo fue el huir? Después caí en la cuenta.

Un pelafustán¹⁹⁴ que encontramos en el camino pasó de largo en la misma dirección que nosotros llevábamos y tiempo le faltaría para comunicar al triste viejo nuestra ruta y a este para adivinar nuestras intenciones, con que se largó bonitamente hasta el bohío del indio y por un motivo o por otro, no atreviéndose a dar la cara, lo haría retirarse a su casa o a otra parte, mientras nosotros nos alejábamos de aquellos contornos.

¹⁹³ *paila*: sartén, vasija de metal.

¹⁹⁴ *pelafustán*: persona insignificante o mediocre, sin posición social o económica; un cualquiera.

—Cuestión de otra excursión— les dije a las hermanas. —Ya verán como otro día lo hallamos.

—Cuando quiera, padre, por nosotras mañana mismo volvemos.

¿Misioneras? ¡Vaya si son misioneras estas carmelitas colombianas!

Al día siguiente no, pero a los días ya estábamos nuevamente a caballo.

—¿A dónde?

—Al bohío de Polo, vereda de Ch., por el puente colgante arriba.

Encontramos a Polo, a su mujer, a su suegra y a sus cinco hijos, los cuatro sin bautizar; todos estaban allí.

Sin más ceremonia que guardarnos de los perros, subimos al tambo; los chiquitos, al vernos, rodearon asustados a su madre, que nos miraba sobresaltada. Polo se puso muy serio y nos miraba con fiereza, no exenta de vergüenza, pero la viejecita suegra, vernos y adelantarse a dar la mano a las hermanas, para que no resbalaran por el madero-escalera y comenzar a hablar, medio en español, medio en indio, cosas que yo no entendí, pero que las hermanas comprendieron enseguida que eran palabras de cariño y alegría; todo fue uno; después se volvió a su hija y a sus nietos y les dijo que hermanas mucho buenas, que quieren a indio, que no asusten y qué sé yo cuántas cosas dijo, aquella vieja requetesimpática. Lo cierto es que, al verla a ella tan confiada, todos depusieron el ceño.

Como ya era hora de comer, saqué las provisiones que llevaba y las hermanas lo mismo, nos quedamos sin comer, pero los niños y la viejecita tuvieron su gran banquete, Polo no quiso aceptar nada y su mujer tampoco, pero veían comer con gusto a sus criaturas. Más aún, Polo sacó no sé de dónde un calabazo y vació en una totuma un líquido entre negro y rojo, de fuerte olor, aunque no muy de nuestro agrado, y me brindó para asentar comida. Era guarapo: guarapo de indio katío. Las hermanas me miraron y se echaron a reír. Polo era bastante delicado para no brindarles a ellas. Con la sed que realmente tenía y con la gana de que Polo no fuera a creer que le hacía desprecio, me tiré a pechos un buen trago.

En seguida, viendo que la viejecita estaba que se le caía la baba con las hermanas y que los niños estaban contentos y se dejaban acariciar de ellas y que la mamá india también se reía viendo reírse a sus hijos y que ya Polo había chocado conmigo la copa, digo, la totuma, le dije sencillamente: «Venimos a bautizar chiquillos». Demasiado sabía él a qué íbamos.

No pude oír de pronto su respuesta, porque la viejecita se largó a ponderar la necesidad y gracia del bautismo del padrecito, y acariciando a sus nietos y mirando a Polo y haciendo señas a la hija, los conquistó de tal forma, que nadie puso a mi propuesta mala cara. Era, pues, cosa hecha.

Mientras las hermanas arreglaban el vestidito que ellas previamente para cada uno traían y la viejecita retiraba los trastos que hacían estorbo, cogí a Polo por mi cuenta y le dije cariñosamente unas cuantas verdades sobre su viejo maestro y sobre la doctrina que le enseñaba, y después de oírle algunas palabras de excusa (su alegría al ver a sus chiquillos con vestido nuevo no le dio lugar a más), saqué el cuaderno para asentar las partidas.

—¿Qué día nacieron?

Generalmente cuando esta pregunta se hace a un indio, respecto de sus hijos, no dan más respuesta que encogerse de hombros y pronunciar, «Yo no sabe», aun cuando haga una sola semana que nacieron.

Polo, en cambio, levantó un pedazo de paruma vieja y me mostró un tablero donde tenía apuntadas las fechas —día, mes, año— del nacimiento de todos y cada uno de sus hijos.

—¿Sabes escribir? —le dije.

—No, libre apuntó, yo guarda.

Se bautizaron los niños: los dos chiquitos en brazos de las Hermanas, los mayorcitos de pie.

Una vez me preguntó un amigo mundano¹⁹⁵ que cuál era el placer más grande que teníamos los religiosos. Si hubiera tenido una foto del bautizo de los hijos de Polo se la hubiera enseñado y le hubiera dicho:

—Mira, este.

¹⁹⁵ *mundano*: en el texto parece equivaler a laico.

UN VIAJE FLUVIAL¹⁹⁶

I EL BUQUE

Pavarondocito no es puerto de mar. Sin embargo, yo embarqué en Pavarondocito: su muelle es la playa pedregosa, su mar el torrencioso Riosucio. Mi embarcación una champa. Es preciso saber que una champa no es balsa, ni bote, ni canoa, ni lancha, ni yate. Todos estos vehículos fluviales o marítimos, excepto la balsa, son superiores en confort, seguridad, velocidad, calado, y carga a aquella. Sin embargo, para el Riosucio todos prefieren la champa. Para no andarme más tiempo por las ramas, diré que este trasto de champa es un tronco, casi siempre de ceiba o de cedro, previamente destripado y labrado de forma que flote, que cargue y que bogue.

Embarcamos en el frágil esquife¹⁹⁷ a las cinco de la tarde.

II TRIPULANTE

En singular. Un boga negro, hercúleo, experto navegante fluvial, conocedor como pocos de aquel caprichoso y traidor río. Tendría unos treinta años, soltero. Su nombre, Antonio o Juan.

III PASAJERO

Servidor de ustedes. Misionero carmelita descalzo.

¹⁹⁶ Algunas partes del relato se integran en el cap. XIII, «Un viaje fluvial», de *Al amor de los Karibes*. También fue publicado en *La Obra Máxima*, XIX/221, septiembre de 1939, p. 136.

¹⁹⁷ *esquife*: embarcación pequeña.

IV BAGAJE

Un saquito encauchado¹⁹⁸, conteniendo los ornamentos sagrados y demás efectos religiosos propios para bautizar y celebrar el santo sacrificio de la misa. El breviario y el Cristo.

Y una muda por si acaso volcaba la champa.

El boga, por su parte, llevaba otro saquito, donde guardaba su ropa limpia y planchada para lucirla en el pueblo.

V MI VESTIDO

El santo hábito carmelita, pesado y caluroso. En la cabeza un ancho sombrero de jipa¹⁹⁹. En los pies las sandalias abiertas. Encima un poncho blanco.

El boga, por su cuenta, llevaba, en el cuerpo, ceñido, un taparrabo; en la mano una larga palanca de yaya²⁰⁰, madera flexible y dura como el acero. Ese palo era el motor, y el timón y el ancla y el todo de la champa.

Además, eran de su propiedad y uso otras dos palancas por si la una fallaba, un canalete, especie de pala terminada en punta, muy bien trabajada, para sustituir a la palanca cuando el río se hiciera profundo y manso.

Una media totuma para achicar el agua que se filtraba, muy lindamente, por cierto, por dos rejillas que no bien tapaban los remiendos de zinc. Dos cocos, arroz, una paila o sartén sin mango y un farol.

Todo esto, y nada más, iba dentro de la champa.

VI MI CAPITAL

Lo constituían cinco pesos, con cuatro de los cuales debía pagar al boga. Mi flaco portamonedas me recordó, y me recuerda, aquello de «sine pera»²⁰¹, es decir: sin macuto... ni portamonedas.

¹⁹⁸ El saco encauchado era un objeto de tremenda importancia en la navegación fluvial, ya que permitía proteger del agua los bienes del pasajero.

¹⁹⁹ *sombrero de jipa*: sombrero de ala ancha elaborado con la fibra de jipijapa, planta herbácea perenne, de hojas grandes, palmeadas, en forma de abanico, de cuyas hojas se extrae una fibra empleada para hacer escobas y sombreros.

²⁰⁰ *yaya*: árbol alto y recto, de la familia de las anonáceas.

²⁰¹ *sine pera*: sin bolsa, frase proverbial de origen evangélico para expresar pobreza. San Lucas, 22, 35.

VII MI MAREO

A bordo ya, carga, tripulante y pasajero; se cortaron las amarras, levamos anclas, esto es, desclavó el forzado boga el palo que sujetaba a la tierra al horadado tronco y se deslizó... iba a decir mansamente, pero no: el furor del torrente arrastró como quiso a la champa al medio del río, hasta que el boga fue dueño con su palanca de reprimir el furor de las aguas y guiar la embarcación. Fue un momento de susto.

Del fondo del río salía un mugido sordo que espantaba: era el ruido del casco arrastrado por la corriente.

En la superficie, el agua formaba olas, espuma, círculos, pequeños remolinos donde eran juguetes las ramas y pequeños troncos.

Era la primera vez que yo me lanzaba a aquella aventura.

No hecho, pues, a aquellos trotes; es decir, a aquel modo de viajar tan primitivo y difícil, a las primeras de cambio perdí el control de mí mismo y por unos minutos no supe donde me hallaba.

No tardó la conciencia en advertirme que no tenía derecho a macular tontamente la champa con la escasa comida y mucha bilis que me ahogaban. Cerré los ojos, incliné la cabeza al río y cual otro pelicano, de mi propia sustancia di de comer a los peces hambrientos.

—Qué, ¿se marea?

—No vale la pena, un poco, no me sentó bien la comida.

La champa era celosilla, es decir, que se mecía más que la cuna de un niño que no se duerme.

Ante tanta inconsistencia opté por cubrirme la cabeza con el poncho y recostarme.

VIII ENSUEÑO

Me dormí. Los ojos siempre abiertos del ensueño fueron sucesivamente contemplando las orillas fantásticas festoneadas²⁰² de multicolores flores, enredaderas sostenidas por largos y caprichosos bejucos como por lazos de seda, la sombría selva circundante, partida en dos por el ancho puñal de las aguas; el sol poniente y el colorado crepúsculo, la salida de Venus²⁰³ y de la pálida luna, curiosa y solícita de alumbrarnos

²⁰² *festoneadas*: decoradas con festones; bordado, dibujo o recorte en forma de ondas o puntas, que adorna la orilla o borde de algo.

²⁰³ Si se dan las condiciones oportunas, el planeta Venus es en ocasiones visible al amanecer (conocido como lucero del alba) y al atardecer, lucero de la tarde.

el camino del torcido curso, las fieras huyendo a nuestro paso, de las márgenes, y refugiándose en el corazón del salvaje laberinto, los pájaros de toda especie y plumaje recogiendo en los árboles milenarios; todas estas bellezas naturales contemplaron mis ojos entre sueños ya que turbios los de fuera no pudieron recrearse con la vista.

IX PAVARANDÓ

Pavarandó me produjo desencanto, yo creía que el pueblecito sería un señor pueblo con sus calles y casas y su gente, mayor, por lo menos, que su hijo y vecino Pavarandocito; pero eso fue por allá en tiempos de la conquista: hoy el hijo se nutre de los despojos del padre. Pavarandó, tal cual era hace un par de años, es el nombre de una docena —no llega tal vez— de casas o chozas, sin orden ni concierto, plantadas a la orilla izquierda del río Pavarandó, afluente por la margen izquierda del Riosucio.

Pavarandó en katío quiere decir Río Azul, y en verdad que no he visto, si no es el cielo algunos días, un azul tan bonito como el azul de sus aguas tranquilas y transparentes. (Luego dirán que los indios no saben bautizar con acierto las cosas. No lo haría mejor nuestro primer padre Adán).

X BAUTIZOS

En Pavarandó hicimos noche, noche a la vez consoladora y trágica. Consoladora y mucho, porque a la luz de la luna de un cabo de vela bauticé siete pimpollos de la raza de Cam²⁰⁴ que decían papá y mamá y comían arroz y plátanos verdes. Rezamos el santo rosario y confesé a siete mujeres, dos niñas, un niño y tres hombres. Les regalé unas medallas e impuse el santo escapulario del Carmen.

XI CENA

Fueron extremadamente amables conmigo, mostraron mucho contento con mi visita y me pusieron de cena un pollito muy tierno, guisado con plátano, que entraba solito. ¡Vaya por Dios! ¡Muchas gracias!

²⁰⁴ *raza de Cam*: la raza negra; ya que Cam (hijo de Noé) es según la Biblia el progenitor de los pueblos africanos (*Génesis*, 10, 6-21).

XII SUEÑO

La luna estaba ya en lo más alto cuando pensé en recogerme. Al efecto escogí el ángulo más retirado y limpio de aquel tambo techado —no otra cosa era la casa— y me recosté sobre un tronco de balsa, madera si no blanda como la lana, no tan dura como otras. Me quité las gafas que coloqué con cuidado junto a mí, me santigüé con fervor y cerré suavemente los ojos en espera del dulce Morfeo²⁰⁵.

XIII ZANCUDOS

Si este buen señor llamado sueño fuera amigo del bochorno y de la Luna, pronto me hubieran dormido. Pero ese señor cobarde tenía un invencible enemigo, cuyo bíblico nombre es LEGIÓN²⁰⁶ y se llama en romance zancudo y en griego ANOFELEX²⁰⁷.

En ningún rincón de Urabá, sea playa, selva, pantano, río, montaña, son los zancudos más, ni más zancudos, que en aquel fementido tambo aquella noche. Su música no conocía silencios, sus alas no se plegaban y daban sin parar unos mordiscos, como mordiscos de ratas de trinchera. Piernas, brazos, cabeza, tronco, todo el cuerpo infeliz de mi pertenencia era manjar preferido e insuficiente para su canibalismo, que no conocía barreras ni límites: los calcetines que me puse, el poncho que me lié a la cabeza, la misma gruesa tela del hábito era fácilmente traspasada por su potente cuchillo.

Yo me soplabla, me sacudía, me pegaba manotazos a diestro y siniestro, cambiaba de postura, encogía las piernas, escondía los brazos; todo inútil. Ellos seguían en su fiesta: tocaban la música, bailoteaban en vueltos circulares y seguían chupando, chupando mi sangre dulce.

²⁰⁵ Morfeo es, en la mitología griega, el dios del sueño.

²⁰⁶ *legión*: según los evangelios, Legión es el nombre de los numerosos demonios que atormentan al hombre (Marcos, 5, 9). Juego de palabras para aludir a los innumerables mosquitos.

²⁰⁷ *anofeles*: mosquito con larga probóscide y palpos tan largos como ella, cuyas larvas viven en aguas estancadas o de escasa corriente, y cuya hembra transmite el parásito productor de las fiebres palúdicas.

XIV BARBAZUL²⁰⁸

Por si esta alimaña volátil no fuera la causa bastante a tenerme en continua vigilancia, oigo que en el ángulo opuesto están de parleta mi boga con un vecino de aquella localidad. Qué dirán, qué no dirán, me incorporo a escuchar y para mi mal, les oigo el siguiente tranquilizador diálogo:

—El tigre ronda mucho por acá ¿no?, le mató a Julián dos cochinos. Salimos a darle caza y hemos matado cuatro en seis días. Hay una tigresa que ronda todas las noches el pueblo, viene buscando a su tigre, hasta que caiga.

¡Virgen del Carmen! Hablaban así, con sueño, como quien no dice nada.

En esto me despertó un cochino que dormía bajo el tambo. Hizo ruido. En seguida me figuré la fiera rondando. Lleno de un sobresalto, que nadie me compartía, lancé esta pregunta:

—Esta noche, ¿estará lejos?

—Muy lejos no debe estar, padrecito, pero no llega aquí y menos estando usted con nosotros.

—¡Hombre! ¿Qué tengo yo para espantar al tigre?

—Aquí decimos todos que el tigre huye del padre por ser ministro de Dios. (sic)

Me callé como un muerto de repente.

¡Qué bofetón para mi infundado pánico!

CONTINUACIÓN

A pesar del calor sofocante y de los fuertes mordiscos de las fieras volantes, sentí frío. ¡Pues no me había olvidado de las promesas de Cristo a sus apóstoles!

Ellos siguieron hablando de tigres, contaban relamiéndose la última cacería, aquel achuchar a la fiera encaramada en el árbol con un machete amarrado a la punta de un palo, el disparar a bocajarro cuando ya la fiera a tres metros va a saltar sobre el hombre, aquel pelear a machete con el tigrillo precoz en las mañanas maternas, aquel perseguirlo como quien corre detrás de una tímida liebre, todo lo contaban con su labia del trópico fecunda en fantasías y mentiras.

²⁰⁸ Barbazul es el conocido personaje de la literatura popular que asesina a sus esposas, el tigre queda descrito como mortífero y sanguinario.

Cuando ya acribillado, maltrecho, temeroso, me venció el rendimiento, el Barbazul de las selvas de Urabá se paseó a sus anchas por todos los recovecos de mi cerebro febril.

XV UN MOMENTO SOLEMNE

Cuando la luz de la aurora logró despegar mis párpados y me puse las gafas, pude ver los estragos que en mis brazos y piernas, sobre todo, habían hecho los mosquitos. No hice ya el menor caso, ¡una noche es una noche!

Lo segundo que vi fue la gente ya lista y esperando para oír la santa misa: mi boga con su blanca camisa y su blanco pantalón de fino dril, parecía un cisne que tuviera las extremidades negras, los otros varones por el estilo; las mujeres con sus bellos vestidos de todos los vivos colores y adornadas con collares de piedras falsas y de pendientes de oro antiguo.

En el centro del tablado se colocó una mesita (traída de otra casa) un poquito baja, pero esto no importa; un poquito coja, pero se compuso con un palo y sobre la humilde mesa, la piedra ara²⁰⁹, los blancos manteles, el Cristo de mi profesión solemne... Dios descendió a mis manos y se hospedó en los pechos limpios por la confesión.

Ya los pajaritos cantaban, los loros volaban en bandadas y el sol despertaba a los insectos y a las fieras.

XVI OTRA VEZ LA VORÁGINE

Me despido. Partimos. El boga está ya en traje de faena, es decir, sin ningún traje. La champa corta las aguas tranquilas del Pavarandó y se lanza otra vez en el torbellino del sucio Riosucio.

Son las diez de la mañana. El sol nos achicharra de un modo cruel. El sombrero y el poncho no me ampara de sus rayos. El boga, por el contrario, lo desafía con su bello cuerpo desnudo brillante de sudor.

Aquella naturaleza virgen me ahoga: me ahoga el río con sus remolinos y espumas y sordos mugidos, el sol con su luz deslumbradora, la selva con su vegetación provocativa. Cierro los ojos, aquello sobrepuja mi espíritu y mis sentidos.

El boga, por el contrario, se remoja; está en su elemento, de pie en

²⁰⁹ *piedra ara*: piedra consagrada, con reliquias de algún santo, que se ponía sobre el altar y sobre ella los corporales para celebrar la misa.

la estrecha champita de bruscos e irregulares movimientos, tira de la palanca con arte y compás admirables. Me da envidia, parece un dios mitológico. Yo me contento con estar sentado y me parece que hago mucho si ya no se me va la cabeza, y abro los ojos.

La embarcación a su empuje corre más que la corriente.

XVII ANIMALES

Poco a poco me voy entusiasmando. Le voy sacando jugo al viaje, al río, a la selva, al sol, a los loros y a las guacamayas que vuelan chillando muy altas por encima de nuestras cabezas. Me voy fijando ya en todo.

Grandes lagartos corren por entre las verdes cañas que crecen como plantadas en las mismas playas pedregosas, que debían estar áridas de toda planta. Una guagua²¹⁰ que pastaba tranquilamente en la orilla, se lanza a nuestro paso selva adentro.

Una iguana salta al río desde una rama, curiosa, que se mira al espejo de las aguas.

Los menudos saltarrios²¹¹, que parecen lagartijas de cabeza abultada, corren por sus pies sobre la superficie del agua, sin hundirse, dejando atrás una estela de gotitas que parecen polvo.

Una banda de micos no lejos del río, chillan y se divierten y saltan comiendo la fruta de una palmera frondosa, cuyo nombre no recuerdo.

—¿Quiere usted que dispare? —dice el boga. Le alargo la escopeta de dos cañones, número 12.

Nos arrimamos con maña y sigilo a la orilla, echamos pie a tierra. Mientras yo me desperezo, él se interna unos pasos. Los monos nos han olido la pólvora y tratan de huir. No les vale. Oigo un tiro. Otro tiro. El boga me trae un hermoso ejemplar de mico negro, grande como un cabrito. A la espalda, pegado como una verruga, viene un lindo miquito, hijo suyo que chilla desconsolado. Es curioso. Me llevo el miquito a la champa. Al padre se lo comerán las fieras, ha muerto del tiro. En vano trato de hacerle comer. Está triste. Tal vez tiene pocos días de vida. Por la tarde murió. No me había fijado; tenía un perdigón en la cabeza.

²¹⁰ *guagua*: paca común, roedor que vive cerca de los ríos. En los relatos ya ha aparecido bajo el nombre de guatinaja.

²¹¹ *saltarrios*: también conocidos como pasarroyos, o lagarto de Jesucristo. Son lagartos del género basilisco, parecido a la iguana, de menor tamaño y más ligero; se distingue por su capacidad de caminar sobre el agua.

XVIII LA PAILA

Seguimos. El eco formado en la selva cerrada me trae un rumor impreciso y sordo que a medida que avanzamos, se trueca en poderoso y ronco estruendo que asusta.

—¿Qué significa ese ruido?

—Es un paso que tiene el río un poco malo: un salto y el remolino que forma. Se llama la paila, allí se han hundido muchas champas.

—¿Pasaremos nosotros?

—¡Qué remedio! Pero no es peligroso.

—¡Toma! No es peligroso y dices que ahí precisamente se han hundido.

—Pero fue porque los bogas no eran baquianos (expertos) y por traer las champas muy cargadas.

Ya el estruendo me impide oír a mi boga, noto que la corriente corre más, como empujada de arriba a abajo.

—¡Échese! —me grita.

Estamos danzando en la paila, una verdadera sartén que forma el río, al precipitarse mugiente por unas peñas, por fortuna no muy altas. La champa se hunde de proa y flota, la espuma de las olas nos envuelve, el boga se multiplica, ligero como un gimnasta hunde y saca la palanca; aquí apoya, allá empuja, luego detiene en mitad del salto para dejarla caer como, y por donde le da la gana. En dos minutos, sereno, sale del salto y el torbellino.

Le felicito, le doy un sorbo de ron y un cigarrillo que traigo para él: a los bogas los mimo como a los caballos y a los amigos íntimos. «Eres un héroe», le digo entusiasmado. «Nadie sería capaz de pasar por aquí como tú». Él sonríe, bebe, y fuma, mientras achica el agua.

Poco a poco el río se hace más profundo, más ancho y tranquilo y hasta más trasparente. Podemos bogar por la orilla.

XIX COMIDA A BORDO

Miro el reloj, son las tres. Desde anoche no he probado bocado. El desayuno fue unos sorbos de café tinto sin azúcar. El boga está lo mismo. No sé cómo en ayunas ha trabajado diez horas, y lo que le espera aún. Tengo hambre. Entonces me acuerdo de que no llevo yo comida alguna. He sido poco previsor. Mi madre no me hubiera dejado salir de viaje así, con las manos limpias. Ni Basilia tampoco. Lo tendré en cuenta para

otra vez. Tengo vergüenza de comunicar al boga mi falta de víveres. Yo me aguantaré, ¿pero él?

—Oyes— le digo por fin —si quieres comer, ya es hora. Yo no tengo ganas. El mareo no me deja...

Él, en cambio, previsor, hizo que en Paravandó le prepararan sus cocos y su arroz. Es su comida ordinaria. Tenía también, ya frita, carne salada o mejor, curada al sol, de zaino. Un plátano hartón asado le servía de pan.

Lo contemplo. Come con gana. La vista me despierta el apetito. Me da pena no tener que ofrecerle un bocado más fino. Pero como yo tampoco como...

Él me invita. El arroz está hecho una masa seca, compacta, en la paila negra. Sus manos lavadas en el río, pero muy negras aún, se hunden en la sartén y saca cascotes de arroz que mete en la boca. Muerde el plátano largo y redondo. Se me antoja chorizo de Pamplona²¹². Él ha visto que soy generoso. Comprende que si nada le ofrezco es porque nada tengo. Me resuelvo por fin a contarle: yo no sabía... no he caído en cuenta. No he traído comida...

—Si usted quiere, ya ve que hay para dos. En efecto, delante hay arroz para un regimiento.

—Voy a probar, a ver qué tal sabe.

Y hundo, después de él, mis dedos en aquella masa que se resiste a mis uñas cortadas y a mi débil empeño. Se desprenden unos granos que se me pegan a la palma.

—Mire, usted no sabe. Se coge así...

Y mete los cuatro dedos hasta la mitad y con lo que abarcan los cierra y hace una bola, se lleva el puño cerrado con su carga a la boca que se abre a la par que la mano. Ni un granito de arroz se le ha caído.

—A ver yo...

Algo consigo meter, está frío, insípido, duro.

—¿Quieres plátano?

—Oh, no, gracias.

—Tome.

Lo pruebo. Sabe a ceniza y a papa asada.

²¹² *Pamplona*: capital de Navarra, en España. Es famoso el chorizo de Pamplona, sobre todo en la región. Recuérdese que Pamplona se halla solo a unos 80 kilómetros de Corella (ciudad natal del autor).

Me lavo las manos. Bebo agua del río en el hueco de la mano. Él bebe en la totuma. ¡Microbios! ¡Qué tonterías se dicen!

—Descansemos un poco.

—Cuando usted quiera— dice empuñando la palanca de nuevo.

—¡Listos!

Río abajo. El agua es cada vez más limpia, el cielo es azul como las aguas del Pavarandó, el sol se refleja en el agua y ciega mis ojos. Me recuesto a echar la siesta.

El balanceo, ya suave, de la champa; el rumor de las aguas y las hojas. El son triste y monótono del boga que canta, me duerme.

XX CAIMANES

Cuando me despierto, ya el sol declina. Estamos en medio del río anchísimo y tranquilo como un lago. El boga sentado ha sustituido la palanca que ya no toca fondo por el canaleta.

Ahora es todo poesía.

—¿A qué distancia estamos de la primera habitación de hombres?
—le digo— creyéndome un héroe perdido en la inmensidad.

—No sé, lejos, lejos. Por aquí no hay ya más que agua, tierra baja, manglares. Esto mismo que se ve en las orillas sigue lejos, muy lejos. A Riosucio llegaremos a las dos de la mañana y ya sabe hace cuanto que salimos de Pavarandó. A los lados, a izquierda y derecha, lo que ve, selva.

—Entonces, ¿nadie se ha metido por aquí?

—Por los ríos y caños, sí, todo está andado; pero aquí, por la selva, un poco más allá de la orilla, nada más para sacar madera.

Le hago llevar la embarcación hacia la orilla.

Un pesado caimán se zambulle con estrépito no lejos de nosotros. He llegado a verle bien. A propósito, el boga me cuenta la caza del reptil gigantesco.

El caimán, como todo animal, tiene su querencia: su parte del río donde pesca y su playita donde toma el sol.

Los cazadores los buscan bogando, así como nosotros, por los ríos. Una vez descubierta la playa, hacen cerca de ella su pequeña choza oculta y en ella se guardan de noche. El caimán viene de su excursión diaria y se recoge a dormir. Los cazadores son dos: el uno con una luz muy potente encandila a la fiera, en tanto que el compañero se le acerca con maña, con un hacha en la mano. Ya cerca, antes de que el miedoso animal se revuelva, le descarga un hachazo en el cráneo y luego otro, y,

si es preciso, otro. Lindamente le sacan la manteca que es remedio —no sé si me dijo para los ojos o para el reúma— y la piel, la hermosa piel que venden cara y por la cual han expuesto su vida.

—Antes había por estos ríos tantos caimanes como mosquitos, pero desde que la piel vale tanto, casi ya no se encuentran, como ha visto usted.

—Sin embargo... (No sé cómo seguir y me callo).

XXI EL ZAINO

Seguimos. De pronto el boga deja de cantar su son y se vuelve hacia mí.

—¿No huele? —me dice, abriendo las ventanas de su nariz, aspirando un olor que yo no siento.

—¿Orquídeas tal vez?

—No, el zaino. ¡Calle!

Arrima la champa y coge la escopeta.

—¿Qué es?

—Calle, ¿no huele?

Se me antoja que siento un olor, algo así como a manteca rancia. Al ratito oigo ruido de muchas pisadas, de ramitas que se parten, de hojas que chocan. El boga ha desaparecido de mis ojos.

Un disparo, otro disparo.

El boga me trae dos zainos: son como unos cerdos, de tamaño regular, de hocico alargado y largas crines.

—¿No los ha visto?

—No, he sentido mucho ruido de pisadas y un fuerte olor a raro.

—Pues han pasado cerquita. Por lo menos iban cuatrocientos, tiraban para el Atrato. Hemos tenido suerte. Otros dos se han escapado heridos.

—Pero, ¿es que son muchos?

—Como una piara. Siempre van juntos.

—¿Y no son de nadie?

—De Dios y de quien los caza.

—¿Hay muchos rebaños de esos?

—Muchos. Como tienen tanto monte (selva) por dónde comer y correr...

—Es curioso.

—Se sabe si están cerca por el olor y además el ruido que hacen al comer. Por eso los he descubierto yo.

El boga estaba contentísimo. Acomodó como pudo las dos piezas para que no estorbaran y seguimos. Me siguió contando:

—Al tigre le gusta mucho el zaino, pero le tiene miedo. Cuando pasa la piara, el tigre se esconde, y después que ha pasado, por detrás, atrapa al que va el último. Si echara la zarpa a los primeros, entre todos lo matarían.

—Se ve que esa gente se conoce.

—¡Vaya que sí!

XXII LA SALVE

Seguimos un rato largo en silencio profundo. El chapoteo del canaleta suena rítmico.

El sol se va a dormir. Un árbol milenario le ofrece, como a otro pájaro más, su lecho de esmeralda, perfumado por las carleayas afrodisias. El sol, tan gigante, no desdeña el obsequio y en el bello monte de follaje, sostenido por un solo tronco, se recoge... como un pájaro más en su nido.

Estoy bogando sobre la faz de la luna...

Del cáliz de esmeralda, bañado aún por los rayos del sol, se levanta preciosa la luna, llena y brillante.

Se está mirando en el río. Son dos lunas. La de abajo es más bella aún, por las aguas bordeadas de sombras.

El silencio, las sombras, la luna, el eco perenne de la selva callada, el eco de una hoja que cae, de un insecto que vuela, de un reptil, de una fierecilla que pasta a la orilla, el suave balanceo de la champa, el golpear monótono del canaleta que se hunde en las aguas, me hipnotizan y me llevan a Dios: veo a Dios, palpo a Dios; en el aire respiro a Dios. Estoy en un bello templo construido por su mano, sin manos de hombres. Me inclino en señal de adoración, soy un misionero, soy un muchacho. ¿Cómo ha sido penetrar yo el secreto, revelármeme Dios en esta manera, aquí tan lejos de los hombres, así tan hondo, tan hondo que me empapa y rodea?

De pronto prorrumpo en gritos, en vivas, canto la salve, el credo, el Tedeum, todo lo que sé cantar.

El boga me mira confuso.

—Hermano, recemos el santo rosario. Dios está aquí, bogando con nosotros en la champa que tú impulsas.

¡Dios te salve María!

Las sombras, las aguas, las fieras que acampaban cerca, los árboles que querían taparnos, el cielo, se pusieron también de rodillas y como monjas en éxtasis repetían con su voz silenciosa:

—¡Dios te salve María!

La luna seguía retratándose en el río. Yo seguía bogando sobre la faz de la luna.

DÉJENSE ATAR²¹³

Cinco años de misionero en Urabá: el padre Juan me pide amablemente el episodio más saliente de mi vida por allá.

¿El episodio más saliente?

No es fácil saber cuál es, ¡es tanto lo que impresiona con fuerza en esas tierras exóticas! Pero, en fin, allá va uno de tantos.

A poco de haber llegado, me invitó el padre Tomás —resuelto y apostólico— a una excursión por las montañas más salvajes quizás que en la misión existen: iba a entrar en Karauta por Curadiante y Karautica.

Con la resolución inconsciente del joven ávido de novedades, le dije que sí y montamos. Seis horas de caballo, sin otra novedad que los bellos paisajes nuevos, y estamos en Curadiante. La gente —indios y libres— nos aguardan vestidos de fiesta. Saludamos, descansamos un ratito y al trabajo: catecismo, rosario, sermón moral, confesiones (unas sesenta o setenta), bautizos (unos siete), dos parejas arreglan sus papeles, para el día siguiente en la misa recibir la bendición.

Las once eran de la noche y a dormir. Nos tenían preparado un cuarto estrecho y aseado, depósito de maíz y café. El padre Tomás entonces el *Asperges*²¹⁴. Charlamos un rato cambiando impresiones:

—En verdad que esta gente es sencilla, caballerosa y cristiana.

—Claro que la vida en la montaña...

—Sí, pero se dejan hacer el bien y lo agradecen.

²¹³ Publicado en *La Obra Máxima*, XVII/191, marzo de 1937, p. 40. Parcialmente el relato está contenido en el capítulo 5 de *Al amor de los Karibes*.

²¹⁴ *Asperges me*: antífona procesional que evoca la aspersión del agua bendita.

Nos callamos. El sueño más profundo se apoderó de nosotros.

A las cuatro la voz potente —voz cascada, inculta— de un montañero, gritaba el Ave María del Angelus. Al minuto, treinta o cuarenta voces de diversa edad y timbre repetían a coro la salutación evangélica.

Me desperté con algún sobresalto.

—Ya nos están aguardando— dije.

—No haga caso todavía, son los que viven más lejos, que se han quedado durmiendo en los corredores.

Al rato la gritería subía de punto.

A pesar de la pesadez del cuerpo, nos enderezamos, él sobre el maíz, yo sobre el café, y listos. Por la señal, y a escuchar más confesiones, en tanto llegaban los rezagados.

Se dijo la santa misa. Hubo ciento trece comuniones.

A última hora arregló matrimonio a otra pareja.

—¿Por qué no avisaron antes?

—Padresito, es que... no tenemos plata.

—Hombre, si eso es lo de menos. Si hay, bien está que nos ayuden, pero si no, no hay afán: lo importante es vivir en gracia de Dios. ¿No hay alguna otra pareja amañadita por ahí? Se presentó otra pareja: total, cinco matrimonios.

En tanto, una mujer y otra con sus niños en los brazos nos miraban.

—¿Qué hubo, pues?

—Padresito, están moros²¹⁵.

—¿Y por qué no los bautizó anoche?

—¡Ay!, mi padre, la plata.

—Qué plata ni tigre muerto.

Se juntaron otros ocho bautizos.

¡Encantados!

Desayunamos, otro día explicaré el menú, (aunque sea lo de menos).

En tanto, nos poníamos los arreos de montar para proseguir el viaje.

—¿Así son las excursiones? —le dije.

—¿Cómo le parecen?

—Qué distinta la vida por aquí, ¿no?

—Bastante.

—Y se confesaron muchos indios: ¿ya sabrán lo que es la confesión y la comunión?

²¹⁵ moros: es decir, sin bautizar.

—Antes nada sabían, ni se acercaban al padre siquiera, ahora en cambio ya ven cuantos han comulgado.

Eso es lo que a mí me gusta precisamente, dar la santa comunión a esos indios pintados y feos.

Otra vez sobre las bestias y ¡adelante!

¡Adelante!, pero, ¿por qué camino Dios mío?

—¿Hay que meterse por ahí?

—No hay otro paso para caer a Karautica, tenemos que pasar la cordillera.

—Nunca tal imaginara.

—No haga caso, las bestias son baquianas, téngase bien y confíe.

El primer paso un amagamiento²¹⁶ bastante profundo, las bestias dejan la huella, mejor diría el canal del vientre, en el barro, un empujón del caballo me saca de la silla, pero vuelvo y me siento.

Llegamos sin mayor contratiempo al pie de la montaña. Soplamos²¹⁷ las bestias. Comenzamos el ascenso. La ruta la marcaba la quebrada que nacía en la cumbre. Aquello no era cabalgar sencillamente, era acrobacia de la fina. Ramas arriba: es preciso echarse largo, largo, sobre la bestia, so pena de perder la cabeza. Troncos a la izquierda, hay que levantar la pierna y montar como mujeres. Árboles a la derecha, viceversa. Se estrecha la quebrada en canalón, no pasan las piernas colgando, es preciso andar dos, tres, cuatro cuabras con las piernas sobre el cuello del caballo.

Una uña de gato²¹⁸ me engancha artísticamente el sombrero, que vuela de mi cabeza, otra, más adelante, me desgarró el poncho. Encontramos un pequeño salto, pie a tierra para que pasen las bestias vacías. Un tronco nos estorba mansamente, despreocupadamente, el paso, ignorando nuestro afán, pues ya cae la tarde: sacamos el machete de la vaina y media hora perdida, pin, pon, abriéndonos paso: estamos en la selva virgen y aquí todo es madera.

Continuamos la marcha ascendente, quebrada empinada, casi vertical en trechos. No llueve, gracias a Dios, pero la humedad me ha calado hasta el ánimo, me aburro un poquitín (es mi primera excursión, no hay que extrañarse). Sin reflexión se me escapa:

—Padre Tomás, no debiera haberme traído por aquí.

²¹⁶ *amagamiento*: quebrada poco profunda.

²¹⁷ *soplamos*: espoleamos, apresuramos.

²¹⁸ *uña de gato*: *uncaria tormentosa*, planta trepadora de características medicinales, a la que le crecen unas espinas curvas.

—Querido, pues así es todo.

Callo.

El indio que nos sirve de guía, me mira con sus ojos oblicuos, indefinidos, compasivos tal vez. No sabe que decirme y me pide las alforjas, dice, cree tal vez me estorban.

—Yo llevando alforjas— dice.

—No, gracias, las alforjas las lleva el caballo.

Hay que ver que él marcha delante con el altar portátil, que siempre pesa sus kilos, pero un tigre no saltaría con más gallardía.

Sacudo sin querer un arbolejo y me llueve musgo mojado, viscoso. Me cae un palo seco, podrido, lo aparto y se me queda en la mano una araña peluda, disforme, me asusto y la despido alborotado. Después pienso: «Que bien hace Dios sus cosas: hasta a las arañas les da su abrigo». Estamos a cuatro mil sobre el mar. Dominamos el valle con la vista: selva, selva, selva; ¡que belleza!

—Por allá está la casa— nos dice el indio señalando. Volvemos allá la cabeza, mas no vemos nada, sin embargo, ahí en ese mar de gigantescos árboles viven, diseminadas, veinte, treinta familias que no saben de Dios nada, porque a poblado no salen: son esclavos de la selva, que corren detrás de un tigre, y se asustan cuando ven un semejante.

Comenzamos a bajar.

—Cuidado, que la bajada es más peligrosa que la subida, me advierte el padre Tomás. Nunca fue más oportuno aquello de, «Consejos vendo...». ²¹⁹ Al rato de haberme hecho tan conveniente advertencia, se le enredó a él su caballo *Contemplado* en un raicero largo trecho, rodaron por el barranco caballo y caballero. Corrió el indio, y corrí yo también como pude, creyendo que algo grave le habría ocurrido en la caída, pero, a Dios gracias, el padre Tomás no es cualquier cosa: se levantó por su propia virtud, sacamos el caballo del barranco y adelante. Sin mayor novedad llegamos por fin al valle. En él aguardaban los seis o siete del tope ²²⁰, que salían a encontrarnos. No poco nos alegró su compañía, tan amable siempre. Llegamos a uno que llamaban puente. Se ofrecieron a pasarnos cargados a la espalda, ¡qué puente sería! Pero preferimos pasarlo gateando. (Este asunto de los puentes no deja de tener su novedad y su peligro. Son puentes de la conquista, que otro día explicaré.)

²¹⁹ El refrán completo es: «Consejos vendo, y para mí no los tengo.».

²²⁰ *tope*: recibimiento hecho a alguien, con desfile y tropa de jinetes.

Llegamos, por fin, a casa de Zaqueo²²¹, un pobre rancho o choza, como todas. Yo no pude hacer más y me tendí en el suelo, como si fuera una piedra. Cuando vine a despertar, sentí junto a mí al padre Tomás que dormía.

Despertamos a las cinco. La gente no era tanta como en la anterior vereda. Administramos a un enfermo, que no sabía cómo darnos las gracias, pues no creía él que los padresitos entraran nunca en Karautica. Hay que saber que nosotros dijimos las dos misas primeras que en aquel lugar se celebraron. El enfermo vestía el santo escapulario. Al día siguiente que nos fuimos, nos dieron la noticia de que ya había muerto.

Hecho ya el bien en aquella vereda de Karautica, seguimos nuestra excursión a Karauta. Cinco horas más de caballo, y estamos en la escuelita rural de la vereda. Nos aguardan. Los indios emparumados son aquí más numerosos. Uno de ellos toca de tiple: está regularmente contento...

Nos demoramos dos días. Hay más gente. He perdido la cuenta de los confesados y comulgados entonces. Los bautizos unos veinte. Siete matrimonios.

Tenemos que marchar. Llueve como en el diluvio. Nos dicen que nos quedemos, que el río ha crecido, que se ha llevado el puente. En efecto, hasta la escuela llega el ronco rumor del Karauta, hinchado por tres días de lluvias incesantes.

Hemos dado la palabra. Nos estarán aguardando y creerán que nos ha pasado algo grave si no llegamos a casa.

Montamos y llegamos al río, acompañados de todos los hombres que vienen a ayudarnos a pasar.

—Allá arriba aún está el puente viejo— observa alguien.

—Vamos, pues, al puente viejo.

¡Que puente! ¡mi Dios, que puente! Tres guaduas largas, medio podridas, cimbreantes sobre el torrente espumoso, desbordado y rugiente. Sin baranda, pretil, algo equivalente. Uno pasa por vía de experimento. Es viejo, práctico. Nos grita del otro lado que no pasemos, que cruje.

—Tenemos que estar en casa, dice el padre Tomás.

Me dispongo a pasar yo primero.

—Vea, padre, es inútil: el que cae no sale ni muerto. El año pasado...

Y nos echa una trágica historia.

²²¹ *Zaqueo*: no se ve bien si es el nombre real del personaje o alusión evangélica al publicano de Jericó Zaqueo, que llevó a comer a su casa a Cristo (*Lucas*, 19).

—Bueno, si quieren yo tengo un rejo (soga de cuero) muy largo. Vea, déjese atar, por si acaso.

—¿Y para qué quieres atarme?

—Pues, padresito, por si cae, para que no se nos vaya. Atado, tiramos todos, y donde se encuentre el cuerpo, lo sacamos.

—Hombre, ¿si será para tanto?

—Pues, padresito, mejor que no se fueran hasta que baje el barremonte.

—Yo creo que eso es miedo.

Me santigüé, con el rejo atado, atado a la cintura, me fui colgando con los ojos cerrados, porque se me iba la vista.

¡Eureka! Por fin estoy a salvo al otro lado, todos gritan y aplauden.

El padre Tomás, se santigua, está pálido, (después me contó que rezó cinco veces el acto de contrición²²²). Se ató a su vez y, sentado, las piernas colgando sobre el abismo, se fue arrastrando por las macanas²²³ crujientes y cimbreadas... hasta que cantó victoria.

Ese día no lo olvidaré jamás. Fue el bautizo que me hizo misionero.

UN TRES DE MAYO²²⁴

—Padrecito, mi madre me ha dicho si bailaremos este año la Cruz²²⁵.

Eso me pregunta un negrilla chiquito, panzudito, desnudito.

Acababa de descansar, después de catorce horas de feliz viaje a caballo, por malísimos caminos. Estoy en un pueblecito de Urabá, larguísimo de nombre y corto de vecindario.

²²² *acto de contrición*: arrepentimiento por los pecados de uno por haber ofendido a Dios. La oración a la que se refiere (el «Señor mío, Jesucristo») expresa dicho arrepentimiento.

²²³ *macana*: palmera alta, de tronco espinoso y madera fina, negra y muy dura.

²²⁴ Una variación del relato forma parte del cap. XII, «Pavaradoncito» de *Al amor de los Karibes*.

²²⁵ La Fiesta de las Cruces o Invencción de la Santa Cruz, también llamada la Cruz de mayo (se celebra el 3 de mayo), es una festividad religiosa, de fuerte implantación en Hispanoamérica.

—Visite Tenganaturadocito para la fiesta de la Cruz—, me había telegrafiado el reverendísimo prefecto.

Tenganaturadocito, es un pueblito de gente de color.

Los lectores, ya saben que Urabá es una misión muy heterogénea en todo sentido: topográfico, etnológico, marítimo y religioso. Hay, pues; indios, dos razas, y negros.

La fiesta de la Cruz es de los negros. ¡Y vaya fiesta! Un mes antes venden y compran a fin de tener cada cual sombrero nuevo de jipa, blanquísima camisa y zapatos relucientes; amén (como dicen otros) de sus pesos en el bolsillo y sus velas para alumbrar la Cruz.

¿Y el alma?

A eso bajaba yo, el misionero.

—¿Dónde mando el caballo?

—A la isla, yo se lo voy a llevar.

La isla la forman dos caudalosos brazos del río.

El negrito monta y no vuelve.

Comienza a llover torrencialmente.

Imposible tocar a rosario y reunir la gente.

Resuelvo descansar.

A eso de las doce me despierten pisadas de cascos por la calle junto a mi puerta.

¿Quién será?

Me levanto, enfoco mi linterna.

Es el caballo.

¿Dónde lo dejaría ese arrapiezo²²⁶?

Ya es tarde. Le pongo la jáquima y lo ato.

A las cinco me despierto nuevamente.

Toco la campana.

Poco a poco va llegando la gente a la capilla: son niños que madrugan los primeros, son las niñas, quince niñas de primera comunión. ¡Qué bellas con sus gasas blancas enmarcando sus rostros de azabache con sus vivísimos ojos y sus dientes blanquísimos!

Otros muchos se confiesan y comulgan.

Voy a desayunar.

—Padrecito, no hay leche, me dice la posadera, el tigre me ha matado esta noche la vaca y se ha comido la mitad del ternero.

—¿Dónde los tenías, pues?

²²⁶ *arrapiezo*: niño o muchacho.

—Estaban en la isla, padrecito.

De milagro no me mató también el caballo. Ahora me explico porque a medianoche se escapó el caballo a casa: ¡venía huyendo del tigre!

La voz corrió por el pueblo. Dispusieron una partida para el día siguiente. La isla está separada del caserío solamente por el brazo del río.

Al mediodía es la procesión. Media hora antes me visitaba un grupo de mujeres.

—Padrecito, nosotras somos las que bailaremos la Cruz.

—¿Cómo es eso?

—Sí, padrecito, nos dejará bailar, ¿verdad?

—Yo por mí...

—Y la señora Alejandra que la dispense, que ayer fue a pescar y la picó una raya y está coja, con la pierna hinchada, sin poderse mover y que si va a verla, que le guarda dos huevos.

—Dígale que siento su desgracia, que iré a verla y que se coma los huevos ella, que le harán más falta.

La señora Alejandra siempre tiene para el padre misionero algo, un pescado, un pollito, un par de huevos.

Brilla un sol espléndido, tórrido.

Esta tarde lloverá. Apresuremos la procesión de la Cruz.

Suena el tun tun²²⁷, la rústica flauta, el tiple.

Entro en una casa donde veo gente alegre. Están tocando rumba: los bongoes, la clave²²⁸, la marímbula²²⁹, la maraca.

—¡Vamos a la procesión!

—Sí, padrecito, ahora.

Ahora en su boca, significa mañana.

—Vamos, que va a llover.

—¿Van a bailar la Cruz?

—¡Claro!

Se levantan. Me siguen. Vamos a la iglesia, capillita de caña y zinc.

—Toca la campana, Jaime.

Jaime, tira de la sogá con tanta gana, que la rompe.

²²⁷ *tun tun*: instrumento, especie de tambor.

²²⁸ *clave*: instrumento musical de percusión, que consiste en dos palos pequeños que se golpean uno contra otro.

²²⁹ *marímbula*; instrumento musical de percusión hecho con un cajón que posee una abertura en la que se han insertado varias varillas de acero sujetas por el centro, de modo que los extremos de estas quedan sueltos; el músico se sienta sobre el cajón y lo hace sonar oprimiendo los flejes con las yemas de los dedos.

—Anuda la sogá pronto, súbete.

Jaime se encarama por las tablas superpuestas.

De repente Jaime se lanza de un brinco al suelo.

—¿Se ha caído?

—¿Qué...?

—Una culebra, una culebra —grita el muchacho— en el badajo de la campana.

Corren las mujeres, gritan los niños, nos ponemos todos en guardia.

—A ver, una caña.

A cañazos, la hacemos despegarse de su excelso nido y cae en el suelo: se enrolla, levanta su picuda cabecita chata, saca sus tres estambres²³⁰ relamiéndose: queda inmóvil.

—Es de las bravas —dicen—, que no se mueve.

A cañazos la hacemos papilla.

Repuestos del susto, se organiza la procesión con notable concurrencia.

—¿El santo?

A una Cruz del cementerio, grande y pesada (es de guasimón²³¹, madera pesadísima) le cuelgo mi Cristo y la adornamos con flores.

—A ver, Esteban, ¿la llevas?

Junto a la cruz, digamos, se forman cinco o seis con cruces pequeñas, revestidas de papel.

Detrás de la Cruz, voy yo revestido con roquete²³² y estola²³³ (no tengo capa pluvial²³⁴) y detrás de mí, los músicos; uno que toca el tun—tun, otro que toca la flauta y otro que rasga un tiple.

Detrás el pueblo. Delante de la Cruz los niños. En medio las bailadoras.

¡Oh las bailadoras!

Llevan en la mano unas banderas blancas, bordadas (después me fijé que eran servilletas), y al son de la música danzan por su orden, se vuel-

²³⁰ *tres estambres*: parece una imagen de lengua trífida.

²³¹ *guasimón*: árbol de hasta 20 m de altura, de copa redonda y frondosa, hojas de margen aserrado y flores fragantes de color amarillo, agrupadas en racimos cortos; tiene diversos usos en medicina tradicional.

²³² *roquete*: vestidura blanca de lienzo fino, con mangas perdidas, o muy anchas, que llevan sobre la sotana los eclesiásticos.

²³³ *estola*: prenda litúrgica que se pone el sacerdote colgada del cuello para ciertas celebraciones.

²³⁴ *capa pluvial*: capa larga, ceremonial, de lujo, para ciertos actos litúrgicos.

ven sin perder su compás, hacen la genuflexión ante la Cruz.

Todas tan serias, todos tan serios.

Veo que los primeros se meten en una casa. Por allá entra también la Cruz, por allá me meto también yo.

¿Lo que veo?

En medio de la salita o entrada hay una mesa con su paño blanco, encima una Cruz, como las otras, con luces y flores. Coge la dueña la Cruz y baila en compañía de las otras, hace a la Cruz de la Iglesia su genuflexión y salen.

Así de casa en casa.

Todas serias, todos serios.

Yo sentía una impresión fuerte, indefinible.

Solo para mí era nueva aquella danza.

Acabado todo me retiré a descansar, perseguido por el zumbido del tun tun que no cesaba un momento.

A las dos de la mañana me despiertan.

—Ángel está enfermo, muy grave.

—¿Desde anoche?

—¿Y qué tendrá?

—¡Quién sabe!

Voy a escape a su casa: le tomo el pulso, está ardiendo, no tiene sentido, no responde, no habla.

Es un muchacho de dieciséis años, es quien me cuida el caballo cuando bajo al pueblo. Muy buen chico.

Le puse los santos óleos.

Lloran su madre, su padre y muchas vecinas.

La madre cuenta la vida del muchacho, una perfecta elegía²³⁵.

Me retiro en silencio.

A las seis me despiertan unos golpes secos, distintos, de la campana de la iglesia.

—¿Qué?

—Ha muerto Ángel.

Corro, todavía está caliente, echa sangre por la boca.

Era una fiebre perniciososa.

Vivió veinte horas apenas.

Me estremece esa muerte repentina.

²³⁵ *elegía*: composición lírica en que se lamenta la muerte de una persona o cualquier otro acontecimiento infortunado.

Pienso.

Tigres, culebras, fiebres perniciosas, primera comunión de quince niñas negritas, tres misas, confesiones, bautizos, un matrimonio, jubilosa procesión con la cruz santa.

Tres de mayo de mil novecientos treinta y cuatro.

REGALO DE REYES²³⁶

I

Las confesiones al campo me encantan, nos encantan a los misioneros; aunque llueva, aunque el enfermo esté lejos, aunque no llevemos guía, ni buen caballo y vayamos sin comer, aunque las confesiones sean muchas seguidas; se salva un alma y se da por bien empleado el sacrificio.

Lo que pasa, que no siempre el moribundo está enfermo.

Y así me ocurrió que un día de los Santos Reyes...

Y comienza el episodio.

Estaba yo descansando en la sala de la casa cural de Dabeiba, meciéndome en las bellas mecedoras que le tocaron en suerte a uno de nuestros misioneros en una rifa que hizo *La Defensa*²³⁷. Había terminado los bautizos y los pleitos de los indios. Esperaba la cena y la hora de la función religiosa de la tarde: exposición, rosario, sermón (breve, claro está) y cánticos.

Pues, Señor, como decía; estaba en mi mecedora, cuando se me aparece un silencioso y desconocido indio. Nos miramos y nos sonreímos, y al ver que nada decía seguí en mi lectura y él se puso a mirar y a tocar cuantos libros y objetos a su alcance estaban. Esta es la costumbre de Dabeiba: indios y no indios, entran en la casa cural como Pedro por su casa y tocan y ven lo que hay, llevándose lo que a las manos les cae. Los

²³⁶ El relato forma parte del cap. X, «Indios, mulas y caminos» de *Al amor de los Karibes*. También publicado en La Obra Máxima, XVIII/203, diciembre de 1938, p. 42.

²³⁷ *La Defensa* era un diario vespertino publicado en Medellín (1919-1951).

indios nunca tienen prisa, lo dejé hacer.

Al retirarme, le dije:

—¿Qué quieres? ¿Cómo te llamas?

—¿Ya acabó carta leyendo?

—Sí, estoy a tu mandar, ¿qué deseas?

—Tengo muchacho enfermo pa morir.

—¿Dónde vives?

—En Beiba Viejo, en sierra.

—Bueno, mañana iré, echaré todo el día, pero no importa.

El indio sonrió.

¿Sería agradecimiento? Tal vez me pareció entonces, hoy creo que era otra la causa.

Ya se iba a despedir, cuando con mucho misterio sacó de debajo de la paruma un manojillo, ¿qué diré yo?, de clavos de madera, si vale: unos trocitos de macana²³⁸ afilados por ambos extremos, como para ser capaces de traspasar un pie.

—¿Y eso?

—Indio Abel pone en camino para que todo indio pinche y saque sangre, cojo quedando.

—Qué bonito. Y ¿por qué hace eso?

—Indio Abel malo, no más por mal hace. Yo cogiendo macanas y traer para que tú, mi cura, viendo. Indio Abel malo.

—Domingo haré venir indio Abel para castigar: eso mucho malo, eso no haciendo gente cristiano.

—Indio Abel, metiendo en cepo²³⁹ bien haciendo, indio Abel malo: pica baribua.

—Pica baribua— repito, y voy a la iglesia a tocar el primer toque para la salve.

II

Al día siguiente, muy de mañana, subí sobre el ligero *Maite* y anda que andarás, anda que andarías, como en los cuentos; eran las doce del día y aún no había llegado al fin del viaje.

²³⁸ *macana*: en este caso se refiere a unas púas de madera, no necesariamente (aunque posiblemente) a partir de la palmera del mismo nombre.

²³⁹ *cepo*: instrumento de castigo hecho de dos maderos gruesos, que unidos forman en el medio unos agujeros redondos, en los cuales se aseguraba la garganta o la pierna del reo, juntando los maderos.

—¿Está cerca el tambo del indio Rafael? Preguntaba de hora en hora a todo aquel que encontraba.

—Aquí cerca no más, mi padre, adelantito— me respondían cariñosos.

Y seguía adelante, «vaya regalo de reyes» me decía al oído el ángel malo.

A las dos de la tarde, por fin, di vista al tambo.

Sobre el suelo, envuelto en sucia paruma, yacía un muchacho.

—¿Muerto?

—No, duerme.

—¿Muy grave?

—Muriendo estaba ahorita, no más.

Me pongo en cuclillas, lo sacudo, abre unos ojos de espanto. Le tomo el pulso: normal. Le examinó los ojos: húmedos y lucientes.

—¿Mucho dolor?, le pregunto.

—Bi pua nemua: tengo dolor de vientre.

Francamente me quedé perplejo, no me parece que está para administrarlo²⁴⁰; pero como no soy médico, ya que me llamaron y la casa está tan lejos, le pregunto:

—¿Quieres confesar y recibir óleos?

—Yo sí, todo quiere.

Lo aliento, lo confieso, le pongo los santos óleos, le digo que indio bueno va al cielo, que esté tranquilo y sea lo que Dios quiera.

Él asiente.

Los parientes y vecinos indios preguntan con ojos espantados:

—¿Muere?

—No sé, creo que no es nada, además el muchacho es fuerte.

Cumplidos mis deberes sacerdotales con el enfermo, me pongo a chapurrear mi katío, mientras saco de las alforjas y meto en el cuerpo una arepa y un pedazo de carne.

Veo que el enfermo me mira con ansia.

—¿Te sientes peor?, le digo al oído.

Él mira y mira... mis manos, lo que tengo en las manos.

—¿Quieres?

—Kiriña²⁴¹.

²⁴⁰ *administrar*: administrar el sacramento de la unción de los enfermos, en vistas de un inminente fallecimiento.

²⁴¹ *kiriña*: quiero, deseo.

Partí con él mi pitanza, que engullía con verdadero apetito.

¿Enfermo?

Me despedí, y, al montar a caballo, el padre vuelve a interrumpirme:

—¿Y macanas en punta indio Abel? Aquí cerquita nomás vive. Si quiere, llamamos. Además, cortando mi alambrada y matando marrano mío. Indio Abel en cepo metiendo.

No le hice caso siquiera: para eso me llevó a su lejano bohío, para satisfacer su venganza sobre el vecino enemigo.

Se echaba la noche encima. Piqué espuelas, y en el largo camino, pensaba: «Estos indios... estos indios... ¡¡qué inteligentes son estos indios!!».

PALUDISMO

—¿Mucha culebra por Urabá? —me preguntaba el otro día un amigo.

Sí, pero no son las culebras precisamente, con ser tantas y de tan feroz veneno, las que más atemorizan (si algún género de temor en ellos cabe) a los misioneros.

—¿Las fieras, tal vez?, ¿hay mucho tigre?

—Sí que los hay, y no pocos, ni pequeños, pero tampoco las fieras son las que más mortifican.

—¿Entonces?

—Los mosquitos, querido, los mosquitos son los verdugos más violentos y constantes que el misionero padece.

—¿...?

—Sí, señor, hay muchas clases de pestíferos mosquitos, y no en cantidad escasa. Tenemos el *jején*²⁴², diminuto como punta de alfiler y como punta acerada se clava, hasta en la cabeza, entre el cabello, si es claro y no está crecido. Y es tan abundante y molesto cuando ataca, que ni deja

²⁴² *jején*: insecto díptero, más pequeño que el mosquito y de picadura más irritante, que abunda en las playas del mar de las Antillas y en otras regiones de América.

comer, ni dormir, y lo que es más sensible, molesta y entorpece hasta en la celebración del santo sacrificio, pues no bastan ventanas, anjeos²⁴³, ni toldillos para impedirles el paso.

Está el morongoy²⁴⁴, de más cuerpo que ese otro, más venenoso, y que clava su aguja más hondo. Donde pica, levanta una roncha que sigue escociendo; y deja su señal, un punto al principio rojo y después negro, que dura un mes por lo menos; y como pica muchísimo y son muchos los que pican, uno tiene allá las manos como cribadas por infinidad de puntos negros; y nada se diga de los pies, si por breves minutos los orea uno descalzos o con tenues calcetines, pues el señor morongoy atraviesa la tela, como la luz los cristales.

Pero aún hay otro mosquito que es mucho peor que los dos anteriores: el anofelix, zancudo o mosquito de las aguas estancadas.

De estos son incontables y los sabios los clasifican en diversas especies de nombres raros, que equivalen a mosquitos venenosos y no venenosos, pero en Urabá todos los que pican, llevan consigo el virus de la malaria.

—¿Y no cabe protección, pues, contra ellos?

—Sí, hombre, hablando a lo filósofo le diré que hay dos clases de protección, extrínseca e intrínseca. Entre las primeras está el toldillo, que nos protege durante la noche, aunque a veces algún alevoso logra meterse entre los pliegues, y entonces arde Troya cuando a altas horas hace sonar su trompetilla cabe la dormida oreja en señal de ataque.

Yo sé de misioneros que despiertan y acometen la caza del traidor y así en lucha franca contra la esquivo y escasa fiera, los sorprende la luz del nuevo día sin haberle dado caza.

Entre los intrínsecos preservativos sobresale la quinina²⁴⁵, ya en polvo, ya elaborada, que es preciso ingerir en dosis regulares, como parte integrante del aseo matinal.

—¿No dicen que la quinina es la cosa más amarga y que ataca los riñones y no sé qué más órganos y aún que al cabo le deja a uno sordo o por lo menos teniente²⁴⁶?

—Todo eso es muy cierto, amigo.

—Bueno, padre, ¿y en qué consiste, en últimas, el paludismo?

²⁴³ *anjeo*: especie de lienzo basto, tela mosquitera.

²⁴⁴ *morongoy*: insecto díptero, es común encontrarlo en grupos y nubes numerosas.

²⁴⁵ *quinina*: alcaloide de la quina con propiedades antimaláricas, extraído de la corteza del quino.

²⁴⁶ *teniente*: algo sordo o tardo en el sentido del oído.

¿Usted ha padecido paludismo?

—Todos los misioneros que han estado en Urabá han sufrido el paludismo, desde el prefecto apostólico, hasta el último y más reciente. Y en qué consiste se lo explicaré a mi modo, tomando por base el reciente achaque que experimentó mi flaco cuerpo.

Comienza uno por no tener ganas de comer, ni de moverse. El sueño es un sopor, un ahogarse inconsciente en vapores cerebrales, en ensueños fastidiosos e imposibles, en tinieblas viscosas, clorofórmicas. Es algo atroz el sueño del palúdico.

Y sigue el veneno del mosquito invadiendo las vísceras, adueñándose del cuerpo por completo, hasta que una mañana cualquiera se levanta uno algo peor que otros días: la cabeza más grande, la boca más seca y amarga.

El malestar se acentúa cada vez más, cada hora más. Y a eso de las nueve se siente frío en el cuerpo, aunque la atmósfera esté a treinta y cinco o cuarenta grados de calor. Se aguanta otro poquito, trata uno de moverse, de trabajar, de distraerse; a ver si el malestar, el frío, se pasa. Es inútil todo empeño: el frío sigue aumentando, se amoratan las uñas y aun a veces los dedos; la piel se encoge, falta de sangre caliente. Da el cuerpo la primera sacudida y comienzan los dientes su incontenible y veloz castañeteo. Finalmente, uno ve que nada más hay que hacer y se acuesta a pasar la fiebre.

Las etapas de la fiebre palúdica son fijas: hasta las once, siguen las violentas y constantes sacudidas del cuerpo, de todos los miembros, del tronco, de la cabeza; los dientes no cesan en su continuado golpear.

Gradualmente va cesando ese temblor del cuerpo y en su lugar lo va poseyendo la fiebre, que asciende, asciende, y ha llegado en muchos casos a límites imposibles: unas decimillas más y el cuerpo sería convertido en carbón feo.

Ya en el grado más alto de la calentura se pierde el sentido, se delira, a veces se revientan los ojos en torrentes incontenibles de lágrimas; muchas veces se vomita hiel, hiel, solo hiel.

A las tres, más o menos, se abre nuevamente el sentido, y comienza a sudar el cuerpo como si internas prensas le exprimieran todo el humor²⁴⁷ hacia fuera. A la hora se encuentra uno mojado, como caído en un profundo río. Es preciso cambiarse de todo, excepto la cama, que es de cuero o de madera. (La mía era un cuero grande de res tenso, como

²⁴⁷ *humor*: cada uno de los líquidos de un organismo vivo.

un tambor, sobre el cuero las sábanas). Así se está hasta las siete, en que regularmente se sienten como ganas de comer y de beber. Pretende uno comer algo (cuando hay) y a pesar de su necesidad y de sus ganas, la comida no le entra, ni a la fuerza. No sucede lo mismo con el agua, y más si es de limón; un vaso, dos, tres vasos no bastan a saciar la sed que le devora el cuerpo. ¡Qué sed la del palúdico!

Se descansa con relativa tranquilidad, y al día siguiente se levanta uno tan sereno, salvo la debilidad, y con ganas, con verdaderas ganas de comer. Todo ese día lo pasamos trabajando, como personas que gozaran de una salud cabal.

Pero al día siguiente, si no se ha tomado algún remedio eficazísimo (para el paludismo no existe un remedio infalible), y no siempre hay tales remedios a la mano, ni en leguas a la redonda, se repite la función del primer día; a las siete, desgana, malestar; a las nueve, frío, temblor, castañeteo de dientes; a las once, fuego; a las cinco, sudor, agua; a las siete, limonada.

¡Si todos los misioneros contaran los ratitos amargos, amargos, que han pasado por causa del paludismo!

«Llévenme, llévenme donde haya padres; donde las hermanas; no quiero morir solo», gritaba en su delirio el padre A. a los negros que le asistían en Murindó.

«Quién te ha visto y quién te ve», exclamaba en son de chanza un padrecito, socavada su salud por el continuo padecer el paludismo.

—¿He delirado mucho? —preguntaba otro, mientras apuraba la limonada.

—Bastante.

—¿Y de quién he hablado?, ¿se puede saber?

—De su madre.

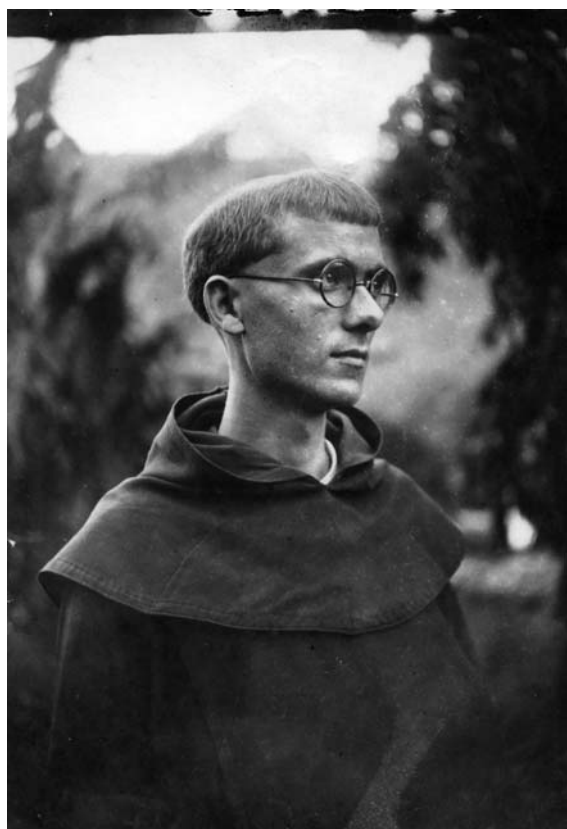
¡Pobre madre lejana!

—¿Han muerto algunos misioneros de paludismo?

Propiamente de paludismo nadie muere. El paludismo no mata de repente: socava la salud traidoramente y luego se esconde, para que el médico dictamine y diga: murió de tisis, o de una afección hepática, o de un cólico nefrítico, o de una anemia tropical.

Así murieron el anterior prefecto apostólico, el padre José Joaquín de la Virgen del Carmen²⁴⁸, y el padre Elías de Santísimo Sacramento. Los dos mártires de Urabá.

²⁴⁸ *Joaquín de la Virgen del Carmen*: carmelita navarro, nacido en Estella en 1878 y muerto en Colombia en 1926. Prefecto apostólico de Urabá (Colombia) en 1918.

















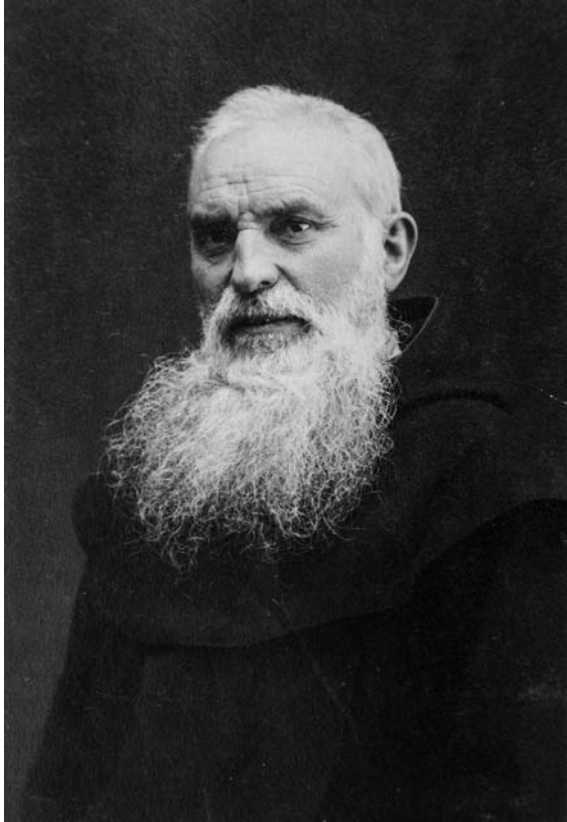


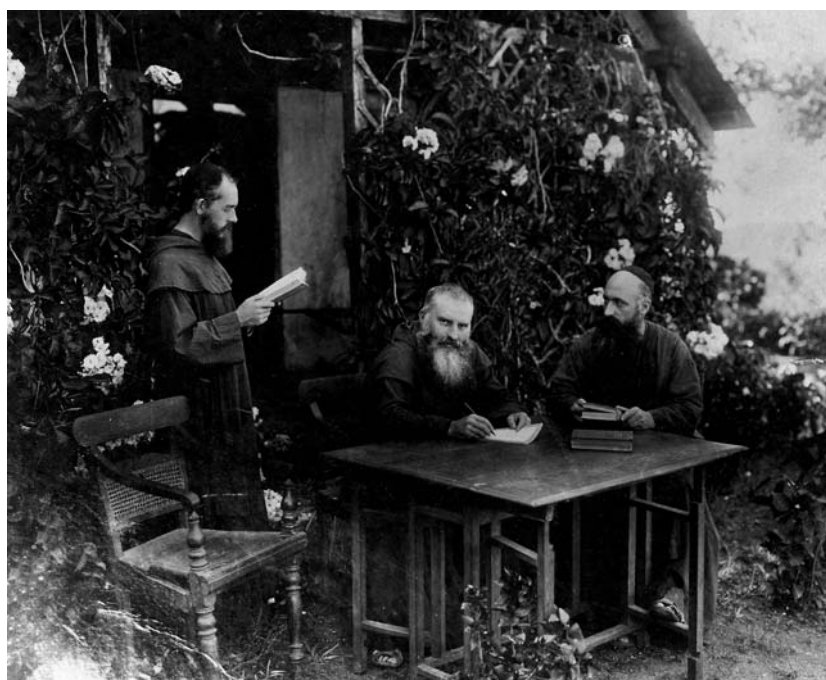














DE COMO SENTÍ MUY CERCA AL DIABLO

Amado padre José León: nuevamente vengo a contarle otra de tantas impresiones fuertes, que se siente en estas tierras.

Yo bien sabía que el diablo sale a escape de los bautizados, según aquello que se propone en la Teología: «Ad diabolus exeat a corpore baptizati... respondetur affirmative etc.». Pero nunca me había tocado sentir las protestas del espíritu del mal, al tener que abandonar su presa; mas todo llega en la vida y hace unos días llegó para mí la hora de sentir al enemigo en retirada. Le voy a contar cómo y procuraré ser breve.

Hace un mes me convidaron las hermanas carmelitas misioneras — estas hermanas abnegadas, simpáticas, santas, que comparten con nosotros la tarea misionera— a una excursión que tenían proyectada a una montaña bastante retirada, con objeto de conquistar para Dios a los habitantes de un bohío, todos sin bautizar. Con mil amores encabezé la excursión, provisto de los arreos necesarios para el caso de un posible triunfo.

Pero, ¡oh alteza y sabiduría de los juicios de Dios! Llegamos bien cansados por lo largo del camino y malicia de las bestias, tostados por el ardiente sol y sintiendo las cosquillas de la víscera vacía. Las hermanitas, con la más angelical sonrisa en los labios, tratan de acercarse al tambo y dirigir sus dulces palabras de saludo; los indios, diez o doce, (un montón de indios), siguen en su molienda, haciéndose los suecos²⁴⁹. Y cuando las hermanas han puesto ya los pies en el tronco dentado, que sirve de escalera a estos salvajes; una vieja, mas bruja que escapada de aquela-

Publicó la *Historia Eclesiástica de Urabá*, y fue nombrado miembro de la Academia de Bogotá.

²⁴⁹ *hacerse el sueco*: desentenderse de algo, fingir que no se entiende.

re²⁵⁰, dice unas breves palabras en indio, y horror, una hambrienta jauría de perros sarnosos, que nadie se explica de dónde proceden, ladran y se precipitan sobre las hermanas fugitivas. A punta de palos y pedradas pudimos apenas contener aquella avalancha de maiceros²⁵¹.

Y tuvimos que volvernos a casa...

Yo antes de perderlos de vista, no pude contener la rabia, digo la sangre, y levanté el puño en alto. Este saludo, a la usanza socialista, iba por el diablo, tirano de aquella casa.

Hace unos días me tocó salir de excursión por aquellos lados y me acordé de los perros, de la bruja y de que levanté el puño. Era la ocasión de desquitarme. Convidé a un amigo y a su hermana, ambos conocedores de los indios, a que me acompañaran, para servir de padrinos, y todos tres nos dirigimos al bohío.

Sin duda, algún alma de Dios, encerrada en la clausura, estaba pidiendo por la conversión de aquella gente, porque no bien nos vieron, el anciano, padre y abuelo de casa, hizo callar a los perros y nos recibió con mucha cortesía, nos brindó mazamorra²⁵², que yo probé y le devolví después de decirle, en indio, que estaba estupenda, pero que no me asentaba bien por enfermedad. Como yo medio chapurreo el indio y no me falta osadía para decir lo que sé, la gente menuda del bohío no tardó en rodearme con confianza, y aun los mayores celebraban mis disparates indígenas. ¿Cuándo habían oído ellos a un kapunia²⁵³ hablando tachi pedea, nuestra lengua? Cuando ya me los hice a la confianza, les hablé del bautismo, del cielo, de tantas cosas buenas; los amigos me ayudaron en la tarea de convencerles. No fue trabajo de muchas horas, como el padre estaba bautizado y los hijos e hijas lo deseaban, inmediatamente procedí a revestirme, mientras ellos se ponían en semicírculo. En total eran once, dos casados (valga la palabra), un niño de brazos, y el resto

²⁵⁰ *aquejarre*: propiamente «prado del macho cabrío», vale por junta o reunión de brujos y brujas, con la supuesta intervención del demonio ordinariamente en figura de macho cabrío, para sus prácticas mágicas o supersticiosas.

²⁵¹ *perro maicero*: can de raza indeterminada que campa por los cultivos y poblados ayudando al control de plagas de roedores.

²⁵² *mazamorra*: alimento de consistencia espesa, que se prepara con maíz, leche y panela.

²⁵³ *kapunia*: en emberá, persona no indígena. Escribe Fray Pablo en *El idioma katio*: «Gente: Kapunia. Los indios llaman gente a todo aquel que no es de su raza. Para ellos solo hay dos pueblos: Inbera, que es el suyo, el de los indios, y Kapunia que son los extraños».

todos de once años en adelante. Había comenzado la ceremonia, cuando hirió mis oídos un ruido extraño, volví la cabeza y vi que la vieja o bruja que había azuzado los perros, estaba tan tranquila, medio desnuda, mascando su chicha²⁵⁴.

—¿Esa no se bautiza? —pregunté al anciano.

Inmediatamente le dio orden de que se pusiera también para bautizarse. La vieja siguió sorda. Volvió a insistir y la bruja masculló unas palabras cabalísticas. Pero el anciano no tenía miedo al diablo y cogiéndola del brazo le intimó:

—Tsaarrara mura—, «yo soy aquí el amo». Y la vieja tuvo que enfilarse como una colegiala.

Yo no sabía qué hacer, si bautizarla contra su voluntad o no, pero enseguida pensé que había bautizado a muchos niños inconscientes, que perneaban²⁵⁵ y lloraban cuando se les hacía chupar la sal o se les echaba el agua, y aquella vieja estaba tan inconsciente como un niño de ocho días. Así que, al llegarle el turno, le pregunté:

—Clotilde, ¿qué pide a la Iglesia de Dios? (Le puse el nombre de Clotilde, en atención a la madre Clotilde, del monasterio de carmelitas de Bogotá. Que conste).

Después seguí mi tarea con los demás. De repente se revuelven los once catecúmenos y se apiñan en torno a Clotilde, que grita, bracea y patalea, tumbada en el suelo. ¿Qué había ocurrido? Que tan pronto como inicié en ella la ceremonia, corrió desolada a arrojarle por el bohío abajo, como si yo tratara de matarla, y a no ser por una niña de once años que la sostuvo por los cabellos enredada en un palo, mientras los demás se daban cuenta, se hubiera tirado y descabezado porque el bohío estaba alto en demasía. Pues allí estaba Clotilde posesa, echando espumarajos por la boca, sin que bastaran a contenerla los esfuerzos de cuatro hombres que simultáneamente la tenían de los brazos, piernas, pecho y vientre; a todos levantaba. Jamás he visto más macabra escena. Clotilde no bajaba de los sesenta y cinco años. Cuando le hacía las cruces, parecía que la degollaba, y es de advertir que todo el tiempo me la tenían sujeta y, ¡oh misterio sensible de la gracia!, echarle el agua y quedarse quieta, sosegada, todo fue una cosa. La cubrieron con una paruma y allí se

²⁵⁴ *chicha*: para fabricar la chicha, bebida alcohólica fruto de la fermentación de ciertos cereales como el maíz, el arroz; o de tubérculos como la yuca, se trituran los materiales con la boca.

²⁵⁵ *pernear*: mover violentamente las piernas.

quedó dormida, mientras yo bauticé a los demás y aun toda la tarde que duró mi visita en aquel dichoso bohío. Al atardecer volvía a casa dando gracias a Dios y acordándome aún del puño en alto.

DENABARI²⁵⁶

I

—Si queréis llamaremos al jaibaná para que cure al muchacho.

—Sí, voy a avisar a Kisaerubi para que lo haga venir, a ver si lo cura, porque si no el niño se muere.

Denabari salió al bohío más próximo, distante una legua.

Era de noche, llovía torrencialmente, los rayos se sucedían sobre los picos de las montañas, atraídos por los metales que estas atesoraban en sus senos.

En el camino un jaure²⁵⁷ le dijo que junto al ogo²⁵⁸ grande del camino había un entierro de oro. Que se quedara a cavar, que todo el oro sería para él. Denabari le dijo que todo el oro que él quería era su hijo, que cuando su hijo estuviera sano, volvería a sacar el entierro de oro.

Denabari no hacía caso ni a los truenos, ni a los rayos, ni se paraba a matar con su ugu²⁵⁹ los ojos que le miraban. Bajaba de un pico a la quebrada y subía de la quebrada a otro pico. Los emberá vivían lejos de los Kapunia, en las montañas más altas, en las selvas más cerradas, donde no había pisado aún la gente blanca. A ellos, como a todos los hombres, les gustaban más los valles, pero los Kapunia los han perseguido mucho y ellos, para salvar su raza y vivir en libertad, a sus anchas, en sus casas abiertas, donde nadie les robe, ni les molesta, se han retirado a las cordi-

²⁵⁶ Publicado en *La Obra Máxima*, XVII/199, noviembre de 1932, p. 169.

²⁵⁷ *jaure*: en la cosmovisión emberá, vale por alma o espíritu que representa la esencia del hombre o una cosa determinada.

²⁵⁸ *ogo*: en idioma emberá, cedro, árbol de madera olorosa y duradera, que crece sobre todo en tierras bajas, en lugares bien drenados o de clima seco.

²⁵⁹ *ugu*: en idioma emberá, cerbatana.

lleras, y con tal de tener agua cerca del bohío y fieras en que clavar sus flechas o asentar el filo de sus machetes, están satisfechos.

Denabari, calado hasta los huesos, llegó antes de lo que el camino y la noche hubieran permitido a otro, al tambo de Kisaerubi.

Los perros, indefectible compañía de los indios, lanzaron sus ladridos de alarma, que resonaron en el silencio de la noche y en la vecindad de las nubes.

—Kisaerubi —le dijo— mi niño Merambi está enfermo, va a morir si no llamamos jaibaná. Jaibaná Kecheuchabi vive lejos, yo no puedo dejar mujer sola, llorando con el muchacho.

—Mujer quedó limpiando ya los Jaiuarras²⁶⁰ para fiesta. Si quieres avisar a jaibaná y a indios para que vengan a fiesta a mi tambo.

—No solo yo, todos vamos a ir. Tú, Nakutsama, avisa a Tsapuma para que todos los indios de Chichirrido vayamos a casa de Denabari, que tiene el niño enfermo.

Denabari volvió a su bohío consolado por la solidaridad de los indios comarcanos.

Kisaerubi dejó su bohío al cuidado de las fieras y se lanzó por un claro de la selva en dirección a la casa del jaibaná Kecheuchabi. Todos sus hijos tomaron también distintos caminos para avisar a los vecinos (vecinos distantes tres y cuatro leguas de montañas), para que acudiesen a la fiesta de Denabari.

A las dos horas iban apareciendo en la obscuridad de la noche, indios que de todas direcciones afluían a casa de Denabari. Venían los hombres con el machete al cinto; el cuchillo, en su pequeña vaina, al cuello; los chiquitos traían además su ugu al hombro y su uanbi²⁶¹ cargada de flechas, y los grandes con su escopeta de pistón los más pobres, y de cápsula los menos pobres.

Ellas con sus canastas a la espalda sostenidos en la frente por una ancha guasca²⁶². En la canasta traían sus trapos, sus plátanos, arepas; y una que otra, traían también su calabazo de guarapito. Ni faltaba tampoco quien traía a su niño más pequeño en la misma canasta envuelto en todos estos trastos.

²⁶⁰ *Jaiuarras*: de jai (demonio, espíritu maligno o enfermedad) y wárra (hijo). El autor, como explica en el cuento *Tras los indios* lo equipara al Jaipakuru, suerte de ídolo de madera usado en las ceremonias chamánicas de los jaibanás.

²⁶¹ *uanbi*: bolsa, en este contexto la aljaba.

²⁶² *guasca*: amplia tira de tejido que sirve para fijar la carga.

Los indios, sin hablar una palabra a nadie, subían al bohío y se iban acurrucando, envueltos hasta la cabeza en sus parumas, en los rincones, donde creían estorbar menos. Las indias descargaban sus canastos y miraban al niño enfermo, lanzaban alguna exclamación equivalente a «Pobrecillo», o cosa parecida, y se ofrecían a la dueña para los menesteres caseros.

Denabari les ofreció a todos la totuma de la ardiente chicha que les volvía eléctricamente al calor que la lluvia y la noche les había robado.

Cada uno bebía hasta saciarse y hacía pasar la vasija al siguiente.

Nadie tenía repugnancia de beber de la misma boca. No he conocido en esta raza más solidaria y menos escrupulosa que la katía. He visto en la casa de la misión de Frontino, morder el pedacito de carne, y pasar al compañero o compañeros para que a su vez muerdan, y así van mordiendo cada vez más menudo, pues nadie quiere acabar con lo que de un mordisco pudo acabarse, hasta que el más viejo le dice, generalmente al más muchacho, que se lo coma todo, y este todo era a veces un átomo, apenas perceptible en la sucia mano.

Mientras los indios bebían, las indias comenzaron a cortar²⁶³ la chicha (no vayan a creer que la chicha es carne; chicha es una bebida fuertísima y agria, que se hace con maíz o caña de azúcar fermentada). Los que venían de más lejos llegaban de dos en dos, de tres en tres. A las horas del amanecer, el bohío estaba ya queriendo hundirse por el peso de los que le oprimían.

Encendieron el pedazo de canturrón o cera silvestre, que si bien pudiera ahogarlos a no ser el bohío abierto en redondo, les alumbraba sobradamente para las labores que a su luz tenían que ejecutar.

Ya entrada la claridad del alba, llegó el jaibaná Kecheuichabi, acompañado de Kisaerubi. Los dos venían calados hasta los huesos.

Kecheuichabi era viejo, tosía mucho y esputaba más, sin miramientos a los circunstantes. Debía de estar tísico. Como todos, venía pintado de rojo y negro, y traía un bastón como si fuera de mando.

Se acercó a la hamaca en que alentaba apenas el enfermito envuelto hasta la frente en trapos sucios. «Jaiuarra pia baya», exclamó. El jaiuarra, o sea, el hijo del jais, lo curará. Esta noche haremos jai²⁶⁴. Hay que avisar

²⁶³ *cortar*: suavizar la bebida alcohólica con agua.

²⁶⁴ *jai*: el ritual de sanación se denomina «canto del jai». El jaibaná hace uso de sus bastones y otros elementos como hojas de palmera y a través de sus cantos llama al jai, espíritu que provoca la sanación del enfermo.

a todo indio. ¿Ya tienen marrano listo? ¿Y chicha también bastante?

El día lo pasaron en preparar el jai, que tendría lugar a la noche. Otro día me detendré en detallar esa fiesta o reunión. Hoy mi intención es otra.

Fueron despertando, ahora unos, después otros, de la juma²⁶⁵ que habían cogido todos en el jai de la noche anterior, y cogiendo sus trastos se iban alejando por las trochas que conducían a sus respectivos tambos.

El niño seguía enfermo.

El jaipakuru²⁶⁶ o monigote de palo que le aplicó el jaibaná Kecheuichabi lo puso peor,

«Palo de Kecheuichabi no cura», dijo Denabari a su mujer, cuando ya quedaron solos.

—No digas eso—le replicó la mujer. — Karagabi puede castigar. Jaipakuru sí cura, pero Kecheuichabi es viejo y no sabe hacer jai como se debe. Otro día llamaremos a Guaserukaba, que es joven y sabe mejor.

—Niño va a morir, jaibaná no cura.

II

Coincidencia dispuesta por Dios.

Ese mismo día, o sea el día siguiente del jai, nos llevó Dios a las hermanas Mercedes, Josefa y Alicia, que salimos de excursión misionera y nos perdimos, al bohío de Denabari.

El dolor hace hospitalarias hasta a las fieras. Los perros trataron de lanzar su alarma, pero Denabari les hizo callar. No conocíamos a nadie en aquella casa, la montaña estaba muy retirada del pueblo y Denabari era de los que no gustaban salir de su montaña para nada.

Al vernos, la mujer se puso inmediatamente en guardia sobre la hamaca en que reposaba su hijito, temerosa de que lo fuéramos a robar.

Denabari nos hizo subir al bohío y aun nos dio su mano para que no resbaláramos por el palo dentado, más propio para ser escalado por los felinos que para servir de escalera real a una casa de humanos.

Lo primero que nos llamó la atención una vez arriba en el bohío, fue la actitud más bien hostil y llorosa que notamos en la india.

²⁶⁵ *juma*: borrachera.

²⁶⁶ *pakuru*: árbol, madera, palo. El jaipakuru queda descrito en el cuento *Tías los indios*.

—¿Cómo están por aquí? ¿Bien? —preguntaron las hermanas con cariñoso acento, mientras yo trataba de acomodarme los zamarros de montar que se me caían.

—Niño enfermo— fue la respuesta que Denabari nos dio, indicando la hamaca sobre la que estaba inclinada su compañera, musitando en su semitonada lengua no sabemos qué expresiones.

Los cuatro volvimos con curiosidad los ojos al cuerpecito que balanceaba la mujer.

—No vea gente mi hijo— nos dijo, y a la vez dirigía su vista a su marido. Este la apartó suavemente mientras quitaba de encima del niño los trapos que le cubrían con peligro de asfixiarlo.

Comprendimos que su mal eran los gusanos, enfermedad infantil tan frecuente en estas latitudes tórridas y en estas habitaciones sin higiene, por las que los niños se arrastran desnudos todo el día.

Miré a las hermanitas, todos pensamos lo mismo: «Son gusanos solamente», nos dijimos. Enseguida se le hizo una boleta o billete para el médico del pueblo, amigo nuestro, pidiendo en nuestro nombre y por nuestra cuenta un remedio para tal enfermedad.

Le hablamos de bautismo, de la Iglesia, ninguno en aquella casa estaba bautizado.

Bajó Denabari al pueblo y volvió a su casa con el remedio.

El niño se curó a los pocos días.

Le hicimos otra visita, esta vez no perdidos, sino directamente encaminados a su bohío, a pesar de la distancia entre su casa y la nuestra.

A medias el katio que él hablaba y nosotros medio entendíamos, y español que nosotros hablábamos y él medio entendía, comprendimos el agradecimiento que él tenía porque le devolvimos a su hijo sano y comprendió lo que significaba el bautismo.

Convinimos en que bajaría con la mujer y el niño un día determinado al pueblo y recibiría el santo bautismo, santificarían su unión, quemarían los jaipakurus, jaiuarras y no harían caso de los jaibanás, etc.

Mientras ese convenio se cerraba entre Denabari y un servidor, la mujer sin hacernos caso, ni acercarse a nosotros, murmuraba algo que nos era por completo ininteligible. Las hermanitas extremaron con ella sus bondades, pero su inmutable rostro nos dejaba entrever el fastidio que le causaba nuestra presencia en su casa. Denabari, inquieto, volvía hacia ella los ojos con mucha frecuencia, como sintiendo la diferencia de pensar y sentir entre ellos comenzaba a presentarse.

Siempre he visto a las indias más reacias para todo lo que sea extraño a su tradición y a su montaña.

Nos despedimos.

El día señalado se presentó Denabari en casa. Venía con el niño solamente.

—¿Y la mujer? —le dijimos.

—No quiere venir, puso brava —nos respondió—, no quiere agua, fue donde otro bohío.

Se bautizaron el niño y él.

Se estudió el caso. Se le aplicó el privilegio que llaman paulino²⁶⁷. Denabari se casó con una joven bautizada.

III

Era el primer viernes de noviembre. En la parroquia pocos fieles cumplieron, llovió torrencialmente toda la noche y amaneció lloviendo.

Eran las once de la mañana. Llamaron a la puerta de mi casa. Salí, y mis ojos asombrados vieron todo mojado a Denabari.

—¿Qué ocurre? ¿Cómo por aquí a estas horas? ¿Cómo has venido con este tiempo?

—¿Primer viernes no es? Yo madrugué a las cinco para conpesar y comulgar; mujer que perdone, que tiempo pa ella malo. Yo hombre siempre pudiendo bajar; yo queriendo conpesar y comulgar. Yo no importa mojado.

—Vamos, te voy a dar la comunión sin más, para que desayunes. Tú no necesitas conpesar.

—Yo siempre conpesando, palabrita, mentirita, rabiecita.

—Vamos, vamos, comulga, alma de Dios.

Entonces me acordé de aquellas palabras de nuestro divino Salvador: «Vendrán de Oriente y Occidente y se sentarán a la mesa de Dios y nos confundirán a los hijos de Abrahán»²⁶⁸.

²⁶⁷ El privilegio paulino es la disolución de un vínculo natural de matrimonio entre partes no bautizadas. Se aplica cuando una de las partes se bautiza mientras que la otra no está dispuesta a aceptar pacíficamente la situación; la parte bautizada puede entonces contraer nuevo matrimonio, que disuelve al antiguo.

²⁶⁸ Referencia bíblica: Mateo, 8, 11.

YO NO HE COMIDO. (MU NEKOSI EA)²⁶⁹

Mi primer maestro de lengua katía fue Kitusa.

Kitusa era señalado como asesino de varios libres (blancos) y muchos indios. Era el terror. Cuando bajaba al pueblo, muchos blancos no salían de casa. «Ha bajado Kitusa», se decían, y la voz corría como el viento.

Pero Kitusa era también muy cortés, y sus primeros pasos eran siempre hacia la casa del padrecito.

Kitusa me vino a saludar un día.

—Vamos amigo Kitusa— le dije—, ¿tienes mucho apán²⁷⁰?

—Apán, apán... yo no teniendo mucho apán.

—Kitusa, me dicen que eres malo y que matas gente. Así no puedes entrar al cielo.

—¿Yo acaso tigre para matando gente? ¿Yo acaso uñas de tigre? Ve uñas mías como uñas gente.

Y el muy taimado me enseña las uñas como un escolar antiguo.

—Dientes míos como dientes tiene indio. Pues yo, ¿acaso dientes tigre? Piel mía, también piel como tuya. Mira, pues, ¿yo acaso comiendo carne cristiano, acaso yo tigre, pues, pa matando?

—Kitusa, yo no creo gente. Tú no eres tigre, no. Yo quiero hablar la lengua de los indios, quiero hablar como tú. Para que entienda mejor el indio, para enseñarles el camino del cielo.

—Lengua indio, ¿para qué? ¿Lengua indio no es, pues, pea? No dice gente: ¿cosas indio peas, indio huliendo mal, indio no vistiendo como gente? Gente no queriendo indio, gente robando indio, gente engañando indio. ¿Pa qué, pues, lengua indio tú hablando?

²⁶⁹ Publicado en *La Obra Máxima*, XVII/196, agosto de 1937, p. 120.

²⁷⁰ *apán*: afán, en fonética de los indios; vale por prisá. Los indios de Urabá no pronuncian la fricativa labiodental, sustituyéndola por la oclusiva bilabial sorda.

—Kitusa, yo no soy como gente. Yo quiero indio. Yo de lejos viniendo para querer indio, para salvar indio. Indio mi hermano. Yo quiero hablar cosas como indio, para ser indio como indio. Tu enseñarás; otro indio no sabe lengua mía para entender. Tú si sabes lengua indio y lengua gente.

—Yo sí sé. Yo también hablando como indio, hablando como gente. Yo enseñó gente cuando estuvo en Medellín en cárcel.

—¿Quieres quedarte en mi casa conmigo para enseñar?

—Hombre, yo quedando, pero yo teniendo que trabajar para mujer y chiquito comiendo. ¿Yo acaso tomando aire no más?

—No, hombre, no, si te quedas te pagaré bien y comerás conmigo y dormirás en mi cama.

—Yo mejor durmiendo en suelo.

Convinimos, le di un peso adelantado.

Al ratito, sacó no sé qué razones y salió. Al cuarto de hora estaba tendido por el aguardiente.

Lo hice traer a mi casa y lo acosté.

Cuando amaneció otro día lo cogí por mi cuenta.

—Vamos a ver, Kitusa. ¿Cómo se dice *yo como*?

R: —Bu nekoya.

P: — ¿Tú comes?

R: —Mu nekoya.

P: —¿Yo he comido?

R: —Bu nekosia.

P: —¿Tú has comido?

R: —Mu nekosia.

P: —¿Yo no he comido?

R: —Bu nekosia ea.

P: —¿Tú no has comido?

R: —Mu nekosia ea.

Él respondía y yo fiaba en su palabra y en mi comprensión apuntaba las respuestas como artículos de fe.

Levantamos la sesión y después que hube comido, con los ojos fijitos en el cuaderno, le dije creyendo echar una cana al aire: «Mu nekosia ea».

Sin dejarme acabar interrumpió:

—Bu nekosia, mu nekosia ea.

Yo le repetía, siempre la vista en los apuntes: «Mu nekosia ea, bu nekosia».

Él me repetía serio: «Mu nekosia ea, bu nekosia».

—Hombre, que te quiero decir que tú no has comido y yo sí, que vayas a comer a la cocina.

—¡Ah! Así, sí.

—¿Pues que era lo que decía?

—Que usted no había comido y yo sí, y la verdad es, que yo no comiendo y usted sí.

Saqué en limpio que él no me entendió ni yo le entendí a él. Cuando yo le decía: «¿Cómo se dice *yo como?*», yo, mi persona, para él era segunda persona y me traducía muy generoso: «*bu kosia*», *tú comes*; y cuando le interrogaba: «¿*tú comes?*»; *tú* era su persona, la de él, y en consecuencia me respondía: «*nekosia*», *yo como*.

De modo que yo apuntaba un *quid pro quo*; *yo* por *tú*, y *tú* por *yo*. Así, poco a poco, nos fuimos entendiendo.

«YO NO LLAMA»

El ilustrísimo prefecto apostólico de Urabá, padre Severino, está empeñado en traer a los indiecitos al internado que con tanto sacrificio ha logrado establecer en Dabeiba.

Es inútil, nos dice, todo lo que hagamos con los indios, si no los civilizamos y educamos de pequeños. Los grandes nos oyen mientras comen de nuestro pan, pero una vez de nuevo en sus bohíos, para nada se acuerdan de nosotros, hasta la nueva necesidad que les apremie. Es preciso educarlos en colegio para que se acostumbren de pequeños a otra vida que no sea la salvaje y a otro vestido que no sea la paruma.

Todos conformes, porque nos lo ha dicho Él y porque así es la verdad.

Vamos a ver cuántos indios en estas montañas tienen hijos con edad de ir a la escuela. Precisamente aquí está Faustino, que conoce a los indios como si fuera uno de ellos.

Desde luego, es preciso decir que Faustino no es indio, si el no serlo consiste en llevar pantalones, porque claro, los indios no los llevan.

—A la orden, reverendo obispo.

Faustino se adelanta a besar el anillo pastoral.

—Me han dicho que usted conoce muy bien a los indios de estas montañas.

—Muy bien, reverendo, y ellos también me conocen y me quieren a mí: pregunte a cualquier indio por Faustino el libre, y verá que todos me conocen, porque yo los defiendo cuando van los blancos a robarles y también les arreglo sus pleitos, porque, ¡Ave María!, reverendo, los indios se matan por un granito de maíz. Aquí el reverendo Pablos me conoce.

En efecto, le conozco más de lo que él se figura. Todos los domingos me pone como un bombo la cabeza con la nube de indios y pleitos que me trae; que si le robó una gallina la india A. a su vecina la india B.; que si el indio J. cortó un racimo de guineo en una mata del indio H.; que si el marranito, que si el perro, que si el indio K. pegó a la india Q.

Otras veces son los indios los que vienen a quejarse contra él.

—Sí, sí, ya lo creo, lo conocemos muy bien todos.

—Además sabe, mi reverendo, que yo soy muy honrado y...

—Oh, ya lo creo.

—Vea, mi señor obispo, ¿qué me quiere?

—Vamos a poner una escuelita para los indiecitos y necesito que usted me dé los nombres de los indios que tienen hijos ya mayorcitos.

—Sí, mi reverendo obispo, que los indios son muy tontos y por un memorial se dejan robar los marranitos (?).

—Vamos por veredas: en Choromandó...

Faustino decía nombres de padres e hijos y el ilustrísimo prefecto iba escribiendo nombres de hijos y padres.

—Muchas gracias, Faustino. Tú mismo, ¿no podrías encargarte de pasarles el aviso de que bajen a estar con el señor obispo?

—Mi reverendo, a mí no me queda bien porque aún no he hecho el mercado y vivo muy lejos, ¡Ave María!

El domingo siguiente estaba en la sala ante el ilustrísimo prefecto y el capitán de Choromandó; cuarenta y siete años, alto, fornido, la cara íntegramente de rojo; la uanbi repleta, terciada, envuelto por completo en su paruma negra y la vara de macana con contera²⁷¹ de cobre (una cápsula de escopeta número 12) en la diestra.

—Me han dicho, Domiciano, —le decía con amabilidad el ilustrísimo prefecto—, que tienes cuatro hijos y que dos están ya de escuela. A

²⁷¹ *contera*: remate de un material generalmente metálico en el extremo inferior de un bastón, paraguas, estaca o vara.

indio conviene, como a libre, aprender para que libre no engañe. Ya verás, niños estarán muy bien con hermanas. Ya hermanitas tienen cuarto grande arreglado con camas para indiecitos. Hermanita quiere mucho a indio. Además, yo guardo para indiecito vestidos y collar para que bonito siempre. Comerán todos los días *chiguru* con *pusura* y *pata*; fiestas comerán *eterre*²⁷² y de todo. Indio estará contento, jugando y aprendiendo a leer, escribir y rezar y hacer memoriales. Niño siempre aquí cerca; yo no llevo niño lejos, aquí con hermanas no más. Tú viendo todo domingo. ¿No gusta que niño tuyo aprenda como libre, y luego cuando libre vaya a robar tierras o engañar indios, hijo tuyo defendiendo?

Cualquiera creería que una explicación tan amable y paternal y en tan llano estilo y una oferta tan halagüeña, encontraría una acogida entusiasta y agradecida en el ánimo del indio.

Pues el que tal crea, se habrá equivocado.

—Yo no tiene hijos —respondió bufando—, ¿yo casado pues?, yo no tiene hijos, escuela no sabiendo.

Ante una posible equivocación de personas, el padre prefecto inquirió:

—¿No eres tú Domiciano?

—Yo no llamo Domiciano.

—¿Cómo llamas, pues?

—¿Yo acaso nombre? Yo no llamando.

Al oír esto, entré en la sala.

Los ojos que el indio me echó al verme no sabría yo decir de que eran.

—Hola Domiciano —le dije, echándole la mano a la espalda—, *paritsamua*²⁷³.

—*Parikamua* —me respondió con la sonrisa más salada.

²⁷² *chiguru*: carne; *pusura*, alubia; *pata*, plátano; *eterre*, gallina.

²⁷³ *paritsamua*, *parikamua*: 'buenos días'. Escribe Fray Pablo en *El idioma katío*: «El saludo katío. He observado que los indios se saludan con estas tres expresiones: *Paritsamua*, dice uno; y el otro responde: *Paritsamua* o *parikamua*, que significa: ¿el día cómo? (*Pari*, contracción de *ebari*: día; *samua*, cómo). El que responde, o bien interroga a su vez con el *paritsamua*, o responde *parikamua*: el día así como esto, como ves. Otro saludo es: *Aritrinka*. Tal vez esta palabra no tiene significado equivalente en español. Equivale al "ave" latino o al "agur" vasco. Pero si algún significado literal pudiérasele encontrar sería: "¿todavía?" Como quien dice: ¿todavía vives, o te veo?— Sí, todavía nos vemos. La tercera expresión es: *Sorogabuka*, *Sorogabuache*, que significa: ¿Estás alentado, gozas de salud? — Sí, estoy alentado, gozo de salud.».

Y se quedó tan fresco.

—¿No ha dicho que no llama Domiciano?

—¿Yo Domiciano no soy, pues, capitán de Choromandó?

—Domiciano, mentir cosa mala.

—Cosa mala mentir sí, por eso yo no miento nunca. Sebaida mitiia baribau (mentir cosa mala y despreciable)

Hablaba impertérrito, como un maestro, dedicándome frasecitas en katío. El ilustrísimo fue otra vez al grano.

—¿Cuántos hijos tienen?

—Yo cuatro hijos tiene, pero chiquitos; yo no puede dejar, madre tampoco quiere dejar salir; chiquito también llora mucho. Chiquito lleva luego lejos y muere. Chiquito mío onde monte muy bien. Marranito también tengo, lechita también y gallinita. Chiquito mío onde monte. Madre llorando si sale chiquito. Mujer esperando también fuera, ya tarde; yo vive lejos, yo marchando onde monte.

Y sin más ceremonia volvió la espalda.

Una veintena de indios le aguardaban a la puerta.

Antes de retirarse tuve la curiosidad de echar una ojeada por la plaza, Faustino y Domiciano dormían tendidos no lejos de la puerta del estanco.

Por fortuna, y a Dios gracias, otros indios se dejaron convencer y admitieron el bien que se les brindaba.

El internado se abrió con diecisiete katíos.

JINETE EN LA NOCHE

¿A quién no le gusta escuchar a una banda de música, sobre todo si toca tan bien, tan seguido y alternando el canto, el silbo y los instrumentos, como la banda de los Paniaguas?²⁷⁴

Pues hasta el placer de escuchar esa banda de música que penetra hasta en los más apartados rincones, está prohibido al misionero de Ura-

²⁷⁴ Célebre agrupación musical radicada en Medellín, cuya existencia data de 1926 (si no anteriormente) y que se mantiene activa.

bá. Es decir: no es que le esté prohibido, pero hasta las selvas de Urabá no se atreven; tampoco soy exacto: no es que los diecinueve músicos dirigidos por Faustino no se atrevan, si no que no hay «cumquibus»²⁷⁵ hacerlos entrar y así no escuchamos otras bandas ni orquestas que las de «los mil pintados y canoros pajarillos»²⁷⁶ y el graznido de otros muchos pajarracos, como la bruja²⁷⁷, que será todo lo pintada que se quiera, pero maldita la gracia que le sale del pico. También escuchamos al bajo león y la flauta de la serpiente; aunque esto de que la serpiente silba se me antoja un camelo²⁷⁸ como el canto del cisne²⁷⁹.

Bueno, todo este preámbulo viene a cuento de un famoso sucedido que quiero aquí relatar.

Se estaba celebrando en Frontino la novena de Nuestra Señora del Carmen. Su fiesta caía en lunes. El viernes anterior por la noche, a la hora de acostarme, recibí el siguiente telegrama: «Frontino, a tantos de tantos de mil novecientos tantos. Padre Pablo. Dabeiba. Aguardámosle mañana. Paniaguas divinamente. Saludos. Tomás.».

Como me era imposible por muchos conceptos (sin salir del camino corriente) subir a Frontino y dejar mi parroquia sin misa en domingo, con harto dolor de mi alma por aquello «Paniaguas divinamente», contesté al día siguiente muy temprano: «Misa domingo impídeme complacerles. Abrazos. Pablo».

Importante papel me tendría reservado mi padre Tomás en Frontino cuando a vuelta de telégrafo (¿se dice así?) me contestó este otro. «Esperámosle sin falta». En estos dimes y diretes telegráficos marcó mi reloj las doce del día. Día espléndido de sol. Una nube de gallinazos de vuelo majestuoso, haciendo la corte a su rey, cubría el cielo de Dabeiba. Tomaban el sol volando, lo mismo que los perros lo toman echados y los ancianos sentados en los bancos de los paseos y a la puerta de sus casas.

²⁷⁵ *cumquibus*: dineros. Es expresión jocosa.

²⁷⁶ *canoro*: de canto melodioso y agradable. Parece evocación de memoria de pasajes del *Quijote*, por ejemplo, I, 2: «apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus arpadadas lenguas habían saludado con dulce y meliflua armonía la venida de la rosada aurora», etc.

²⁷⁷ *bruja*: o carauá, es un ave de hasta 45 cm de longitud, de color muy oscuro, ojos amarillos, pico corto y boca ancha.

²⁷⁸ *camelo*: algo falso o engañoso.

²⁷⁹ Era creencia tradicional que los cisnes entonaban una bella canción antes de morir.

Después de mirar nuevamente al reloj y contemplar el azul firmamento, me resolví a hacer algo fuera de la ley y costumbre.

Me eché este plan: de aquí a Frontino seis horas de viaje, echando mucho; de Frontino aquí otras seis, son doce horas. Apurando puedo hacer el viaje redondo en diez horas; *atqui* —es así que—, de las doce de hoy a las siete de la mañana de mañana domingo, que es la primera misa, suman diecinueve horas; *ergo* —luego—, tengo nueve horas para estar en Frontino, hacer lo que sea, oír la música, conversar con mis hermanos.

No hay nada como la lógica. Ensillé el *Maite*, pero cuando estaba poniéndome las espuelas (aquel día pensé calzarlas) se presentó ante mí una señora llorosa.

—Padre, mi mamá se está muriendo.

(¡Adiós viaje!)

—¿Dónde vive?

—En la calle de tal, junto al río (no recuerdo el nombre de la calle).

—Vamos allá.

Tentado estuve de dar al traste con el silogismo de las horas, pero di tiempo al tiempo y corrí a asistir a la enferma.

Era una ancianita de ochenta años que, según frase de sus familiares «no quería morir». Le puse los santos óleos, le administré el viático²⁸⁰, etc., etc.

Resultado para mi viaje: al salir de la casa de la enferma eran las tres de la tarde.

Volví a echar nuevos cálculos: todavía me quedaban seis horas para rodar por Frontino. Piqué espuelas y cinco horas escasas me bastaron para recorrer las ocho leguas del pesado camino.

Todavía no había cerrado la noche.

—¡Está tocando la banda! ¡Cuánto me alegro de haber venido!

—Tienes que predicar esta noche.

—Eso ya es otra música.

—Sin embargo, está anunciado, la gente espera.

—Que espere.

—Cuántos misioneros tienen que hacer trabajos más duros después de caminatas más largas y pesadas.

—Bueno. Subiré al púlpito.

²⁸⁰ *viático*: comunión administrada al moribundo, como alimento espiritual para su viaje o transición a la muerte.

Subí y bajé y asistí al espectáculo de ver salir, a oleadas, la gente de la iglesia mientras Faustino en la plaza recibía con sus piezas más sonoras. Fuegos artificiales, cohetes, blancos ponchos montañeros que resaltaban entre el negro de los vestidos devotos de las hijas de María y Corazones venerables, hablaban de la fe a aquel pueblo y de su devoción a la Virgen del Carmen.

Aquello era el paraíso.

Faustino que era mi amigo, al verme, me dedicó la pieza más escogida de su extenso repertorio.

Otro amigo, y de todos los padres, convidó a los músicos a una copa en mi nombre. Esto ya desbordó la cortesía de aquellos panidas²⁸¹. Delante del comercio de don Luis tocaban y tocaban sin dar tregua a sus pulmones. Las copitas sucedieron a las piezas y estas a las copitas.

¡Y pensar que tenía que dejar la música enseguida!

Miro al reloj: son las diez: tengo aún tiempo. ¡Otra pieza! ¡Qué bueno es Dios! ¡Qué buenos y amables estos músicos! ¡Qué feliz idea acompañar los cultos de la novena con la banda de los Paniaguas!

Siguen tocando, ¡Dios mío! ¡Son las once menos cuarto! ¡Qué pereza tener que volver a montar y desandar lo andado esta tarde! ¡Qué remedio!

—A ver. Toquen la última.

¡Amén! Aleluya. ¡Sea! Pedí el caballo. Monté al son de la música y me lancé entristecido a las tinieblas de la noche. Todavía por Las Cruces, a un kilómetro, llegaban a mis oídos los ecos de aquella banda que seguía, seguía tocando incansable para la gente devota...

Después... nada... silencio... sombras y ocho leguas de difícil camino por delante.

En el cielo leí escrito el nombre de Teresita, mi hermanita y patrona: no me podía ocurrir nada malo.

El caballo comenzó a descender la cuesta de Nabonuco, con mucho tiento, tropezando a cada paso en las piedras sueltas y canalones.

Pasé el puente. El río mugía, saltando por encima de las peñas.

Unas vacas dormían tranquilas y perezosas sobre el mismo camino. Tuve que golpearlas con el mismo látigo para que hicieran paso.

En las casitas de junto al camino ya no se veía luz ninguna.

A mi paso ladraban los perros. Sus ladridos resonaban en alta voz en el silencio nocturno.

²⁸¹ *panida*: poeta, descendiente del dios Pan.

En el llano trotaba el caballo sirviéndome de compañía la música acompañada de sus cascos.

Él y yo nos sabíamos el camino de memoria: aquí un árbol; aquí una peña; más allá la quebrada tal; en aquel recodo una casita.

Bajamos la cuesta de la Cabaña, sin tropiezo, lo que es maravilloso. Estamos ya en Orobajo. En esa casita de los Orregos suelo descansar cuando paso a las dos de la tarde reseco y quemado del sol y del polvo a tomar un vasito de leche o de chicha de maíz que es tan refrescante.

Son muy amables esos señores Orregos.

No veo absolutamente nada, no me encuentro un alma.

Los bichos que viven de noche: reptiles, aves, se espantan y al huir producen un ruido siseante en la hierba seca o en las ramas.

Un pájaro grande se lanza al espacio con mucho ruido de alas.

No sé qué pajarraco será.

Llego al puente de Uramita. ¡Cuidado!, que al puente le faltan unas tablas, tiene otras podridas. Aquí cayó el padre Germán con su caballo. A ver *Maité*, por este ladito, así: he salvado el puente.

Aquí sí que muge el río represado y estrechado por grandes peñones. ¡Lo he oído tantas veces! No me asusta.

Galopo en el llano de Uramita rasgando las tinieblas. Mi blanco poncho vuela al viento. Debo parecer, mirando desde el cielo, un jinete apocalíptico. Se me ocurre pensar en eso.

Nadie me ve, ni veo a nadie. En el pueblecito no hay hoy vagabundos. ¡Qué extraño! Ni los policías de turno se dejan ver. ¿Dónde estarán? ¿Durmiendo? La pequeña calle muda, ni el ladrido de un perro se oye. No me detengo.

No lejos del pueblo el camino atraviesa el cementerio viejo. Ahí está. Siento algo en el cuerpo. No es miedo, pero el cementerio impone. En la oscuridad adivino, mejor que distingo, los bultos de las cruces, de los montones de piedras, de las palmeras siempre verdes, celosas guardianas de las sepulturas. Es la costumbre: sobre las sepulturas plantan palmeras. Me quito el sombrero; me santiguo: *Ne recorderis...*²⁸². No veo ningún fantasma. Ni fuegos fatuos. Hace años que ya no entierran aquí.

Desde aquí, el camino sigue bordeando el río.

Las estrellas espían algún pequeño remanso para mirarse en las aguas. Por estas montañas de Riosucio es un río rebelde, poco amigo de retra-

²⁸² *Ne recorderis: Ne recorderis peccata mea...*, «perdona mis pecados...», frase del oficio de difuntos.

tar estrellas ni aun en la luna llena misma; prefiere coronarse de blancos penachos de espuma y morder con grande y constante furia los gigantescos peñones inmóviles que hace siglos están durmiendo en el lecho.

Su ronca voz monótona me hace amistosa compañía y trata de hipnotizarme y dormirme. Me sacudo: es peligroso dormirse sobre el caballo, me caería al río sin remedio.

Maite se para de golpe. Le estoy viendo las orejillas, cortas y finas, tiesas como dos antenas. Le azuzo. Resuella y se niega a seguir. «No es nada, *Maite*, no es nada». Le hablo como a un amigo. Trata de retroceder. Lo contengo. Pero no arranca. No veo nada delante. Pero algo habrá que le espanta. Creo percibir sonido de pies descalzos que se acercan.

Un bulto pasa a mi lado.

—Buenas noches.

Nadie responde. Será un indio. Tal vez es un contrabandista que va a esconder su guarapo y no se quiere descubrir por la voz. No sospecha que soy yo.

Vuelvo la cabeza: ya no veo ni oigo nada.

Me pego con una rama en la frente. Bajo la cabeza. A buena hora. Pero no ha sido nada. Me paso la mano. Un poco de musgo mojado que se me ha pegado. Lo sacudo.

Enciendo un fósforo. En derredor, los árboles forman unas sombras raras.

Miro el reloj. Son las tres y media de la mañana. Ya se nota. El ambiente se refresca más. A juzgar por la hora no deben estar muy lejos esos pasos difíciles. Por la tarde no estaban tan malos. Pero cada hora cambian. Son unos derrumbaderos —volcanes los llaman— formados por un amagamiento. Encima, en la montaña, hay una ciénaga. Desde allí se viene filtrando el agua. El camino es allí una estrechísima y móvil cornisa sobre el río que salta a cincuenta metros de profundidad. A veces el agua se lleva por delante la cornisa. Por ahí se han despeñado muchas mulas cargadas. Ayer se cayó la última. Lo gallinazos están, pues, banqueteano.

Yo, sin embargo, confío en *Maite*. Es muy seguro y valiente. Hemos llegado ya a la izquierda, en el abismo se notan los reflejos del agua. Será preciso echar pie a tierra. *Maite* no para: ya es tarde, estoy encima. Imposible bajar.

Me afianzo más en la montura. Me agarro a las crines rizadas de *Maite*.

Vuelvo a ver el nombre de Teresita en el cielo. *Maite* pega un salto y da cuatro o cinco pasos precipitado y nervioso, resoplando. Ha salvado el peligro. Siento en el cuerpo una agradable frescura. Respiro

mejor. Saco el pecho. Este *Maite* vale más pesetas... Le acaricio. Vuelvo a trotar en un sendero llanito, firme y no tan angosto, un poco más separado del río.

Paso por delante de una cabaña. Los cerdos que duermen en derredor gruñen, mas no se levantan. Hacen bien. Eso es no tener miedo. O tener mucha pereza. Esto último es más probable. De día, a veces, corren delante del caballo, como las vacas, hasta que se cansan y nos dejan pasar.

Paréceme ver las siluetas de *Maite* y mía unidas, muy débiles y alargadas, en el suelo. Esto es raro. No hay luz. No hay luna. Siento no sé qué cosquillas en el cuero cabelludo. Tal vez dormito. Me decido a volver la cabeza. Ya lejos en la choza de los cerditos, dejada atrás, un foco no muy potente brilla y lanza sus rayos formando circunferencia en torno al punto central de la choza. El dueño ha oído el pisar de mi caballo y se le han antojado tal vez ladrones en acecho de sus chanchos y sus aves de corral. Sin duda ha visto mi bulto alejándose y tranquilo ha vuelto a la cama.

El foco ya no brilla. Un gallo canta no sé dónde; parece al otro lado del río. Otros le responden. Yo apenas percibo el eco muy apagado. Ya deben ser las cuatro.

La idea de asaltadores nocturnos me ha dejado un no sé qué molesto dentro del pecho. No es que tenga miedo, pero... voy a pasar la quebrada de Medina... y...

No hace cuatro semanas asaltaron ahí a un caballero. Se salvó por un milagro de la Virgen del Carmen. Venía de Dabeiba donde tenía negocios; de la feria donde había vendido un lote de ganado por valor de varios miles de pesos. (El peso colombiano es más que el duro español²⁸³). El señor acostumbraba a montar en una mula poderosa, conocida en la comarca. Aquel día montaba un caballo blanco. Todo esto lo recuerdo mientras me voy acercando a la sombría quebrada. Unos, entre tantos desalmados, le tomaron la delantera con ánimo de asaltarle y se apostaron ahí, en esa quebrada, el sitio más cerrado y sombrío de todo el largo camino. Dentro de cinco minutos voy a pasar por ella. Se tizaron bigote y patillas. Sendos machetes al cinto, en el lado izquierdo sendos revólveres *Colt*. Mucha lumbre en los ojos, mucha negrura en el alma, las manos listas y los pies ligeros, la garganta muda, los oídos atentos. La fantasía me los hace tragar vivos. He entrado en el paso de la quebrada. Es un túnel de árboles y platanares, estrecho, largo y torcido. El agua que

²⁸³ El duro español tenía un valor de cinco pesetas.

cae en varios chorritos le presta voz de ánima en pena.

Los cascos del caballo chapotean en el agua. Parece que también tiene miedo y quiere cantar o al menos meter ruido, para espantar los fantasmas. Miro con los ojos abiertos, dilatados al máximo. No veo nada, ni sombras. Solo bultos. El ramaje me roza la cara. Los estribos de metal suenan. Han golpeado algún tronco.

Aquí fue...

Nuevamente contemplo las estrellas. Por lo visto, nadie me estaba aguardando.

Sí, allí fue. Pasó a las diez de la noche en su blanco caballo. Lo ven: consejo en voz baja. ¿Será? ¿No será? Él no monta caballo. Solución: uno de ellos le sale al encuentro. Finge que viene de lejos, que lo encuentra por suerte.

—Buenas noches.

—Buenas.

—¿Me hace el favor de darme un cigarro?

—¿Cómo no?

El ladrón lanza un grito. Saca el revólver.

—Toma —le dice, y le suelta un tiro.

Tarde. El malhechor se desliza por debajo del caballo a su escondite. Picó espuelas. Doce tiros le zumbaron los oídos. El caballo blanco era un buen blanco. Mal tino: unos agujeros en la montura y una oreja rozada.

Llegó sano y salvo a su casa. Se encomendó en el peligro «a su viejecita», decía él a la Virgen del Carmen, cuya imagen llevaba al cuello. Él me lo contó.

Yo también a las cinco de la mañana me desmontaba en el patio de la casa cural de Dabeiba.

Llegué a tiempo para tocar el Angelus. Miré arriba y aún pude leer nuevamente el nombre de Teresita escrito en el cielo.

ESTA NOCHE VELORIO²⁸⁴

En una de tantas visitas que hice al pueblecito bajero de Chiguimiridó, llegué, como siempre, rendido del viaje, y después de frugal cena de arroz y plátano verde me tendí cuan largo soy sobre el catre que en la casita solitaria me esperaba, con ánimo resuelto de pasar una noche feliz, soñando con los ángeles del cielo. En efecto soñé en mis pecados porque de pronto me desperté, —¿me desperté de verdad? —y en el silencio de la noche oscura y sola, cuyo sueño velaba la selva, hirió mis oídos el eco tenuísimo de una voz de mujer.

¿Será alguna bruja o alguna vieja negra que ha salido a conjurar los genios de la selva para recoger en la oscuridad las hierbas que curan toda suerte de venenos y estará tal vez cantando su secreto?

Este fue mi primer pensamiento, cuando el susto dio campo a la reflexión.

Pero en tanto pensaba tan erradas razones, el oído atento siempre al conjuro de la voz, escuchó una tonada y una letra de otros mundos, de otros tiempos; y era la voz, que debía ser vieja y quería ser joven, la que más sensación causaba en el ánimo.

Juntando las palabras pude formar este verso:

Al silencio de la noche
un rendido corazón
cantar quiere si le escuchan
el acto de contrición.

²⁸⁴ Una variación de este relato forma parte del cap. XII, «Pavarodoncito», en *Al amor de los Karibes*. También publicado en *La Obra Máxima*, XVII/197, septiembre de 1937, p. 134.

Al escuchar esta estrofa que debía ser como el estribillo o el comienzo de algún breve poema religioso, se aumentó más mi zozobra, ya muy grande por la soledad en que me hallaba. A estas horas tan altas, ¿qué rondas son tan extrañas las que tales versos cantan? ¿Quién puede dar serenatas con himnos tan extraños? Luego un murmullo de voces sucedía a la solista repitiendo a coro:

Cantar quiere si le escuchan
el acto de contrición

Estaba yo solo en mi casita; mi casita estaba sola pegada a la iglesia, pegadito a la iglesia, el cementerio.

¿Sentí miedo?

Algo parecido debió ser lo que sentí.

¿Quién está libre de una aparición o de un espanto?

Pensé en mis pecados. Pensé en algunos amigos difuntos, los más recientes.

Me incorporé, me parecía soñar y quería despertarme. ¿Qué podía ser aquello? ¿Aquellas voces a aquellas horas, en aquel pueblillo infeliz? Si eran jóvenes, ¿por qué no se oían risas ni pasos?

La voz seguía cantando, primero sola, después el coro.

Prendí la linterna eléctrica, siempre dispuesta bajo la almohada, junto al Cristo. La enfoqué a todos los ángulos, a todos los rincones. De momento me asustó una sombra, pronto vi que era la sombra del hábito que colgaba de la pared. Enfoqué al techo: una rata, deslumbrada por la luz, corrió a su nido, (el techo era de paja), un murciélago grande revoloteaba de un extremo a otro. ¡Bah!, una rata²⁸⁵ y un murciélago: ¡más creí que habría! Ratas como gatos y murciélagos como lechuzas son comunes por aquellas latitudes: son los que siempre vigilan nuestro sueño.

Tal vez un coro de ánimas está cantando en la iglesia, pero... ¡cuálquiera va a estas horas a la iglesia...!

Al fin, Dios quiso que me durmiera de nuevo. Era mucho andar en un día quince leguas a caballo, para pasar la noche escuchando canciones peregrinas²⁸⁶.

Desperté y eran las siete de la mañana. Me eché el hábito encima y me asomé a la calle. Mi amigo José P. pasaba en aquel momento a bañarse al río.

²⁸⁵ En el manuscrito omite «rata».

²⁸⁶ *peregrino*: especial, extraño o raro.

—¿Qué tal noche?

—Hombre, mal, no sé si soñando o despierto, pero me he llevado un susto de hache²⁸⁷. Si vieras que he oído unas canciones y unas voces tristes, tristes y unos murmullos... y me tienen sin saber que pensar. Oyes, ¿por aquí no espantan?

—Ya lo creo que espantan, pero lo que usted ha oído no es espanto.

—¿Qué es pues?

—Nada. La señora dama que cantaba en el velorio.

—¿En qué dices?

—En el velorio. Claro, como usted hace poco que viene por aquí no sabe nuestras costumbres: ayer era el día noveno de la muerte de mi compadre Juancho, que murió de cólico y como de costumbre hemos pasado toda la noche cantando y rezando en el velorio.

Me quedé con vehementes ganas de presenciar un velorio y escuchar más de cerca aquellos cantos coloniales.

No tardó mucho la suerte en satisfacer mis ansias. Siguiendo mi excursión llegué a otro pueblecito y, ¡casualidad!, también allí tenían a la noche siguiente velorio.

Tiempo me faltó para preguntar en dónde, cómo, y por quién.

Una vieja comadre se encargó de ponerme al corriente de lo que ella sabía, que era mucho.

A las diez de la noche acudí al velorio.

Nunca vi en todo Urabá tanta gente reunida: viejos y jóvenes, hombres y mujeres, chicos y chicas; no solamente del pueblo sino de toda la cuenca del León, estaban allí agolpados, con sus mejores vestidos.

Hombres y chicos fuera, en la calle; la calle llena de mesas y bancos; todos alrededor de las mesas, jugaban lotería o tute²⁸⁸, alumbrados por lamparitas de petróleo, que la más imperceptible ráfaga de viento apagaba.

Dentro de la casa mortuoria, hacinados en todos los rincones, sentados en esteras o en el limpio suelo térreo, estaban las mujeres de toda edad, color.

²⁸⁷ *susto de hache*: muy grande; la expresión aparece en el relato de Manuel Polo y Peyrolón, *El sastre de Campillo*: «el sastre salía de casa con el alba, y una hora antes ya había salido su mujer, disfrazada de hombre, con la cara tiznada y un trabuco naranjero escondido entre los pliegues de la manta, para esperarle en cierta encrucijada del camino y darle el susto hache».

²⁸⁸ *lotería o tute*: dos juegos conocidos; el primero llamado también quina o bingo; el tute es juego de naipes.

En el ángulo donde estuvo la cama del muerto había una mesita con su paño blanco y sus velas, (más de cien, pero chiquitas), y su Cruz de madera, (aquella estaba sin Cristo), y un vasito de agua limpia con su ramito. Esto de vasito es un detalle indefectible, aunque el agua no esté bendita, ni haya sacerdote, ni haga uso de él para nada.

En medio de las mujeres, de pie, delante de la mesa, había un hombre rezando. Era Cordobita, el gran rezador de todos los velorios. Era un anciano ya caduco, archivo de todos los rezos, plegarias, cantos y romances, secretos y leyendas del Atrato.

Por cada velorio que canta y reza le dan cinco pesos y además de justicia es preciso decir que le gusta rezar. Cuando yo entré, estaba rezando el rosario, un rosario que no deja de tener gracia: «Glorioso San Antonio —decía— alcánzanos con devoción», y la gente terminaba, no me acuerdo como, esta jaculatoria²⁸⁹ a San Antonio bendito. Repetían la plegaria a San Antonio veinte o treinta veces e intercalaban un *Gloria Patri*; luego rezaban el trisagio²⁹⁰ (una especie de trisagio) y terminaban con *Requiem aeternam*²⁹¹. Todo con mucha devoción. Luego comenzaba a cantar el «Señor mío Jesucristo», que tanto me asustó la otra noche, y otros versos piadosos. Desde luego, todos raros y desconocidos fuera de aquellos rincones. Del tiempo de la conquista todos ellos. Lástima que no los aprendí de memoria y la cartera donde los copiara se me ha perdido.

Se me olvidaba decir que la costumbre, o mejor ley, de todo velorio, es rezar tres rosarios, o sea, volver al rezo tres veces: a las diez, a las doce, y a las dos de la madrugada. Después de cada rezo se reparte café a toda la concurrencia, y se charla y se juega. Y así pasan la noche hasta el amanecer.

Yo, como digo, que vi tanta gente reunida, me pareció un caso de conciencia perder semejante ocasión de apostolado, y convocando a los hombres les hicieron suspender sus juegos y agolparse a la casa del duelo, pues, aunque dentro no cabían, como la casa era de cañas paradas, por los amplios resquicios podían muy bien, no solo oír, sino ver perfectamente cuanto dentro hiciera.

Después que Cordobita acabó sus devociones, rezamos otro rosario en regla, seguido de unos responsos. Y a la dos de la mañana les dije la

²⁸⁹ *jaculatoria*: oración breve y fervorosa.

²⁹⁰ *trisagio*: himno a la Trinidad.

²⁹¹ *Requiem aeternam*: del oficio de difuntos; *Requiem aeternam dona eis, Domine, et lux perpetua luceat eis*; 'dales, Señor, el descanso eterno y luzca para ellos la luz perpetua'.

santa misa, que algunos hacía años que no oían o tal vez no habrían oído nunca, pues no salen de sus apartados rincones sino cuando los deberes de amistad o de familia los reclaman, y esto de ordinario no tiene lugar sino cuando hay velorio.

El velorio es un compromiso social al que no puede faltar ningún amigo, por lejano que se encuentre. Los familiares no encargarán una misa, ni anotarán la partida de defunción, pero no dejarán de hacer velorio al muerto durante nueve noches consecutivas; no tendrán, tal vez, para vestirse, tal vez ni para comer, pero a nadie le falta para los gastos del velorio; para el café, tabaco y para Cordobita o para el que haga sus veces.

Una vieja, ya muy vieja, me vino a pedir un día; «Cinco para un tabaquito, mi padre», y como me hubieran dicho que la tal viejecita no era tan pobre, pues guardaba sus alhajas, me respondió que sí, que las guardaba en el fondo de un baúl para que hicieran velorio, pues no tenía duelos²⁹².

AVENTURA SINGULAR

Camino de la misión van cabalgando el padre Tomás en su poderosa *Golondrina* y Fray Cayo en el vigoroso *Maite*.

Han llegado al alto llamado, quién sabe por qué o por quién, de las Cabras; y rompiendo el primero el motete²⁹³ que venía a pulmón cantando, llamó la atención de su silencioso orante compañero y le señaló con las puntas de las riendas del barranco:

—Mira, por ahí rodó con el *Trimotor* el padre Zaqueo la noche de Monseñor González.

—¿Y cómo fue eso? —solicitó curioso y compasivo Fray Cayo,

²⁹² *duelo*: reunión de parientes, amigos o invitados que asisten a la casa mortuoria, a la conducción del cadáver al cementerio, o a los funerales.

²⁹³ *motete*: breve composición musical para cantar en las iglesias, que regularmente se forma sobre algunas palabras de la Escritura.

como en los cuentos de Calima y Dimna²⁹⁴.

—Había una vez un moribundo— inició el relato Fray Tomás— en el alto del Uvo, que es aquel que se columbra allá lejos, entre nubes, y «que ahorita, que luego» para cuando bajaron a la parroquia eran las cuatro de la tarde. De una tarde memorabilísima en los anales de Frontino: esperábamos al excelentísimo señor Dr. Juan Manuel González, arzobispo coadjutor de la Silla Primada de Bogotá²⁹⁵.

—¿Está muy grave el enfermo?

—Dando las boqueadas no más, mi padrecito.

—No hay tiempo que perder.

—Hay que partir enseguida.

El padre Zaqueo montó en el velocísimo *Trimotor* con ánimo e intención de subir a la montaña y estar de vuelta la misma tarde.

Llegó, sí, de día al alto. Pero al volver era de noche y llovía.

—Y nada, hijo, que al enfilar esta cornisa el *Trimotor* pisó en falso y rodaron caballo y caballero al fondo. Por fortuna fue un rodar sin volteretas. El señor de aquella cabañita que se ve en el vallecito, allá abajo, oyó voces o relinchos y acudió al lugar y les ayudó a volver al buen sendero.

El padre Zaqueo es de lo más resalado y valiente que ha oprimido una montura por aquí. Magullado y enfangado, era la media noche y seguía lloviendo cuando a casa llegó. Ya nos habíamos retirado a descansar tras la dulce y cariñosísima velada en que nos acompañó monseñor, no obstante nuestra sencillez y pobreza, ni su alta jerarquía, ni las molestias de su viaje a caballo. Todos dormíamos, la puerta trancada, pues nos figuramos que ya el padre pernoctaría en la casita del paciente, por habérselo hecho tardicísimo para volver.

—¿Todos dormíamos?

—Sí, él también dormía, hay que confesar que tiene el sueño muy ligero. El padre Zaqueo no es el hombre que moleste a nadie y era muy capaz de aguantarse toda la noche a la puerta sin alborotar, a trueque de no despertarnos. Él confesó que llamó algo fuerte, que golpeó la puerta y hasta que llamó: «¡Padre Tomás!». Pero yo nada oí. El caballo era quien más pateaba. A todo esto, seguía lloviendo de recio.

En estas se abrió la puerta y él, a caballo, sin fijarse, entró al patio empedrado. El portero le siguió y procedió caritativo a desensillar la bestia.

²⁹⁴ *Calila y Dimna*: colección de cuentos medievales castellanos del Siglo XIII.

²⁹⁵ *Juan Manuel González*: religioso antioqueño, nacido en la localidad de Rionegro en 1882, falleció en Roma 1966; tras una larga carrera eclesiástica.

Entonces abrió los ojos el padre Zaqueo y al no reconocer en aquella persona a ninguno de nosotros, preguntó sorprendido:

—¿Quién es usted?

¡Pobre! Con todas sus malandanzas no estaba para acordarse del preclaro huésped que por la tarde esperaba.

—Vaya a dormir, vaya, pobrecito. ¡Qué mojado viene! ¿Alcanzó a asistir al enfermo?

Ante una contestación afirmativa, comentó: «¡Qué bello ser apóstol de Jesús en esas montañas abruptas!».

—Vaya a la cama, yo cuidaré del caballo.

¡Y puso sus manos en la embarrada cincha!

—Quite, quite, yo lo haré— porfió el padre Zaqueo, atolondrado aún. Seis voces gritaron de pronto desde el corredor:

—¡Pero si es el monseñor! Y nos precipitamos escaleras abajo.

El ruido de los enormes cascos de *Trimotor* en el empedrado del patio nos había despertado... tarde.

La confusión del buen padre Zaqueo no tuvo límites, ¡con lo vergonzoso que es él además!

¿Nosotros? Nos quedamos pasmados.

Él, monseñor González, ¡lo echó todo a barato²⁹⁶, como la cosa más natural del mundo!

—¿No crees que los santos son así? —terminó interrogando Fray Tomás a Fray Cayo?

—¿Por quién lo dices, por el padre Zaqueo o por monseñor?

—Tienes razón, por los dos.

²⁹⁶ *echar a barato*: restarle importancia, valor o gravedad a algo.

MULAS Y CAMINOS

El padre Anselmo es un misionero heroico —como todos—, y grave —como tal vez ninguno.

Heroico vale por intrépido y valiente hasta el sacrificio. Grave: ponderado, pesado —digo— pensado en sus resoluciones; es decir, hombre de acción y hombre de consejo. Dotes, las dos, utilísimas a todo misionero.

El padre Anselmo montaba una mula rucia²⁹⁷, llamada la *Golondrina*, aunque no era, ni con mucho, tan ligera como la linda avecilla que cuelga sus nidos de los balcones; antes, al contrario, era tan pesada de cascos como su jinete, cualidad que, si en el jinete es buena, en la mula es mala.

La *Golondrina* recibió el encargo de transportar al padre Anselmo al pico más alto de Choromandó, donde agonizaba un cristiano katío.

De la casa cural hasta allá, cuatro horas de buen andar. Miró su reloj, se avió y avió la *Golondrina*.

—A las siete, Dios mediante, estaré de vuelta— previno a la buena Lola, la sirvienta canónica.

Eran sobre las diez de la mañana.

¡Qué sol, qué sol, pero qué sol más calórico y colérico! ¡Cómo abrasaba los cascos²⁹⁸ de los dos!

En Urabá no hay invierno, ni otoño, ni primavera. No hay más que sol y agua, cuando toca. Por lo regular solo el sol. ¡Treinta y cinco a la sombra, lo corriente, mejor dicho, lo estable!

Así que al sol, a caballo y con los arreos de montar superpuestos al pesado hábito de carmelita... al horno de Babilonia.

¡Y el padre Anselmo que no es enjuto de carnes!

—¡Qué sol! —murmuró por fin el padre Anselmo.

²⁹⁷ *rucia*: dicho de una caballería, de color pardo claro, blanquecino o canoso.

²⁹⁸ Las pezuñas (cascos) de la mula y la cabeza (cascos) del jinete.

Dios le oyó y le mandó una nube. Era una nube negra, grande y gruesa. Esta nube asustó al sol y el sol se escondió de miedo.

Asustó al azul del firmamento y el firmamento cambió enseguida de color.

Ya no se veía el sol, ni el cielo...

También asustó a la *Golondrina* y esta, al no poder esconderse, columpió sus orejas y balanceó la cabezota, pensando: «¿Qué nos traerá esa nube?, si el sol me atormentaba, esa nube no tiene tampoco cara de buena persona...».

Estas reflexiones no caen mal al caletre²⁹⁹ de una mula, son demasiado verosímiles. ¡Ah la minerva³⁰⁰ de las mulas!

Finalmente, la nube acabó por amedrentar al padre Anselmo.

Era una nube negra, grande y gruesa, que había entenebrecido la tierra y el firmamento.

En consecuencia, el padre Anselmo miraba atento los progresivos avances del tremebundo meteoro.

La creación, espantada, aledada, silenciosa, sobrecogida.

La nube fue a sentarse sobre el pico más alto de Choromandó, tomando la delantera por la mano al misionero.

El pico que estaba en guardia se le clavó con ímpetu y, ¡paf!, la hizo estallar como una bomba. Fulguró un rayo, retumbó un trueno y las cataratas del océano celeste comenzaron a manar estrepitosamente.

La *Golondrina*, agachó las orejas y mientras decía, «Ya me lo temía yo», aligeró un poco el paso por miedo ahora a las estrellas... de las espuelas.

El padre Anselmo, santiguándose una, dos y tres veces, procedió a sacar el encauchado de la chuspa³⁰¹, que a la grupa de la silla traía. Esta operación le llevó sus buenos cinco minutos, tiempo precioso que aprovecharon las gotas más osadas y redondas para poner al hombre como una sopa.

Los truenos, rayos y simples relámpagos no se daban paz los unos a los otros. Las gotas formaban verdaderos torrentes.

Los cascos de la mula se tornaron más pesados y los suyos —los de él— se pusieron a pensar que estaría mejor en casita o en otra casita cualquiera, pero, al no haberla por allá, se guarneció bajo un árbol.

²⁹⁹ *caletre*: tino, discernimiento, capacidad.

³⁰⁰ *minerva*: mente, inteligencia; por alusión a la diosa Minerva, diosa de la sabiduría.

³⁰¹ *chuspa*: bolsa, morral.

Y debajo del árbol le sorprendió la noche, justamente al tiempo en que amainaba el furor de la tempestad.

¿Qué hacer? ¿Adelante?

¿Atrás?

El padre Anselmo es un hombre heroico he dicho, ¡adelante! Y le hizo sentir las estrellas de sus calcañares³⁰² a la mula.

Esta, «con táticos y atentados pasos»³⁰³, va poquito a poco, poquito a poco. *Tian-tran-tran-tran*— sonaban sus cascos sobre la tierra mojada. De repente, como reloj que se para, *tran*, sonó y no volvió a sonar otro *tran*. Fue el último de la noche.

Habría que darle cuerda. El padre Anselmo, con las dos espuelas, se la dio, pero no anduvo más. Había que tentar otro resorte. Apeló a las palmaditas y voces cariñosas de aliento, pero la *Golondrina* no estaba para flores. Ni adelante, ni atrás.

El jinete sintió que fuertes escalofríos recorrían el largo cuerpo de su cabalgadura y enseguida los sintió en su propio cuerpo, de los pies a la coronilla.

La naturaleza, dormida tras el fragor de la tormenta, parecía estar observándoles. Silencio, noche, niebla, soledad, inmovilidad de la mula, oscuridad total, sombras imprecisas...

¿Por qué no andará la mula? ¿Por qué no andará?

Pasó una hora, un rato largo, largo. La mula como la piedra.

Pensó, por fin, en apearse. Pero... si no veía nada. ¿Quién sabe lo que puede haber en el suelo? Un reptil, un abismo...

Así pasaron las horas.

La mula seguía sin moverse una pulgada. De vez en cuando levantaba el casco y lo volvía a colocar exacto en el mismo círculo abierto de la herradura, exacto, como una tapa ajustada.

Por fin la claridad del alba imprecisa, le abrió los ojos y le hizo ver... ¿qué os figuráis?

Una sima sin fondo que había abierto la tormenta. Medio monte se había corrido, llevándose por delante el menguado caminito y dejando en su espacio un abismo.

³⁰² *calcañar*: parte inferior del talón. En este caso el jinete lleva acopladas las espuelas, con forma de estrella, con las que espolea a la cabalgadura.

³⁰³ Toma la frase de *Don Quijote de La Mancha*, I, 16.

Pausadamente la *Golondrina* fue reculando, reculando, y sacó de peligro a su jinete.

¡Providencia divina!

Siguió, rodeando, adelante, y aun halló con vida al buen cristiano. Lo administró los últimos sacramentos y atendió hasta que expiró en sus brazos.

«CUANDO NACIÓ MARÍA...»

Ustedes no saben quién es don Antonio. Don Antonio es un héroe. En España, en estos tiempos que corren³⁰⁴, llevaría en la manga del brazo izquierdo un sin fin de angulitos dorados sobre rojo fondo. Don Antonio es herido de guerra. Es, además, conservero (conservador) que en Colombia es algo así como carlista³⁰⁵. En la batalla de Palonegro³⁰⁶, entre rojos y azules (liberales y conservadores), lo hirieron en varias partes de su heroico cuerpo. Una de esas partes fue la cara, que tenía partida en dos. Más exacto: cuando yo lo conocí y lo quise, tenía en el izquierdo carrillo una cicatriz, vestigio indeleble de un machetazo rojo, de que sanó a Dios gracias. ¿Y los machetazos que él pegó? Es preciso oírse los contar a él; a sus manos cayeron media docena seguros y una docena probables, como los aviones derribados en la guerra.

Del héroe hemos hablado bastante. Se me olvidaba decirlo: así como el inmortal Cervantes es conocido y elogiado por su herida y se le llama

³⁰⁴ La guerra civil española tuvo lugar entre 1936-1939.

³⁰⁵ *carlismo*: doctrina política del movimiento que se originó por las pretensiones del infante don Carlos de Borbón de suceder a Fernando VII contra la entronización de Isabel II de España, y que defendía el absolutismo y propugnaba reformas dentro de una continuidad tradicionalista. Formaron parte del bando nacional de la Guerra Civil española. Abundaban en Navarra, región de procedencia de Fray Pablo.

³⁰⁶ La batalla de Palonegro tuvo lugar en mayo del 1900 en el contexto de la Guerra de los Mil Días. Enfrentó a liberales y conservadores con el triunfo de estos últimos.

el manco de Lepanto³⁰⁷, cuando de Lepanto debieron salir docenas sin uno de los brazos, así a nuestro don Antonio lo llamaban el «Caricortao de Palonegro», cuando de Palonegro debieron salir centenar de cortados en la cara y en todos los miembros, ya que a puro machete se peleaba.

A nuestro caricortado le dio por la mística carmelitana y en verdad debo de confesarlo como lo siento: era un santo varón. Entró en los terciarios³⁰⁸ nuestros, doble motivo para que yo le estimara.

Se hizo ayudante incondicional del misionero obligándonos más con sus servicios. Un día lo llevé de amigo, compañero y peón en una excursión difícil a la montaña. Él conocía los montes, las trochas, los atajos, los indios y los libres, el nombre de los árboles y de las hierbas que a nuestro paso crecían; los insectos, volátiles, y reptiles que en aquellos contornos vivían. No había como él para sacarle a uno de un mal paso. No sé cómo, ni por dónde, me tenía abrumado con obligaciones de responsos. Él me cargó a sus espaldas al pasar un río caudaloso y de mucha corriente. Él me servía a la mesa —fiel intérprete de mis gustos— ante las obsequiosas dueñas de bohíos o cabañas. Él sabía preparar, como nadie, el sancocho...³⁰⁹; a peso de oro lo hubiera comprado yo a estar en venta.

Pero don Antonio tenía su señora —tan piadosa como él—, que lo reclamaba para sí, con todos los derechos divinos y humanos.

No he dicho que hablaba con más unción³¹⁰ que un cuaresmero³¹¹ y negociaba con más ojo que un antioqueño. Iba a decir que «con más ojo que un gitano», pero estoy segurísimo y apostaría ochenta contra dos que en un negocio mano a mano entre un gitano y un antioqueño, el antioqueño engañaba al gitano como a un chino. Lo que quiere decir que don Antonio daba quince y raya³¹² a un gitano, al más pintado de

³⁰⁷ La batalla de Lepanto tuvo lugar en 1571 y enfrentó a una coalición de reinos católicos contra el Imperio Otomano, es bien conocida la participación de Cervantes en la misma, en la que perdió el uso de una mano por una herida.

³⁰⁸ *terciario*: integrante de una agrupación de seglares que, dependiendo de las órdenes mendicantes, como los franciscanos, dominicos, carmelitas, etc., se guían para su perfección espiritual, en cierta extensión, por la regla de la orden correspondiente.

³⁰⁹ *sancocho*: olla compuesta de carne, yuca, plátano y otros ingredientes.

³¹⁰ *unción*: devoción, recogimiento y perfección con que el ánimo se entrega a la exposición de una idea, o a la realización de una obra.

³¹¹ *cuaresmero*: persona estricta en la observancia de la cuaresma.

³¹² *dar a uno quince y raya*: excederle mucho en cualquier habilidad o mérito. Se dice con alusión al juego de la pelota.

Andalucía. Él me consiguió en una feria el caballo que con tanto placer mío y provecho de la región, monté por espacio de seis años. ¡Buen caballo y barato!

Lo que yo no sabía que don Antonio era brujo. Me enteré sin quererlo ni sospecharlo. Como todos conocían mi estima y cariño a él, un día que yo subí a Frontino me preguntó una mujer por mi amigo; qué tal estaba y dónde vivía, y cuándo iría a Frontino.

—¿Para qué lo necesita?

—Tengo una enfermedad que ningún doctor me la cura y me han dicho que don Antonio conoce una hierba aparente para mi mal.

—¿Con que te han dicho que don Antonio lo sabe? ¿Es qué es curandero acaso?

—No sé, pero él conoce las hierbas y sabe secretos para curar.

—¡Ta, ta, ta! ¿Con que don Antonio curandero y no me había dicho nada? ¿Y el pueblo conoce que es?

—Sí señor, ¡sí cura mucho!

—¿Con secretos también?

—Con secretos y hierbas.

—Bueno, pues... no sé cuándo vendrá. Está muy atareado.

—Es el caso que se me metió una nigua³¹³ en la planta del pie y me daba fiebre y no me dejaba andar y me salió efecto de ella, un golondrino³¹⁴ más que regular en la axila izquierda. Y don Antonio lo supo y me recetó tan sereno y tranquilo un secreto. El secreto consistía en el siguiente verso:

Cuando nació María
seca³¹⁵ no había
¡Muera la seca,
viva María!

Hacer la señal de la cruz y rezar un credo. Este era todo el secreto para curar la seca. Seca llaman al bulto ese o golondrino.

Como mucho me molestaba la seca, que casi me paralizó el brazo, y

³¹³ *nigua*: insecto originario de América y muy extendido también en África, parecido a la pulga, pero mucho más pequeño y de trompa más larga, cuyas hembras fecundadas penetran bajo la piel de los animales y del hombre, principalmente en los pies, bajo las uñas, donde depositan sus huevos, lo que ocasiona picazón y úlceras graves.

³¹⁴ *golondrino*: inflamación infecciosa de las glándulas sudoríparas de la axila.

³¹⁵ *seca*: como explica luego, golondrino, inflamación dolorosa.

todo se reducía a oraciones un poco que se hace uno por allá (no con quien naces, sino con quien paces), empleé el secreto y santo remedio. Se me quitó la seca, la fiebre, y se secó hasta la nigua en su nido.

¿Real? ¿Fingido?

Real.

—¿Dónde has aprendido tú estas cosas?

—¡Vaya! Eso no es nada. Yo sé secretos para todo: para el dolor de muelas, para picadura de culebras, contra los enemigos, de todo.

Como ya era de noche y estaba cansado del viaje, le dije:

—¡Ay, ay, don Antonio!, ¿qué oigo? Mañana hablaremos. Eso es malo. Y nos retiramos a la celda.

Al día siguiente, terminados los quehaceres matutinos, llamé a juicio don Antonio.

—¿No sabes tú lo que dice el catecismo? Increíble parece que, a tus años, con la ilustración y piedad que todos en ti admiramos, admitas esas supercherías y creas en ellas, y de ellas hagas caso. Eso debes de saber que está prohibido y, por tanto, no se debe apelar a esos remedios inútiles. Lo que hace falta, son médicos, no secretos.

—Pero a falta de médicos... Cuando le pica a uno una culebra, verrugoso, mapaná, equis, etc.³¹⁶, va a ver qué médico cura si no es el secreto contra la picadura de culebra...

—Que tú lo sabes, ¿no?

—Vaya que lo sé.

—Y habrás curado a muchos.

—A muchos, sin que usted lo crea. Mire el caso de las Cruces (una montaña): fue don Fulano a cortar bejuco para una chabola, en una palma barrigona, y cuando ya iba a coger su rueda de bejucos, que tenía al pie de la palmera, sintió que le picó, y le picó en el pie una veinticuatro³¹⁷ (culebra así llamada porque el mordido dura veinticuatro horas).

³¹⁶ *verrugoso*: *lachesis acrochord*, es una serpiente de hasta 4 m de longitud, de cabeza acorazonada y cubierta de escamas, cuerpo grueso triangular, con escamas dorsales abultadas y rugosas, cola que termina en un estilete afilado, color rosa anaranjado con manchas negras en el dorso; es ponzoñosa, nocturna y terrícola; *mapaná*: puede referirse a diferentes serpientes entre ellas la *bothrops atrox*, una serpiente de hasta 1,80 m de longitud. Equis puede hacer referencia a varias víboras del género *bothrops* como la *bothrops asper*, una víbora de hasta 1,5 m de longitud, con fosas faciales como órganos sensibles al calor.

³¹⁷ *veinticuatro*: *thamnodynastes pallidus*, serpiente de color pálido y generalmente actividad nocturna.

Enseguida echó mano a los remedios; se aplicó tabaco mascado a la mordedura y empleó otras hierbas, todo inútil, se iba por momentos, se aplicó pólvora a la boca de la herida y le prendió fuego, nada, que se iba. Ya estaba dispuesto a cortarse el pie para salvar la vida, cuando se acordaron de mí, que entonces andaba por aquella vereda buscando minas. Yo fui, y aunque era tarde, empleé mi secreto y se curó.

—No digas tonterías, le pondrías también algunas hierbas que tú conoces.

—Sí, le puse también un remedio que se hace con las hierbas tal y cual. (Me dijo el nombre de las hierbas, pero se me ha olvidado).

—Y el misterioso secreto, ¿cuál es?

Miró con recelo a todos los lados y bajando la voz, me dijo: «A usted se lo diré, pero es secreto; esto no lo sabe nadie. Yo se lo aprendí a los veinte años, en Murri, a un minero; así que se lo diré con tal de que nadie se lo cuente».

—Vamos, no me hagas reír y dilo ya, qué secretos, ni secretos. ¡No te digo que yo en ellos no creo!

—Pues ya creerá.

—Bueno, bueno, dilo ya.

Con voz temblorosa y lengua torpe comienzo a decir:

Yo curado sin temor
 teniendo a María de consigo,
 madre del Verbo Divino,
 Virgen sin comparación
 y a mi señor San Pablo
 y a mi padre San Benito
 y a mi padre Jesús de Nazareno.
 In secula.
 In principio.
 En secula,
 en seculorum.
 Amén.

—Se rezan tres padrenuestros. También hay otro secreto para lo mismo, pero a mí no me gusta tanto porque no se mienta en él a la Virgen. Dice así:

Glorioso San Pablo, cuando el Señor bajó y os dijo: «¿Para qué me quieres a mí?». Para que me des los tres clavos: el uno para tirarlo al mar de agua

salada, el otro se lo voy a Constantino, defensor de guerra y el otro lo clavo en la mordedura de esta culebra para curarla hoy³¹⁸.

—Vaya, que nunca me harás creer que con esas palabras se va a escapar el veneno; parece mentira que tú lo creas y lo hagas.

—¿Y si le dijera lo de los gusanos?

—¿Qué? ¿Más secretos?

—Este sí que es maravilloso, cura los gusanos a distancia.

—¡Vamos, por Dios, don Antonio, no sea usted cándido, que ya esto pasa de raya!

—¡Jesús, las veces que lo he experimentado!

—¡Ni que tuvieras el poder de hacer milagros!

—Pues verá; mi compadre Arturo tenía una vaca plagada de gusaneras, hecha una lástima, y ya nada servía para curarla, ni veterinaria³¹⁹, ni nada, y él que viene y me dice que vaya a curarle con secreto los gusanos y yo que no podía ir, desde mi casa dije el secreto y él fue y encontró la vaca limpia y sana.

—Vamos, tú te estás burlando de mí, calla, calla.

—Se pone uno mirando hacia dónde está la vaca y dice: «Treinta rayos tiene el sol y treinta tiene la luna; al diablo con este anulo, que se mueran estos gusanos, sin que se quede ninguno».

—Y claro, dices estas tonterías, y los gusanos tan vivos y fecundos como antes.

—Pues no lo crea, yo lo he hecho y es verdad.

—Esto ya me está sonando a hechicería, te voy a delatar al señor prefecto apostólico, que te excomulgue por bobo.

—¡Ay, ay, qué cosas tiene el padre Pablo; si eso lo hace todo el mundo!

—Entonces, ¿por qué hay tantas vacas con las paletas llenas de gusanos, que no se pueden ni ver?

—No lo harán bien. ¿Cree que todos lo saben hacer?

—Y claro está, tú sabrás secretos hasta para prolongar la vida.

—No, para eso no tengo, pero sí para otras muchas cosas: para el dolor de muelas, para las heridas, para muchas cosas.

³¹⁸ El secreto se hace eco de la leyenda de los clavos de la Cruz de Jesucristo, los cuales según la tradición fueron encontrados por Santa Elena, madre de Constantino, emperador romano.

³¹⁹ *veterina*: derivado a partir del aceite de creosota, con usos en el trabajo de la madera y antiguamente en el tratamiento de los animales domésticos.

—A ver ese de las muelas.

—«Estando Santa Margarita sentada en una peña llegó la Virgen María y le preguntó: —¿Qué tienes Margarita? —¡Ay, Señora!, mucho dolor de muelas. —Cuando María nació / no había dolor de muelas / Viva Jesús y María / y muera el dolor de muelas». (Se reza una salve)... Y para estancar la sangre...

—Ese secreto ya lo sé yo también, me lo dijo un montañero de Carauta.

—Pero no se lo diría bien, porque el que yo sé no lo sabe nadie, se lo aprendí a un negro del Atrato hace muchos años, cuando la tagua³²⁰.

—¿Pero tú dónde no has estado?

—Yo he recorrido Urabá de abajo arriba y conozco todo.

—Bien, di tu secreto.

—«Detente, sangre, como se detuvo Jesucristo en el vientre de María Santísima. Detente, sangre, como se detuvo Jesucristo en Jerusalén. Detente, sangre, como se detuvo Jesucristo en el patíbulo de la Cruz. Detente, sangre, como se detuvo Jesucristo en sí mismo. ¡Detente!» (Se reza un credo y se hacen tres cruces)³²¹.

—Bueno, Antonio, de eso de los secretos tenemos que hablar muy largo. Tú estás creyendo una superchería y no está bien eso en un terciario carmelita. Déjame ya de secretos y vamos a trabajar.

³²⁰ *tagua*: semilla de la tagua, de color blanco, aspecto óseo y muy dura, que se emplea en la fabricación de botones y juguetes. Aunque el precio del mercado oscilaba entre 40-50 dólares por tonelada, en 1913 alcanzó los 88 dólares por tonelada, siendo la zona del Atrato el lugar desde donde se daba salida al producto.

³²¹ Este secreto tiene versiones distintas como la recogida en *Revista de Folklore*, 1, 1952, publicada por el Instituto Colombiano de Antropología: «Detente, detente sangre, como se detuvo Nuestro Señor Jesucristo en sí mismo. Detente, detente sangre, como se detuvo Nuestro Señor Jesucristo en el sagrado árbol de la Cruz. Jesús, María y José. Jesús, Jesús, Joaquín y Ana; lavadme mi alma, limpiadme mi cuerpo. En un San Cirineo está San Juan con dominus Deus» (p. 56).

EL TIGRE Y EL OSOCABALLO³²²

En esta labor de recoger estampas e impresiones de la Misión de Urabá yo no sé mentir, por eso tengo que advertir que esto que quiero contar yo no lo vi, pero como me lo contaron os lo cuento.

El tigre, más o menos, todos saben lo que es: una fiera grande, de dientes y garras colosales. Lo digo porque lo he visto.

El osocaballo, parece incapaz de matar a una mosca muerta, y sin embargo es otra fiera que, según esta historia, le puede al mismísimo tigre.

También osocaballos he visto, y por la misma razón, puedo decir que es una especie de oso hormiguero que pintan los libros de historia natural; y como él, se alimenta de hormigas solamente, tiene un hocico larguísimo, con dos agujeritos en la punta, que deben de ser las narices, y otro agujerito que se le nota, cuando saca la lengua, que parece una aguja de coser esportizos³²³, por lo larga y estrecha. El pelo lo tiene largo y cerdoso, como jabalí; hasta la cintura lo tiene en forma idéntica a la capilla³²⁴ de un fraile carmelita; y la otra mitad, incluso la cola, en forma de caballo.

³²² Publicado en *La Obra Máxima*, XVII/200, diciembre de 1937, p. 186.

³²³ *esportizo*: o serón, aparejo para llevar cargas. Se coloca sobre el lomo de la caballería y tiene dos compartimentos que cuelgan uno a cada lado del animal. Es generalmente tejido de esparto. La definición de la Real Academia y otros diccionarios (con nota de navarrismo) no corresponde a los esportizos de la Ribera de Navarra, lugar de nacimiento de Fray Pablo. Uno de los cuñados de Fray Pablo, Esteban Ayuso, era artesano del esparto, y tejía esportizos usando estas agujas de buen tamaño para coser las cuerdas de esparto de que se formaba el esportizo. Está claro que no puede ser de mimbre, como dice la Real Academia, porque el mimbre no se puede coser con agujas.

³²⁴ *capilla*: capucha sujeta al cuello de las capas, gabanes o hábitos.

Pues la primera vez que vi este animalito era medio domesticado, me hizo mucha gracia, porque tenía capilla como la mía. Y como me dijeron que sólo comía hormigas, cogí unas cuantas y se las presenté. Cuál no sería mi admiración al verle ponerse muy educadito de pie y extender sus garritas delanteras para recibir mi presente.

Ya le iba a dar yo mis hormiguitas a la mano, cuando un niño me gritó: «Cuidado, padre, que le engancha».

Me fijé y, en efecto, tenía en sus manos delanteras (manos como las del mono) varias uñas, pero sobre todo una que bien podría decirse que era un cuerno retorcido y afilado, y las garras como los brazos de un hombre.

Y aquí voy a poner mi historia.

Anda el señor tigre muerto de hambre sin encontrar venados, zainos, manaos³²⁵, guatinajas, ni cosa parecida por su reino selvático, cuando divisó, muy tranquilo, al señor osocaballo, chupándose las hormigas de un hormiguero como un monte.

—Allí saciaré mi apetito— se dijo el tigre, y con pasitos de viento se le fue acercando.

El osocaballo enderezó enseguidita su oreja, señal de que no era tan sordo como al tigre le hubiera convenido. Volvió su hocico hacia el tigre y se sentó a esperarle en tanto se relamía las hormiguitas que le hacían cosquillas, en su huida, hocico arriba.

El tigre viendo que su traición no le iba a resultar, se decidió a menderarse de frente al inofensivo y sedentario oso.

—Ven, ven— le dijo este cuando ya el tigre estaba en el aire del salto, y le abrió los brazos amablemente.

El tigre fue a caer en medio de ellos. Le dio un colosal mordisco en el cuello. Pero no pudo desprenderse de aquellos brazos de acero y de aquellas uñas que le habían traspasado las costillas.

Al día siguiente, persiguiendo una venada, los vio el que me contó la historia, abrazados en el suelo y desangrados, el osocaballo por la herida del cuello y el tigre por las dos heridas que le hicieran las dos uñas, todavía clavadas en sus carnes.

¡Ojo, pues, al osocaballo, lectores!

³²⁵ *manao*: especie de pecarí que se caracteriza por una mancha clara, en forma de barba, en la base de la boca.

EL SANTO ESCAPULARIO Y UNOS PERROS MISTERIOSOS

«Padrecito, ¿no lleva escapulario?». Este es el saludo que los niños y personas mayores nos dirigen cuando por los caminos tenemos la fortuna de toparnos con alguna casuca. Este es el motivo porque no me faltan de ordinario escapularios en las alforjas.

Era la tercera vez que yo bajaba a Chigorodó; él se mostró siempre formal conmigo, por eso esa vez se apresuró a salir de su casa por venir a saludarme. Cuando lo vi tan demacrado, con su barba rala, entrecana, sin afeitar, con un pañuelo anudado al cuello, con sus grandes ojos hundidos y casi apagados, más encorvado que otras veces, y con su tosecita cascadita y pertinaz, no pude, no pude ocultar la lástima que me causó y por todo saludo le espeté: «¿Qué es la cosa, Gabriel, me aguardabas para que te pusiera los santos óleos?»

—Siempre estoy malaqueadito, padre, pero no es para tanto.

—Quién sabe, ¿cuánto hace que no te confiesas?

—Yo ni sé.

—Bueno, hombre, bueno, vaya a casa, no te haga mal el aire; después paso allá para que hablemos.

Le estreché la mano y nos despedimos.

Don Gabriel, como así lo llamaban, era el juez municipal, era uno de los pocos antioqueños o blancos injertados en estos pueblos bajeros y hechos ya por la costumbre y falta de sanción social a las necesidades, abusos y malos hábitos. Hacía treinta y ocho años que vivía en la región, que tanto vale como decir que hacía treinta y ocho años que no practicaba acto religioso alguno, pero con el padre, no sé si por atavismo de la raza o por qué, era atentísimo.

Por la tarde me llamó Juvenal Zúñiga, el gamonal³²⁶ del pueblo, muy culto, muy formal también conmigo. Entiende bastante de medicina, y desde luego es el único que entiende.

—¿No sabe, padre, que Gabriel está muy mal?

—Eso me pareció esta tarde.

—Pero es que está de muerte: figúrese que tiene complicados los riñones, el hígado y la vejiga, además esta tísico rematado.

—¿Entonces se está muriendo?

—Tanto que no pasa de esta noche.

—¿Y no le ha mentado para nada el cura? ¿No me llama?

—A eso vengo precisamente, él no ha dicho nada, pero imposible que vaya a morir sin confesión, estando usted aquí como traído por la mano de Dios.

Cogí la bolsa de los santos óleos donde tampoco faltan los escapularios y salí acompañado del citado Zúñiga y de cuatro o cinco amigos del enfermo.

Entramos a la pieza del enfermo. Los estertores de la agonía de aquel hombre nos causaron la más penosa impresión. Me acerqué a su lecho y levanté el toldillo que lo defendía de los moscos: «¿Cómo te sientes Gabriel?», le dije; «¿no me conoces? soy el padre Pablo; ¿cómo estás?».

—Mal, padre, mal— pudo responder apenas.

—Eso me ha dicho Juve, que estás mal, por si querías...

—Sí, mañana...

—Decía, Gabriel, que si quieres confesarte; como estás tan maluco...

—Sí, mañana...

—Hombre, pero si esta noche...

—Mañana me confieso.

Entonces intervino Zúñiga:

—Hombre, Gabriel, pero si estás muy mal, yo no te garantizo que pases de esta noche, ya que está el padre Pablo, tan amigo, debieras de lograrlo. No te vas a morir sin confesión, teniendo a tu lado al cura.

Con la voz entrecortada, apenas respondió el enfermo:

—Mañana...—, y seguía echando pedazos de su alma en cada respiración.

Yo estaba consternado: ¡venir cuatro días de camino por estas horribas selvas y dejarme robar un alma! Los demás me miraban casi tristes.

³²⁶ *gamonal*: cacique o persona con fuerte influencia en la vida política de una comunidad.

Bajamos el toldillo y nos pusimos a esperar. «¡Eh, hombre, tan raro, que Gabriel no se confiese!», me decían al oído.

De repente el enfermo comienza a golpear de la manera más estruendosa y a revolcarse sobre su catre, gritando con voz fuerte y cavernosa: «Saquen esos perros negros, esos perros negros, que han entrado a llevarme, saquen esos perros negros.».

Siete hombres éramos, los que estábamos sentados y silenciosos delante del enfermo casi inerte, que no podía moverse, ni hablar; y ese enfermo de repente gritaba, y furioso pedía socorro contra unos animales que ninguno de nosotros vio. El pavor que sentimos fue inmenso, nos paramos y arrimamos unos a otros. El enfermo seguía en sus gritos, levantamos nuevamente el toldillo y lo vimos revolcarse, volviendo la espalda a enemigos invisibles. Nos volvimos a mirar confundidos, todos esperaban de mí algún remedio.

—Es el diablo— dijeron—, porque no se confiesa—, y aun algunos en la pieza vecina comenzaron a contar cuentos terroríficos de muertes de impenitentes.

—¿Quieres confesarte, Gabriel?

—Mañana, saquen esos perros negros.

De pronto tuve una idea que en mi torpeza no se me ocurrió anteriormente.

—¿Quieres que te ponga el escapulario?, le dije.

—Yo-no-me-o-pon-go, le pude percibir.

Apresuradamente se lo impuse.

Nos sentamos de nuevo a esperar, ya más tranquilos. No pasaron aún dos minutos y sonó la llamada esperada: «Padre Pablo, que salgan, me voy a confesar».

Lo confesé, lo puse los santos óleos y la bendición papal, lo casé, le asistí unos minutos en su ya evidente agonía. Podía durar varias horas, nos salimos al cuarto vecino donde estaban las comadres comentando el suceso y rezando a la Virgen.

A los cinco minutos —no se le oye respirar—, observó la nueva casada, mujer ya legítima del enfermo. Entró, levantó el toldillo y lo vio boca arriba, muerto.

Si esto no creen que fue milagro, preguntádselo a los siete testigos, cuyos nombres guardo en mi libreta.

CANTARILLERA

I

El acólito, insinuando una genuflexión, ha dicho: «Laus tibi, Christe»³²⁷.

El celebrante se despoja de la casulla y manípulo³²⁸, que deja sobre el altar, y con paso recogido se dirige al púlpito adosado a la primera columna.

Ya en la cátedra sagrada abre un cuaderno de notas y lee: «La cantarilla el domingo pasado produjo veintidós pesos. Cantarilleras para hoy: las señoritas X. y J.».

El párroco, tomando otros diversos cuadernos, sigue leyendo: «Listas de donantes y donativos para el templo parroquial en construcción, proclamas de matrimonios, advertencias para todos los fieles provechosas». Finalmente, la homilía, que ha de comenzar indefectiblemente por «El Santo Evangelio que leemos en la misa de hoy, amados hermanos míos...».

En tanto que la gente de la buena sociedad asiste a la misa mayor de las once, los que habitan las montañas, que ya cumplieron con Dios en las del alba, entienden en la plaza en los preparativos de sus mercancías rústicas. Están vestidos de fiesta: pantalón limpio, camisa recién planchada, sombrero de los domingos, pies descalzos, lavados a dos aguas, poncho blanco a rayas rojas o azules. Debajo de este se les adivina el repleto carriel³²⁹ de lustrosa piel de nutria, arca y estuche de sus cariños

³²⁷ 'Alabado seas, Cristo'.

³²⁸ *manípulo*: ornamento sagrado de la misma hechura de la estola, pero más corto. El sacerdote lo lleva en el antebrazo izquierdo, sobre la manga del alba durante la misa.

³²⁹ *carriel*: bolsa de cuero, típica de los antioqueños.

e intereses. Pendiente del cinto la festoneada vaina, vacía de su machete estrecho y largo.

Las campanas, interinamente ocultas en un rincón del tejado, repican al alzar la hostia santa.

A su son voces y gestos se paran, todos vuelven la cara hacia el templo patente y, sombrero en mano, arrodillados o de pie, se santiguan y rezan credo.

Callan los bronces y se vuelve a sentir el rumor del mercado.

II

¿Qué andan esas dos muchachas, que, como dos mariposas inquietas e inseparables, van recorriendo los corrillos y puestos, y a su vista dejan todos lo que traen entre manos para dedicarles su atención?

Son las cantarilleras para hoy.

Andan invitando a todos —a los del campo primero, antes de que vuelvan a sus casas lejanas—, para que se apunten a la cantarilla.

Cantarilla es una rifa a beneficio de las obras del templo.

—¿Qué rifan hoy? —les preguntan— ¿es linda la cantarilla?

—Es un cuadro lindísimo de la Virgen, dicen ellas.

O bien: es un precioso corte para camisa, o: un anillo de oro.

—¿A cómo la boleta?

—A dos por cinco, (o, a cinco la boleta, si la cantarilla vale)

—¿Cuántas le apuntamos?

—Apunten ustedes dos.

—¿Qué nombres?

—Ángel y Juanita Riosa.

A veces se topan con montañeros galantes y finos:

—¿Cuántas le apuntamos?

—Cuatro.

—¿Qué nombres?

—Los de ustedes, señoritas.

—Gracias, es usted muy amable, señor.

—Y ustedes muy lindas.

—Vámonos, vámonos. Muchas gracias, adiós.

Por fortuna para los ojos curiosos del montañero galante las bellas cantarilleras no se alejan gran trecho de su lado: se han parado en el corrillo próximo. Aquí las mismas escenas.

—¿Cuántas boletas?

Por fin, cuando ya está la plaza vacía y el día cayendo, se sientan, tronzadas, junto a la casa cural o a la puerta de algún almacén, recortan los nombres, los enrollan, los meten en un sombrero capaz, los barajan, los sacan uno a uno y un chico los canta a grito pelado: el último en salir y ser cantado se lleva la cantarilla.

La tarea, como es claro, no es nada apetecible, razón por la cual casi todas la hacen por sacrificio: es una especie de deber religioso y social que las niñas de familia pudientes contraen con la Iglesia.

Quienes pagan y aguantan esto de la cantarilla son los mozos galanes que el domingo en que les toca a sus novias salir de cantarilleras se les hace la tarde insoportable, sin las horas felices de amorosos coloquios que acostumbran pasar a la reja de sus amadas. Solo algunos más entrados en años y cuyas relaciones son más viejas, conocidas y probadas, tienen cierto derecho respetado por el público de hacer el número tres en el grupo ambulante.

Otros...

III

Felipe era un guapo mozo que quería una barbaridad a la señorita Bárbara. Además de este amor, Felipe tenía el dinero a puñados, pues administraba ya por su cuenta una finca de caña con su máquina y un extenso y fecundo cafetal. También tenía... veinticinco años.

Otros tantos debía tener la señorita Barbarita, que si en España son pocos, allá, donde ocurre el cuento, son bastantes.

Allá bastantes significa muchos y en este caso, demasiados, para una mujer no casada todavía.

También Barbarita tenía mucho dinero, es decir, lo tenían sus papás, que, a Dios gracias, los dos eran vivos y sanos, pero para el caso tanto monta, pues disponía a su antojo de todo lo que quería, que es de suponer era bastantico para remozar sus veinticinco.

Un domingo, entre tantos, correspondió la vez a Barbarita. Aquel día el cura había leído: «Cantarilleras para hoy: las señoritas Barbarita y Petra Blásquez». Petrita era prima de Bárbara.

Las dos primas tomaron la cantarilla y salieron a recorrer el mercado: «¿Se apunta usted a la cantarilla?».

A los cinco minutos apareció Felipe a espaldas de Barbarita y a la vista de Petra. Se hicieron no sé qué guiños. Al volverse Barbarita de repente, casi se da de ojos con el mozo, que con la risa en los labios y en

los ojos le saludó: «Buenos días, las dos».

—¡Escandaloso!, casi tropiezo contigo. Hoy no podemos hablar: ya ves. Apúntate a la cantarilla. No vas a pensar en hacernos compañía.

—¿Por qué no? Vamos entonces a la tienda de Ruth.

—Qué disparate, nos reñirá el señor párroco; tenemos que recoger por lo menos treinta pesos: las Méndez recogieron el domingo pasado veinticinco.

—Eso es lo de menos, niñas. Vosotras recogeréis más y charlaremos. Toma el lápiz, Petra, y apunta los nombres que más queráis. Toma, treinta pesos. Vamos a la tienda de Ruth.

Barbarita miró largamente a Felipe en silencio y los tres se encaminaron hacia el comercio de Ruth.

A Ruth la conoceremos luego.

La señora doña Paula, piadosa, mamá de Barbarita, llegó a enterarse del caso antes de que dieran fin a su entrevista. Y salió de sus casillas ante el poco respeto con que su hija trataba su nombre, ella que mil veces tenía a su hija prohibido el trato con aquel indio.

Nunca pasó Barbarita ni tarde tan dulce, ni noche tan amarga.

Cuando volvió ya tarde a su casa, su mamá la puso más nueva de lo que iba.

Aquel día había estrenado un vestido de crespón: ¡cómo la pondría pues su madre!

Es lo cierto que se acostó sin cenar pretextando un dolor de cabeza terrible; y que permaneció en cama varios días con unas decimillas.

Felipe, por su cuenta, se enteró aquella misma noche del mal éxito de su amor ante su futura suegra. El pobre muchacho perdió el dominio de sí y no tuvo otra ocurrencia que montar a caballo y estarse corriendo arriba y abajo la calle de su amada.

Los cascos herrados repiqueteaban sobre el empedrado; y cuando no se oían los hierros, resonaba la voz ronca de Felipe: «Barbarita, quíereme o me mato». Y como si la inconsciencia cediera el lugar al miedo a la suegra, apenas gritaba estas palabras frente a la casa que guardaba su prenda, se lanzaba a galope, calle adelante.

La mamá, tras la ventana entreabierta, se bebía las palabras de Felipe, sonriéndose de gusto y de rabia a la vez.

En honor a la verdad, doña Paula creía adorar a su hija: la rodeada de toda suerte de mimos y le daba todo cuanto le pedía y aún más; todo menos el permiso para hablar con Felipe: con ese indio, hijo de indios,

presuntuoso; «¿qué más quisieran sus padres que ver a su hijo casado con mi hija».

Este era el grande y único reparo que ponía a la elección de marido que había hecho la triste y desconsolada Bárbara.

Sin embargo, Felipe no era indio: que conste. Si acaso lo serían sus quintos rebisabuelos.

No sé quién ni en qué lugar, me susurró al oído de un desaire que allá por sus años mozos hiciera el papá de Felipe a la señorita Paula. Si esto fuera verdad, a la mano tenemos la solución del enigma. Pero a lo mejor tampoco esto es cierto. No busquemos, por tanto, razones al capricho de aquella buena madre.

Lo cierto es que Barbarita, como suele acontecer, acabó por pensar que tenía que casarse con un monarca de Oriente, y llegó a emparedar su cariño primero.

Por su parte, Felipe, viendo su empeño vencido pensó, con muy buen acuerdo, posar los ojos en otra. Y se casó muy contento con Petra.

Por aquellos días tuvo Barbarita fiebre bastante elevada.

Mientras Felipe con Petra eran felices, Barbarita llegó a cumplir los veintiséis. Y no aparecía el monarca oriental.

Sin embargo, Barbarita era virtuosa y esperaba...

IV

El hermano sacristán se aproximó a las andas doradas de San Antonio y se dispuso a adornarlas con flores y encajes: la procesión iba a salir enseguida. Con el sereno dominio que el oficio da a todos los sacristanes se puso mirando al público, y después de girar la cabeza de izquierda a derecha, se fijó en el sector que, entre otras, formaban nuestras buenas amigas Ruth y Bárbara.

Presentemos a Ruth (triste es decirlo, pero la historia lo exige): Ruth tenía sus cuarenta, aunque como es natural, solamente aparentaba veintiséis. Había sido bellísima y muy solicitada en matrimonio por ricos y reales mozos. Esto de reales va en sentido figurado, que de ser personajes reales —de rey— de verdad, no se hubiera opuesto tan tenazmente su padre a su boda, pues tenía la flaqueza paralela a la de su vecina doña Paula, de querer para su hija un príncipe, o por lo menos, a un duque o marqués. Y claro, por allí, donde ocurre este cuento, no hay reyes, ni duques; ni están en aquella república los pergaminos a la mano de cualquiera que posea un millón. Bien es verdad que un millón es bastante

nobleza en cualquier nación del mundo, pero, vamos, tanto como millonarios no llegaron a pedir la mano de la señorita Ruth, que hubo de ver desflorar su juventud estirada, hoja a hoja, bajo el techo paterno. Ruth ya no tenía esperanzas... Y aun cuando la pretendían todavía cincuentones con dinero, conservaba el orgullo o virtud suficiente para decirles que no. Si adornaba el altar de San Antonio³³⁰, lo hacía por devoción, no por pedir favores.

Quedamos en que el buen sacristán, estaba haciendounas señas hacia el banco ocupado por Ruth y su amiga Barbarita. En vista de la insistencia, estas no dudaron ya que la invitación iba dirigida a ellas.

Se miraron y se echaron a reír muy suavemente.

Bárbara se encendió como una brasa; se arrodilló y se tapó la cara con las manos, como si estuviera pensando en la muerte.

Todos los fieles, y más el sexo devoto, miraban alternando al sacristán y al grupo de las dos amiguitas.

Ruth, muy dueña de sí, se levantó, y con paso de reina se dirigió al presbiterio y sin más ceremonias, puso sus dedos adornados con sortijas visibles de lejos, al servicio del santo.

Todavía pesado el sacristán, aunque algo retirado de las andas, seguía mirando al público.

Barbarita, nerviosa perdida, con los ojos cerrados, musitaba no sé qué de «no perder la esperanza...»: rechazaba el quedarse para vestir las imágenes. De improviso abrió los ojos y vio los del sacristán fijos en ella.

Los cerró desesperada y se desmayó en el asiento. Como ya la atención de los fieles la absorbían las manos de Ruth, nadie se percató de su desmayo.

Sin embargo, el hermano sacristán no se acordaba ya de ella: buscaba con la vista cuatro hombres que cargaran en la procesión las andas.

Cuando Barbarita y Ruth abandonaban el templo, les salió al paso la también señorita Inés. Esta señorita, santa mujer de sesenta años, era la encargada de llevar la lista por turno riguroso de las cantarilleras.

Barbarita, al salir de la iglesia se creía muy enferma. La señorita Inés, toda bondad, no reparó en su semblante: «¡Qué par de cantarilleras más hermosas para hoy!», exclamó luego de haberlas saludado.

—Imposible, Inés, me siento enferma— repuso Barbarita sin detenerse.

³³⁰ San Antonio de Padua, en ciertas tradiciones es el santo a quien acuden aquellos que buscan su intercesión para encontrar novio o novia.

V

A la hora, las dos amigas recorrían los comercios y el mercado con la cantarilla a cuestas.

Ruth estaba siempre dispuesta para aquel sacrificio, y en cuanto a Barbarita, su madre se encargó de volverle la salud y hacerla salir a la calle:

—Hazlo en sacrificio a San Antonio, aunque te cueste un poquito, ya sabes que San Antonio hace muchos milagros...

Barbarita se dejó convencer.

El milagro se operó aquella misma tarde.

Al entrar en el comercio de don Santos, lo hallaron conversando con un militar joven, guapo mozo, y otros amigos conocidos.

Hubo las presentaciones de rigor: el capitán don Félix Mirto.

—Tanto gusto.

Para romper el silencio que, como casi siempre, siguió al «tanto gusto», las muchachas acudieron al expediente de la cantarilla.

Don Santos pasaba por maestro de galantería y no se quedaron atrás aquel día sus contertulios: los nombres de Ruth y de Barbarita llenaron muchas hojas de papel escrito con las letras elegantes de aquellos caballeros.

Cuando ya habían dicho adiós, el capitán pidió permiso a ellos y a ellas para salirse con estas y acompañarlas. Como era de la capital, ignoraba las costumbres del pueblo. Además, a un capitán, ¿quién le va a decir que no?

Condescendieron.

El capitán les hizo muy visible compañía durante toda la tarde. Es de suponer que no irían mudos, ni hablarían de finanzas.

No se separó de ellas, hasta que concluido todo, las dejó en sus respectivas casas: primero despidieron a Ruth y después con Barbarita hasta su casa.

Allá, donde este cuento sucede, los capitanes son pocos, razón poderosa para que sean aún mejor vistos que aquí y más queridos.

Aquel solamente tenía veintidós añicos. Era de familia noble y un buen tipo además.

Aquella noche Barbarita estuvo desvelada hasta el amanecer.

Desde luego, nada le manifestó a su madre... por si acaso. Se había enterado, tal vez por él mismo, de que el capitán no tenía compromiso con ninguna.

No es difícil que el mozo no dijera la verdad.

A las nueve del día siguiente recibió Barbarita un telegrama. Era de él. Lo firmaba desde el pueblo más próximo.

Al salir de la misa de diez, don Santos la detuvo para comunicarle que el capitán había hecho calurosos elogios de ella.

Barbarita estaba sintiendo el milagro. Sin embargo, se guardó de contestar al telegrama.

A las doce recibía otro fechado en el pueblo siguiente.

Al día siguiente recibió una carta muy larga en la que se confesaba, entre otras cosas, víctima de sus hechizos.

Barbarita guardó celosamente la carta en el seno y tampoco pensó en contestarla.

A la séptima carta se resolvió contestarle una muy breve en que le hablaba de sus papás...

El capitán un buen día se hizo presentar a ellos.

A los cuatro meses justos se casaron.

El capitán había satisfecho a todo el mundo.

A los cuatro meses de casados, Barbarita volvía a la casa de sus padres...

UN DATO DESCONOCIDO

Pío lector: perdona de antemano si en este articulillo miento los pies con alguna frecuencia. Bien sé yo que Jesús, nuestro Dios maestro, al hablar del apóstol, bendijo precisamente sus pies: *Beati pedes*³³¹.

Pero no se me oculta que no faltan gentes superfinas que al hablar de ese extremo hacen un gesto, así como que no les agrada. Dicho esto, procedo en paz a mi tema.

³³¹ Se hace eco del pasaje bíblico donde Cristo lava los pies a sus discípulos (Juan 13).

¿A qué no sabe el noventa por ciento de los lectores de estas líneas cuál fue el mayor o uno de los mayores enemigos de los conquistadores de América?

No me digáis que los indios. Los indios, me diré yo que a veces se mantuvieron bien tiesos, pero al fin y al postre acabaron vencidos. Alguien me va a decir que las fieras fueron el mayor impedimento fuerte. ¡Bah! ¡Nada! Si me decís que la selva, os diré también que no; aquellos exploradores tardarían un mes o dos meses, un año o dos años, pero al fin se andaban la inconmensurable y miedosa selva americana de arriba abajo y jugaban en ella a las cuatro esquinas. No me digáis tampoco los caudalosos ríos, aunque a veces aislaban una región como una muralla china, porque un español de aquellos sobre un tronco navegaba en las cataratas del Niágara, cuánto más por aquellos inmensos ríos mansurrones; además, que quien ha pasado primero que nada el charco³³², poco le debe importar el mismo padre de todos los ríos.

No quiero que me pregunten ya más. Y les he hecho esperar tanto, porque para el misionero, los indios, las fieras, la selva y los ríos caudalosos no dejan de ser obstáculos en su apostolado.

Bueno, pues uno de los mayores enemigos de los conquistadores y los misioneros son las «niguas». No sé dónde, pero en algún libro viejo he leído; por eso lo digo aquí, qué si no, no lo diría, aunque es verdad. Las «niguas» fueron las grandes aliadas de los indios y las grandes enemigas de los valientes conquistadores.

El caso pasó de la siguiente manera. Un misionero después de una excursión larga y penosa por la selva entre el barro (el piso de la selva es casi siempre barro), se miró los pies y dijo: «Es preciso que yo me los lave». Y en efecto, se los lavó.

Una «nigua» que andaba a saltillos, como una pulguita (como lo es), por el polvo, echó una miradilla a los blancos y blandos pies conquistadores y se dijo: «He ahí un buen aposento y un dulce manjar»; y ni corta ni perezosa saltó al calcetín y en él se quedó y con él fue a besar la recién lavada piel de los pies heroicos. Luego, con mucha discreción y picardía, fue bajando, bajando, hasta dar con la parte más blanda, que es —le pareció a ella—, la que está debajo de la uña del dedo gordo.

Allí, con una cautela y talento admirables, comenzó a introducirse por un poro, sin que la misma piel se diera cuenta de que la estaban horadando; algún picorcito sentía el conquistador, pero... ¡calla!, un

³³² El océano.

hombre que domeñaba a los indios, y que a lo mejor había recibido una lanzada en el vientre o un flechazo en el muslo derecho, ¿se iba a preocupar por un picorcillo fino que sintiera, si sentía, debajo de la uña del dedo gordo del pie? ¡Ni pensar! Yo, que lo sentí más fuerte y que no soy conquistador, tampoco hice caso, ¡con que díganme ustedes qué le iba a importar a él!

La «nigua», entretanto, encantada, pica que pica, y come que come tranquilamente de la más blanda carne del dedo gordo del pie. Y cuando el misionero se bañaba, ella, encantada, se bañaba también. ¡Delicioso! Y crecía, crecía y se iba poniendo gorda como un garbanzo.

Un día el misionero, después de otra excursión en que el barro le llegó hasta las rodillas, apeló al agua fresca y se dio un repaso más escrupuloso a las extremidades. Y ¡oh sorpresa!: en lo más extremo de la extremidad se vio un grano o una ampolla (ampolla me pareció a mí) y sin pensar «de qué me había venido a mí esto», con un alfiler se lo pinchó el inocente, creyendo que con eso se le quitaría. ¡Qué equivocación!

Al día siguiente tenía la pierna hinchada hasta arriba, y una fiebre que le obligó a guardar cama. ¡Qué será, qué no será! Llamaron al médico, es decir, al señor que en casos semejantes llamaba todo el mundo.

El médico que curó al conquistador no sé yo que diría o le haría. Yo sé que el conquistador perdió un pie, tras de largos sufrimientos.

El que llamó el misionero, era algo más entendido; enseguida el diagnóstico: «nigua»; inmediatamente el pronóstico: grave; el tratamiento: hay que abrirle el dedo y arrancarle de cuajo la uña.

—¿Pero tan terrible es ello?

—Nada, qué si se descuida un par de días, pierde el pie.

—Vaya con la inofensiva pulguilla, porque eso es la «nigua», heroína de este articulejo histórico, una pulguilla que se mete en el pie, o donde le da la gana y te hace lo que habéis visto, y te fastidia lo que no habéis visto ni sufrido.

Pues cientos, miles, millones de «niguas» en este trabajo de zapa³³³, decidme si son para pagar y vencer al más aguerrido ejército, porque los españoles de la conquista, no cayeron en cuenta de la existencia de este real enemigo hasta muy tarde. Al menos, el libro que yo leí, eso decía.

Bienaventurados pies del misionero, los que habéis sufrido con esos átomos vivos que la gente llama «niguas» y los katíos «biru».

³³³ Trabajo de zapa: que se hace oculta y solapadamente.

CHITSORA³³⁴

I

Lo llamaban Chitsora.

Yo nunca lo había visto, pero a juzgar por el mote debía ser muy viejo: Chitsora es «viejo» en indio, y viejo de muchos años, es decir: que hace ya bastantes años que es viejo. Eso significa el *Chi* antepuesto al *tsora*. Me contaban muchas cosas de Chitsora.

Decíanme que era viejo, pero capaz de dar él solo la vuelta al mundo. Además, que tocaba el violín, un violín hecho por él, con un machete, sin otra herramienta alguna.

Ponderábanme, además, su religiosidad y afecto a los padres misioneros.

Por todo esto puede suponerse la gran curiosidad que yo tenía de conocer a Chitsora.

II

Era una noche de estruendo de tormenta. Esta resonaba en la selva cercana con voces de trueno continuo. El río, a pocos pasos del cual estaba la casa misional, mugía imponente. El misionero dormía solo en su casa, ensordecido y atontado por el continuo golpear ronco y estrepitoso de la lluvia sobre el zinc de la techumbre. No soñaba en nada. Dormía tranquilamente, tranquilo con la única compañía visible de *Gog*, hermoso danés, regalo del gobernador de Antioquia, Braulio Mejía.

Alguien debió golpear rudamente las débiles puertas de la misional mansión. *Gog* ladró fuertemente y sus pisadas resonaron sobre el alto

³³⁴ Publicado en *La Obra Máxima*, XVIII/205, p. 74.

entarrimado. Al minuto el misionero, con su blanca vestidura sin ceñir, y descalzo por no hacer aguardar al huésped, cualquiera que fuera, abría la puerta con la diestra mano, mientras la izquierda tapaba la boca del manso danés.

—Entre hermano; ¡ah! ¡es Imbera! Entre indio, hermano, ¿quién es? ¡A estas horas, tan solo, con la tormenta que cae!

—Es Chitsora, padrecito, Chitsora ciego. Viejecito Chitsora, harraba nemua, Chikota ne embuka (es el infeliz ciego Chitsora; no tiene nada de comer, que traigo hambre).

Al oír Chitsora prendí la linterna y lo contemplé a mi gusto. Era un viejecito venerable. Lo entré a mi cuarto. Cambió la paruma mojada por otra seca. Se sentó, le di de comer. Mientras comía, no cesé de interrogarle: las preguntas mías, infantiles y absurdas, eran pronto y amablemente contestadas con una risa inocente. Enseguida nos hicimos amigos. Él me preguntó mi nombre, no conocía mi voz. Él conocía otros padrecitos: padre Pascualito, padre Evangelista, obispo Severino, pero no conocía padrecito nuevo.

—Chitsora, ¿cómo has venido tan tarde? ¿No te da miedo caminar solo, de noche, y con esta tormenta?

—Padrecito, a mí no me da miedo nada, a Chitsora, toda gente quiere: yo pobre, nada quita, Chitsora ciego, igual día y noche; Chitsora dos parumas, si moja una pone no mojada. Chitsora viejo, viejo, conoce bien caminos, yo no pierde. Pero Chitsora no viniendo de noche, porque Padrecito molestando y Chitsora no quiere molestando padrecito durmiendo. Pero gente mala, libre, no queriendo Chitsora y libre esta tarde onde monte, en tambo, decir Chitsora que tierra quita, que tierra de libre y que Chitsora caminando a otro monte; por eso yo venir, marchar libre, y yo venir a padrecito que Chitsora camina onde gobierno, a Medellín, para guardar tierra y defender de libre. Chitsora en tierra, dueño está. Tierra de indio y Chitsora chibani, amo.

Al oír el desahogo del anciano, el padre no pudo reprimir una exclamación de ira; son ellos, los de siempre; los hipócritas de pico generoso y manos rapaces. Los sedicentes liberales, ladrones, que después calumniarán al misionero.

—Bueno, Chitsora, descansa; mañana te volverás a casa: eso corre de mi cuenta; yo te defenderé de libre malo y hablaré con el gobierno.

Conseguí infundirle confianza. (Por cierto que le cumplí mi palabra y Dios sabe el trabajo que costó defenderlo de aquellos ladrones de

guante blanco, parapetados en papeles y pamplinas curialescas³³⁵).

Ya tranquilo, desvié su atención por otro lado.

—Dime, Chitsora, ¿podrías decirme los años que tienes?

—Indio no sabe años: indio chiquito, indio casado, indio con hijos, indio trabajando, indio siempre en bohío, indio no sabe años tiene.

—Chitsora, indio me dijo el otro día que tú jaibaná, tú curando con paipakuru (idolillo).

—¡Lebaida baribua! (es mentira). Chitsora nunca jaibaná. Chitsora bautizado, Chitsora quemó paipakuru.

—¿Cuándo bautizó Chitsora?

—Padre Elías bautizó con toda familia.

Calculé que hará unos cuantos años. Chitsora tendrían entonces, sesenta, quedándome corto.

—¿Tienes muchos hijos?

—Bastantes: siete hijos vivos, ya con mujer todos.

—¿Y cómo no te acompañan?

—¿Pa qué pues? ¿Yo acaso cojo? Yo andando bien con palo; ojo, ¿acaso anda pues?

Veo que Chitsora es un caso que en USA sería célebre.

—¿Y violín? ¿Tú tocas violín de verdad?

—¿Gente ha dicho que toco violín? Yo toco.

—¿No lo has traído?

—Sí, yo violín siempre llevo en canasto. Yo no deja violín. Yo aburro, yo toco violín y pongo contento.

—¿Y dónde aprendió?

—Yo oyendo gente tocando, yo también tocando.

—¿Quiere tocar, Chitsora?

—Yo toca, a padrecito, yo toca.

Introdujo sus manos en el cesto que no apartó de su lado, y de entre unos trapos sacó su violín, no digo un violín, porque de su violín a un violín hay una pequeña diferencia.

No soy dibujante: no me empeñaré en pintarlo; solo diré que a las claras confesaba su origen: las manos de un indio ciego, ayudadas de un machete.

³³⁵ *curialesca*: propio de la curia, tribunal o conjunto de abogados, escribanos y empleados de la Administración pública. Alude a las triquiñuelas de los leguleyos para apoderarse de las tierras indígenas.

Pero sonaba, sonaba y deleitaba oírlo. Pocas veces en la vida he presenciado, o mejor dicho, he vivido un cuadro de tanta emoción: un venerable anciano indio, semidesnudo, ciego, arrancando a un violín rústico, a un conato de violín, armonías insospechadas, de esas que el oído no oyó, ni la mente figuró; en una choza, en el trópico, en plena selva, a altas horas de la noche, irrumpiendo en el estruendo de una horrible tormenta, regalando a un misionero joven, extraño de su raza.

¡Oh la religión de Cristo Jesús!

¡Quién fuera pintor o poeta!

PARA QUÉ ME SIRVIÓ UN REVÓLVER

Debo decir la verdad: me dio miedo; sentí verdadero horror; cada momento lo miraba y lo echaba a la diestra, creyendo que se me iba a disparar.

—¿Así sale usted, pelado? ¿No lleva nada revólver?—, me dijo un feligrés cualquiera, al verme partir solo para Chigorodó. Este es un pueblo gemelo de Pavarandocito, con la desventaja de hallarse doce leguas más internado en la selva, es un claro manchado de chozas que se abre en el propio corazón de esa inmensidad que se llama Urabá.

—Hombre, ¿yo para qué revólver?

—Llévelo por si acaso, ¿quién quita que se encuentre con el tigre?

—Pues hijo, si encuentro al tigre, ¿Dios no hará retirarse?

—Así es, mi padrecito, pero un popo a nadie estorba.

Tuve que conseguirme un popo, es decir, un revólver, y me lo tercié al cinto.

Anduve dos, tres, cuatro y seis leguas de selva milenaria y afortunadamente el tigre no aparecía. ¿Tendría tan buen olfato que me olía de lejos las balas? Me reí de mi propia credulidad; hasta llegué a sentir escrúpulos de haber desconfiado —inconsciente— de la Providencia divina.

De pronto, vi, encima de mi cabeza una manada de micos. Se me ocurrió disparar y llegué a empuñar el arma asesina... Pero, «¿Cómo

disparo yo esto?, ¿y si el tiro me sale por la culata? Vaya, vaya, mejor será que dejemos a los micos en paz que salten de palo en palo».

Anduve unos pasos más y ya no veía micos. «Hombre, debí haberme ensayado en los micos: si llega a salirme el tigre, buena la hubiera hecho; hombre, por Dios, tener miedo a disparar a unos micos; no, pues a otros que encuentre les tiro sin remisión, es necesario ensayarme».

Al rato encontré una po³³⁶, estirada, larguita, en todo el camino. La vi de bastante lejos.

«Válgame Dios, que culebrón tan horrible, dos metros por lo menos y tan gruesa. Yo no paso por encima. A esta sí le disparo: ¿quién le mandó venirse, precisamente al camino para digerir su presa?». Saqué el revólver, apunté. Me temblaba la mano. «¿Pero si se va y no le acierto en la cabeza y se vuelve furiosa contra mí? Mejor será no ofenderla, con meter ruido se irá». Grité, le tiré una piedra que no le acertó, pero sí alcanzó a despertarla. La fiera se revolvió, se irguió, giró en torno a su cabeza y fijó sus ojos en mí, pero sin rabia. Sin duda comprendió mi personalidad y se fue arrastrando, humilde, al interior de la selva, como queriendo decirme: «Pase, pase, ministro del Señor, que yo no le haré mal: no es tan fiero el león como lo pintan». No sé si le di las gracias, pero pasé a la carrera con los pelos de punta.

Seguí adelante unos metros. «Pero sí que soy cobarde: tan lindo que hubiera estado ese cuero en el gabinete de Vitoria³³⁷ con un letrado que dijera: *Matada de un tiro por el padre Pablo, misionero de Urabá*. Lo que es, a otra que encuentre...».

Y seguí andando, andando. «Pero si este no es el camino», fue la triste reflexión que me hice, al verme enredado en un laberinto de bejucos que no dejaban ver más allá. Saqué el reloj, era tarde, la noche no tardaría en cubrirme. Miré al cielo y el cielo no se dejaba ver: la vegetación exuberante lo impedía.

No podía orientarme, ni por las huellas del caballo. Estaba perdido, la misma nerviosidad me cegaba. Di unas vueltas, tratando de dar con la salida. Peor; me hallaba en un laberinto de senderos borrosos

³³⁶ Anotación del autor: «Po llaman a una culebra, quizá la mayor que se encuentra en Urabá. Llega a medir dos y tres metros de larga y su cuerpo hasta tres palmos de anchura. Es inofensiva. Los nativos la llaman po porque al darle con un palo en el cuerpo resuena como un tambor, po, po».

³³⁷ Vitoria, localidad española, sede de un convento carmelita, que hasta 1968 funcionó como colegio mayor de los estudiantes de la orden.

que conducían antaño a los taguales³³⁸.

Invoqué a Dios, a nuestra madre del Carmen. Invoqué a una monjita, misionera, muy santica y muy joven, que murió hace unos meses; sentí todavía más miedo: creí que se me aparecía. La selva comenzaba a hipnotizarme, con sus rápidos agentes, la soledad y el crepúsculo. ¿Y si ahora saliera el tigre?

Una bruja sobre un tronco viejo, resto de una vieja ceiba, víctima de la tempestad y de los siglos, graznaba su triste augurio. Cuando una bruja canta, alguien va a morir picado de culebra: es la superstición de esta gente. «¿Si volviera la culebra a picarme, arrepentida de haberme dejado pasar?».

A los lejos sentí las carcajadas de los micos. Estos micos se burlan del pasajero y hasta le arrojan ramas secas y huesos de las frutas que comen.

Me hiqué de rodillas y recé; besé el Santo Cristo con todo fervor. «Señor, yo no quiero pasar la noche en la selva».

Mis oídos creyeron sentir el ronquido del león, que rugía en el manglar. Sentí una sacudida nerviosa y me acordé del revólver. ¿Pero a quién disparaba? ¿a la bruja?, ¿al león lejano?, ¿a los micos que no se veían?, ¿a los árboles, a las sombras cada vez más misteriosas?

Sentí la inspiración de Dios, e hice un disparo al aire, la selva resonó largo rato; unas pavas cercanas hirieron el aire con su duro aleteo. Hice otro disparo y un tercero. Pegado al caballo me puse a esperar. Al rato oí un tiro lejano de escopeta. Respondí con otro tiro y la escopeta me respondió más cercana. Alguien venía a salvarme. Disparé el último, que ya fue inútil: un rostro humano, el ángel de mi guarda en la persona de Carlitos Vargas, me abrazó, devolviendo el aliento a mi pecho.

—¿Pero dónde se ha metido usted?

—No sé, Carlos, yo venía tan tranquilo, creo que por el camino, y cuando menos pensé, me hallé perdido.

—Por aquí cerca, se perdió también el Dr. Upegui y tardamos cuatro días en encontrarlo; si no es por el ruido del revólver, no sé cómo hubiera podido dar con usted.

—Imposible que Dios me dejase perdido. A la luz de mi linterna llegamos a la casita del amigo. Aún graznaba la bruja, pero yo ya no creía en el augurio fatídico.³³⁹

³³⁸ *taguales*: campos de palmera tagua.

³³⁹ Nota del autor: «Es tan fácil perderse en la trocha que va de Pavarandocito a Chigorodó que es imprudente internarse en ella sin un guía que apenas haga una se-

DESPUÉS DE CONFIRMAR³⁴⁰

Son las dos de la tarde. El ilustrísimo prefecto se ha sentado a la mesa después de la ceremonia de confirmar a más de quinientos cristianitos; es decir, cristianitos, tomando la parte por el todo, porque entre los confirmados ha habido cristianos que pasan de los cincuenta años y una abuelita india que se está acercando al siglo.

Como está hace tres horas sudando a torrentes le pregunto:

—Se habrá cansado mucho su Ilustrísima.

—Un poco. ¿Y cómo ha sido eso de sus tres ahijados?

—Pues verá: el otro día...

Se explicó el porqué de mis tres ahijados. Tres chinitos³⁴¹ como tres soles que sus respectivas madres han querido que yo apadrine en la confirmación. (Lo hice con mucho gusto. ¡Cómo me tira su recuerdo a donde ellos están! ¡Y lo que gozaban mis comadres cuando yo los vestía de monaguillos! ¡Las gallinitas y los vasos de leche caliente con que me habían obsequiado a su compadre Pablos! ¡Tierra bendita de cariños y recuerdos: Urabá!).

Plácido discurría el ágape y se iban a levantar los manteles.

mana que la pasó, pues es tan tupida la selva que un árbol solo que se caiga de viejo o matado por un rayo, arrasa consigo kilómetros enteros de selva, borrando todo vestigio de camino. El del Dr. Upegui, médico oficial, es el caso más típico de los perdidos. Se arriesgó solo y en vista de que pasado el tiempo normal no aparecía, se nombraron cuatro comisiones de indígenas prácticos que lo fueron a buscar. Al cabo de cuatro días largos le encontraron medio muerto de hambre y de desespero. Yo puedo decir que he atravesado ya más de dos docenas de veces esa trocha y hoy es el día en que no sería capaz de andarla solo, pues me creo aún incapaz de orientarme, ni de reconocer el punto donde me encuentro: de los escarmentados salen los avisados».

³⁴⁰ Publicado en *La Obra Máxima*, XVIII/206, junio de 1938, p. 90.

³⁴¹ *chino*: chiquillo, niño.

—Vuestra reverencia puede descansar un rato, le digo. Ya atenderé yo a los bautizos.

Salimos del comedor. Como siempre, el patio de la casa misional está lleno de buenos feligreses: montañeros, mujeres endomingadas de colores orientales, indios con sus canastos inseparables, chicos del catecismo, amables Hijas de María que vienen a saludar al prefecto apostólico.

Saludos a los conocidos: ¡Hola Julio! ¿Qué tal Enrique? Toroga buka, Severiano.

Se me acerca un montañero: blanco poncho terciado, abultadísimo carriel, machete al cinto, sombrero en mano:

—Vea, mi padrecito...

«¡Ay», me digo, «¡confesión al campo tenemos!»

Todos los domingos y en días de más trajín parroquial se presentan tres o cuatro llamadas para confesar a la montaña.

—Vea, mi padrecito; mi suegra que está muy mala. ¡Ave María! me ha dicho: ya que vais a confirmar al muchacho, tráete al padre Pablos que venga a oliarme, que yo me muero. Está mu malica enteramente y no se muere hasta que usted no vaya y la administre.

Francamente, salir a la montaña después de haber asistido a quinientas confirmaciones me zumba y además que me temo sea engaño y no esté tan «malica enteramente» como dice.

—¿No será más bien que te has aprovechado del viaje forzoso para llevarme? ¿Por qué no bajaste ayer? ¿Desde cuándo está grave?

—Vea, mi padrecito, enteramente ya no habla.

—¿Y dónde vive? ¿Es muy lejos?

—Aquí, en el puente de Urama, no más.

El puente de Urama no está, en verdad, muy lejos; pero en el puente no está la enferma.

—¿Y no aguantará hasta mañana? ¿No ves que hoy es un día de mucho quehacer?

—No sé, mi padrecito, pero está muy malica enteramente.

El prefecto me ve vacilar (¿vacilar he dicho?, bueno, vacilar), se vuelve a Agustín, un excelente muchacho que ha crecido en casa, y le dice:

—Agustín, tráete un caballo.

—¿Cuál? —pregunta el muchacho.

—El mío —interrumpo yo.

El prefecto calla.

Mientras lo bajaban del potrero y lo ensillan, bautizo nueve chinitos. Vuelvo de la iglesia y ya con el pie en el estribo, se me acerca el indio

Severiano y me sonríe: ya lo he saludado antes. Trato de montar y me alarga la mano, se la estrecho con fuerza. «Toroga buka», saluda.

—Torogabuache, —correspondo, mientras monto—. Tengo prisa Severiano, voy a confesar a un enfermo.

—¿Obispo también no confesando, pues?

No entiendo la intención de la pregunta.

—No, está muy cansado.

—Yo también hijo mío Isaías muriendo está. También gustando confesar. Obispo yo enseñando mi tambo. Indio Severiano queriendo obispo.

Al decir obispo, hace algo que quiere ser la señal de la cruz.

—Bueno, pero ¿hijo tuyo muy grave, muriendo estando?

—¿Muriendo no está pues mi hijo?

—En qué quedamos. ¿Es tu hijo, el que estuvo aquí el domingo, está enfermo o quieres llevar obispo a tu bohío?

El padre Severino, siempre atento interroga:

—¿Qué dice Severiano?

—Que tiene un hijo grave y quiere que vaya a confesarlo ahora mismo.

—Agustín, dice otra vez, vuelve al potrero y te traes mi caballo, dice el prefecto.

—Pero bueno. ¿Es que su Ilustrísima va a salir a estas horas y tan cansado?

—Aquí somos todos misioneros. ¿Si ese muchacho se muere sin confesión?

Yo me callo. El prefecto monta a caballo. Todavía hormigüea la gente por la plaza.

Las Hijas de María, preguntan:

—¿Es que el Prefecto se marcha tan pronto?

—No, va a confesar a un indio y volverá a las ocho de la noche.

UN ANIMAL DE COSTUMBRE

A él lo mandaron para asistir la parroquia de Murindó, yo me quedé en Dabeiba.

—No dejes de escribirme lo que ocurra —me dijo al despedirse.

—Igualmente, cuéntame cómo te va, felicidades.

Él montó en su caballo, después se embarcó, anduvo su parte de camino a pie y por fin entró a tomar posesión de su reino.

Hacía meses que nada sabía de él. Pero ayer recibí su carta. «Amado padre Pablo —me dice—, si supieras qué contento me encuentro, tendrías ganas de venir a suplantarme. El pueblo de Murindó como sabes, es pequeño, sus casas son todas de jira³⁴² con techos de palma de tagua. Los habitantes son como el resto de los pueblos que conoces: negros pobres e indolentes; pero la casa cural ya es otra cosa; figúrate la casa más abandonada y pobre que hayas visto en los pueblos bajos, ese es mi palacio, ahora la estoy arreglando y la pienso dejar como los portalitos de Belén, donde la Santa Madre hacía sus fundaciones... Pero la iglesia... No puedes figurarte la emoción que sentí al levantar la santa hostia rodeada de tanta pobreza... Otro día te daré más detalles sobre esto, pero no puedo callarme cómo inventé el Nacimiento. Ya sabes que, aunque pobremente, aquí, en toda la misión tratamos de acomodarnos en todo a las costumbres y prácticas piadosas de los templos bien surtidos; por esto yo no podía dejar las fiestas de Navidad sin Belén.

No hay aquí más imágenes que una de San Bartolomé, que es el patrón del pueblo y la Santísima Virgen del Carmen y un Niño Jesús muy chiquito que yo traje en mi maleta. Tuve que inventar el Belén con ellos. Hice una chocica con palmas y cubrí las imágenes gran-

³⁴² *jira*: pedazo algo grande y largo que se corta o rasga de una tela.

des de modo que solo se dejara ver el busto: en medio de San Bartolomé y de la Virgen, puse mi Niño Jesús y ahí tienes un verdadero portalito de Belén. ¡Si vieras qué bien imitaba San Bartolomé a San José bendito! Como la gente es tan sencilla, el Nacimiento improvisado atrajo a la Iglesia más asistencia que de costumbre y todas las tardes tuvimos adoración.

Cuando llegué yo a esta, todo el mundo se puso a mis órdenes y es el caso que a los ocho días me cogieron las fiebres más fuertes que he pasado en mi vida y mandé a un muchacho a buscar remedios y en todo el pueblo no pude conseguir un polvo de quinina, puedes figurarte por este dato cómo estará el pueblo de bien surtido.

Se me olvidaba decirte que la iglesia y la casa cural, están algo separadas del resto de la población y cerquita del cementerio. En fin, mucho extrañé todo esto a los primeros días, pero ya me voy haciendo a todo: después de todo, me estoy convenciendo que: ¡el hombre es un animal de costumbre!

Estoy aguardando la tuya, que sea larga, afectísimo Fray Alberto».

«No, Alberto, no, le respondí; lo que tú en tu graciosa humildad llamas animal de costumbre no es otra cosa que la gracia de Dios que no nos falta y la abnegación de que estás lleno, para sufrir los trabajos diarios y el voluntario destierro de la civilización a que por Dios y por las almas nos hemos sometido.

Que sigas siempre tan guapo, es lo que te desea tu afectísimo que no te olvida».

UN CUENTO

La conocí un domingo, después de misa mayor. Entró algo turbada en el despacho donde yo estaba asentando unas partidas. Con palabras entrecortadas me pidió que por favor le prestara cincuenta centavos hasta el domingo siguiente. Los domingos eran muchos los que me pedían pequeñas cantidades, «hasta el domingo siguiente». Algunos cumplían su palabra, otros no volvían a dejarse ver. En aquella señorita a decir verdad

me extrañó. Vestía y calzaba bien, casi con elegancia, para la desnudez y laceria³⁴³ de la generalidad de aquella incuriosa gente; llevaba cartera y guantes y los labios y mejillas pintados, costumbre ciudadana que solo habían adoptado en Oreguea cuatro presumidas, aparte de las damas cortesananas. No la conocía y le atendí en su petición sin enterarme de más nada. Se salió más turbada aún dándome gracias. Luego pregunté y supe que era huérfana de madre, que hacía poco que habían llegado del interior, huyendo de la crisis familiar, con su padre y dos hermanos que llevaban fama de ser los mejores domadores de caballos. Vivía con una cuñada que no le tenía ningún cariño, en una vereda de las más alejadas del pueblo. Los domingos bajaba casi todos a misa y en la capilla la pude ver otras dos o tres veces. Vestía y calzaba siempre exactamente lo mismo, pero nunca más volvió a hablarme en dos, tres o cuatro meses, hasta que...

Cierto día de labor irrumpió como un ciclón en mi despacho y sin mirarme a la cara, se sentó en la primera silla que hubo a mano. Sollozos que imitaban bramidos salían de su pecho. De pronto rompió a llorar y pudo desahogarse: «¡Dios mío! ¡si viviera mi madre! Estoy sola en el mundo, no me quiere nadie, me arrojan de casa, me pegan, tengo hambre; un día me dio usted para comer. Ha abusado de mí, es un canalla. Los mataré, sí, los mataré».

Dijo esto y salió como había entrado, sin darme lugar a hablarle, ni siquiera a que volviera en mí de la suspensión que su triste aspecto me produjo.

Yo era entonces un novicio, no conocía la vida, los problemas y tragedias de la vida. No conocía a los hombres, ni a las mujeres. No sabía lo malvados que son unos y qué fáciles las otras. En consecuencia, quedé perplejo y asustado. Cuando salí corriendo a la puerta para llamarla y ponerme a su servicio, ya ella estaba muy lejos y no me oía.

¡Dios mío! ¿qué haré yo?

La tercera vez que hablé con ella fue a los cinco o seis meses. En todo este tiempo no la vi ni pude averiguar su paradero. Fue en el camino, Señor, en el horrendo camino que ahora ando y que sigue así varias leguas Oreguea adelante. Yo entonces iba también a Medel a mis asuntos. El auto se tomaba en Chireguea. En una recta en que ataqué con más brío al caballo, vi delante de mí en el confín, borrosa en la penumbra de bosque, caminando a pie, una mujer. Cargada en exceso debía de mar-

³⁴³ *laceria*: miseria, pobreza, escasez grande.

char, según era el embarazo que su tardo movimiento acusaba. A galope tendido, en un abrir de ojos, llegué a la par de ella.

La miré para decirle el adiós de costumbre en los caminos desiertos. ¡Jesús! ¡era Julia! En el brazo izquierdo, como una virgen sostenía un niño; del derecho le colgaba un hatillo de ropa. Al reconocermé trató de esconderse, pero yo, aunque tan azorado como ella, la abordé; movido de lástima.

—¿Dónde va usted tan sola por estos caminos?, ¿no le dan miedo? ¿Le pesa mucho el bulto ese?, se lo llevaré si quiere. Vendrá muy cansada; si quiere, le cedo el caballo; el niño la sofocará, ¿dónde va, ¿le puedo ser útil en algo?, ocúpeme, dígame. ¿El niño es suyo? ¿Cómo la han dejado salir sola por estos caminos?, ¿no tiene miedo a las fieras, ni a nadie?

Yo hablaba sin cesar, empujado por la misma vergüenza que a ella no dejaba abrir la boca. Me miraba y bajaba los ojos, encendido el rostro por el sol, el camino y la vergüenza.

Bien sabe Dios que mis palabras eran sinceras; cumplí como el buen samaritano, como sacerdote y ministro suyo; jamás pasó por mi mente el despreciarla, ni siquiera le achacaba la culpa de su tremenda desgracia. El «yo tampoco te condeno», que Jesús regaló, al corazón de la mujer adúltera, retozaba en mis labios, a pesar de no comprender entonces las tragedias a que conduce el amor y, ¡ay!, el hambre.

—Julia, ¿no se acuerda usted de mí? Cuando se fue de mi casa aquel día, salí en su busca detrás y ya no me oyó; perdóneme, no la debí haber dejado marchar. Dígame, ¿dónde va con el niño en los brazos? Usted no resiste hoy todo el camino que falta. Si no quiere subirse el caballo, deme ese atado por lo menos, se lo dejaré donde me indique. ¿Ya lleva usted dinero para comer en el viaje y para pagar el auto hasta la ciudad? Porque usted irá a Medel a casa de sus parientes, ¿no?

Ella dejó su envoltorio en el suelo y acariciando nerviosa a su nene, respondió al fin, sin levantar a mí los ojos:

—Gracias, padre, es usted muy bueno. La Virgen viene conmigo. Le juro, padre, que no fue mía la culpa. ¿Me perdona usted? Yo sé que la Virgen me ha perdonado ya, y mi madre, que me sigue queriendo desde el cielo. Perdóneme usted también en nombre de Jesucristo a quien pido perdón si le ofendí. Échele la bendición a este inocente angelillo, tú también cuando lo sepas perdonarás tu madre.

Y se puso de rodillas.

Yo me tiré del caballo.

Y en nombre de Dios justo y misericordioso y en el nombre de

Jesús, Redentor, la absolvió de sus pecados. Tal vez ha amado mucho. Sé buena, Julia, y confía en Dios. Él sabe todas las cosas. Rézale el padre-nuestro.

Le di un beso al angelillo y a ella cinco pesos que llevaba. Monté y corrí como un loco, huyendo no sé de quién, con el corazón sobresaltado y los cabellos de punta.

Otra visita distinta a la capital. Una noche llamaron a la puerta del convento. Me despertaron primero que a nadie los golpes y bajé a abrir. Eran las dos de la madrugada. Un arripiezo de unos trece años se explicó: que una mujer se está muriendo y que venga usted a olearla³⁴⁴. No había que pedir más explicaciones: «Vamos».

Por el camino fui examinando de catecismo al chaval: no sabía el padre-nuestro.

—¿La mujer enferma es casada?

—No.

—¿Tiene familia?

—Un hijo.

—¿Grande?

—Se murió.

—¿Era mayorcito?

—Chiquitín.

—¿Quién te ha mandado venir a avisar?

—Mi mamá.

—¿Tienes también papá?

—No.

—¿Murió?

—No sé.

Íbamos saliendo a las afueras, lo que comenzó a extrañarme.

—¿Está lejos la casa?

—No.

—¿Falta aún mucho?

—Allá está.

Señalaba a bulto en la obscuridad de la noche. Estábamos casi en despoblado, caminando por una hermosa carretera asfaltada, sin iluminación. Concretó más:

—Allá en aquellas casas que se ven.

Nos fuimos acercando.

³⁴⁴ *olear*: administrar los santos óleos en el sacramento de la extremaunción.

—Ahí.

A la luz amortecida de una bombilla eléctrica, verde, pude leer en grandes caracteres que ensuciaban el muro: «Casa de recreo Moralia». Era un edificio largo de un solo piso, con muchas puertas a la carretera³⁴⁵.

—Por aquí.

Me sumí detrás del chico.

Una mujer me esperaba en el zaguán.

—Por aquí— dijo, y me abrió la puerta de un cuarto.

Sola, en un camastro agonizaba Julia.

Detrás de la puerta, de una percha colgada un largo vestido de baile de seda, color rosa. Estaba nuevo, sin estrenar.

La asistí.

A las cuatro de la aurora bajaron los ángeles a llevarse su alma.

Doy fe de que murió de vergüenza.

¡Canalla! ¡La justicia de Dios será contigo!

TRAS LOS INDIOS

Emprendí, decidido, la marcha tras los dos indios desconocidos, mis acompañantes. De estatura más que mediana, fornidos, ya de alguna edad, con sus largas melenas, su cara dibujada en rojo y negro —jagua y guija—, sus piernas desnudas, tatuadas de círculos negros, sus dientes negríssimos, así como los labios y la lengua (efecto del jugo del chidai o curadientes, una hierba que rara vez se les cae de la boca), sus oblicuos ojos, sus collares de colmillos de fieras, de chaquiras, de plantas de olor, sus machetes a las cinturas coritas³⁴⁶ y su pampanilla por toda vestimenta; sendos canastos a la espalda por cuyos bordes asomaban los cañones, dos escopetas. Yo les sigo con un bordón³⁴⁷ a la diestra, vestido y calzadas las sandalias.

³⁴⁵ Se trata de un prostíbulo como señalan el nombre de casa de recreo y la arquitectura del edificio.

³⁴⁶ *corita*: desnuda.

³⁴⁷ *bordón*: cayado o bastón.

La primera carretera que se ofrece a sus ojos es la que ha trabajado el torrente, y por ella se meten en ella, chapoteando, siguiéndolos yo; el agua a la rodilla, ya se puede andar un rato por más que su cauce sea accidentado y tortuoso y tenga saltos y bajos y haya que encaramarse por los troncos acostados o escalar peñas, o nadar en remansos. La travesía del río me cogió fresco y no la sentí pesada, al contrario, todo en ella me entretenía y entusiasmaba; pero cuando dejando la quebrada a la izquierda, tornaron los guías por una loma arcillosa y resbaladiza, allí fue el rumiar y el lamentarse cada vez (y fueron muchas) que besaba sin querer el santo suelo. A mí se me antojó que se metieron a la buena de Dios por el primer agujero que dejaba al descubierto la tupidísima vegetación, pero me contestaron que aquel era el camino real, el cabo de la única trocha. Ellos pisan a ojo, donde caigan los pies sea madera, lodo o piedra; pisan como fieras, dejando tras de sí bien marcadas las huellas de sus calcañares.

Apenas he caminado cien pasos y el hábito se me ha puesto hecho un asco con el barro, con las ramitas podridas, con las hojas, con el musgo, con el agua que gotea de todas partes, con el roce continuo por los troncos húmedos y viscosos, con los insectos —unas arañas peludas, grandotas y feas que hay por allá—. Por fin y remate de fiesta, un bejuco espinoso, que llaman ña de gato los libres, me lo engancha y lo hace cuatro jirones. Por zafarme de aquel cambronal³⁴⁸, por encima de toda mi gimnasia, di en un amagamiento donde quedé empantanado de pies y brazos, al pretender estos acorrer³⁴⁹ a aquellos. Despechado contra el bastón, lo arrojé con furia, pero una rama lo recibió y me lo devolvió cortésmente depositándolo en medio del lodazal con el consiguiente chapoteo y asperges³⁵⁰ al rostro y coronilla, únicas partes respetadas hasta entonces por los elementos.

Los indios que marchan veinte pasos adelante vuelven sus pintadas máscaras y se rien llenos de misericordia y guasa a mis barbas. «Padresito, cara pintada como nosotros, camino blando, ¿no? Mejor caminando como indio, sin vestido, pie libre, pisando fuerte». Todo esto en su propia lengua, pues a esos dos no se les alcanza gota de castellano. De momento disimulé mi fastidio como Dios me dio a entender y no me determiné a

³⁴⁸ *cambronal*: zona de cambrones, arbustos espinosos.

³⁴⁹ *acorrer*: socorrer.

³⁵⁰ *asperges*: salpicaduras.

seguir su sabio consejo. Recogí a la cintura el santo hábito y seguí, seguí tras ellos, como nadie se imagina.

Tramontada la no muy elevada cordillera cayeron a otra quebrada. Los indios, como patos, dejaron sus canastos y se zambulleron lindamente, retozando como peces en un remanso. Quedaron frescos, limpios por dentro y por fuera, y tersos y tanto les debió de gustar el corriente elemento, o fuera porque no había, según costumbre, otra vía, volvieron a cargar con los canastos y siguieron agua abajo y el misionero siguió tras ellos con el agua al cuello, aunque no me llegaba a las rodillas. La tal quebrada, cuyo nombre no recuerdo, venía a sumirse en un océano corriente por nombre Tenganaturadó; valle, maravilloso entre las maravillas, el que riega este desconocido río y, ¡tan despoblado! Y la gente matándose aquí por un palmo más de tierra. ¿Cuándo los dos antioqueños que allí tenían su escondida mansión habían gozado de la visita de un sacerdote? Bien la aprovecharon. El antioqueño es de por sí buen cristiano y con más razón cuando se ve a solas con Dios y la naturaleza.

Se casaron dos parejas, se bautizó un chino o muchacho; cumplieron con los muertos —tres— que tenían enterrados cerquita de la morada. Muy bien se estaba en compañía de tan buenas gentes, pero había que seguir adelante. Era preciso cruzar dos o tres veces el río. Si creéis que los indios cargeros sintieron asombro o se mostraron perplejos para escoger el vado, os equivocáis; tiraron por frente, por lo más corto; fue cuestión de elevar un poco más los cestos. El español se tentó las polainas, se santiguó, chasqueó los dedos, señal de su poquito de temor, exclamó en voz alta, «Dios mío...».

Pero, ¿iba a ser menos que los indios salvajes? Hice un lío con todo lo que el cuerpo me cubría, lo enarbolé sobre la corona y paso tras paso y pie tras pie (dando muchos y de cuidado), alcancé la opuesta ribera, ante el asombro y las palmas de sus egoístas guías: «¡Qué valiente!, metsera»³⁵¹; y era de oír el acento con que pronunciaban al unísono la palabra *metsera*, recortando y recalcando las sílabas me-tse-ra. Entonces fue cuando por fin me determiné a no ser menos que ellos en nada y supuesto que los cruces de los ríos mayores y menores se habían de suceder, opté por lo más expedito y razonable: en lugar de deshacer el

³⁵¹ *metsera*: en katio «fuerte».

lío, así como estaba lo metí en uno de los canastos, y a la mano de Dios, que no pescan truchas a bragas enjutas³⁵².

Sí, sí, con mucho ánimo corté por lo sano, pero al rato me convencí de que aquello no se había hecho para mí. Pensé que a Monroe le sobraba razón: la selva para los salvajes³⁵³. A las tres horas de danza me confesaba extenuado, me dolían la cabeza, riñones, hígado y bazo; pero lo peor de todo fue que la choquezuela³⁵⁴ zurda alzó el pendón de la rebeldía general orgánica, negándose en absoluto a seguir funcionando. El enfermo apela a los más absurdos remedios para reconquistar la salud. Yo me até, ¡je, je!, me até un pañuelo en la rodilla. Luego viendo que nada conseguía con aquello, macheteé la corteza de un sande³⁵⁵ y me friccioné con su blanca y pegajosa leche. La leche se coaguló y ennegreció enseguida, sin quitarme el dolor. ¿Qué iba a hacer?, ¿cortarme la pierna? No me cupo otra salida que estirar la pata, digo, la pierna rebelde y arrastrarla colgante y tensa. ¿Os imagináis lo que supone y significa andar a la pata coja por aquellos andurriales del demonio? Brincar, subir y bajar escaleras de barro, resbalar por peñas lisas, patinar cuevas abajo, deslizarse como sierpes por maromas viscosas, que a tal pueden compararse los troncos redondos y pelados, galicosos³⁵⁶, que uno tras otro, se sucedían tendidos como aposta, para evitar sumergirse en los fangales. No mentiré si afirmo que tuve que caminar tanto por lo menos con las dos manos y las nalgas, como con la única pierna útil. Escalar, trepar, reptar, nadar, andar como los gorriones a saltitos fuera de volar hacia las alturas (porque hacia el profundo las piedras y como las piedras sí volé alguna vez), todas las funciones motrices que ejecutan los diversos seres de la creación me vi constreñido a imitar. ¡Oh, si el hombre puesto en aprieto es capaz de ganársela al mismo Júpiter!

Y caímos al río Amparadó. ¡Paraje más encantador! También salvaje;

³⁵² *No se pescan truchas a bragas enjutas*: lo que es valioso o estimado requiere esfuerzo y diligencia, incluso molestias, del mismo modo que cuando se quiere pescar uno se moja, como sucede con la pesca de la trucha.

³⁵³ Remedo de «América para los americanos», expresión del presidente de los Estados Unidos James Monroe en 1823.

³⁵⁴ *choquezuela*: la rótula de la rodilla.

³⁵⁵ *sande*: árbol de hasta 50 m de altura, productor de látex. En medicina tradicional la madera se usa en infusión para las hemorragias postparto, la corteza como esterilizante y el látex como antidiarreico.

³⁵⁶ *galicoso*: que padece gálico, sífilis. Por el contexto se entiende que eran troncos podridos y sucios, cuyo contacto producía rechazo.

tampoco poblado, sino por una docena de bohíos aislados, uno aquí, el otro a dos o más kilómetros. Sola una casa de blancos intrépidos. ¿Cómo queréis que os describa, ni detalle, ni miente siquiera las bellezas ocultas de la selva; sobre todo por donde pasa un río? Quien quiera que las vaya a ver, le prometo que aspirará, mientras los ojos se sacian, perfumes rarísimos, los oídos se recrearán en cantos y murmullos que le harán la vida corta, la plumajería de las muchas aves raras es algo maravilloso, de golpe se encontrará, como por arte de magia, en jardines fantásticos de palmeras de variadas especies, se sobresaltará al paso frecuente de animalillos, animales y fieras, ya solitarias, ya en manadas fugitivas, pero os prevengo que tenéis que ir sin prisas, sin otro quehacer, bien provistos y bien acompañados; si no, quedaos en casa; para sufrir en la selva solo vale el misionero.

Se cruzó también el Amparadó con el agua al pecho y adelante. Ellos también, como el pescador de marras, donde les cogía la noche, allí hacían parada y fonda, bien fuera bajo la olla hospitalaria de un bohío (todos los bohíos katíos rematan en una boca abajo), bien bajo el frondoso ramaje de un árbol.

Los salvajes aquellos, viendo que el blanco no les podía seguir a su paso ni a ningún paso —a cada momento les obligaba a pararse—, fueron perdiendo la paciencia natural, que en ellos es inagotable (se suelen estar tan ricamente las horas muertas sentados o sin sentar, pero papando moscas³⁵⁷, si las hay, o si no, aire), y tomaron el muy consecuente acuerdo de dar al acompañamiento una importancia relativa y so pretexto de que los víveres comenzaron a faltar, tomaron a la buena de Dios el asunto del personaje y se largaron a perseguir cuanto pieza se ponía al alcance de sus escopetas. Abrieron sus negras bocas (ya sabéis por qué eran negras) y le mostraron sus negrísimos dientes y con encantadora afabilidad y cortesía le manifestaron: «Busté, padresito, cansadito mucho, es valiente me-tse-ra, pero no puede seguir indio, indio como tigre, aquí tierra indio, libre no adentro, indio no ha visto libre aquí; busté me-tse-ra, cansadito mucho, sentando, guardando canasto, indio vuelve pronto, aquí no más camina a cazar venado».

Maternales, le prepararon algunas ramitas menos húmedas que le sirvieron de mullido asiento y ellos, sin más requerimientos, se largaron tras la pieza, volátil o cuadrúpedo, cuya presencia más o menos próxima advertían sus narices.

³⁵⁷ *papar moscas*: estar embelesado o sin hacer nada, con la boca abierta.

Y ahí tenéis al atolondrado y valiente mancebo, tendido al pie de un árbol milenario y gigante, sin alma en el cuerpo, con más miedo que otra cosa, a solas con sus pensamientos, anegado, como una hojita más, en aquel mar de verde, atento al chasquear de una rama, al zumbido de cualquier insecto, al siseo de un ofidio, al canto tan, tan, de una bruja: ¡Oh! bruja de fatídico graznar, no cantes posada sobre el tronco truncado por el rayo, cuando tú cantas anuncias que alguno será picado de culebra y morirá.

¡Qué eternos se le hacían los minutos y ¡ay! las horas que tardaban en dejarse sentir aquellos ganapanes!

Qué fastidio le causaba contemplar (se los metían por los ojos, como excusa), los venados, tatabros³⁵⁸ o pavos ganados.

II

Es el quinto día de martirio: ya le han abandonado una vez por la mañana para largarse en pos de una pareja de venados, macho y hembra, de los que han cazado el macho que descuartizado va en uno de los cestos. Sigue la procesión. Ellos, silenciosos, yo de vez en vez exhalando débiles ayes contra mi pierna paralítica. De pronto los katíos hacen alto y gesticulan, y lanzan al viento sus respectivas narices, oliscando sus secretos. ¡Oh, Dios santo! ¡Otra vez me van a desamparar al pie de un tronco! Hablan por fin y se vuelven hacia mí:

—¿No huele?

—¿Qué? ¿flores?

¿Qué les va ni les viene a ellos con las flores que no pueden colgarse al cuello?

—No, zaino.

No tarde en percibir un rumor sordo como de tormenta lejana y un olor raro, algo semejante al de la manteca rancia.

Ellos incontinenti³⁵⁹ depositan una vez más los canastos en tierra y al sacerdote con ellos, y asiendo sus escopetas se pierden de vista:

—Aquí no más, cerquita vienen— le hablan para consolarlo.

Me siento, dispuesto a repasar el rosario de sus penosos recuerdos y tristes ocurrencias... y la suma de mis conquistas. Ronroneo de muchas pisadas y chasquidos de ramitas y hojas que entrechocan.

³⁵⁸ *tatabro*: pecarí.

³⁵⁹ *incontinenti*: al instante.

Los indios se precipitan hacia donde reposo y se apostan, el machete enhiesto.

¡Visión edénica! Un rebaño interminable trota por entre la maleza a diez pasos. Los indios se abalanzan a ellos y machetean a mansalva.

Son los zainos, especie de puerco montés, que vienen en manadas. En breve tiempo desaparecen, en dirección al Atrato.

Mientras recogen alguno que otro de los dos que han dejado tendidos, yo les pregunto:

—¿No son de nadie?

—De los indios y de Dios.

—¿Hay muchos rebaños como este?

Mi pregunta no obtiene respuesta, Cargan precipitadamente las escopetas y aúllan jubilosos, «¡el tigre!».

Y botándolo³⁶⁰ todo se lanzan en la dirección que traían los cerdos salvajes. La fiera venía persiguiéndolos. Mas algo olería de lejos y sabe Dios dónde vendría a agazapar, pero no distante, porque los indios lo adivinaron, se adivinaron mutuamente. Era al caer de la tarde, los copudos árboles anticipaban la densa oscuridad, aunque el cielo, en los retazos que podían columbrarse, estaba todavía claro.

—¡No me desamparéis! —les grité en su propio idioma acongojado—. Si el tigre no está por donde vais y me sale por este otro lado y me coge inerme y desprevenido... ¡tengo miedo!

¡Oh la agonía del Fuerte en el huerto de las olivas!³⁶¹

Recabé que volvieran sobre sus pisadas y cargaran con los dichosos canastos, pero no desistieron de dar caza al tigre, yo les seguí por entre el rastrojo inextricable. Ellos, la escopeta en la izquierda, en la derecha el machete, se abrieron paso; iban derechitos a la fiera.

«¡Aikate!»³⁶² exclamaron a los pocos pasos: qué bien, está en lo alto de ese árbol.

Era una ceiba más que gigante (en su tronco se podía labrar un rascacielos), ella sola era un bosque tupidísimo y a su arrimo medraba una creación de parásitas trepadoras y acá y acullá nidos, como montículos, de diferentes insectos y alimañas. El día que ese árbol se tronche, en la selva se apreciará por una semana su falta (por una semana solamente

³⁶⁰ *botar*: tirar, arrojar, desechar.

³⁶¹ Antes de su prendimiento Cristo se retira a orar en el Huerto de los Olivos, donde declara que su alma está triste hasta la muerte. (Mateo, 26, 36-46).

³⁶² *Aikate*: en katio, interjección de sorpresa, «¡Ay!».

porque no faltará quien cierre enseguida el hueco).

Yo, levanté hacia su copa los ojos despavoridos sin conseguir vislumbrar fiera alguna de categoría.

Ellos sosegadamente de pusieron su impedimenta, se encogieron tras una valla de lianas y tomados sus puntos de mira: a la una, a las dos, a las tres, dos estampidos simultáneos atronaron el aire, y de la ramazón frondosísima cayó una lluvia de ramas, de hojas, de tierra y animalitos, pero el tigre se mantenía en su elevado pedestal.

—¿Lo ve ahora? —me invitaron—. Mira.

Me aproximé a ellos y por fin conseguí entrever al temido animal: era un tigre enormísimo, de los mayores que había visto. Estaba malherido, bufaba y se revolvió, saltando de una rama a otra, arriba y abajo, sin abalanzarse contra los cazadores.

—¡Otro tiro! —les grité pensando que ya estaba vencido—, ahora se ve bien.

—No, pólvora cara: tigre como gallinazos (aludían al dicho: gastar pólvora en gallinazos³⁶³).

Uno de ellos ató con bejucos el mango de su peinilla al extremo de un garrote y con él en la diestra, trepó hasta llegar a hostigar a la fiera que rugía y rechinaba sobre su cabeza. Desangrada por los gruesos perdigones, no respondió al cuerpo a cuerpo; mas tanto la azuzó el cabezón del indio, que al fin consiguió que le diera la cara y saltar contra él, que esgrimía el machete como una bayoneta, pero faltóle la firmeza y hecho una pelota, dando de un tronco en otro, vino a caer pesadamente en tierra envuelto en hojarasca y parásitas. ¿Qué rey se corona en la muerte de orquídeas, como este rey de las selvas de Urabá?

Lo remató el que aguardaba en tierra. Mientras ellos lo despellejaban cuidadosos para vender la piel y le extraían los colmillos para adornarse con ellos, el fraile seleccionaba entre las matas dos carlejas blancas maravillosas.

Entretanto la noche con todos sus espantos se echó encima, ellos ya no tenían ganas de caminar más por aquel día. Y allá mismo armaron

³⁶³ *gastar pólvora en gallinazos*: perder el tiempo en algo inútil, en algo sin provecho; en este caso en sentido literal, ya que se trata de no desperdiciar la pólvora.

con tres estacas y otras tantas hojas de murrapo³⁶⁴ y tobo³⁶⁵ una media agua. Y a tumbarse se dijo hasta el alba.

¿Fieras?, ¿reptiles?, ¿elementos? No les habléis de eso... Durmieron a pierna suelta. Nuestro padre Dios les hacía guardia.

Unas pavas se encargaron de despertarles con su canto siseante. Ellos en pago les dispararon unos cuantos perdigones y tuvieron desayuno. Siempre es verdad que «más arriesga la pava que el que la tira»³⁶⁶.

Andar, arrastrarse, gritar pestes contra la pata de palo durante otras dos horas aún, y cayeron al río Paimadó, río negro, aguas de cristal oscuro; también, si explorado, salvaje. Lo cruzamos y emprendimos la ascensión a la sierra llamada al Ají³⁶⁷, sabe Dios por qué motivos, ni por quién.

Sin otro contratiempo, alcanzamos el nacimiento del río Murindó. Y a su vera, un bohío con seres racionales.

III

Nadie de los que allí estaban me dirigió una palabra, aunque sí miradas enigmáticas y de soslayo. Tres indios de diversa edad e idéntico atuendo facial y carencia de trapos, que molían maíz en sus respectivas piedras, precisamente dando el rostro hacia el punto por donde yo había escalado el domicilio, dieron la vuelta, o sea, me dieron la espalda como fastidiados de mi presencia.

Por fin, un indio viejo que se ocupaba en echar racimos enteros de plátanos a unos cochinitos que hozaban y gruñían debajo del tambo, terminada su tarea se resignó a darme la mano, sin articular palabra alguna.

En vista de tanta hostilidad, al menos aparente, me percaté de que era el momento de echar mano de mi maravilloso resorte, de pronunciar el poderoso «sésamo»³⁶⁸, sencillamente me di cuenta de que no había saludado en katio y saludé.

³⁶⁴ *murrapo*: planta herbácea perenne, de hojas grandes, palmeadas, en forma de abanico, de las hojas se extrae una fibra empleada para hacer escobas y sombreros.

³⁶⁵ *tobo*: arbusto de tronco recio y flores de color blanco y rosado, con pétalos retorcidos y pequeños, que crecen en racimos.

³⁶⁶ Refrán que recomienda abordar empresas que pueden dar beneficio con poco riesgo.

³⁶⁷ La vereda del Ají, entre San Pedro y Turbo, famosa por su salto de agua.

³⁶⁸ Hace referencia al cuento de Alí Baba y los cuarenta ladrones, que para abrir la cueva donde guardan sus tesoros dicen las palabras mágicas «ábrete, sésamo».

—Zoroga buka. (El idioma katío no precisa signos de interrogación, porque la desinencia verbal la lleva consigo). Literalmente: ¿Alientas? El hombre del bohío me miró un rato fijamente, las mujeres volvieron el cuerpo, irguieron la cabeza y por fin explotaron en una risa franca y hospitalaria.

—Zorogabuache: aliento.

Pero no acababan de convencerse.

¡Era cosa tan extraña para ellos, primeramente ver un blanco por sus apartados lares, y luego oír que les habla en su propio idioma!

Yo, haciéndome el distraído enhilé una sarta de preguntas amables, todo por supuesto en indio, que tuvo la virtud, no sé por qué, de hacer desternillarse de risa a aquellas evas katías.

—¡Aikate! ¡Anda!, sabe nuestra lengua...

Entonces aproveché la ocasión para conquistarme la simpatía por entero de aquellas mujeres, convencido de que, lograda esta, sería el rey del bohío.

Y en efecto, así fue.

A pocas palabras más, todos los presentes me reconocieron por el padresito y me escuchaban atentos y cariñosos.

Todavía tuve humor para tomarles el pelo a las mujeres principalmente; yo era un katío, como ellos, de Murrí. De pequeño los padresitos me habían llevado lejos porque murieron mis padres, y estudié con ellos, y ahora, hecho sacerdote, volvía a mi tierra para bautizar a otros, casar y llevar al cielo...

El cuento, aunque no lo pudieron creer, no dejó de halagarlos; pero un vejete que se había manifestado más hosco y últimamente me escuchaba con especial atención, abrió a su vez el pico y exclamó: «Mentira, tiene rubio el cabello».

No podía ser indio, como ellos, un rubio. No existe entre ellos uno siquiera que quiebre el molde: pelo largo, negro, lacio, ningún cano, ningún rubio, ningún calvo en ninguna edad.

Yo, por chancear insistí, pero ya me tomaban a broma. No obstante, la labor estaba hecha, me miraban como a un hermano. Me sirvieron lo mejor de todo lo que tenían: plátanos cocidos; mondaditos; carne de tatabro, cazado el día anterior, asada; e itua para beber, un aguardiente de plátano.

Comí, bebí, y considerándome entre los suyos, me tiré largo a dormir.

Y dormí.

Y soñé.

Me desperté a media tarde.

Sentados en el suelo, las piernas recogidas o estiradas, arrebujados en sus parumas negras, blancas, coloradas o azules. Silenciosos, los pequeños entre los mayores, una multitud de indios me rodeaba.

Me incorporé y saludé sonriente a todos.

Han venido por mí, pensé ilusionadamente. ¡No tenía nada! Aquellos indios no habían pensado en mí para nada, al acudir en bandadas a aquel bohío. Fue providencial coincidencia.

Uno de mis guías se me acercó y con cierto reparo me propuso: «¿No seguimos caminando onde otro bohío?».

Yo por toda respuesta vi de doblar la rodilla. Esta seguía rebelde, y por otro lado me hallaba tan ricamente, cuerpo y alma, entre aquellos amables señores, que me salió redonda la respuesta: «Mañana seguiremos».

El indio calló y se retiró, mirando a todos, como quien dice: «Ya veis qué si no se ausenta, no es mía la culpa».

Yo vi el talante, pero nada comprendí, ni estaba para cavilar, ni me importaba un ardite por nada.

Las indias manipulando en sus ollas, totumas y pailas y piedras de moler, eran las únicas que se movían, hablaban y metían algún ruido, cabe el fogón. Los indios permanecían inmóviles y mudos como de piedra. Un viejecito dejó caer en su oreja esta petición: «¿No camina onde otro bohío? Aquí, no más, cerca está».

—No señor, caminaré mañana. ¿Es que estorbo aquí? ¿Queréis que me vaya? ¿Por qué me pregunta eso, si ya le he dicho al otro que tengo la pierna tullida y no puedo andar?

—Va a venir jaibaná. Esta noche celebramos Jai. Hijo mío enfermo va a curar.

—¿Qué tiene pues? Jaibaná no cura. Yo quedo también al Jai.

IV

Había oído diversas referencias de esta fiesta, digamos religiosa-médico-social de los indios. Con seguridad que ninguno de los que me habían hablado de ella la habían presenciado jamás. Entre otras novedades figuraba, según ellos, la aparición del Espíritu Malo, que visible, tomaba posesión del jaibaná a quien atribuyen pacto con él. Sin pretenderlo iba

pues a tener oportunidad de reírme a las mismas barbas del demonio. Y pensé quedarme.

También recordé lo que me refirió una mujer, medio blanca, medio india, más india que blanca en sus usos, aunque no en su sangre. A la buena señora, entretenida en viajar por tierras katías, le acaeció coincidir la celebración del Jai con su presencia en determinado bohío, y por ser conocida, no la despacharon, pero le propusieron como alternativa de pintarse y vestirse como ellos, es decir, desnudarse y cubrirse con una paruma prestada y embadurnarse la cara de guija y jagua, o de irse a dormir con los chanchos debajo del tambo, entre el lodo y las basuras, ya que la ceremonia no la podía presenciar ningún blanco.

Al recordar el sucedido, me supuse que a mí no serían osados de hacerme ninguna de las dos propuestas.

¡Ah!, faltaba añadir a lo de la señora, que optó por dejarse pintar y desnudarse, antes que ir a hacer compañía a los lechones, pero en limpio tampoco ella pudo haber visto nada, bien fuera porque antes de tiempo la emborracharan o porque el diablo se la olió y no se dignó comparecer. Lo único raro que hizo memorable aquella reunión fue que, al finar el Jai, se levantó un ventarrón tan formidable que dio con el bohío y todos sus habitantes en tierra, sin que se dañara nadie. El viento era *Antomia*³⁶⁹, que protestaba despechado. Total, nada.

Al misionero se la abrían por tanto cuatro sendas a escoger: o quedarse como estaba, desafiando la cólera de Lucifer y el enfado de los indios; marcharse, cantando la copla de la pata de palo³⁷⁰; meterse debajo del tambo, al calor de los cochinos; o por fin, disfrazarse de katío extendiendo una capa de color sobre su tez y a lo mejor otra sobre el rubio cabello, morisqueta³⁷¹ esta última que, si bien no se la daba al demonio, dejaba satisfechos o por lo menos conformes a sus huéspedes, que, después de todo, lo podían tirar limpiamente al río, si no les ofrecía el magín otro medio de librarse de su importuna presencia.

Optó por desafiar las iras generales y quedarse como estaba, alegando el reuma.

Me quedé.

³⁶⁹ *Antomia*: es el espíritu del río, amo y señor de los animales, productor y sanador de enfermedades.

³⁷⁰ Menciona estas coplas por alusión a su dolencia de la pierna. La forma usual es: «Desde que te vi / con la pata de palo / dije para mí, / malo, malo, malo, malo».

³⁷¹ *morisqueta*: mueca, gesto.

No tardaron en traer al enfermo, (habían escogido otro bohío para el Jai por ser chico el de sus padres). Era un cadáver tumefacto que apenas respiraba. En el pie izquierdo llevaba una bola informe de trapos sanguinolentos y sucios.

—Le ha picado ahí, en ese pie.

—¿Y tanta sangre saca una culebra por venenosa que sea?

—No. Él trepó a una palma barrigona para coger bejuquillo y trabar palo y hace bohío nuevo, porque iba a casar luego; al bajar, pisó un verrugoso que estaba escondido, esperando para picar y él sintió mordedura y luego tomó escopeta y disparó un tiro al pie y reventó pie, pero veneno caminó adelante, todo cuerpo y... y...

Y nada, que el joven se moría sin remisión, si es que ya no lo estaba.

Todo triste se sentó el misionero entre ellos, calladitos todos. Una india, toda envuelta en su paruma negra, el cabello cubriéndole la cara, canturreaba triste, junto a las ollas. «Aikate, ¡Ah!, ¡pobrecito, se está muriendo!». Era la novia.

El moribundo lanzaba los últimos estertores. Todos consternados esperando al jaibaná que no aparecía.

El sacerdote se le aproximó y sabiendo que estaba bautizado el administró la Extremaunción y en voz alta rezó varias veces en idioma katio el *Pater Noster*³⁷².

Los indios no hay que ponderar con qué estupor y boca abierta me escuchaban.

Al poco apareció el jaibaná.

Era un viejo muy viejo. Llegó solo. Empuñaba una vara de macana como bastón, dorada por ambos extremos (dos cápsulas de escopeta que le había incrustado).

La faz completamente encarnada, la pintura fresca. No cesaba de escupir. Parecía rematadamente tísico. Se adelantó el misionero a saludarlo y lo dejó perplejo, no esperaba por lo visto semejante testigo a sus diabluras. Luego se dirigió al amo de la casa y le manifestó su contra-

³⁷² Este es el padremuestro en katio: «Tachi Tsetse ntre bura, buchi trün santo baita, bunchi noko taima tsepirua, bua kiriña odayade, ntre obada chiraka, nang druade abarika. (Padre nuestro que estás en los Cielos, santificado sea tu nombre, venga a nos tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el Cielo.) Tachi chiko baritua idi tearua, tachi debetata taiba parijipana chiraka buba tachi debeta parijirua, tainidu baeya teita itubueranoa, mamua mina kachiruata guagarua. Pía bua. (El pan nuestro de cada día dánoslo hoy, perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores y no nos dejes caer en la tentación, más líbranos de mal. Amén.).

riedad, y a todos en general, les dijo algo por el estilo, que el misionero no comprendió, porque el viejo más que hablar, mascullaba las palabras. Nadie se inmutó, ni le hizo aprecio. Son gente temida más que respetada, así que en el fondo a los katíos les debía de encantar ver puesto en un aprieto al jaibaná.

Este lo iba inspeccionando todo, las ollas y pailas, el trabajo de las mujeres, todo, menos al enfermo, a quien ni siquiera dirigió una mirada de condolencia. No llevaba trazas de dar golpe, cohibido sin duda ante el misionero. Todos aquellos indios estaban bautizados, aunque no hacía mucho. Y si bien no es fácil arrancarles de cuajo, por la soledad en que viven, todas sus supersticiones, respetan al padre y por nada del mundo le darán el disgusto de manifestar otras creencias a su vista.

El tal brujo, relegado al olvido general, se aproximó nuevamente al frailecito precisamente en el momento en que él se hallaba más divertido contemplando una de las lindas escenas de la vida de aquellos salvajes. Un niño de unos diez años a horcajadas en un tronco de plátano, dejándose arrastrar por la corriente del río que bullía a un paso del bohío, arreaba como si fueran ovejas a un rebaño de racimos de plátanos; cuando alguno quedaba rezagado en un remanso u otro obstáculo, el muchacho le daba un empujón y a nadar agua abajo hasta llegar frente a la vivienda; allí se les adelantó y esperó y según llegaban los iba sacando a la orilla de donde otros pequeños los subían al tambo. Estos indios son comodones cual nadie: plantan sus platanares sobre el curso de las aguas y así estas se encargan luego de acarrearlos, horror de todo esfuerzo. ¡Cosa mejor pensada!

Mientras el padre admiraba al rapazuelo, el viejo brujo le espetó con más resolución que los otros: «¿No camina a otro bohío?».

—He dicho ya que no puedo, y ahora no quiero, además porque quiero ver Jai.

—Hoy no hace Jai, Kapunia (libre, blanco, extranjero) no puede ver Jai.

Finalmente, ante la urgencia del caso, se resolvió a hacer aquella tarde la mitad, los preliminares, como quien dice, de la fiesta, y dejar para el día siguiente, cuando el padre se marchara, el resto, o sea, lo sustancial, (que a vuelta de muchas boberías, consistía en una formidable y general bebezón³⁷³)

³⁷³ *bebezón*: ingesta prolongada y abundante de bebidas alcohólicas.

V

En enormes pailas y ollas de barro hervía una masa blanca de plátanos que trasvasada a unas orzas³⁷⁴ y fermentada en ellas, se transformaba en líquida bebida nauseabunda de una fuerza alcohólica tremenda, de la que al día siguiente no había de quedar gota.

En otras vasijas se preparaban otra bebida de no menos agradable sabor: las indias mascaban maíz y lo escupían en ellas... También fermentado era una bebida deliciosa...

En esto se ocupaban las mujeres; los hombres, chicos y grandes, atendían a recomponer sus rostros, ejecutando una toilette³⁷⁵ asaz complicada. Del botecito de madera o de cristal, que, juntamente con las chaquiras y flores y espejito, llevan de ordinario pendiente del cuello, extraían con un palito, a guisa de pincel, la pintura negra o roja que extendían delicadamente en rayas, puntos, triángulos y círculos por toda la cara por este orden: nariz, mentón, mejillas, etc.

Los más viejos que ya no tenían el pulso para andarse en dibujos, volcaban sus pinturas en la palma de la mano y se la restregaban por toda la faz quedando cubiertos de rojo color hasta las orejas.

Luego, con pintura más basta, que allá mismo preparaban para todos en una totuma grande, se fueron trazando círculos por los brazos y piernas hasta muy arriba...

Uno de ellos, sin duda más civilizado y por ende cortés, digo, guasón, tuvo la galantería de brindarle su tocador a Fray Cayo: «Pinta también como indio, más bonito así».

A esta acción de pintarse llaman con mucha propiedad vestirse.

En el centro del bohío fijaron cuatro estacas, sobre ellas tendieron otras cuatro, y sobre estas, hojas diversas de plantas aromáticas y encima de ellas, acostado, un monigote, mal trazado a punta de machete, de balso, oséase un palo redondo de un palmo de diámetro y metro y medio de largura, con dos manchas redondas por ojos, una raya horizontal en el lugar de la boca; dos cortes, uno a cada lado, para indicar el cuello, y lo demás de tronco; hasta la división del palo en dos rectos paralelos, imitando las piernas. ¡Ah!, en el centro un punto negro, el ombligo.

³⁷⁴ *orza*: vasija vidriada de barro, alta y sin asas, que sirve por lo común para guardar conservas.

³⁷⁵ *toilette*: es el proceso de lavarse, maquillarse y prepararse la indumentaria, en el texto con tono socarrón.

¿Sería eso un ídolo? Ellos lo llaman Jaipakuru, palo del Jai o también Jaivarra, hijo del Jai.

Todo el piso, no ocupado por personas o trastos, se regó de agua mezclada con hojitas de color, tarea encomendada a una jovencita.

Bueno, ya está todo listo y a punto, ¿qué falta?

Sus ojos atónitos contemplaron a dos indias jóvenes, liado un trapo a los muslos, todo el cuerpo dibujado de rojo y negro, que iniciaban una danza alrededor del tinglado. La una hacía sonar una especie de tambor cilíndrico de madera y la otra acompañaba el paso con las palmas. Por lo demás, la danza no pudo ser más corta y primitiva. Era una especie de andar a saltitos, acompasado hacia delante y hacia atrás, en rededor del rústico armatoste. Primeramente echaron los dos pies, las dos a la vez; una vuelta hacia delante y otra vuelta hacia atrás, como los cangrejos. luego un pie tras otro, las dos simultáneamente; adelante y hacia atrás. Por fin alternando el paso, todo al monótono son del tuntún.

Y allí, en eso, acabó toda ceremonia que pudo curiosear el kapunia. Lo otro se lo reservaban para ellos solos, Total, se reduce a que el jaibaná se emborracha primerito que todos y luego con el monigote soba y resoba todo el cuerpo del enfermo, pronunciando, si algo pronuncia, palabras que solo él y aquel a quien las dirige, si las dirige a alguien, tal vez comprendan. Remate de todo, borrachera general, juegos y danza, si es que el demonio, Automia, no lo resuelve y añasca³⁷⁶ haciendo brillar los aceros.

El enfermo expiró.

Algunos se marcharon a sus casas vecinas para volver al día siguiente. Fray Cayo cenó, rezó con toda la compañía y se acostó, donde estaba. A la mañana siguiente, con el alba, todos despiertos y atentos, retiró lo que estorbaba de encima, del armatoste sostenido por las cuatro estacas y sobre él extendió sus manteles, etc., que venían en los canastos y en el nombre del Padre... celebró el agosto sacrificio. ¡Oh los indios y las indias que rien al comulgar! Y acto seguido cristianó a doce niños entre chicos y mayores.

Hecho al cadáver el oficio de la sepultura, pensó en proseguir su peregrinación, pero el reúma seguía atenazando su pierna, y mira por dónde cuando su ánimo comenzaba a flaquear con los consiguientes actos alternos de impaciencia y conformidad, vio venir por el río, pilotando una balsa, a un indio. Fue una revelación. ¿Por qué no me bajo en

³⁷⁶ añascar: enredar, embrollar. Es proverbial la frase «El diablo todo lo añasca».

balsa? El punto de su destino estaba precisamente poco más arriba de la desembocadura del río Atrato. Pensado y dicho, pero del dicho al hecho hay mucho trecho, no encontró quien se arriesgara a bajarlo desde allí.

—Si quiere, dos horas camina por tierra y luego embarca, desde aquí no bajar indio porque mucho cabezón³⁷⁷ y cuevas, muere indio.

Pero él no estaba ni para dar un paso.

—Yo hago todo lo que pida indio.

Nadie le volvió a contestar.

Por fin un mozo que antes le había hecho bendecir unas medallas que ostentaba al pecho y le había regalado unos aguacates, se ofreció resuelto: «Yo lleva».

—Gracias, pagaré bien.

—A, a, no, no, yo lleva baari, gratis et amore³⁷⁸.

—Dios te lo pague, buen indio.

Requirió un hacha y salió a la selva. A poco se oyeron, no lejos, golpes de leñador y enseguida un estruendo como de haberse tumbado un corpulento árbol. No tardó en aparecer el indio con un recio y largo tronco a la espalda. A la orilla del río lo echó a tierra y en un, dos, tres partes, lo descortezó y rajó el corazón en cuatro lanzas o flechas, cuatro barrotos y en ellos ensartó los trozos de la madera. De todo ello resultó una pieza de metro y medio de ancha por unos dos de larga, bien trabada y consistente.

Estaba la embarcación lista. Ya veis, todo lo tienen estos indios a la mano, abunda en sus selvas una palma llamada por los libres barrigona y por ellos arra, cuya corteza es durísima y gruesa, macana pura, de la mejor, y su corazón fofo como el corcho y facilísimo de trabajar. Con la corteza traspasan el corazón y ahí tenéis un planchón flotante, o lo que se os antoje. Estando tan económicas, para cada viaje te fabrican una embarcación distinta, y cumplida su función la abandonan a la corriente.

Despedidas y arreando. Al agua patos: el indio agarró una palanca, se echó a la espalda un canasto con lo más indispensable y el padre no pudiendo guardar el equilibrio de pie, hubo de sentarse; y como el agua, como es natural, rebasaba la superficie de la balsa, pues iba sentadito en el agua... Y como aun así podía perder en ciertos pasos peliagudos la postura adoptada con peligro de una involuntaria zambullida, el previsor y cauteloso indígena clavó a derecha e izquierda de sus manos sendos

³⁷⁷ *cabezón*: parece aumentativo de cabeza, monte.

³⁷⁸ *baari*: en katío, gratis.

virotillos³⁷⁹ a los que se pudiera agarrar.

Y así, como el pato en el agua, el cuerpo medio sumergido, navegó desde la mañana hasta las seis de la tarde. El Riosucio es muy bello, el Atrato no se diga, pero bello como el río Murindó, no hay ninguno en toda la región de Urabá. Quien no lo crea, que lo vaya a ver.

³⁷⁹ *virotillo*: maderillo, vara.



Este conjunto de relatos debidos a la pluma de un misionero carmelita español (Fray Pablo del Santísimo Sacramento) evoca la vida y el mundo de los indios katíos en las selvas colombianas de Urabá. Testigo y protagonista, Fray Pablo convive, sufre y observa en un universo cuya ajenidad va dando lugar a una inserción que ejemplifica numerosos aspectos de un contacto cultural en el que el misionero, sin dejar de serlo, se convierte en un katío más (en parte) al tiempo que desarrolla con entusiasmo una labor a la que dedica su propia vida. Relatos y escenas de la vida katía en la primera mitad del siglo XX que revisten un enorme valor antropológico, sin ceder en el interés literario de un estilo ágil y múltiple, no exento de tragedias ni de humorismo.

Ignacio D. Arellano-Torres desarrolla actualmente sus estudios de doctorado en el Departamento de Lengua y Literatura españolas en la Universidad de Stony Brook (Nueva York), donde compagina sus investigaciones con su labor como instructor de español, trabajo que ya había desarrollado con anterioridad en la India. Licenciado en Historia por la Universidad de Navarra, ha desempeñado también funciones docentes en los niveles de Educación Secundaria y Bachillerato. Ha publicado una antología de artículos de Mariano José de Larra y una edición de las *Cartas marruecas* de José Cadalso. En su faceta de escritor sus relatos han sido seleccionados en varias antologías de naturaleza tan diversa como pueden ser el amor, el humor o el horror.

